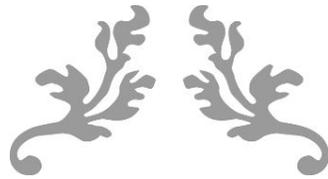


CLARA MONTECARLO



**PODERER**  
*y Secretos*

3 NOVELAS DE ROMANCE Y ERÓTICA  
CON HOMBRES PODEROSOS



---

# PODER Y SECRETOS

---

*3 Novelas de Romance y Erótica con Hombres  
Poderosos*



Por **Clara Montecarlo**

© Clara Montecarlo, 2019.

*Todos los derechos reservados.*

Publicado en España por Clara Montecarlo.

Primera Edición.

*Dedicado a;*

*Tamara, por mostrarme el mundo con sus ojos.*

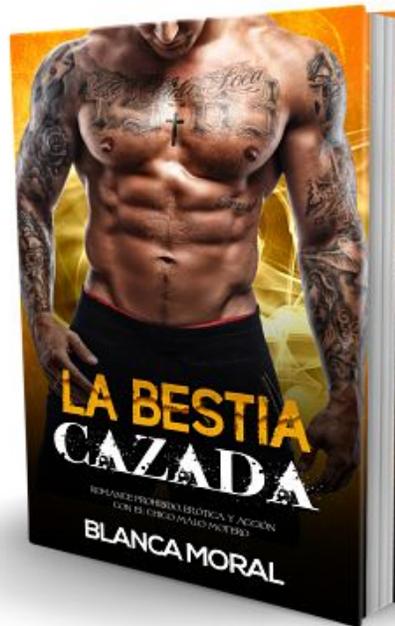
*Sara, por aceptarme y quererme tal y como soy.*

Mi regalo **GRATIS** por tu interés;

--> [Haz click aquí](#) <--

## [La Bestia Cazada](#)

[Romance Prohibido, Erótica y Acción con el Chico Malo Motero](#)



~~2,99€~~

**Gratis**

--> [www.extasiseditorial.com/amazon](http://www.extasiseditorial.com/amazon) <--

*para suscribirte a mi boletín informativo  
y conseguir libros el día de su lanzamiento  
GRATIS*

# Índice

**El Club Secreto de los Millonarios** — *Romance Peligroso, Erótica y Amor con la Chica Prohibida*

**León Encadenado** — *Romance y Segunda Oportunidad con el Macho Alfa y Viudo*

**El Mandamás** — *Alfa Millonario y Padre Soltero Enamorado de la Virgen*

**Bonus** — *Preview de “La Mujer Trofeo”*

# El Club Secreto de los Millonarios

## *Romance Peligroso, Erótica y Amor con la Chica Prohibida*

1

**Karen Mazzilli**

Luego de terminar la preparatoria, para poder enfrascarme en el mundo de una joven adulta, me mantuve en la espera de conseguir una colegiatura adecuada con el fin de hacerme con el mejor título universitario jamás creado.

Desgraciadamente mis gustos y mi carrera escolar no llenaban los requisitos para comenzar con lo que quería así que me sostuve por un tiempo con un trabajo manual mal pagado siendo empleada en establecimientos de comida rápida. No era lo que quería para mi futuro; el lujo, la gloria, todo lo que podría desear una jovencita de mi edad y que quería lograr siendo yo una gran emprendedora.

Desgraciadamente las cosas no salieron como quería porque no era precisamente una estudiante modelo que tuviese los méritos necesarios para ser candidata a las mejores universidades del país □ todas de por sí costosas □ . Pero yo no me rendí sin importar qué y me concentré en reunir todo el dinero que pude ganar durante mis años sabáticos (tres largos años), para poder pagar la universidad que mejor se ajustara a mis gastos. Y así me hice con lo que quería.

Con lo que pude recoger de todos esos años de trabajo duro, terminé estudiando economía en una universidad medianamente prestigiosa con la que me conforme tras pensar que lo que

necesitaba era un título y no el crédito de una escuela; estaba segura que sería la mejor de mi clase sin importar qué porque eso era lo que necesitaba para mi futuro. Su nombre era: Instituto Universitario Pontevedra, en donde corrí con la fortuna de contar con la opción de mudarme en al campus. Resultó ser un lugar muy agradable del que inmediatamente me enamoré.

Así que, a eso del año 2012, tras haber pagado la primera parte de mi colegiatura sin pensar en ningún otro gasto más que en eso, me di cuenta que me faltaba otra cosa. Estuve dispuesta a encontrar a alguien que pudiera hacerse con mis malos gustos musicales y mis problemas hormonales para ser mi amigo, □ o amiga, no discrimino □ .

No había comenzado todavía mi carrera universitaria así que no sabía cómo serían las personas que conocería en aquel lugar, por lo que intenté prepararme para cualquier contingencia al asegurarme una persona que pudiera tolerarme. Estaba empezando la universidad así que mi plan para conseguir amigos era parte de mi itinerario, lo que fuera para hacer llevadero mi tiempo allí.

Durante un tiempo, antes de que las clases comenzasen, estuve rondando por las instalaciones, y el campus buscando entre la multitud a alguien con quien pudiera compartir mis días de universidad.

Los amigos de mi preparatoria habían pasado a segundo plano, ya no me importaban mucho y las pseudo-amistades que había forjado se deshicieron con la distancia y el anonimato, así que mi trabajo era conseguir a alguien que estuviera dispuesta a ser mi amiga o amigo por el resto de su vida.

Sé que era un poco exigente, pero sólo me importaba eso, tener amigos, no estar sola y creo que, dentro de todas esas cosas, esa es una de las que más me siento culpable. No es como que me hubiera arruinado la vida, no, eso no es, estoy segura que las cosas que me sucedieron luego de ello habrían sucedido de algún u otro modo.

Luego de pasar el tiempo de receso antes de comenzar las clases, estaba ansiosa por conocer con quien compartiría mi habitación

(cosa de la que me enteré días antes) ya que eso podría significar que encontraría a alguien con quien pasar el tiempo. Debía ser una persona agradable, buena, amable, inteligente, capaz. Alguien con quien el compartir no fuera una carga sino una aventura diferente a cada vez.

Ya estaba con mi maleta en mano, unos cuantos libros que me tomé la libertad de comprar a la hora de inscribirme y con mi horario de clases en mano, en frente de una puerta que marcaba el 1206. «Esto es una buena señal» me dije al notar que se trataba de mi fecha de cumpleaños, el doce de junio.

Así que, con una amplia e iluminada sonrisa, toqué la puerta tres veces para anunciar mi llegada; me habían entregado las llaves, pero pensé que sería descortés entrar sin avisar. Esperé unos segundos a que alguien me respondiera, tal vez había salido, tal vez se le había olvidado que era la llegada de los de nuevo ingreso.

Me habían explicado horas antes que cada uno de nosotros estaríamos compartiendo habitación con una persona de nuestro mismo sexo de último año. Tenía la esperanza de que se tratara de una de esas habitaciones en donde podías compartir con diferentes personas, pero, no era este el caso, así que me debía conformar con una chica un poco mayor que yo (o tal vez de mi edad porque yo ya había empezado tarde la universidad). Toqué de nuevo la puerta para evitar confusión y luego pasé a sacar lentamente la llave de mi bolsillo para abrir la puerta.

—Hola □ dijo de repente una chica a mi espalda, lo que me hizo dar un sutil salto. □ ¿Qué se te ofrece? ¿Estás buscando tu habitación? □ preguntó.

Me giré sin ocultar mi asombro porque me había cogido por sorpresa. De inmediato supuse que se trataba de mi compañera.

—Hola, mi nombre es Stefanie, soy de nuevo ingreso □ comencé a hablar como si se tratara de un parlamento que había estudiado □ de economía financiera.

—Mucho gusto, Stefanie, mi nombre es Karen. ¿Qué quieres en mi habitación?

Dicho eso, supe que tenía razón así que extendí mi mano para saludarla con educación. No había olvidado mis modales, debía dar la mejor impresión ya que compartiría el resto de ese año con ella.

—Mucho gusto, seré tu compañera de habitación.

Karen me miró confundida, como si se tratara de una broma, o si estuviera diciendo algo en otro idioma. Pero, sin lugar a duda, resultó ser muy amable porque extendió su mano para dármele, así que la estreché con cuidado; no como lo haría un hombre, tratando de intimidar al receptor de su saludo con un apretón exagerado, pero sí con el de una persona segura.

—Que raro, no estaba esperando tener una compañera sino hasta último año □ me dijo, un poco más para si misma que dirigiéndose a mi.

De inmediato supuse que era un error, tal vez esa no era mi habitación, pensé, lo que me hizo sentir un poco triste ya que eran los números de mi fecha de cumpleaños, algo a lo que ya me había acostumbrado en esos cortos cinco minutos en frente de aquella puerta.

—Oh, disculpa □ dije avergonzada □ supongo que me equivoqué, no sabía que no era esta mi habitación □ saqué el papel que me habían entregado y procedí a leer la parte en donde lo mostraba □ seguro me equivoqué... □ vacilé un poco □ aquí dice doce, cero...

Levanté mi mirada para encontrarme con la suya.

—Seis, creo que me equivoqué de puerta... □ terminé de decir □ si es esta □ me voltee para ver de nuevo la placa en la puerta para saber si estaba confundida o si se trataba de un nueve □ O no.

—Esta es la habitación 1206, supongo que no hay error entonces □ se ríe por debajo y extendió su mano en donde tenía una llave para introducirla en la puerta □ seremos compañeras de cuarto entonces.

Karen abrió la puerta y la empujó, supongo, para darme espacio suficiente para entrar y ver el interior de aquel lugar en donde tendría que dormir el resto de los cinco años de carrera.

—Bienvenida entonces. Esta es tu habitación □ me dijo.

Estaba tranquila escrutando como el lugar se encontraba dividido entre una sutil decoración y un lado completamente vacío más que con un colchón sin sábanas y una pared color almendra.

—Es perfecta □ dije para mi.

—Me parece bien que te guste entonces. □ Respondió Karen.

Luego de ello comenzamos a conversar de tópicos relativos a nosotras, a lo que le hice un resumen de mi vida hasta los momentos y ella me explicó que estaba entre el primer año y el segundo casi igual que yo. En lo que terminé de desempacar, le pregunté con más tranquilidad lo que quería saber.

—Entonces si no eres de último año ¿estaremos todo el año compartiendo esta habitación? □ dije sentándome en mi nueva cama, completamente cansada por lo que estaba haciendo.

—Sí, eso supongo. ¿Es algo malo? □ preguntó.

—No, para nada, sólo digo. Es que creí que tendría que compartir sólo un año con alguien y no me daría tiempo de conocerle.

Karen embozó una sonrisa y luego se ríó con sutileza, para decir con un entusiasmo que parecía propio de ella.

—Pues entonces eso quiere decir que compartiremos nuestra carrera completa entonces, porque □ de repente, su forma alegre de hablar cambió por completo □ creo que me quedaré aquí por un buen rato □ su mirada se nubló y la bajó para fijarse en las patas de mi cama.

Tenía algo que le molestaba, pero no sabía si preguntarle al respecto porque no es apropiado interrogar a alguien a quien acabas de conocer, así que preferí darle otro rumbo a nuestra conversación.

—Bueno, yo pienso que tendré tiempo suficiente para conocerte y eso será bueno; □ me levanté para llenar de ánimos la habitación □ estaba buscando una amiga con quien compartir.

Y creo que el hacerlo le motivó a levantarse también; lo hizo y me sonrió.

—Seremos amigas entonces...

Ambas compartimos una sonrisa, para luego burlarnos de lo ridículo que sonamos al hablar como una novela de adolescentes en donde se establecen los eventos en tan solo dos minutos. Pero, no se podía negar que de un momento a otro compartimos cierta conexión que tenía madera para durar toda una vida; exactamente lo que estaba buscando.

## La Hija del Crimen

Durante un tiempo compartimos más que sólo la habitación. Karen y yo pasamos a ser dos extrañas para convertirnos en dos grandes amigas que se dividían incluso el dinero, ella juraba que no tenía motivos para hacerlo pero que quería trabajar su propio sueldo mientras podía estar lejos de casa y yo, con lo poco que ganaba en mi actual trabajo como mesera, no le discutía por qué quería hacerlo si realmente no lo necesitaba; pero, ese no era mi asunto.

Poco a poco comenzamos a convivir en aquella habitación con tal naturaleza que la presencia de la otra a veces se hacía invisible; nos camuflábamos entre nuestros problemas y nuestras cosas de modo que nada podía interrumpirnos. Por mi parte, me concentraba única y exclusivamente en mis asuntos escolares, tratando de llegar lo más alto posible de mi clase y lograr el promedio adecuado para conseguir una beca y ahorrarme parte del tiempo que invertía en trabajar tan arduamente. Pero, en cuanto a Karen, todo parecía diferente.

Al pasar del tiempo, fui buscando en ella algo que me demostrase qué era lo que hacía durante el día. Nunca la veía estudiando a pesar de que continuaba sacando excelentes notas en sus exámenes y trabajos lo que, de cierta forma, me produjo cierta curiosidad sana. No quise preguntarle ya que nuestra amistad apenas se estaba forjando, por lo que decidí mantener un perfil bajo y observarla sólo un poco antes de hacerme con una idea completa de ella.

Karen tenía cierto particular habito de mantenerse callada cuando algo le afectaba, era evidente, su mirada se perdía y abulia de repente en su cama lo que me confería cierta curiosidad de saber qué le sucedía. Siempre lo hacía luego de recibir una llamada con cierta amargura la cual se impregnaba por toda la habitación luego de que decía (y era algo que rozaba lo religioso):

—Ahora qué demonios querrá.

Para luego levantarse e irse al pasillo y atender su llamada porque, a pesar de demostrar que no le gustaba para nada, no evitaba nunca atenderle, lo que me hacía suponer que se trataba de una obligación, tal vez era algo del trabajo porque de seguro trabajaba, aunque nunca la veía en eso. Era su forma laboriosa de hacer las cosas lo que me mantuvo a la expectativa de querer saber todo lo que podía de mi amiga.

Sí, de cierta forma no es propio de mi querer inquirir en la vida de otros, o manifestar mi interés tal que pudiera verme como una chismosa, definitivamente esa no soy yo, pero, por algún motivo extraño, Karen tenía tantas maneras misteriosas que me obligaban a querer saber todo acerca de ella.

Lo que pienso es que se debe al hecho de que compartiéramos tanto tiempo juntas; puede que ese sea el motivo por el cual me sentía en la libertad de mirarla más de lo que miraría a un extraño porque poco a poco su presencia se tornaba un hábito.

Al principio, no quería hacer más que preguntarle, tratarla de frente y decirle algo así como: «¿Qué sucede contigo?» aunque inmediatamente luego de pensarlo, reconocía que era ridículo el hacerlo porque no había un contexto al cual pudiera tomar como referencia ni mucho menos estaba en el derecho de conocer todo acerca de ella. Sin embargo, no había modo alguno en el que no me sintiera atraída por esa información.

Durante un tiempo me vi en la molesta necesidad de quedarme callada mientras ella se mostraba distante, perdida en asuntos que parecían delicados porque siempre he considerado descortés el entrometerme en los problemas de los demás mientras se encuentran meditativos y perdidos.

Pero, de alguna forma u otra, como si fuera un regalo del destino, la respuesta apareció ante mi.

—Debes estar preguntándote porque no he dicho nada en todo el día □ me dijo luego de uno de sus habituales silencios luego de aquella llamada.

Habían pasado dos días luego de recibir una de esas llamadas que parecían molestarle tanto.

—¿Ah? □ pregunté fingiendo demencia como si no estuviera pensando en ella mientras intentaba leer mi libro sobre principio de la economía.

—Que tal vez te has preguntado por qué no te he dicho nada en todo el día.

—Oh, no, nada que ver □ mentí, un poco mal. No quería que se diera cuenta que trataba de averiguarle la vida □ sólo estaba □ vacilé □ leyendo.

Karen, estando acostada en su cama viendo al techo, se giró para mirarme con cierto desdén, advirtiéndome que no sabía cómo mentir, una cualidad tan mía como el respirar.

—Tienes rato viéndome, no pareces muy concentrada en lo tuyo.

Tosí para ocultar mi asombro, tratando de verme natural. Cerré el libro el cual leía infructíferamente; monté mis piernas sobre la cama y me senté cruzándolas para girarme a ella. Necesitaba defenderme.

—No, sólo estaba un poco preocupada de que no estuvieras bien. Eso es todo

—Estoy bien, gracias por preocuparte.

—No hay de qué.

Karen se giró de nuevo para mirar fijamente al techo, como si se tratara de un cadáver puesto en su ataúd, con las manos entrelazadas en el pecho y todo.

—No quiero irme ¿sabes? No quiero dejar la universidad □ dijo de repente.

La naturaleza de sus palabras, me eran ajenas, no entendí de inmediato lo que quería decir, pero por algún motivo supuse que tenía que ver con lo que llevaba pasando en los últimos tres días. Luego de aquella llamada tan inesperada pero habitual, Karen se había recluido a una actitud contemplativa y melancólica que no pude evitar notar.

De un segundo para otro, había dejado de reírse para quedarse callada mientras revisaba sus anotaciones □ algo que ya de por sí era raro en ella □ y dejar de lado mi presencia con la que se estaba entreteniendo antes de atender.

—¿A qué te refieres? □ pregunté interesada.

—No quiero dejar la universidad porque es lo mejor que me ha pasado hasta ahora □ continuó hablando ignorando mi pregunta. □ Cuando me fui de casa para estudiar, sentí que todo sería mejor, que ya no tendría que lidiar con los problemas del hogar, de la familia, pero, ahora, mi padre quiere que regrese; es muy necio. □ Se giró de nuevo en mi dirección □ ¿Por qué quiere que regrese ahora? □ me preguntó.

De alguna forma ella había respondido no solo a la pregunta que le acababa de hacer, sino a esas que me estaba haciendo desde que la conozco. Una de las tantas: ¿quién le llamaba tanto? Pues resulta que era su padre quien quería hablar con ella, y por la forma en que se refería a él antes de atender, supongo que no tenían una buena relación.

—No lo sé □ dije, sin saber qué más responderle.

—Es que sólo quiere molestarme. No ha parado de llamarme desde que dejé la casa tratando de convencerme de que regrese □ Movié su cabeza como si intentara mirarme con más fuerza, cuando apenas y había abierto un poco más los ojos para imprimirle más énfasis a sus palabras □ y siempre le respondo que no, pero es obstinante. No sé cómo puede seguir insistiendo si no quiero regresar.

Estaba reprimiendo las ganas de preguntarle por qué no me daba una mejor impresión de su padre al hablar de él. La forma en que se refería, en que le daba cierto arranque a su imagen, en que me demostraba que no quería estar ni un segundo más a su lado, me hizo suponer que se trataba de alguien completamente despreciable y la verdad es que no sabía si eran impresiones mías o si se debía a que eran muy bien infundadas.

—Debes estar confundida □ dijo Karen. Se levantó, dio media vuelta en la cama y se sentó de frente a mi □ seguro lo estás. No sabes de qué estoy hablando ¿verdad? □ pregunto, pero no me dejó responder. Antes de que pudiera abrir mi boca, continuó □ claro que no lo sabes, ¿por qué habrías de saberlo? □ de nuevo con sus preguntas retóricas □ bueno...

No quería parecer una entrometida, pero tampoco quería pecar de inocente.

—Creo que no tienes una buena relación con tu papá y por eso no quieres volver.

—Es algo más allá que una mala relación □ dijo Karen, como si hubiera dado en el blanco. Se mojó los labios y se levantó.

Comenzó a caminar por la habitación con eminencia, parecía que ya no estaba melancólica, aunque aun se podía saborear cierto descontento en su forma de andar: los hombros bajos, la mirada perdida, los pasos cortos y dudosos.

—No es sólo una mala relación □ repitió □ mi padre es el motivo por el cual me fui de casa.

Me acomodé, para quedar de nuevo en frente de ella, es decir, dejé su cama a mi lateral derecho. Sé que no hago mucho tratando de ser precisa con la posición en la que me encuentro, pero pienso que puede servir para entender que no me estoy quedando estática en una sola posición cuando suceden las cosas a mi alrededor; eventualmente dejaré de hacerlo.

—La verdad es que no quiero nada con él, ni con sus negocios turbios, ni con su... □ en ese momento estaba de espalda a mi, pero, de repente, se giró para mirarme fijamente y agregar con cierto tono de confidencialidad □ lo que te voy a decir no puedes decírselo a nadie.

Me miró con firmeza, tratando de encontrar en mis ojos alguna señal de debilidad, como si tratara de descifrar si sería digna de su confianza.

—¿Entendiste? □ preguntó.

—Sí □ dije, sintiendo que todo estaba saliéndose un poco de contexto. Ya no estábamos tratando de cosas propias de nuestra edad; parecía ser algo muy delicado.

—Bien □ se irguió con entereza, suspiró satisfecha con mi respuesta, embozando una sonrisa □ es bueno tener alguien en quien confiar, he querido contarte al respecto desde hace tiempo pero no sabía como abordar la situación; no quería molestarte con mis asuntos, de seguro ni siquiera quieres saber al respecto.

De cierta forma me pareció gracioso la manera en que justificó su silencio y me acreditó tal actitud cuando en realidad me he estado muriendo por saber todo acerca de ella. Pero, esa felicidad no duró demasiado.

—Mi padre es un criminal peligroso □ soltó como la bomba que impactó en Hiroshima, despiadada y pobremente avisada.

No tuve palabras para responder. Así que Karen habló por mi, mirándome un poco avergonzada por el negocio de su padre.

—Sí, es incorrecto y debería estar preso □ continuó caminando, dando vueltas sobre un eje imaginario □ y no es buen ser la hija de un criminal, pero, es mi padre y no puedo simplemente decir que es un criminal porque de cierta forma, yo también soy una criminal al saberlo y no acusarlo.

Sabía a que se refería, pero no podía simplemente decirle: sí, tienes razón, eres una especie de criminal. Porque no quería destruir la amistad que estábamos forjando.

—Lo ha sido toda mi vida e incluso me ha seguido hasta aquí. Pero no soy mejor que él □ continuó □ porque sigo aceptando su dinero para mantenerme, para comprar las cosas que me gustan, para pagar mis gastos. Tengo millones de dólares en mi cuenta de banco gracias a él y eso no me hace mejor persona. Pero es que no sé qué hacer. No quiero simplemente dejarlo ni mucho menos seguir formando parte de esto. He estado cómoda toda mi vida, y dejar todo atrás significa tener que empezar de nuevo y □ terminó de dar la vuelta en la que estaba para fijarse en mi □ eso es lo que pretendo hacer □ señaló con austeridad. □ por eso estoy

estudiando, por eso quiero llegar lejos, pero □ dejó caer sus hombros como si ya se hubiera rendido □ me persigue a todos lados.

—Y por qué no dejas todo atrás y ya □ pregunté, tratando de quitarle importancia al asunto ofreciéndole la idea más imparcial que se me pudo ocurrir.

—No lo sé, creo que es porque estoy cómoda, supongo.

No sabía qué decir, no era el tipo de cosas en las que tuviera el conocimiento necesario para ofrecerle algún consejo o decirle con honestidad: «te entiendo», porque en realidad no la entendía; todo eso era nuevo para mi tanto como el principio de la economía.

—¿Eso es bueno? □ pregunté, tratando de hacer conversación, tratando de hacer que ella se sintiera mejor explicándome.

Una vez leí que la forma en que una persona puede deshacerse de sus problemas es identificándolos, dándole un nombre; ya hecho eso, puede proceder a resolverlo. Tal vez si le permitía explicarme hasta donde quería hacerlo, podría encontrar ella misma su respuesta.

Se dibujó una sonrisa prácticamente invisible al ojo de Karen al recordar el chiste de los psicólogos y la bombilla. ¿Cuántos psicólogos se necesitan para cambiar una bombilla? Uno, pero la bombilla debe querer cambiar. No sé por qué me vino a la mente ese chiste cuando en realidad estábamos hablando de cosas delicadas, por lo menos para ella; debía ser propio de mi mantener una postura imparcial y demostrarle que le estaba escuchando.

—No lo creo, no es bueno estar cómoda con el crimen, mucho menos si te beneficias de él.

—Pero ¿qué tipo de crímenes comete tu padre? □ no quería parecer una entrometida, no lo he querido parecer desde hace tiempo, pero aproveché ese momento para conocerla mejor.

—Asaltos a bancos, trafico de drogas, asesinatos. Es un hombre sumamente peligroso □ se giró como si quisiera dar me un consejo de vida □ y no debemos meternos con él, eso es lo que he aprendido viviendo a su lado.

Tragué saliva porque me imaginé todas esas cosas que me dijo; no eran algo con lo que pudiera meterme.

—Sí, y quería decírselo a alguien, más nadie lo sabe □ vaciló para luego vociferar □ ¡Nadie! Es decir, nadie, Stefanie □ se acercó a con apremio y me cogió por los hombros □ Nadie, sólo yo y ahora tú. ¿Entiendes?

La miré a los ojos y asentí con movimientos rápido de mi cabeza, nerviosa y un poco asustada.

—Perfecto □ me dijo luego de soltarme como si nada hubiera pasado □ Se siente bien tener alguien con quien hablar.

Embozó una sonrisa y se sentó de nuevo en su cama para cambiar el tópico de nuestra conversación. Creo que lo hizo para calmarme más a mi que a ella misma y se lo agradezco porque me sirvió lo suficiente para superar el impacto de que mi compañera de cuarto era la hija de un criminal peligroso.

Luego de eso, con el tiempo, fui dándome cuenta que Karen tenía cierta cualidad para decir y hacer las cosas que no se evidenciaba en cualquier otra persona. Nuestra amistad fue creciendo rápidamente, ya no había secreto entre las dos; nos contábamos todo. De vez en cuando sentía un poco de celos porque mi vida no era tan emocionante como la de ella, ningunas de mis historias eran interesantes a comparación con las de ella. Pero de todos modos se quedaba escuchando mis relatos cuando era mi turno de hablar.

Poco a poco fuimos entendiendo las cosas como eran, conocimos los detalles de la otra que nos identificaban y nos hacían parecer un par de locas que por naturaleza no podíamos subsistir en el mismo lugar, aunque de laguna forma u otra lo hacíamos porque estábamos a gusto con como éramos. Karen se las arregló para no irse de la universidad mientras la terminase porque convenció a su padre de que regresaría cuando acabara de estudiar, y yo me sentía a gusto porque tendría a mi amiga por más tiempo.

Compartimos todo lo que entre las dos, tomando en cuenta nuestros gustos, podíamos compartir. Hablamos de las cosas que nos interesaban a las dos, lo que le interesaba a solo una de las dos y

de otras que parecían interesantes porque simplemente aparecieron en nuestras vidas. Karen se había vuelto mi mejor amiga y confidente.

Gracias a ella pude terminar de pagar mis estudios porque a pesar de no querer tener contacto con su padre, continuaba disfrutando de su dinero, con la excusa de que lo usaría para hacer cosas buenas a diferencia de lo que podría hacer él con ello. Y eso nos llevó a tener ciertas comodidades que no podíamos ignorar.

Y, todo marchaba de maravilla hasta que días antes de la graduación, en el periodo de tiempo en el que eliges si esperar al acto para recibir tu título o simplemente hacerlo en la oficina del director sin ningún discurso ni fotos para recordar, algo que por algún motivo esta universidad hacía antes y no después que, de cierta forma, ahora que lo pienso, me parece muy conveniente; Karen se apresuró a mi con esa mirada en sus ojos que aprendí a identificar cuando tomaba una decisión importante a la que le dedicaba su vida.

—Necesito desaparecer □ dijo, cogiéndome por los hombros □ Necesitamos irnos de aquí pronto.

—¿A qué te refieres? □ le dije, un poco asustada porque creí que se trataba de algo terrible.

—Irnos, tomar nuestros títulos e irnos de aquí, desaparecer del radar de mi padre.

No pude evitar mostrar mi descontento al entender lo que ella quería decirme. Me había comentado con anterioridad que no quería asistir al acto de graduación a pesar de que le expresé que eso era lo que yo quería: realizar aquel acto para tener un lindo recuerdo, a lo que su respuesta era

—Eso no tiene ningún gran significado. Prácticamente estás graduada, al cabo que ni nos gustan ninguna de esas personas.

—Porque quiero tener un lindo recuerdo.

—¿Y el recuerdo de todos estos años trabajando y esforzándote para conseguir las mejores notas? ¿Ah? ¿Eso no es importante? Vamos, no seas cursi, eso no es para tanto.

—Pero yo quiero hacerlo, ¿por qué tú no quieres hacerlo?

Mi pregunta siempre marcaba el final de la conversación, presumía que tenía un motivo importante pero no me lo dijo, hasta ese día en el que se acercó a mi para decirme que nos fuéramos.

—Necesito irme, mi padre quiere que regrese y yo no quiero regresar, Stef, no quiero.

—Pero le dijiste que lo ibas a hacer cuando terminaras la universidad.

—Y fue una mentira. Nunca he querido regresar y tú lo sabes.

No podía negarlo, nadie que pensara como ella querría volver a ese mundo oscuro al que pertenecía su padre, además de que no era mi obligación juzgarla ni tenía el derecho de hacerlo.

—Sí... □ dije, resignándome y apartando mis ojos de los suyos a pesar de que la tenía lo suficientemente cerca de mi como para besarnos.

—Necesitamos irnos □ Dijo Karen, soltándome y dándose la vuelta para comenzar a recoger sus cosas.

Estábamos en la que se convertiría en el recuerdo de nuestra habitación para pasar a ser el cuarto de alguien más.

—¿Pero por qué no podemos esperar a la graduación?

—Porque mi padre ya sabe cuando será y estará esperándome a que me entreguen mi título para que me vaya con él.

—Ya te he dicho, Karen, no eres una niña, puedes hacer lo que quieras, eres una adulta.

—Sí, pero él no entiende eso. Él quiere que me quede a su lado porque tiene muchos enemigos y □ comenzó a mover la mano dibujando círculos con su muñeca y a balbucear. □ blah, blah.

—Aja, ¿y no crees que sea verdad? □ le pregunté, inmóvil, viendo cómo metía todas sus cosas en varias maletas con desesperación.

Era tonto verla hacerlo porque se supone que debíamos haber empacado con dos semanas de anticipación, no unos cuantos días.

—Claro que es verdad, pero yo no tengo nada que ver con sus suciedades. Ese es su problema, cree que debo heredar «sus problemas» □ dibujó unas comillas con ambas manos.

Dejé escapar un suspiro y me senté en mi cama para verla con mayor comodidad.

—Y ¿por qué tengo que ir yo contigo?

—Porque eres mi mejor amiga y te quiero a mi lado.

Se detuvo, se irguió y se dio la vuelta para verme con la mirada perdida y el rostro impávido, como si acabase de tener una epifanía.

—A menos que no quieras ir conmigo.

De nuevo dejé escapar un suspiro.

—No es que no quiera ir contigo a donde sea que quieras ir tú □ le dije, cruzando los brazos □ pero yo quiero hacer mi acto de graduación y sabes que es verdad.

Karen se acercó a mi para sentarse a mi lado y me rodeó con su brazo derecho aproximándose a ella. Y comenzó a hablar contemplando la pared de su lado de la habitación completamente blanca como si se tratara de una ventana.

—Podemos ir para donde queramos ir; hacer lo que queramos hacer. Tenemos todo el dinero que mi padre me ha estado dando por estos años □ me miró a los ojos □ porque mi dinero es tu dinero, eres mi mejor amiga, podemos hacer lo que sea. □ de nuevo se enfocó en la pared □ conseguiremos un buen lugar para vivir y tendremos todo lo que queramos, a quienes queramos, tendrás sexo con las mujeres que te de la gana, tal vez nos casemos con el amor de nuestras vidas, tal vez podamos montar nuestra propia empresa y hacer nuestro dinero de una forma limpia y justa. □ Extendió su mano izquierda con la palma abierta y la pasó en frente de nosotras como si limpiara una ventana imaginaria □ el cielo es el limite. ¿Qué dices? □ preguntó mientras me veía con una sonrisa en el rostro.

—No lo sé... es que...

—¿Qué? ¿La graduación? □ me preguntó por enésima vez, evidentemente hastiada por mi insistencia en ir a la graduación □  
¿No ves que no podemos ir?

Se levantó y colocó ambas manos en su cintura con austeridad, mirándome tal cual lo hace una madre que está a punto de reprender a sus hijos.

—Tu eres quien no quiere ir, puedo recibir mi diploma y luego de eso irnos. No tienes que ir.

—No es una mala idea □ dijo, cambiando su semblante por uno más comprensivo □ no es necesario que tu faltes...

Se llevó la mano a la barbilla y comenzó a balbucear unas palabras. De las cuales sólo pude entender:

—No tiene que... él estará esperándome a mi... pero si...

Se encontraba dando vueltas, tratando de pensar y mareándome con su misterio y sus movimientos circulares. Quería saber en qué estaba pensando porque de alguna forma u otra su decisión me afectaba.

Era mi mejor amiga, tendría mi apoyo en lo que decidiera hacer de la misma forma en que ella me ha apoyado en todo: en mi colegiatura, en mi orientación sexual, en mis problemas personales, en resolver mis problemas con parejas... ella siempre ha estado a mi lado desde que la conozco, así que, no podía simplemente abandonarla en este momento, no cuando más me necesitaba.

—Creo que no vas a poder ir □ dijo de repente, apenada por sus palabras y consiente de que eso me hacía sentir mal.

—¿Cómo que no voy a poder ir? Es tú padre, no el mío. □ Vociferé, convencida de que no correría ningún peligro.

No podía simplemente decirme que debía faltar, así como así; desde mi punto de vista, no tenía sentido tener que simplemente marcharme con el título en mano dejando atrás el acto con el que tanto tiempo soñé mientras me quemaba las cejas estudiando.

—Porque mi padre te conoce y, si te ve, va a querer que le digas en donde estoy, y no te dejará tranquila hasta averiguarlo.

—Oh...

—Sí, y si llega a verte... no podemos permitir que te vea, sería malo para las dos.

Karen parecía tener un punto y yo nada con lo que defenderme. No habíamos terminado de discutir cuando ya se había dejado en claro que no íbamos a ir a la graduación bajo ninguna circunstancia porque sería sumamente complicado escaparse de las narices de su padre. Discutimos un rato más acerca de lo que haríamos y las cosas que deberíamos hacer para poder marcharnos sin ser vistas; cogimos nuestros títulos y dejamos todo atrás.

El aventurarme con todo aquello para complacer a Karen resultaba un cambio de planes para mi; quería buscar un trabajo de inmediato, especializarme en una de las muchas cosas que podría hacer con mi nuevo título universitario y comenzar a hacer una vida; conocer a una mujer atractiva, agradable y que supiera hacerme feliz... pero, con la buena idea de mi amiga, significaba que debía tener un receso de ello para ayudarla en lo suyo. Quien me lea podría creer que lo estoy tomando como algo molesto, cuando en realidad lo hago más porque me gusta que por que sea un fastidio para mi.

Se podría decir que estaba a gusto con lo que hacía ya que por un tiempo hicimos de todo tipo de cosas que ejemplificaban exactamente la vida de una persona los recursos necesarios para no tener que trabajar en toda su vida.

De vez en cuando sentía que había perdido el sentido de lo que quería, de lo que realmente necesitaba como mujer, pero, no podía negarme a ese divertido mundo en el que Karen me había sumergido. Aunque, de todos modos, siento que estoy obligando a quien me lea a mal interpretar la situación.

Para ser honesta, lo que hicimos luego de marcharnos al anonimato para que el padre de Karen no nos encontrase a pesar de que estábamos usando su dinero para hacer donativos y disfrutar de la vida, es solo un sutil resumen de lo que significó nuestra vida por los siguientes seis meses.

Resultado ser un receso de la realidad que nos obligó a ver el mundo tan rápido que parecía que las cosas nunca iban a cambiar, que siempre estaríamos en el mismo plan: ir de país en país, amanecer en hoteles, acostarnos con personas que no conociéramos, comer de los más excéntricos y deliciosos platillos que se nos pudieran ofrecer y tratar de ignorar la existencia.

Estábamos tan sumidas en todo eso que cuando todo cambió, fue como una bofetada. No pasó tan rápido, no es como que no fuera posible prevenirlo, pero, cuando empezó, parecía ser eso mismo de lo que nos habíamos acostumbrado por tantos meses.

Era tan peculiar, tan normal, que no vimos la relación entre los hechos. Era algo completamente diferente, algo de lo que nunca escuchamos y, mis amigos, esa es la primera señal de que algo está a punto de cambiar tu vida.

—¡Stefanie, Stef! ¿Dónde demonios estás?

Preguntó Karen, mientras me bañaba en el cuarto de hotel. Era un 21 de noviembre, lo recuerdo porque estaba haciendo frío y necesitaba darme un baño caliente cuanto antes. Mi amiga había bajado a no sé dónde a hacer no sé qué. Era algo confuso, habíamos tomado demasiado la noche anterior así que no tenía idea de lo que estaba sucediendo. Una taza de café, un baño y unas aspirinas después, todo se sentía más claro.

Cerré la llave de la ducha para poder escuchar mejor

—¿Karen? ¿Eres tú? □ Pregunté, pensando que no había forma alguna que se tratara de otra persona.

—¿Dónde estás?

—Estoy en el baño.

Aun no identificaba su voz, así que me pareció un poco arriesgado invitar a un completo extraño a que me viera desnuda.

—Acabo de descubrir algo asombroso.

—¿Qué? □ dije corriendo la puerta de la ducha. □ ¿Qué pasa?

—Descubrí algo totalmente asombroso, no sé como nunca escuchamos de eso.

Durante la siguiente conversación, salí de la ducha, cogí mi toalla para secarme el cabello esperando a escuchar la reveladora noticia de mi amiga, todo eso mientras estaba todavía desnuda.

Karen se veía completamente entusiasmada por el asunto como si se tratara de algo completamente diferente que nadie nunca había escuchado, visto o tal vez pensado. Para ser honesta, era una especie de cliché tan grande que la mera mención del asunto sonaba más a chiste que a realidad, tomando en cuenta que de cierta forma resultaba ser lo más coherente que podías haber escuchado en tu vida.

—Hay un club completamente dedicado a los millonarios.

Se los dije.

### Un Club Secreto

Al principio me apreció eso, un chiste, pero luego, mientras le escuchaba contarme al respecto, las cosas comenzaron a parecer un poco más cuerda a pesar de que ella no se estaba explicando con claridad.

—¿Qué? ¿Cómo así? ¿cómo lo sabes?

—Estaba en el bufete, eligiendo la comida desayunaríamos cuando de pronto, dos personas extrañas comenzaron a hablar como si yo no estuviera ahí. Prácticamente me ignoraron.

—¿Qué tan cerca estabas de ellos?

—Lo suficiente, de hecho, creo que hasta pude oler sus perfumes, pero estaba concentrada en mi comida, al principio □ aclaró, sentándose en el inodoro.

—Bueno...

—Era extraño, porque realmente no me importaba lo que estaban hablando, de hecho, creo que me preguntaron algo, pero yo estaba tratando de pensar en deshacerme de la resaca.

—¿Cómo así?

—Bueno no sé como empezar, pero...

Como ya les había dicho, tanto Karen y yo, habíamos estado tomando la noche anterior, así que, durante las primeras horas de la mañana, luego de quedarnos dormidas viendo una película de Harry Potter que estaban dando en la televisión, las cosas se sentían un poco borrosas. Creo que estábamos bajo las influencias de una que otra droga, no lo recuerdo bien, pero lo que sucedió con ella, es lo que intento contarles.

—Bueno, como te decía, los dos hombres estaban hablando, no sé de qué, no sé desde cuando, lo que importa es lo que dijeron después.

—¿Después de qué?

—De que se me cayera la ciruela ultima ciruela que había conseguido en la mesa de frutas. No quería desperdiciarla así que me agaché para coger otra.

—¿Qué tiene eso que ver? □ Dije mientras me secaba detrás de las orejas □ ¿Seguro no te lo imaginaste? Creo que aun no se nos pasa el efecto de...

—¡No! □ vociferó □ Te estoy diciendo que es verdad, sé lo que escuché, no estoy loca.

—Eso lo podemos poner en duda □ bromee.

—Cállate, no. Escucha □ suplicó.

Karen parecía realmente convencida de ello así que no tuve otra que tomar una postura madura para escucharla.

—Está bien, sigue contando.

Me recosté de la mesa en donde se encontraba el lavamanos para escuchar mejor a mi mejor amiga (vaya juego de palabras).

—Luego de que se cayó la ciruela, me agaché para recogerla; l que cualquier persona haría □ dijo como si fuera muy normal □ y me metí debajo de la mesa, fue ahí en donde los escuché.

—¿Espiaсте a esos dos hombres? ¿Cómo sabes que no estaban burlándose de ti o algo por el estilo?

—Primero, porque es tonto pensar eso, ¿qué te sucede? Y segundo, porque cuando me acerqué a ellos debajo de la mesa porque la ciruela había rodado hasta donde se encontraban, los escuché decir □ y cambiando su tono de voz por aquel que ella suponía que sonaba una persona adulta □ ¿Ya se fue? Lo que me hizo entender de inmediato que estaban hablando de mi.

—Es un poco apresurado pensar en eso.

—Sí, el caso es que continué escuchando porque eso me llamó la atención.

—Te escucho.

Me quité la toalla que había colocado en mi cabeza para secar mi cabello y la dejé a un lado. Todavía me encontraba desnuda así que

el calor comenzó a abandonar mi cuerpo.

—Estaban hablando de algo sobre un club, no era algo tan específico como «oye, estamos en un club secreto de millonarios»

—Dudo que hayan dicho eso □ dije mientras me acercaba a las batas de baño que estaban guindadas al lado de la puerta.

—Claro que no lo hicieron, fue más a: ¿Ya pagaste la membresía?, dijo uno de los dos, no sé cual, el caso es que continuaron: Estaba tratando de preguntarte, pero no nos dejaban solos. Dijo el mismo hombre porque se escuchaba igual.

Me coloqué la bata y me puse en el mismo lugar en el que estaba mientras le escuchaba hablar.

—Ya va, espera un momento, me estás confundiendo un poco.

—Calma, ya llegaré al punto.

—Eso espero □ dije, cruzando los brazos.

—Bueno, el hombre continuó hablando de unas tonterías acerca de su empresa que ignoré mientras me comía mi ciruela bajo la mesa.

—Ok □ dije alargando esa única sílaba, preocupada por lo que solía hacer mi amiga cuando estaba bajo los efectos de narcóticos.

—Creo que se pusieron a hablar de eso porque alguien se les acercó. El caso es que luego de que cambiaron de tema, lo volvieron a mencionar.

—¿Qué cosa?

—Si no me interrumpes te puedo decir

—Está bien.

—Al club. El club de los millonarios

—Espérate un momento □ dije deteniéndola.

—¿Qué?

—A todas estas, ¿trajiste algo de comer? □ pregunté irguiéndome y acercándome un poco a la puerta del baño, el cual comenzaba a sentirse frío y húmedo.

—Sí, está en la cama.

—Perfecto.

Salí del baño y me acerqué a las camas que estaban en la otra parte de aquel enorme cuarto de hotel.

—¿Le llamaron así? ¿Específicamente dijeron esas cinco palabras?  
□ dije, tomando el plato que tenía una extraña selección de comida dulce.

Una cuantas donas acompañadas de otras frutas, para mencionar unas cuantas.

—No, ¿qué te sucede? No, nada que ver. Lo que dijeron fue algo así tipo: □ cambió su tono de voz por el de un hombre que se escucha mucho como una mujer □ Sí, pero sigo diciendo que cien millones de dólares sólo para mantener nuestro lugar es una ridiculez. Dijo el otro tipo. A lo que el primero le respondió: no te preocupes, eso es nada comparado con lo que tiene que pagar Arturo, de todos modos, no es como que nos haga falta.

Karen continuaba cambiando las voces de sus personajes que hasta el momento me parecían imaginarios.

—Creo que te estás acordando de muchos detalles a la vez, ¿segura que no te los imaginaste?

—No, no me acuerdo de todo, estoy parafraseando, hablaron de unas cosas de tiempo, de que pagan algo más que otro, etcétera y etcétera. Sus palabras eran más pretenciosas y poco específicas, estuve un buen rato debajo de esa puta mesa.

—Vaya, ya me lo puedo imaginar.

Me la imaginé sentada con las piernas cruzadas y la cabeza baja masticando la ciruela que había recogido del suelo.

—Bueno, los tipos seguían sirviéndose sus platos, creo que lo hacían para pasar desapercibidos porque nadie se podía quedar tanto tiempo frente a la mesa sin llenar más de un plato. Lo sé, yo lo hice y llené cuatro.

—Aja, no te pierdas, continua □ la apresuré moviendo mi mano en círculos.

Me llevé la segunda dona a la boca pasando la horrible hambre que me estaba molestando y no tenía ni idea que tenía. Karen le dio un mordisco a su croissant y continuó con su relato.

—Sí, tienes razón. Luego de eso continuaron hablando sobre esa extraña membresía de cien millones de dólares.

—¿Entonces sí eran cien millones de dólares?

—Sí, no hay forma de que olvide esa absurda cantidad de dinero, es precisamente lo que me obligó a quedarme bajo la mesa para seguir escuchando.

Se veía perdida y contenta de haber hecho lo que hizo. Era extraño que una mujer adulta de su edad se sintiera a gusto luego de haberse sentado en el suelo debajo de una mesa para comerse una ciruela y espiar a dos extraños sin, tomando en cuenta ciertos aspectos importantes, razón aparente.

—Pienso que debemos dejar de drogarnos.

—Eso es lo de menos.

Le quitó importancia al asunto que acababa de plantear y le dio otro mordisco a su croissant.

—Pero llega al punto, estás divagando.

—Sí, sí, eso es lo que intento □ vacilé □ Los tipos no dijeron nada acerca de un club secreto, pero la forma en que hablaban me daba a entender que nadie podía saber al respecto. El asunto es que los tipos terminaron diciendo la parte más importante y que, a mi parecer, resultaba ser el pináculo de un club secreto, y lo primero que no debes hacer: decir en donde sería la siguiente reunión.

—Parece un poco extraño si lo dices de ese modo.

—Lo sé, eso es lo que pienso.

Estábamos seguras de que todo lo que giraba en torno a aquel asunto era una simple mentira. Tal vez ella había mal interpretado el asunto, tal vez todo a ello era falso y las cosas que habían dicho aquellos dos extraños estaban siendo alguna especie de mala broma, una conversación que se había salido de contexto o que mi querida amiga no había entendido a la perfección. Cualquier cosa

podría ser el desenlace de aquel evento, pero, para lo que recuerdo, estábamos completamente perdidas y necesitadas de una aventura interesante.

De cierta forma, eso era lo que nos había llevado hasta aquel lugar. Puede que no lo haya expresado, pero, luego de siete meses sin hacer más que ir de país en país, ayudar a una que otra persona y disfrutar de todos los lujos del crimen que Karen había heredado y no aceptaba, nos había demostrado que las cosas tenían un límite de entretenimiento, que nada podría satisfacernos para siempre sin que nos hiciéramos cínicas e insoportables. Sí, creo que es algo que debí haber mencionado con anterioridad, pero, es un relato corto, creo que es el momento justo para decirlo, además, es muy útil para continuar con el relato.

Es bueno que sepan que las cosas están presentadas en el orden en que las recuerdo y no necesariamente en el que han sucedido. Por ejemplo, el no haber mencionado que éramos sexualmente activas, cosa que me parece innecesaria en ciertas formas pero que es tan natural para el ser humano que es, de hecho, uno de sus principios más básicos, aunque no es como que voy a llenar este relato con todas las experiencias sexuales que tuvimos con cada uno de los habitantes de cada país que visitábamos. Las dos tenemos gustos diferentes en cuanto a las personas con las que preferimos compartir nuestras vidas, pero, eso no nos detenía de disfrutar la una de la otra.

También es algo que ignoré porque no es importante, pero pienso que para que puedan familiarizarse más con nosotras, es importante que sepan todo aquello que pueda referirse a Karen y a mi.

Luego de que terminamos de desayunar aquella peculiar selección de alimentos que había llevado Karen, nos dedicamos a descansar y pasar la resaca de una noche que todavía nos estaba pasando factura, aunque nuestra mente estaba puesta en saber si aquel club de millonarios en realidad existía. Por lo pronto, podría ser sólo el efecto de las drogas o algo que nos ofrecería una extraña e interesante aventura.

Con Karen, las cosas siempre han sido así. Nuestra vida juntas me ha demostrado que nunca puedo dejar de esperar cualquier cosa de ella porque la incertidumbre de lo desconocido es lo que les da sabor a nuestras vidas.

Luego de que dejamos de tener secretos, ella me introdujo a un mundo en el que no creía que podría entrar; a parte del hecho de que esa exclusividad se la había ganado por aquello por lo que estábamos en aquel hotel en primer lugar, no puedo evitar decir que las reuniones, los viajes, la primera clase no habrían aparecido en mi vida sino hasta que por fin pudiera hacerme con mi propio dinero. Pero, eso es algo que, al momento de estar con ella, ni siquiera había pensado.

Cuando los efectos de las drogas habían pasado, decidimos buscar a aquellos dos hombres que Karen había espiado. Si no conseguíamos el lugar en donde habían dicho que se encontraban porque aquella ciudad era prácticamente un misterio para nosotras, todo confuso, todo extraño.

—¿Son esos los dos hombres que escuchaste hablar? □ le pregunté mientras estábamos sentadas en el comedor del hotel.

Teníamos la idea de que tal vez si nos quedábamos en el lugar en donde ocurrieron los hechos, podríamos encontrarnos con aquellos dos amables señores que nos dirían todo lo que queríamos saber. De alguna forma, me parecía como la trama de una película mala, tal vez de esas que nadie quiere ver, de bajo presupuesto y con unas cuantas palabras en el guión. Peor no podía hacer nada, eran los hechos de algo que extrañamente estaba sucediendo.

—Creo que sí.

Dijo Karen mirando con atención a los dos hombres vestidos de un muy elegante traje. Tenía sentido que fueran millonarios, pero no era precisamente un estereotipo poco común en aquel lugar. El hotel era lo suficientemente costoso como para hospedar a ese tipo de personas.

—¿A caso los recuerdas?

—No mucho, pero creo que sí son ellos, se parecen bastante.

—¿Eso crees?

—Sí.

Este es el momento en la película en la que de repente aparece un montaje desagradable de todo lo que nuestros personajes hacen. Es decir, un resumen. Me tocaría resumir lo que hicimos porque esa parte de nuestra aventura fue bastante aburrida para mí: quedarme sentada esperando que dos personas que probablemente no existían aparecieran ante nosotras para darnos una información que posiblemente fuera falsa o irreal.

Duramos en ese lugar aproximadamente unas tres horas, ordenando platillos diversos que, si bien eran muy deliciosos, no podían amainar el amargo sabor de la espera, de la incertidumbre ni de la duda.

Pasamos del comedero al lobby y del lobby al comedor en el tiempo en que los cocineros comenzaron a rehusarse a darnos servicio después de una hora esperando, normalmente se quedan, pero nosotras sólo estábamos pidiendo tragos, así que o nos íbamos al bar o nos esperábamos a que volvieran a abrir la cocina. Era un hotel bastante exigente, para ser honesta.

Pero, luego de una aburrida y prácticamente eterna espera, Karen y yo nos encontramos con quienes habían hablado acerca de ese extraño club.

—Son ellos □ dijo Karen bajando la voz y jalándome por la manga de la camisa.

—¿Dónde? □ pregunté buscándolos con la mirada; había muchos hombres para poder saber quienes eran.

—No te los voy a señalar, se verá raro.

—¿Entonces?

—Son esos que están al lado de la mujer que tiene la maleta rosada con unos tacones desagradable.

—¿Los tacones estampados de rosas?

—Sí, los de diferentes colores.

—Ya veo.

—¿Quién demonios sale a la calle con esos tacones? El dinero hace cosas horribles con las personas.

—Bueno, bueno. ¿Qué están haciendo?

—¿Los tacones? No lo sé, arruinando su vida.

Me giré para verla con severidad, colocando mis manos sobre mi cintura, así como hacen las personas cuando reprenden a sus hijos para parecer más serios.

—Los dos hombres raros que quieres interrogar.

—Están hablando de algo

—Necesitamos saber de qué están hablando para saber si en realidad existe ese tonto club.

—Vamos a averiguarlo.

Karen adelantó el paso y comenzó a caminar hacia ellos

—Espera, no, así no □ Le dije cuando advertí cual sería su plan, uno que no me parecía precisamente el mejor.

—Ya verás.

Se aproximó a los hombres extraños como si estuviera dispuesta a seducirlos. No estábamos vestidas de la mejor forma, no parecíamos más que las hijas adolescentes de algún hombre importante de negocios que estaban pasando su tiempo en el lugar, vacacionando tal vez o algo por el estilo, y a menos que le gustaran las mujeres jóvenes de copa treinta y cuatro c, con el cabello negro y de un metro sesenta, entonces había posibilidades de que nos dijeran algo.

Aunque, eran dos, y conociendo a Karen, algo que no me gustaría probablemente sucedería. No tuve otra opción que seguirla, estar a su lado para juzgar por mi misma si en realidad no era mentira lo que ella había escuchado.

—Oh, Stefanie, que bueno que te acercaste □ dijo con un animo comprometedor cuando me aproximé a ellos tres.

—Sí. Que bueno □ dije con cierto desagrado, su forma de anunciar mi nombre a dos extraños.

—Daniel y Daniel, ella es Stefanie, mi mejor amiga.

—¿Los dos se llaman Daniel? □ pregunté.

—Mi nombre es Daniel Herrera □ dijo el de la derecha.

Se veía un poco mayor, tal vez de unos treinta años o algo así. No estaba segura porque su porte era de alguien que había estado seguro de si mismo toda su vida.

—Y mi nombre es Daniel Hernández. □ Dijo el de la izquierda.

—¿Qué coincidencia verdad? □ dijo Karen como si fuera gran cosa, para luego reírse pareciendo una niña tonta.

—No mucho, Daniel es un nombre muy común...

Karen era pésima coqueteando, aunque, se le atribuía cierta ventaja por su físico que ni siquiera yo podía dejar pasar. Es una mujer extremadamente atractiva, no cabe duda de ello, y cuando vi cómo aquellos dos hombres la veían, supuse que ellos tampoco lo dudaban.

—Es verdad □ dijo Herrera. □ No es gran cosa de todos modos.

—No vale, claro que sí, son dos Daniel que hablan el mismo idioma que se encuentran en el mismo hotel que yo. □ Colocó su mano sobre el pecho de Daniel, invadiendo su espacio personal □ si me pregunta, eso es maravilloso.

Herrera soltó una sutil carcajada sin abrir muchos sus labios mientras que tocaba la mano de mi amiga en su pecho. Era como que la estaba invitando a seguir haciéndolo, era desagradable.

—¿Y por qué es maravilloso? □ preguntó Hernández.

—Porque nosotras dos también hablamos el mismo idioma, nos encontramos en este lugar y tenemos el mismo nombre.

De inmediato me giré para verla. Claramente no teníamos el mismo nombre, inclusive, me presentó como Stefanie y estaba segura que se presentó a si misma como Karen, así que, no había razón alguna para decir tal estupidez.

—Mi nombre es Karen Stefanie y el de ella Stefanie Karen □ dijo Karen con tal naturaleza que inclusive el desagradable choque en la unión de nuestros nombres pasaba desapercibida.

Al escucharla, me di cuenta que me había equivocado, al parecer si era posible que existiese una razón para que esa estupidez se formara.

—Pues eso si que es una coincidencia. □ dijo Herrera □ digo, maravilloso.

—No, no, claro que es una coincidencia. Que los cuatros nos encontremos aquí, compartamos semejanza. Tal vez sea una señal y debemos compartir este día para conocernos mejor □ propuso Karen, golpeándome con el codo como si por tener el mismo nombre deberíamos estar pensando lo mismo.

—Claro, pienso que sería una buena idea □ dije.

—Entonces, ¿no quieren acompañarnos a nuestra habitación? □ preguntó Herrera.

En ese momento miré a Karen para saber cual sería nuestro próximo movimiento, es decir, ahora nos habían confundido con dos prostitutas (es un poco exagerado) o peor, con dos mujeres fáciles de las que se podrían aprovechar. Era un tanto degradante, y podría culpar al hetero-patriarcado por ello, pero la verdad, el suponer que podríamos conseguirlo es más nuestra culpa que de ellos, ellos sólo resultaron ser la víctima de los deseos egoísta de mi amiga heterosexual.

Postdata: estoy siendo sarcástica, no porque sea lesbiana quiere decir que soy activista, sólo tengo sentido común y, lo que estábamos a punto de hacer era degradante para cualquier genero o idiosincrasia, tal vez no para una prostituta que ame su trabajo, pero no es propio decir que lo sé porque realmente nunca he incursionado demasiado en el mundo de la prostitución como para saberlo; el asunto es que la mirada de Karen me dijo todo lo que tenía que saber.

—Sería maravilloso, estaba a punto de decir lo mismo. ¿no es gracioso?

Karen se reía y comportaba de tal forma que me parecía molesto tener que hacer lo mismo. Es decir, éramos amigas, si ella brincaba hacía un precipicio yo la seguiría sin pensarlo a pesar de que su cuerpo pudiera amortiguar mi caída, no importa, si he de hacer algo, lo haré a su lado. Fue precisamente ese mismo principio lo que me llevó a enredarme en todo eso.

—¿Qué dices Stef? ¿Te apuntas?

Sabía que no tenía ninguna otra opción, estaba un poco interesada, ya no quería dejarlo pasar. Así que dejé escapar un suspiro de resignación al darme cuenta de lo que estaba a punto de decir, y respondí basándome en mis impulsos de curiosidad.

—Me parece perfecto □ respondí con una sonrisa tonta, de esas que estaba haciendo Karen para seducir a los dos millonarios.

Seguían siendo dos Daniel y nosotras dos Karen, o Stefanie, o lo que fuera. Lo importante era que, de alguna forma u otra, Karen se las había arreglado para enredarme con un desconocido para poder satisfacer su deseo de pertenecer a un club secreto de millonarios. Al principio era ajena a sus razones, pero, cuando todo nos llevó a ese lugar que al parecer si existía, (a pesar que causa y efecto no estuvieran relacionados), vi que no fue tan mala idea después de todo.

Los acompañamos hasta su habitación, la cual, por otro golpe de la casualidad, estaban compartiendo, cosa que me pareció absurda para dos personas que podían pagar cien millones de dólares sólo para mantener su lugar en un club, suponiendo que fuera verdad.

—Bienvenidas a nuestra habitación □ dijo Hernández.

—Es enorme □ dijo Karen sorprendida

Sí era enorme.

—¿En dónde se están hospedando ustedes?

—En una sencilla, no teníamos pensado quedarnos tanto tiempo aquí, nuestro plan era hacer varios viajes por Europa.

—Parece algo costoso.

—No nos molesta, tenemos suficiente dinero.

No quise decir nada, sólo sonreír y asentir porque las tonterías que estaba diciendo Karen parecían tener un poco de sentido.

—Vaya □ Herrera se desabotonó el saco para quitárselo y colocarlo en el respaldo de uno de los sofás que estaban en frente de la sala de su habitación.

Creo que era la suite presidencial, no es por lo costosa sino por el símbolo de estatus que eso representa. Nosotras podíamos hospedarnos ahí, pero no teníamos ningún motivo para hacerlo. Estaba un poco incomoda al estar ahí, la forma en que aquellos dos hombres evidentemente pensaban en nosotras, me hacía sentir usada, de tal manera, que mi descontento se evidenciaba en mi semblante.

—Sonríe un poco □ dijo Karen □ Tenemos que parecer interesantes para los dos caballeros

Me había apartado mientras ellos buscaban unos tragos para nosotras. Ya estaba suponiendo lo que ellos querían que hiciéramos.

—Es que no me gusta...

—No te preocupes, no nos harán nada, se ven como dos personas respetables.

—¿Y si son unos fetichistas? ¿Si nos quieren quitar los órganos?

—Nadie que tenga para pagar cien millones de dólares para que no lo saquen de un club de hombres ricos va a querer unos órganos usados.

—Karen □ exclamé entre murmullos □ todos los órganos son usados.

—Solo olvídale. Tengo todo bajo control.

La mire con una expresión de «en serio» porque no había forma en que lo tuviera todo bajo control.

—Acabamos de conocer a esos hombres, ¿cómo vas a tener todo bajo control?

—Lo estuve pensando todo mientras esperábamos, no te preocupes, esto será pan comido.

No sabía cuales eran sus intenciones ni su plan. Karen me miraba con entusiasmo, con el brillo de un niño emocionado ante los regalos debajo del árbol de navidad. No podía decirle que no, nunca le he dicho que no a ella, no sé si es porque quiero mantener nuestra amistad o siempre estoy tratando de buscar nuevas emociones. El caso es que no pude resistirme a sus encantos tampoco en ese momento.

—¿Qué tienes en mente?

—Tú sólo actúa como una mujer heterosexual que quiere acostarse con ellos y yo haré el resto.

¿Cuál es mi papel en todo esto? Ofréceme un contexto. ¿Soy una tonta? ¿Soy hija de un millonario? ¿Soy tu amiga pobre?

—Se sexy. Eso es lo que importa.

No estaba a gusto con la idea de tener que encontrarnos con dos desconocidos para poder conseguir información, es decir, de cierta forma, es de espías el manipular a las personas para poder obtener lo que se necesita para el bien de la misión; sólo había un problema y era que nosotras no éramos espías, no necesitábamos esa información ni estábamos haciendo nada útil con lo que teníamos en mente.

—Entonces me dicen que tienen dinero □ preguntó Daniel.

Habían pasado horas de conversación aburrida, de miradas traviesas y sonrisas ridículas que tenían el fin de seducir.

—¿Y por qué quieres saber? □ preguntó Karen con una voz pausada, una sonrisa traviesa mientras jugaba con la pajita de su vaso.

Ella odiaba tomar licor con esas cosas, pero de alguna forma el confería cierta ternura y sensualidad el hablar con eso en la boca, hacerlo mover con la lengua y menear su bebida mientras miraba fijamente a uno de los dos Daniel.

—Sí, ¿Por qué quieres saber? □ preguntó Hernández.

Mi posición era imparcial, no había motivos para decir ninguna cosa, estaba callada, tomando de mi Martini hecho por Daniel Herrera mientras estaba sentada en uno de los sofás con las piernas sobre el regazo de Daniel Hernández. Sí, estaba tratando de ser lo más imparcial posible.

En ese momento, Herrera miró a Hernández con cierta complicidad.

—Pues porque quiero invitarlas a un lugar.

—¿Y eso que tiene que ver? □ pregunté yo.

Karen y yo nos miramos de reojo, sin estar de acuerdo, entendiendo a la perfección lo que eso podría significar. Hernández aclaró su garganta luego de dar un corto sorbo de su Martini como si hubiéramos sacado un tema delicado.

—Lo que él trata de decir □ dijo Hernández bajando mis piernas de su regazo y levantándose □ es que quiere invitarlas a un lugar cuya entrada es paga, y, no podemos ofrecernos para darles entrada.

—¿Cómo así? ¿Es un lugar exclusivo? ¿Es un bar? Porque aquí en el mini bar hay suficientes para toda la noche □ dijo Karen, fingiendo estar desentendida.

Poco a poco fui entendiendo sus intenciones.

—No, no es un bar □ dijo Herrera suponiendo que lo dicho por Karen era por su inocencia. □ Es un club, y nos gustaría que nos acompañasen.

—Pero, ¿cómo es eso que hay que pagar para entrar? □ pregunté yo, con una voz tonta como si no entendiera lo que estaba sucediendo.

De una forma u otra sentía que estábamos cruzando los límites de la ridiculez.

—¿Sabes los lugares VIP en los aeropuertos sólo para clientes frecuentes de ciertas líneas y con ciertos ingresos?

—Sí □ dijimos al unísono Karen y yo.

—Bueno, este club es para personas con dinero, y para poder formar parte de él hay que garantizar que realmente se tiene el

dinero para pertenecer. Más que todos billonarios y eso.

—¿Cuánto dinero? ¿Qué hace a una persona billonaria?

—Tener billones e su cuenta de banco.

—Oh, claro... □ dijo Karen.

Estaba estresándome, no lograba contener mi ira por la forma tan ridícula en que ella estaba hablando, no sonaba como una mujer que había sacado su licenciatura en leyes. Era exasperante.

—Entonces □ dije luego de aclarar mi garganta □ ¿Sólo necesitamos tener billones en nuestra cuenta de banco?

—Asegurar que los tienen... □ dijo Herrera, dándole un último y largo trago a su Martini, para luego levantarse. □ pienso que sí podemos ayudarlas a entrar, sólo deben garantizar que tienen el dinero, no que es suyo.

—¿Seguro? □ preguntó Hernández

—Claro □ Repuso Herrera.

Comenzó a caminar en dirección al mini bar que estaba cruzando la habitación, entre los dos escalones que levantaban el pasillo hacía los cuartos y una pared que dividía dos salas de estar. Cuando de repente, se detuvo en seco y succionó el aire entre sus dientes haciendo un sonido desagradable.

—Aunque □ vaciló □ no creo que sea posible □ Herrera se dio la vuelta y advirtió en nosotros tres que lo estábamos viendo hablar □ mejor olvídenlo. Había olvidado un detalle importante.

Yo me giré para ver la respuesta de Hernández, que todavía estaba de pie al lado de la mesa que se encontraba en el medio, entre los dos sofás que conformaban la segunda sala de estar. Miró a su amigo un tanto confundido sin saber qué podría ser un obstáculo para que nosotras dos visitásemos ese club.

—No es sólo que vayan □ se llevó la mano a la barbilla para acariciarse el mentón liso □ es que para poder entrar deberán pagar la entrada, es como un abreboza de cuarenta y tres millones Herrera se acercó al mini bar y cogió la botella de whiskey.

—Y eso □ agregó Herrera □ deberán pagarlo casi que en la entrada, lo que, casi de inmediato □ levantó el vaso de whiskey en el que se iba a servir para señalarnos □ las haría ser parte del club.

—No entiendo □ dijo Karen; no sabía si realmente no estaba entendiendo o todavía se hacía la estúpida.

—Sí, unos miles de dólares en la cuenta no son suficiente □ Continuó Herrera □ estamos hablando de que una vez que entren deben seguir pagando una membresía mensual, dar constancia de su dinero, cosa que va aumentando dependiendo del tiempo, de su ingreso y de su patrimonio neto, etcétera, etcétera, etcétera □ dijo, moviendo la mano haciendo énfasis en los muchos detalles que daba por sentado.

—Oh □ dijo Hernández □ cierto, no es como que no pudiéramos pagarles la entrada y ya □ se fijó en las dos como todo un buen orador □ es que necesitan demostrar que son millonarias en verdad.

En este punto de nuestra aventura me sentí bastante extraña. Adicionado al hecho de que dos desconocidos estaban tocando asuntos importantes con nosotras; dos chicas que acababan de conocer apenas unas horas atrás, sino que lo hacían con tal naturalidad que parecía que eso no era un problema ¡Prácticamente nos dijeron todo lo que queríamos saber! Era tanta la confianza con que lo decían que me obligó a creer que: o no era gran cosa lo de «secreto» en el nombre que precede a ese club; o que eran un par de idiotas.

Me apunté por la segunda. No es como que pertenezcas a un club clandestino de millonarios en donde la membresía para mantenerse cuesta cien millones de dólares y estarás divulgando el asunto por todos lados como algo totalmente normal para la plebe y la clase baja. Definitivamente debían ser un par de idiotas.

Karen no podía contener su alegría, cuando mi mirada se encontró con la suya, embozó una sonrisa que iba marcada con un «te lo dije» y un «¡esto es grandioso!» Esperaba que sólo yo la hubiese

visto, porque se notaba que todo su papel de niña tonta había desaparecido por completo.

—Creo que no deberíamos seguir hablando de esto □ agregó Hernández.

—Sí, no es como que tengan... □ intentó responder Herrera antes de que Karen le interrumpiese.

—¿Cinco billones de dólares en nuestra cuenta de banco? □ dijo Karen como si nada □ ¿Eso sería suficiente?

Hernández estaba tomándose el último sorbo de su Martini cuando Karen habló, inmediatamente escuchó la cifra que, incluso para mí era ridícula aun conociéndola de los últimos años para aquí; escupió en dirección opuesta a nosotras lo que había ingerido en una señal de asombro. Herrera simplemente vociferó su queja.

—¡Qué! □ vociferó Herrera □ ¿tienes cinco billones a tu disposición?

—Sí, eso fue lo último que me dio mi padre.

—¿Quién es tu padre? □ preguntó Herrera.

Karen vaciló.

—No es importante, lo importante es que quiero pertenecer a ese club □ de repente, la mujer tonta que había hablado se fue de la habitación y dio paso a una chica completamente madura. Karen se levantó para seguir hablando □ ¿cuarenta y tres millones por las dos solo para entrar?

—Sí, sólo eso □ dijo Hernández, limpiándose el mentón luego de escupir.

—Oh □ de nuevo, la mujer vacía y unilateral apareció de nuevo □ Entonces ¿nos ayudarían a entrar? □ preguntó con la pose de una niña que suplica de forma adorable para que le den algo.

La evidente diferencia en su comportamiento con el de una niña es que Karen no era una niña y sus movimientos tenían cierta connotación sexual. De hecho, hasta a mí me gustó. En ese instante, aun dudaba de cuáles eran las intenciones de mi amiga, pero, no podía negar de que estaba consiguiendo resultados.

—Yo no tengo problema □ dijo Herrera, concentrándose en servir su vaso □ ¿Y tú, Daniel?

El otro Daniel aclaró su garganta y se giró hacía su amigo.

—Ni yo.

## 4

### La Corte

—Chicas, bienvenidas a La Corte. □ Dijo Herrera, como si se tratara de la fabrica de chocolates de Willy Wonka (aunque de existir, pienso que se sentiría igual).

—Vaya □ dijo Karen, mirando cómo todo se movía de un lugar a otro, extendiéndose y recogándose en un sinfín de personas, lujos, detalles extravagantes y todo tipo de cosas.

En aquel lugar no había límites y nosotras estábamos en el centro del mundo. Éramos la punta de la sociedad y en ese momento nos sentimos en la cima del universo.

—Es increíble □ dije.

Podrán imaginarse mi sorpresa cuando, en menos de unas veinticuatro horas y una noche extraña de sexo con ambos Daniel la cual me ahorraré porque es algo de lo que no me siento orgullosa (ni siquiera tenía ni un año de lesbiana y me dejé convencer de tener relaciones sexuales, no con uno, ¡sino con dos hombres al mismo tiempo!), nos encontrábamos en un lugar que por fuera parecía un basurero, pero por dentro era un establecimiento completamente diferente, lujoso, espectacular, y lleno de cientos de personas sumidas en sus propios problemas viviendo la mejor vida que el dinero les podía pagar.

Ambos Daniel habían quedado en encontrarse con otras personas así que las dos insistimos en que fueran a hacer eso y luego nos encontraríamos si el destino quería que nos volviéramos a ver. Por fortuna, los dos entendieron que aquello que tuvimos era sólo por una noche; ya habíamos entrado al club, ¿qué importaba ya?

—¡Esto es asombroso! □ vociferó Karen, entusiasmada, en lo que ambos Daniel se alejaron lo suficiente.

—¡Sí! □ respondí yo con el mismo nivel de entusiasmo.

—No esperaba que todo fuera real □ hizo una pausa □ es decir, sí tenía mi fe puesta en ello pero □ comenzó a divagar □ ¡Pero esto

es increíble!

—¡Sí! ¡Yo tampoco pensé que fuera real! □ le di otra ojeada a mi alrededor □ ¡Es increíble!

Nuestra reacción exagerada a los hechos, de el entusiasmo de dos jóvenes tomadas de la mano mascullando las palabras y ahogando los gritos de emoción, pasaron fácilmente desapercibidos ante todos aquellos miembros del club. Creo que se debía a que todos estaban seguros de que cualquiera que estuviera ahí era digno de estarlo.

—Creo que es buen momento para decirte: te lo dije. □ dijo Karen.

—Creo que sí □ no me importaba □ estamos hablando de un club exclusivo para millonarios...

—¡Sí!

Las dos nos soltamos de la mano y acomodamos nuestros vestidos. No era nada extravagante, sólo eran un poco casual y un poco elegantes a la vez. Nos habíamos camuflado a la perfección en aquel ambiente, así que sólo nos tocaba disfrutar de nuestra emocionante y muy costosa membresía.

¿Ahora qué? □ pregunté, luego de interiorizar que acababan de gastar ochenta y seis millones de dólares sólo para que pudiéramos entrar y gritar agarradas de la mano.

—Bueno, ya pagamos la entrada y la inscripción a este club. Supongo que debe tener unos beneficios. □ Me miró □ Es como cualquier otro club ¿a poco no?

—Tiene sentido, mi querida amiga.

Comenzamos a caminar, a desplazarnos entre copas de champagne, (y hablo de botellas certificadas por la Appellation d'origine contrôlée, no cualquier vino espumoso), quesos, platillos que de sólo verlo sentía que me estaban succionando el dinero de mi bolsa y todo un sinfín de cosas que nos hicieron entender que prácticamente todas las personas que estaban en ese lugar habían pagado una cantidad exorbitante de dinero, toda esa instalación era un reflejo de la ostentación.

No sólo eran los detalles brillantes, lujosos pero no rozando la locura de ser de oro macizo, sino cosas cómo botellas del más costoso licor, platillos hechos por los mejores chefs del mundo, música de ambiente auspiciada por estrellas de la música de todos los géneros (en ese momento estaba cantando Céline Dion), spas, gimnasios, casinos, orgías, tríos y sexo en general; drogas conciertos privados, presentaciones privadas, habitaciones (lo que nos hizo preguntarnos por qué ambos Daniel estaban hospedándose en un hotel aparte) y ciento de cosas más que no sólo estaban distribuidas en ese enorme lugar, sino en diferentes países y puntos estratégicos. Había desde presidentes hasta actores, de todo tipo de personas se encontraban ahí.

—¿Por dónde empezamos? □ le pregunté a Karen.

—No lo sé, creo que no había pensado qué haríamos después de entrar a este lugar. Acabamos de conocerlo, supongo que no me esperaba que existiera. □ dijo, tomando una copa de champagne que nos habían ofrecido porque no teníamos nada en mano.

—Podríamos tratar de hacernos amigas de alguien, no sé, tal vez podríamos conseguir un buen partido.

—La Corte □ dijo Karen, como si no me hubiera escuchado, hablando más para sí misma que conmigo.

Sonaba a que estaba interiorizando el nombre, analizándolo, saboreándolo como se saborea un tinto o un buen café.

—Sí, ¿qué con eso? □ pregunté, sin entender muy bien qué quería decir con ello.

—¿Por qué le llamarán La Corte?

—No lo sé. Tal vez fue el nombre más extraño que se les ocurrió, □ dije levantando los hombros y sentándome en uno de los muchos sofás que estaban dispuestos a nuestra comodidad.

Aquello era más como una gran sala de fiestas, al poco tiempo nos enteramos que en realidad era eso, un salón de fiestas. El verdadero club, en donde encontrabas las cosas que mencioné más arriba, estaban a unas cuerdas de aquel lugar.

—Es decir, □ Me miró con cierto carácter tenebroso □ La Corte □ dijo con misterio □ es un nombre extraño para un lugar lleno de millonarios, me hace creer que aquí se deciden cosas como la paz mundial, las guerras o la economía en general.

—Bueno, eso explicaría mucho de por qué Putin está hablando con el ministro de Canadá.

—¿Qué? ¿Dónde? □ preguntó Karen buscándolos hacia la dirección en donde yo veía.

—Por allá, entre aquella columna de ahí y Mark Zuckerberg.

—Maldición, ya los vi □ Dijo Karen, asombrada.

Se sentó a mi lado y se quedó viendo en aquella dirección.

—Qué locura, hay muchas personas famosas □ dijo, para luego mirar de nuevo a su alrededor pero esta vez buscando entre las caras más conocidas del cine, la televisión, la política, realeza... de todo.

—Sí, este lugar está comenzando a darme un poco de miedo □ le dije, tomando un sorbo de mi champagne traída directamente de Francia.

—Ni que lo digas □ agregó para luego tomar otro sorbo de su champagne.

Aquella primera noche fue todo un éxito. Conocimos a personas que creíamos que nunca podríamos ver porque estaban en el otro lado del mundo para nosotras, celebridades y personajes de una vida completamente distinta a la nuestra a quienes reconocíamos nada más por películas, anuncios, revistas, noticias y comerciales. Estábamos ridículamente encantadas con aquel lugar; tanto, que se nos había olvidado siquiera qué nos había llevado hasta ahí.

Luego de que todo se acabó, al día siguiente, como a eso del medio día, solicitamos que fueran a buscar nuestras maletas al hotel en donde nos habíamos estado quedando en Inglaterra para que lo llevaran a las instalaciones más cercanas en España ya que Inglaterra sería el último de nuestros destinos turísticos. El club nos ofrecía un avión privado en tres diferentes modalidades, uno para

cada una, uno para ambas o uno en el que el viaje se hiciera en menos de tres horas. Escogimos el segundo y partimos a conocer lo que tenían para ofrecernos.

No estaba segura de lo que nos deparaba el futuro, no en ese momento cuando las cosas parecían ir de maravilla. En lo que llegamos a España, nos recibieron en un hotel cuya ubicación era secreta y exclusiva sólo para aquellos que podían garantizar un estado de cuenta mayor que el de cualquiera. Todos los miembros podían disfrutar de él, pero sólo algunos podían aventurarse a irse sin pedir que los llevaran.

Los meses pasaron rápidamente y no nos dimos cuenta de que lo hicieron porque estábamos disfrutando de un lujoso lugar a otro, conociendo siempre figuras públicas importantes y famosas; lo mejor era que ellos no recordaban. Pero esa es sólo la parte para menores de edad, una que muestra un mundo bonito en el que muchos de sus artistas favoritos sólo son amables y cariñosos con sus iguales. Había otra parte que nos convenció de que ese lugar lo tenía todo.

En lo que había descrito todo lo que nos ofrecía, mencioné sexo y drogas; bueno, eso no le hace justicia. Descubrimos que las personas millonarias no tienen limitaciones ante nada; no sabes con cuántas mujeres famosas me he acostado en estos últimos meses, juntas y por individual, con cuántas celebridades Karen ha compartido cama, copas y besos; ¡políticos, empresarios, embajadores, reyes! aquí no hay fronteras.

Pero, esto es sólo una historia de relleno dentro de lo que realmente importa, lo que importa es lo que sucedió después, pero, antes de continuar, creo que es momento de decir que pienso lo que es gracioso cómo he escrito sólo la historia de Karen, lo que nos llevó hasta donde ella quería, lo que hizo que viéramos lo que a ella le gustaba.

De cierta forma, cosa que me he dado cuenta en las últimas hojas, no he contado lo que me atañe, los sucesos que me hicieron cambiar, lo que me hizo realmente pensar en acompañar a mi

amiga; y eso es porque, siento que eso puede esperar; tal vez lo diga más tarde.

En este punto de nuestras vidas, cuando todo estaba en orden, fue cuando la historia de Karen realmente comenzó.

**Arturo Velázquez**

Meses y meses transcurrieron antes de que tuviéramos que pagar nuestra membresía anual. Karen y yo comenzamos a dividir nuestro camino porque había tantas cosas que hacer al mismo tiempo y tanto que nos gustaba por individual que decidimos tener días exclusivos a solas.

Era algo normal, no siempre estábamos juntas, eso conforma la parte de mi relato en el que no sé muy bien lo que piensa ni lo que hace, eso es lo malo de ser la espectadora, supongo que después de que llegue al final de esta historia, pueda escribir aquello en el que todo gira en torno a mi, pero será después.

Cuando menos me lo esperaba, Karen llegó con una noticia interesante. Es irrelevante todo lo que nos llevó hasta este lugar, ya que estuvimos varios días sin vernos, no le di importancia porque yo misma estaba compartiendo con otras personas del club, así que lo dejé pasar, pero en el momento en que se apareció, ávida por verme, fue cuando supe de él.

—¡Stefanie! Por fin te encuentro □ estaba sentada en el bar del hotel, tomando una copa con una empresaria de Sudamérica.

Karen se puso entre aquella mujer y yo para hablar.

—Tengo que contarte algo que pasó □ dijo emocionada, ignorando por completo mi compañía.

—¿Qué pasó? □ pregunté □ moviéndome para darle una sonrisa llena de vergüenza a aquella mujer.

—Conocí al hombre más espectacular del mundo □ dijo risueña □ es decir, creo que todo estaba predestinado, necesitábamos venir para aquí para conocerlo □ me dijo.

Me levanté y la rodé para quedar de frente a la mujer con la que estaba hablando.

—Espera un segundo... □ le dije □ estoy tratando de hablar algo con ella.

—No te preocupes, si quieres podemos hablar después □ dijo la mujer, con total amabilidad.

—Pero, yo quiero...

—Descuida, Stefanie, de todos modos, tengo que irme.

—Pero no me has dicho tu nombre todavía

—Me llamo Mariana.

—Mariana □ dije como si pudiera evocar un sentimiento al escuchar su nombre.

Mariana se marchó dejándonos a las dos solas para poder conversar. Durante los segundos de aquella conversación Karen había sido invisible para mi, cuando en realidad estuvo todo el tiempo viéndome con la mirada perdida. Me giré y ahí estaba, sonriendo como si hubiera hecho algo increíble.

—¿Por qué me ves así? □ le pregunté a Karen.

Ella respondió embozando una sonrisa.

—Creo que te gusta □ se aproximó a mi para darme cosquillas, burlándose de lo que acababa de ver □ te gusta, te gusta... □ soltó una carcajada.

—Cállate, que la acabas de espantar. ¿Por qué eres así?

—¿Yo? □ vociferó escandalizada □ yo no espanté a nadie, ella fue quien se fue porque tenía cosas que hacer.

—Ay sí, como si le fuera a creer. Seguro pensó que eres mi novia o algo así.

—Qué va, a los de aquí no les importa eso.

—¡Pero a mi sí! □ exclamé

Karen me miró como si la hubiera regañado, de reojo hacía arriba y con una cara de bebé a los que resistí por unos segundos a su gesto mingón tratando de mostrar una postura imperturbable. Pero no funcionó.

—Está bien □ de inmediato, cambió su semblante iluminándolo por una sonrisa □ ¿qué me querías decir?

Me cogió por el brazo y me jaló para que me sentase en frente de ella para hablar.

—Bueno, conocí al hombre más espectacular de la historia □ dijo emocionada □ y todo fue gracias a que vinimos a este lugar porque creo que si no lo hubiéramos hecho no nos hubiéramos conocido nunca.

Yo sólo la miraba, tratando de imaginarme lo que me decía, así le prestaba toda mi atención y no me distraía por el hecho de que Mariana se había ido así no más, habiendo poder concretado una buena cita con alguien que me había interesado realmente en ese lugar. Tal vez era mi momento, pudo ser esta mi historia.

—Es súper lindo, alto, inteligente, amable, educado...

Poco a poco me parecía que conocía mucho a ese hombre para acabarlo de conocer.

—Y demasiado bueno en la cama... □ agregó □

No se acababan de conocer.

—¿Cómo se llama? □ pregunté □ Parece un gran partido, y siento que no me lo has dicho todo.

—No, no te he dicho nada □ se asomó una sonrisa picara que entendí de inmediato □ es todo un espectáculo de hombre.

—Aja □ insistí □ pero cómo se llama.

—Se llama Arturo Velázquez □ dijo Karen, evocando algo casi poético al decir aquel nombre con tal sensualidad, con tanto sentimiento; me recordó a la forma en que yo dije el de Mariana.

—¿Dónde lo conociste? □ pregunté, luego de un largo silencio viéndola mirar al vacío pensando en él, porque supongo que estaba pensando en Arturo.

Espabiló al sonido de mi pregunta, pestañando rápidamente y enfocándose de nuevo en mi.

—¿Qué? □ dijo, como si no hubiera escuchado □ ah □ si había escuchado □ sí, lo conocí aquí mismo.

—No me lo esperaba □ dije con cierto tono sarcástico □ esperaba que lo hubieras conocido en la carnicería de al frente

—Muy graciosa, no...

—Entonces te encontraste con un millonario y te enamoraste de él en □ vacilé □ ¿qué? ¿Un día?

Le levanté la mano al cantinero para que me sirviera una copa. Estaba sirviendo un whiskey así que le señalé para que me diera de eso mismo.

—No, no fue en un día, llevamos viéndonos cinco días.

—¡Oh! ¡Válgame Dios! Tienen viéndose cinco días □ vociferé burlándome con un tono sarcástico □ ya deben casarse ¡Oh!

Karen entrecerró los ojos como si quisiera quemarme la frente con vista calórica.

—Muy gracioso, muy gracioso □ dijo □ estás un muy sarcástica últimamente □ dijo como si hubiéramos estado hablando en los últimos días.

Aunque no se equivocó. Cuando esto decía, bajé de inmediato mis hombros pensando decepcionada de mi misma al haber adoptado esa actitud sarcástica con mi mejor amiga.

—Sí, lo siento, creo que aun no me recupero de anoche □ dije.

—Oh □ dijo entusiasmada, ignorando mi disculpa □ ¿qué hiciste anoche?

Levanté la mirada y la observé a los ojos inocentes de una mujer que no se dejaba afectar por nada. No importaba qué tan odiosa fuera con ella, que tanto le insultaran o si algo malo le sucediera, ella siempre se mantenía optimista y preparada para todo. Creo que tenía que ver con esa vida de la que nunca hablamos porque nunca era apropiado o simplemente resultaba algo delicado para todos.

Ser la hija de un criminal tan peligroso podría traer ciertas consecuencias, que para bien o para mal, eran el reflejo de una infancia interrumpida (o así lo veía yo, ella no me decía mucho al respecto) y de un mundo en el que pensó que las cosas malas que él hacía eran correctas.

No me imaginaba a lo que tuvo que enfrentarse luego de hacerse de una idea, de aprender, de ser diferente que el común denominador. En ese instante no me quedó de otra que sonreír y asentir, dejar que pasara, porque aun estaba bajo las influencias de una que otra droga y unos cuantos tragos de tequila.

—Nada □ respondí □ sígueme contando de Arturo.

Karen sonrió y retomó esa misma actitud emocionada de niña con juguete nuevo con la que había empezado a hablar de Arturo.

—Bueno, sí, Arturo □ dijo evocando de nuevo un recuerdo el cual me apreció que era hermoso; no sabía cual, pero por la forma en que levantaba la mirada como si tuviese un orgasmo, era algo suficiente para mi. □ Es un gran hombre, es increíble, es apuesto, es inteligente, es tiene un porte de caballero, es súper amable conmigo, y no me aburre para nada □ cada vez que puntualizaba un atributo, dejaba escapar un suspiro de deleite □ y □ vaciló □ en la cama es un toro.

—¿Toro? De entre todos los símiles que podías decir, ¿sólo se te ocurrió ese?

—Es que es increíble.

—Entonces no es amable.

—No, para nada, es increíblemente amable y salvaje a la vez.

—Ok □ dije alargando esa única silaba tratando de parecer que entendí su comparación, algo que para mi no tenía sentido.

—No me veas así □ dijo □ es que no sé cómo definirlo.

—Entonces es inefable.

—¿Qué?

—Inefable □ repetí con impertinencia, como si fuera un pecado no conocer el significado de aquella palabra □ que no se puede describir con palabras.

—Pues no del todo, sí te lo puedo describir □ vaciló. En lo que vio que el barman me trajo un trago, se giró en su dirección □ yo también quiero uno.

—¿Entonces?

—¿Entonces qué? □ preguntó perdida.

—Si lo puedes definir, esfuérate para hacerlo mejor □ dije □ digo yo, es decir, no es tan difícil.

—Es que no sé cómo decirte todo lo que me hizo.

—No me cuentes lo que me hizo y cuéntame de él □ dije.

—Es decir, no es como que sea alguien diferente.

—Entonces es igual a todos.

—No, no es igual a ninguno que haya conocido.

Estaba comenzando a desesperarme con su falta de coherencia

—Demonios, dime entonces □ vociferé □ ¿puedes o no describirlo, es o no especial, es o no bueno?

—Es que... □ hizo una pausa □ mira... □ vaciló, cogió mi vaso y se dio un trago corto, como si lo necesitara para obtener fuerzas.

—Ey □ dije al verla hacerlo.

—Lo que trato de decir que es un hombre increíble, nada de lo que haya visto antes. La forma en que habla, en que me toca, en que me mira. Todo lo que dice es algo completamente increíble, es como si hablara en la lengua de Cervantes.

—Español ¿no?

—No, en esa forma tan deliciosa de hablar.

—Entonces le falta un poco de cultura moderna.

—No, no es literal, es figurativo...

—Bueno, entonces defínete porque me estoy perdiendo. Aun trato de superar las copas de anoche, sigo un poco mareada.

—Vale, vale. Lo que intento decir es que es elegante, interesante, me gusta la forma en que habla, en que se mueve, en que dice las cosas con tal profundidad, como si cada asunto tuviera su propio trasfondo complejo e intrigante, lleno de misterios.

—¿Exactamente cuánto tiempo tienes pasando con él?

—Cinco días.

—Sí, pero de esos cinco días, cuanto tiempo has compartido con Arturo.

—Los cinco días completos.

—¿Día y noche? □ pregunté como si se tratara de algo imposible.

—Sí, exactamente de eso.

—Y vienes hasta aquí ¿para...? □ pregunté, sin verle sentido a su repentina aparición.

—Necesito contarte algo, pero, primero lo primero.

—¿Qué?

—Que creo que tengo un pequeño problema

—¿Cómo así? □ la miraba, estaba entre alegre y turbia. Algo no andaba bien.

—Bueno, ya te dije que Arturo es increíble, una gran persona, un puto dios en la cama, y...

La verdad, recuerdo muy bien cómo se desató esa conversación, ni cómo pasamos de hablar de sus increíbles cualidades a una de las noches que pasaron juntos; por extraño que parezca, si me acuerdo de lo que dijo después de eso. Tal vez es por el entusiasmo que le imprimió al contármelo, no lo sé, pero iba más o menos así:

El sexo con Arturo fue increíble □ dijo Karen □ no es como que pueda hacer otra cosa diferente con los hombres, es decir, es sólo meter, sacar, gemir... lo normal, tú sabes. Pero, la forma en que hacía las cosas, en que me miraba cuando me lo metía, en que se movía, en que sus caderas dibujaban un círculo mientras su pene se encontraba dentro de mi. Es algo que no puedo describir mas que algo completamente angelical.

Lo hemos hecho bastante en estos últimos días, no sé por qué, somos criaturas sexuales, es fácil decir que es algo normal ¿me entiendes? □ claro que la entendía □ cada cosa que me decía era increíble, y lo que escuchaba de todo eso era una mejor.

Sus palabras iban como:

—Tienes un cuerpo de fabula □ dijo él (dijo ella) □ no puedo creer que estuve perdiéndome cada centímetro de esta existencia por tanto tiempo.

No podía sentirme mejor, no podía pensar en otra cosa más que en le orgasmo dérmico que me profería sus palabras. Me sentía estúpida, idiotizada. En ese momento aun no estábamos desnudos, creo que ni siquiera me estaba tocando y eso fue de lo peor. Quería que lo hiciera, quería que me besara; lo más cercano a un contacto físico era su mano sobre mi pierna apretándome el muslo, haciéndome sentir increíble. Quería que Arturo me hiciera suya y no sé por qué.

—Tal vez es porque es increíble □ le dije tratando de hacerlo sonar como una broma.

Eso supongo, eso creo. No pienso en otra cosa más que en el hecho de que todo lo que hacía o decía servía para enunciar el deseo que me tenía; que me tiene. No puedo negar que me estaba haciendo desear, le daba un limite, no le permitía acercarse más de lo que estábamos, uno sentado al lado del otro, con su mano sobre mi pierna ¡claro que quería me tocara más que eso! pero no le haría creer que era fácil, no se lo haría pensar.

—Y ¿qué hiciste entonces? □ pregunté.

—Que ¿Qué hice? □ repitió □ mejor decirte qué no hice □ dijo, haciendo énfasis en «qué» □ querrás decir.

—¿Qué no hiciste?

Cuando por fin tomamos la cantidad de copas suficientes como para sentir que nuestro alrededor era pesado, pero no tanto, que nuestras ideas estaban borrosas, pero no como para hacernos decir estupideces, acerqué mi rostro un poco más. No nos estábamos tocando, estábamos deseando hacerlo.

Quería que me soltara la maldita pierna y me cogiera por el cabello, la nuca □ vaciló □ , no sé; que tomase mi cabeza, acercase mis labios a los suyos y me besara.

—¿Ya se habían besado?

—No, eso fue la primera noche que pasamos juntos.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace cuatro días.

—¡Karen! □ vociferé □ ¿te acostaste con ese tipo el mismo día en que se conocieron?

—No lo grites □ dijo mirando a su alrededor mientras tomaba de su bebida □ estuvimos hablando todo el día, no es como que nos vimos, cogimos y ya. Fue algo especial. ¿Me vas a dejar que siga contándote?

—Vale, sigue.

Ese día fue maravilloso; nos fuimos de aquí a un restaurante tranquilo con personas normales □ la forma en que dijo personas normales me dejó un sabor amargo en la boca, parecía que se estaba acostumbrando a este estilo de vida; desgraciadamente no la culpo.

Primero, esto no era ajeno a ella, segundo, yo me sentía un poco igual □ nada extravagante, nada ostentoso o algún servicio especial sólo porque éramos nosotros, sólo porque era él. Un almuerzo tranquilo hablando el uno del otro, de lo que nos gustaba, de lo que hacíamos. De momento, sólo hablé yo, él no quería dejar de escucharme y □ dio un grito de alegría □ fue tan hermoso cuando me dijo:

—Sigue hablando, que, si hay algo que pueda ser más interesante que tu vida, no lo quiero escuchar, porque siento que ya puedo morir; ya lo sé todo.

—Ay no, se pasó de cursi □ me quejé.

—¡No! □ vociferó □ no digas eso □ dijo, suplicante, afectada, ofendida, no queriendo que su amado sufriera el veneno de mi crítica □ es hermoso.

—No lo creo.

—Claro que sí... □ insistió □

—Bueno, bueno, sigue contando. Quiero saber qué pasó después.

La forma en que me miraba era ridículamente excitante; hablamos, compartimos del mismo plato, bebimos un poco. Pero lo importante es lo que pasó después...

—¿Después de qué? ¿De comer o de mirarse fijamente a los ojos horas después de comer?

—Después de comer.

—Okey, estamos saltando en el tiempo entonces.

—Sí, quiero que te hagas con la idea completa.

—Sí, yo también trato de entender la idea completa.

Arturo me llevó a comer helado después de eso, en un local de helados sencillos al frente del restaurante. No sabíamos qué tan buenos eran, o si valía la pena, pero lo hicimos porque él me preguntó que quería hacer después.

—¿Comieron helado? ¿Eso es todo?

—No, eso no, voy por parte. Te estoy diciendo las cosas que hicimos

—Pero es que...

—¿Podrías dejar de interrumpirme? □ exigió □ vamos, trato de contarte algo importante. □ Aguanté mis ganas de reír.

Todo lo que hicimos durante ese día, fue acompañado de una charla interesante en la que hablamos de todo. Dejé de hacerle un resumen de mi vida, de resaltar las partes que quería que supiera, y pasamos a hablar de trivialidades, del clima, de las personas que pasaban en frente de nosotros, de lo que queríamos hacer cuando éramos niños, de si alguna vez probamos algún tipo de comida o algo así. No me importaba de lo que habláramos siempre y cuando pudiera escucharlo hacerlo, decirme cosas.

Me hizo sentir tan cómoda que lo invité a mi habitación. Estamos hospedándonos en el mismo hotel

—¿Puedes creerlo? □ me dijo como si fuera imposible.

—Bueno, estamos en el mismo club.

—Sí, pero él no es de aquí, dijo que estaba disfrutando su tiempo libre mientras hacía negocios en España □ dijo □ ¡De todos los hoteles que el club tiene para ofrecer, eligió el nuestro!

—Eso si es una coincidencia. Sí, y, por si fuera poco, ¡estamos en el mismo piso! □ exclamó con alegría □ ¿Puedes creerlo?

—Oye, eso si me es raro.

—¡Lo sé! Cuando me dijo en donde estaba quedándose, y lo cerca que estaba por poco escupo mi trago. Nos reímos por un rato, fue muy divertido.

—Estabas ebria ya ¿Verdad?

—Un poco, pero no es relevante. Lo que importa es saber que estábamos interesados en uno del otro.

Luego de eso, nos fuimos a su habitación porque al parecer estaba cerrada la puerta porque

—Alguien □ hizo énfasis en mi □ estaba allí con alguien más.

—Sí, estaba con la hija de un político de Suramérica, no me acuerdo de cuál era su nombre, pero si que fue emocionante □ dije, tratando de recordar lo bien que me fue aquella tarde.

—Sí, escuchamos los gritos □ se me escapó una sonrisa culpable.

—Jeje, lo siento.

—No te culpo, seguro estaba divina.

—Lo estaba.

Bueno, como estaba cerrada la puerta, fuimos hasta su habitación y pasamos a tomarnos otros tragos, a seguir hablando por unas horas; creí que tomaría a penas entráramos, como en las películas o en las novelas en donde parece que tienen algo en común y ya se están follando el uno al otro.

No, él entró me ofreció un trago, y nos sentamos en frente de un televisor apagado. No queríamos verlo, o hacer otra cosa más que hablar así que hablamos. Seguimos contando cosas irrelevantes para nuestra trama, para nuestras vidas, conseguimos tópicos

interesantes de cuestiones que no tenían nada que fuera interesante en lo absoluto.

Hablamos de los lácteos, de la *Vitis vinífera*, de como habíamos terminado perteneciendo al club. Creí que me terminaría aburriendo de las cosas que ahí conversamos, pero parecía que nada podría hacerlo, no estando con él no viéndolo a los ojos. Cuando menos me lo esperaba, ya estábamos uno frente al otro, con nuestros rostros tan cerca que parecía que se habían acercado por sí solos, atendiendo a un impulso carnal que estábamos reprimiendo; yo porque quería hacerme la difícil, él, no sé por qué se estaba resistiendo.

Estoy segura que si me hubiera saltado encima para poseerme no me habría resistido, tal vez con otro hombre, pero no con Arturo. Aquel día terminamos haciéndolo, fue la mejor de todas las veces que lo hicimos en estos últimos cinco días, en serio. No es que las demás hayan sido malas, pero esa fue la primera y ya con eso se hace mucho más especial.

Luego de que nos acercamos un poco para vernos fijamente a los ojos, su mano se levantó de mi pierna tal cual quería que sucediera, de la misma forma en que tenía pensado que las cosas saldrían si comenzaba a seducirlo. No eran solo nuestras miradas, era mi sonrisa traviesa, mi forma de decirle las cosas, de responderle, cómo arrastraba las sílabas de cada palabra para que él sintiera que estaba teniendo un orgasmo en cada una de ellas.

Oh, Stef, no sabes lo bien que me hizo sentir el hacerme con el interés de aquel hombre, de haber logrado acercarlo lo suficiente a mi como para hacerlo caer en mi seductora y romántica trampa, porque yo caí en la suya como una tonta.

—Suenas como realmente fue muy sexual ese encuentro.

—Y eso que ni siquiera he llegado a esa parte.

—¿Cuánto falta?

—No falta mucho.

Y su mano me tomó por la nuca, me acercó a él y me dio ese beso tan esperado que quería. Sus labios carnosos, su sabor uva

fermentada. Comenzó a introducir su lengua en mi boca y yo a jugar con ella, a succionarla, a sentirla. Mordía mis labios y yo mordía los suyos.

Yo cogí su nuca también y lo acerqué con más fuerza hacia mí. Estábamos tensos, apretándonos el uno contra el otro para no despegarnos. No sabía si se debía al alcohol, al encuentro o a que los dos somos perfectos el uno para el otro. No tengo idea, no lo sé todo, pero no me arrepiento de nada.

De los labios pasamos al cuello, del cuello a nuestro pecho luego de quitarnos la ropa, de descubrir nuestro seno. Arturo tenía unos pectorales de envidia y un abdomen tan perfecto que me hizo querer morderle cada uno de los detalles que se veían en él. ¡Joder! Incluso la forma de sus clavículas me hizo sentir extraña.

No había parte de su torso que no me hiciera estremecer; mordí todo lo que podía ver o sentir, porque tenerlo tan cerca como pudiera. □ Karen continuaba narrando su interesante primer encuentro sexual con Velázquez.

Seguía pensando en mi Mariana, en la forma en que la necesitaba cerca, en que podríamos estar haciendo eso que mi amiga me estaba narrando, pero, quería terminar de escuchar lo que ella decía, de sentir lo que ella sintió y de entregarme al recuerdo de la forma en que lo estaba haciendo. □ jugó con mis pechos, con mis pezones.

Arturo no escatimó en nada, apretó mis tetas como ningún hombre lo había hecho, como si estuviera apreciándolas, como si se tratara de una escultura fría de mármol que necesitaba del tacto de un experto crítico para evaluarlas. Jugaba con mis pezones, dibujando círculos con el índice alrededor de ellos, estremeciéndome y provocando escalofríos en todo mi cuerpo con tal destreza que sentía que de la entrepierna me corría un río.

Parte de las cosas que Karen me contó no estaban descritas de esta manera, era un poco menos sutiles, e incluso más explícitas. Estoy tratando de hacerle justicia a mi memoria tomando en cuenta que tengo un muy detallado recuerdo de lo que sucedió a pesar de

no haber estado ahí ni en ninguna de las otras veinte veces que lo hicieron en los siguientes cinco días.

Creí apropiado mencionarlo porque «de la entrepierna me corría un río» suena un poco mejor que «se me caían las bragas de lo mojadas que estaban» no sé, soy una romántica, me gusta inyectarle un poco de ternura a mis palabras.

Continuemos...

Esas manos suyas (frías, no sé por qué) obligaban que mi piel se erizase, que mi cabeza se moviera de un lado a otro porque no tenía fuerzas mas que para sentir placer. Él era placentero con sólo respirar, y lo sé porque cuando me besaba el cuello, su respiración enfriaba la parte que sus labios habían humedecido en mí, lo recuerdo y me da escalofríos □ dijo mientras un escalofrío le corrió por el cuerpo, cerro los ojos al sentir que le corría por el rostro □ no sé cómo describirlo, pero creo que la mejor palabra es: perfecto.

—Juras que Arturo es perfecto □ dije, a pesar de haberme convencido de que no quería interrumpirla de nuevo □ es decir, ¿perfecto, perfecto?

—No puedo asegurarlo a ciencia cierta, mi amiga, pero, Arturo es un hombre espectacular y ningún título le quedaría mejor. ¡Ninguno! ¡He dicho! □ vociferó.

—Está bien □ dije tratando de clamarla □ no es para tanto. Sígueme contando, vamos □ le motivé.

No pasó mucho tiempo hasta que por fin estuvimos en su cama, desnudos, no importa cómo terminó de quitarme la ropa porque lo que importa fue lo que me hizo cuando no la tenía. Sus labios continuaron recorriendo todo desde mis pies hasta mi cintura, saboreándome, mojándome aun más de lo que ya estaba.

Con su mano empezó a jugar con mi entrepierna haciéndome sentir domada, satisfecha. Sus dedos dibujaban un corazón alrededor de mi clítoris mientras que con el que tuviera libre me acariciaba el interior de la vagina.

Yo lo quería adentro, lo quería sobre mi, necesitaba sentir su peso, su penetración su respiración susurrándome al oído mientras me

penetraba con energía como si se tratara de un animal salvaje que necesitaba del sexo, que necesitaba de mi cuerpo ardiente, que requería que le hiciera conocer el paraíso con mi vagina, con mi boca, con mis manos, con mi culo.

—¿Hicieron anal? □ pregunté sorprendida.

—¿Acaso tú no?

—No en la primera vez.

Pero es que esa no se sintió como una primera vez, Arturo y yo estábamos sincronizados de tal forma que suponíamos habernos visto antes, que sentíamos que las cosas se habían alineado en el pasado y ya nos habíamos poseído; tal vez en otra vida, tal vez lo olvidamos y nos encontramos de nuevo. No tengo idea, pero se sentía tan familiar, tan increíblemente mío que no quise limitarme a nada, que no quise decirle que «no» porque sentía que ya lo habíamos hecho todo.

Me embistió como una bestia, cogiéndome por la cintura, empujando su pene tan adentro de mi vagina que sentía que me golpeaba el útero, que me llegaba hasta la vejiga, haciéndome encarar un placer inimaginable, haciéndome sentir tan suya como nunca había sido de nadie más.

Mis gemidos, rebotaban en las paredes, de tal manera que se escapaban por la puerta e invadían todo el piso. Luego me enteré que no solo se escuchaban en ese lugar. Arturo, resoplaba cada vez que lo apretaba para que no se saliera de mí, no había forma de saber cuánto acabó, porque mi vagina parecía un grifo de semen. Nunca me había sentido de esa forma.

Diferentes posiciones probamos, la mayoría, desconocidas para mí. Bien había probado muchas con muchos otros, pero él, las hacía completamente diferentes. Estuve sobre él, cabalgando su pene como si quisiera huir de una banda de bandidos en el viejo oeste, luego, me di la vuelta e hice lo mismo, pero dándole la espalda.

Cuando acabé por enésima vez, él se sentó al borde de la cama, y en la misma dirección en que me encontraba, me incliné, colocando mis manos sobre el suelo y extendiendo mis piernas sobre las

sábanas y me penetro salvajemente. Sentía más profundo su miembro, chocando y rozando mis paredes.

Me acercaba y alejaba con total control de mí, de todo. Se notaba que era el jefe de una gran compañía porque cada parte de mi cuerpo se rendía a su autoridad, a sus ordenes; pero cuando me alejaba para sacármelo, en el interludio de un golpe al interior de vagina, me dejaba un vacío, requería tenerlo de nuevo adentro porque ahora era parte de mí, porque ahora me pertenecía ese pene.

Yo gritaba de placer cada vez que me golpeaba con su cadera, que sus testículos rebotaban en una pequeña parte de mi vulva, deseando que lo metiera más fuerte, más duro, más veces: una y otra vez.

Quería que me hiciera enloquecer, que me hiciera gritar y, lo mejor es que mis gemidos le encantaban. Me pedía que gimiera más, que lo exteriorizara todo y yo me sentí libre, sentí que nadie podría detenernos. □ dejó que su cuerpo se estremeciera con un escalofrío repentino, supongo que a causa del recuerdo □ así que por cada gemido de placer que me provocaba, él me empujaba aquel pene como si tratara de empalarme.

Arturo me complació sin siquiera conocerme del todo, me hizo sentir una mujer especial, una novia querida y una esposa. Y estaba encantada de que me poseyera como una mujer sin inhibiciones, por completo suya.

De manera única, nuestros movimientos, nuestra respiración, nuestros gemidos e incluso las veces que me eyaculaba estaban conectados; estábamos en simultaneo como si fuésemos uno solo. éramos un híbrido de dos seres que parecían amarse cuando apenas nos conocíamos, lo que ocasionó que, de un momento a otro, nuestros pensamientos se sintonizaran y pudiéramos hacer lo que el otro quería que hiciera. Me senté sobre él y comencé a moverme como si estuviera montando un toro mecánico, cosa que le encantó.

Estábamos conectados por completo, lo sabíamos y sentíamos todo, algo seguro nadie ha experimentado; lo nuestro resultó ser

axiomático, no se podía discutir. Éramos tan reales y tan únicos y lo supe por como me hizo gemir toda esa noche.

Nuestra existencia colisionó en un solo sentimiento, que ninguno de los dos había pensado jamás que podría existir. En ese momento se me olvidaron todos mis problemas, se me olvidó que tú existías, las cosas que habíamos hecho, el tiempo que pasé sin él... todo.

Arturo me decía todo con la forma en que se movía, con la manera en que su pene me penetraba tan salvajemente, tan intenso, tan divino. Todo nuestro cuerpo tenía una danza espectacular que nos hacía sentir invencibles, que lo podíamos lograr todo.

Ya no tenía dudas de quién podría ser el hombre de mi vida, quien me podría hacer sentir una mujer amada; Arturo había respondido a todas esas interrogantes me hice y las que no. Los dos estábamos conectados, Stef, completamente conectados sin ningún lazo más que el de nuestros cuerpos chocándose como dos astros a punto de explotar en un espectáculo de placer y hermosura.

Arturo, escrutaba cada centímetro de mi, sorteando todo mi ser, mi cuerpo, mi existencia misma y haciendo de todo mi cuerpo una inmensa zona erógena. Yo gemía cada vez que me tocaba, intensamente, parecían gritos, me encantaba lo que estaba haciendo, me penetraba como una fiera salvaje, y yo era su perra, Stef, me sentí domada por él.

Su pene me empalaba, se metía más y más con más y más fuerza como si se tratara de una tortura, como si intentase hacer que no me gustase, pero era imposible, me sentía salvajemente a gusto porque el llegaba a lo más profundo, mientras que mi vagina, rendida a sus pies, le abrazaba con más fuerza.

Sus embestidas eran cada vez más agresivas, más rápidas, más posesivas. Me derretía con la forma en que su polla me rozaba, en la que sus manos me acariciaban, me jalaban del cabello, en que apretaba mis tetas, en cómo jugaba con mis pezones como si se traste de pequeños joystick □ Karen fue llevando sus manos a sus pechos como si recordase lo que le había estado haciendo Arturo; se notaba que su cuerpo estaba reaccionando a su historia, así que no cabía duda, quería tocarse □ . Que rico se sintió.

—Ya veo □ dije, interrumpiéndola, para ver si entraba en razón.

—Es tan encantador, lo sabe hacer todo, me sabe hacer sentir mujer.

—¿Y los sentimientos? ¿En dónde los dejas?

—No sé, seguro en alguna parte de esa habitación, tal vez por la sala o la cama. □ fue apartando lentamente sus manos de sus pechos □ lo hicimos en todos lados, seguro lo dejé por ahí.

—Contrólate □ fui directa □ te estás dejando llevar □ cogí mi bebida comencé beber de ella para que pareciera que no estaba hablando de lo que estábamos hablando □ mírate □ señalé a sus pechos.

—Ay, pero es que... □ Karen bajó su mirada y no reaccionó la hecho de que estuviera tocándose □ lo necesito tanto, lo deseo. □ Tomó aire fuertemente, sacudió su cabeza y dejó caer sus manos □ bien...

—Así está mejor □ dije.

—No sabes lo increíble que es ese hombre.

—Bueno, termíname de contar, porque parece que querías decir algo más y luego me lo presentas.

—Está bien □ embozó una sonrisa y continuó con su relato.

Bueno, puede que parezca que sólo es un hombre salvaje y que me trata como un saco sexual, no... no era sólo eso, porque, a pesar de ser una fiera, también sabía como tratar a una mujer de manera delicada y encantadora. Con cada movimiento iba deleitando mi cuerpo. De repente, en ocasiones, luego de hacerme acabar varias veces, comenzaba a sacudir sus caderas lentamente, con suavidad, con ternura.

En uno de esos momentos, Arturo me dio la vuelta dejándome viendo al techo con las piernas abiertas; me miró a los ojos y me dijo «eres perfecta, Karen». Te juro que en ese momento sentí como mi vagina se derritió ante sus palabras. Lo dijo de tal sensualidad que me dejó estúpida.

Yo ya estaba agotada, teníamos varias horas haciéndolo ¡sí que era un semental! No recuerdo haberlo hecho con nadie que durara tanto. He conocido tipos que han llegado a la hora, hora y media, pero nunca a toda la noche. Creo que de seguro le rompí el pene o algo, porque no era normal.

El punto es que estaba, deshecha, quería llegar lejos y terminar de una vez por todas con aquella deliciosa tortura. Coño, yo quería descansar, tener un respiro, pero a la vez también quería seguir haciéndolo, seguir sintiendo su cuerpo chocando con el mío.

Yo le gemía como una puta, le gritaba que me diera más duro

—¿No es que querías terminar?

—Sí, pero es que lo hacía tan bien que no quería detenerlo.

—Eso es demasiado, seguro terminaste con esa vagina toda inflamada. Se debió ver como una hamburguesa enorme.

—Ni que lo digas. Creo que ni siquiera pude ir al baño luego de eso. Al día siguiente le dije que no tendríamos sexo por eso mismo.

—¿Y no tuvieron?

—Sí, él compró un lubricante, pero lo hicimos más lento. □ Le juzgué con la mirada, queriendo decirle que no tenía caso alguno hacer eso □ ¿Qué? □ preguntó luego de que la vi □ no puedes decirle que no a aquel hermoso pene.

En serio, es que su pene es tan perfecto que me obligó a decirle que siguiera, que no se parara y con cada una de mis palabras sólo conseguía que siguiera, me hizo caso, supongo, me penetró sin ningún tipo de restricción. Además, yo me dejé llevar por el placer, por la adrenalina, por el extenuante deseo que se me dominase.

Lo estuve esperando por mucho tiempo. Arturo me hacía sentir como una mujer completamente diferente, me embestía de tal manera que las palabras se salían de mi boca de la misma forma en que los fluidos se escurrían por mi vagina tras cada orgasmo que me hacía experimentar.

Hasta que por fin terminamos.

—¡Joder! ¡Por fin! Parecía que nunca iban a terminar.

—Calla, que aun falta lo mejor.

De repente, sacó su enorme pene, no sentía el culo, no sentía la vagina, estaba entumecida por completo, así que se acercó a mi cara, y puso su pene erecto entre mis labios y dijo: «quiero acabarte en la boca» yo no me negué, tal vez ni siquiera le iba a salir mucho semen porque ya tenía rato acabándome encima, adentro, en todos lados. Así que le abrí la boca, cogí su pene entre mis manos e introduje la punta en mi boca; me acabó más de lo que esperaba y la saboreé como si fuera un tinto y me la tragué.

—Necesitas ayuda profesional.

—¿De qué?

—Estás muy suelta, pareces una puta. Hablabas como una.

—Mentira, además, no sabes cómo hablan las putas.

—De seguro hablan como tú.

—¡Cállate!

—Además, en ningún momento hablaste de sus sentimientos, de lo que le gustaba hacer.

—Sí, pues, creo que eso es otra cosa □ dijo, con menos entusiasmo, como si se hubiera acordado de algo malo.

—¿Qué? □ pregunté, suponiendo que algo malo iba a suceder.

—Bueno, por eso quería contarte sobre él.

—Porque te gusta mucho y te hace sentir bien ¿no?

—No sólo por eso. □ apartó su vaso de whiskey y me miró a los ojos con seriedad □ ¿Por qué crees que luego de cinco días voy a venir a contarte de él?

—No sé, por algo debe ser □ dije.

Karen se veía perdida, tratando de encontrar las piezas de algo que se había roto, viendo al suelo, a los lados, tratando de evitar contarme lo que estaba sucediendo, evitando mi mirada; no sabía qué quería decir eso, qué significaba eso para las dos o para su relación. Pero, todo comenzó a tener sentido.

—Hoy estuve hablando con Arturo...

—¿Aja? □ dije sin ver la relación entre su actitud y la forma en que comenzó a explicarme.

¿Por qué simplemente no me dijo de una vez? Pero tenía sus motivos, si que necesitaba un resumen de los hechos.

—Y todo estaba bien □ continuó Karen haciendo caso omiso a mi interrupción □ es decir, no tenía nada de qué preocuparme, estaba de maravilla hasta que dijo algo que lo arruinó todo.

—¿A ti? □ pregunté sorprendida □ ¿Te dijo algo? ¿Te trató mal?

—No, nada de eso. Estaba hablando con alguien, no sé con quien, pero parecía algo serio. Lo que importa no es con quien ni a quién se lo dijo, sino lo que dijo en sí.

—¿Qué dijo? □ Pregunté.

—Que necesitaba desmantelar los negocios de Adriano Mazzilli.

No había escuchado ese nombre en meses, se supone que la idea de haber hecho todo eso era la de dejarlo atrás, de escapar del problema que él significaba, peor, de alguna forma u otra, se las arregló para conseguirnos. El padre de mi mejor amiga había logrado arruinarle algo más en su vida.

—¿Tu padre? □ pregunté sorprendida, porque no era suficiente sólo decir su nombre, no era suficiente sólo conocerlo, necesitaba exteriorizarlo.

—Sí, mi padre. □ respondió, Karen, devastada.

## Asunto Familiar

La primera vez que lo vi estábamos en un bar en donde las personas toman cerveza, café o lo que sea, mientras ven a algún desconocido relatar sus ensayos o sus pensamientos profundos como si se tratara de una oda o algo así. No sabía por qué habíamos ido hasta allá, Karen me dijo que era porque era uno de los lugares favoritos de Arturo; me pareció extraño que un excéntrico multimillonario terminase yendo a bares de segunda a hablar de sus sentimientos. Puede que no sea del todo malo, pero, a Karen le gustaba y el lugar no me parecía tan malo, de hecho, hasta me gustó. Lo único fuera de lo común era Arturo.

Había llegado tarde ese día, ellos dos ya estaban adentro. Karen, sentada en una de las mesas de en medio y Arturo en la tarima con un micrófono en mano. Su voz era gruesa, llena de entereza, con una presencia invasiva, que te hacía sentir segura; la voz de un líder, de un poeta. No lo sabría decir, pero, en lo que entré, y me encontré con Karen, comencé a prestarle atención a sus palabras.

Arturo me prestó aquello que dijo esa noche para que sepan exactamente lo que nos narró. Él se veía inmerso en el papel que desempeñaba, en el de una voz off que le dice a alguien lo que piensa, no sólo nos dio una presentación de su escrito, también lo interpretó:

La fortaleza te invadió cuando estuviste en el apogeo de tu valentía, esta, te convirtió en el ser invencible que creías ser sólo por unos instantes. Amas, deseas, pides. Llegas al límite de tu voluntad y cedés.

Te conviertes en el animal que por fortuna eres, y que, por mérito de la evolución no dejarás de ser; descartas todo sentido común dejando a un lado la lealtad que te hacía ser quien eras. Ya no eres el mismo ser, solamente eres la víctima de tu propio juego. Mientes y vives la mentira mientras sufres con la verdad.

Susurras al dolor (con remordimiento y pena) que estas arrepentido. Confiesas tú desdicha al corazón puro que pronto romperás el cual se quiebra en tus manos mientras sus partes filosas te penetran la piel y hacen sufrir. Sus cortadas son limpias, porque siendo un todo era único que era fácil de romper.

Te convences de que aceptar ese perdón es lo mejor que puedes hacer cuando en verdad ya no existe cosa que pueda enmendarlo todo. Vives por un instante en la dicha hasta que consigues resolver que nada te satisface, solo queda en ti un odio unilateral, más del que sentías antes, porque fuiste débil y terminaste rompiendo dos corazones; el tuyo y el de alguien más.

Te inundas en la decepción que sientes por tus actos y por tu incompetencia ¡eres el pináculo de tu propia gran tragedia! ¡El personaje principal y el antagonista! Pero te sirvió de lección, eras soberbio, un narcisista que creía que por sí solo mantenía la diferencia; ya no lo piensas, algo importante que obtuviste y que tuviste que pagar.

En un ahora, vives como si nada sabiendo a ciencia cierta que solo eres la basura que detestas, del alimento que desprecias ingerir. Te atiborras en la fútil auto-ayuda diciendo que todo sucede por una razón, ¡la razón eres tú y tú inútil existencia! Decepción personal y colectiva es lo que te sigue, eso te destroza convirtiéndote este ser que está escribiendo.

No sólo eres la inmunodeficiencia que te debilita sino todas las demás enfermedades que te matan. Lo pero es que justificas todos tus males actuales como una especie de ley kármica por lo que hiciste; nada te hará pagarlo, no más que el recuerdo. Comenzaste siendo nadie y terminaste siendo nada.

Éste eres tú, no me preguntes de nuevo cuando te veas en el espejo.

En lo que terminó, unos cuantos aplausos sonaron en todo el bar. Tal vez nadie le prestó atención, tal vez no era del todo impresionante. A mi me gustó, me pareció buen material, lo que me hizo preguntarme cuanto tiempo habría tenido escribiendo, cuanto habría invertido en ese hobby.

Karen, si se había sumergido en sus palabras, dejándose llevar (como siempre lo hacía) y se levantó para darle una ovación de pie a su amado. Ya habían pasado unas cuantas semanas de la vez que me contó de él, así que tuvieron tiempo para establecer una relación rápida pero estable.

—¿No es perfecto? □ dijo mientras aplaudía.

—No lo sé □ respondí, llevándome a los labios el vaso de cerveza que había ordenado □ estoy segura que para ti sí lo es.

—Es maravilloso, no sé cómo no lo puedes ver □ dijo Karen, reprochándome el hecho de que no me sentía atraída por su novio.

—¿Qué esperas? ¿Qué me derrita a sus pies?

—No... □ dijo, sin darle importancia a mis palabras, aplaudiendo, viéndolo inclinándose para aceptar los pocos aplausos que le regalaban. De repente, giró su rostro para verme y, sin dejar de aplaudir, continuó hablando □ pero por lo menos reconoce que es perfecto.

La miré, dejando escapar un suspiro, resignada, fastidiada por su insistencia.

—Está bien, es perfecto □ dije, rindiéndome a sus exigencias □ ¿feliz?

—Sí... □ dijo, embozando una sonrisa y volviéndose a fijar en su amado, quien ahora estaba bajando del escenario □ eso fue hermoso □ le dijo a Arturo □ eres todo un artista.

Arturo embozó una sonrisa a Karen, quien dejó de aplaudir para esperarlo con los brazos abiertos; sin embargo, seguía siendo la que más resaltaba de entre todos nosotros con el escándalo que estaba haciendo y por el entusiasmo con el que recibió a su amado.

—No es para tanto □ dijo Arturo.

—Claro que sí, eres muy profundo. Me encantó.

Se le guindó en el cuello y le plasmó un beso en los labios. Estaba convencida de que él era su príncipe azul y más aun sabiendo que el haber entrado a La Corte les había juntado, hacía de él y de aquel

lugar, algo especial. Yo, estaba ahí para verlos disfrutar de su relación a costas de mi amistad con Karen.

—Ella es Stefanie, mi mejor amiga □ Me presentó Karen.

—Oh, que maravilla, Karen me ha contado mucho de ti.

—Y a mi de ti □ dije, preguntándome a mi misma si sabíamos lo mismo le uno del otro.

—Es que no me gusta tener secretos entre las personas que aprecio □ dijo Karen, incluyéndose en la conversación.

—No lo dudo □ dije, viéndola con intriga, segura de que no le había contado todo acerca de su padre, o de su relación familiar.

Karen se dio cuenta del tono de mi pregunta, y me miró con severidad, queriéndome decir que me quedara tranquila. Mi intención no era decirle a Arturo, pero sabía que no sería buena idea ocultárselo por mucho tiempo.

—Entonces, Arturo □ dije □ cuéntame ¿qué haces para vivir? □ pregunté □ Karen me ha contado mucho de ti pero no es muy buena explicando ciertas cosas, así que, la verdad, no sé mucho □ me senté, invitándolo a sentarse también.

Hallándonos los tres sentados, Arturo respondió.

—Estoy en muchos negocios, pero lo que me define es la filantropía.

—¿Así que eres filántropo? ¿No es un poco egocéntrico llamarte a ti mismo filántropo? □ pregunté, retándolo. Karen me pateó por debajo de la mesa, forzando una sonrisa □ ¿Qué? □ pregunté.

—No es ególatra ¿verdad? □ dijo Karen a Arturo.

—No sé, yo sólo digo lo que hago □ respondió, ajeno a mi pregunta de mal gusto y a la respuesta de Karen □ empecé como un gran millonario, la fortuna de mi padre, extender mi patrimonio neto con mis propias manos y luego dedicándome a salvar el mundo □ dijo con una sonrisa, como si fuera una broma □ por así decirlo.

—¿Luchas contra el crimen? □ pregunté en broma.

—Se podría decir que sí □ dijo con naturaleza. Eso estaba muy fuera de lugar, considerando a Karen.

Me fijé en mi amiga, quien sentía la presión de su apellido en la espalda. Sabía que Arturo no sabía como se llamaba en realidad, que ella le había dado un apellido falso porque al momento de dar su nombre no esperaba que este tuviera una relación con su familia. No es como que el apellido fuera muy común, así que lo le tocó jugársela con ello.

—Suenan un poco fantasioso.

—No me coloco un traje de mallas, o me pongo una armadura especial □ dijo entre risas.

—No claro, sólo digo □ respondí riéndome.

Karen no decía nada, solo respondía con gestos, sonrisas, y una que otra ocasional risa para recordar que era parte de la conversación. No la habíamos olvidado, pero ella misma se estaba apartando y yo sabía por qué.

—Era sólo para ver □ dijo en broma, como si hubiera dicho una frase recurrente en un sitcom de los ochenta □ pero sí, técnicamente combato el crimen. Dedico mi vida a desmantelar diferentes organizaciones, todo bajo el ojo de la ley.

—¿Cómo así? □ Pregunté.

—Soy inversionista en el departamento de policía, asesor y eso...

—Entonces van a por ti por consejos.

—Algo así, yo financio sus vehículos, armas y establecimientos y tengo cierto control en las operaciones. Es algo que les pedí para poder ayudar a deshacerme del crimen en la ciudad.

—Me parece a un programa de televisión.

—Algo así, pero lo mío es real, yo si lo hago □ el tono de su voz comenzó a elevarse, a hacerse más serio, a dar un monologo, a sumergirse en sus palabras □ y es la mejor forma para deshacerme de ese malnacido, tengo que destruir a su familia, a su organización, todo lo que ha construido hasta ahora, se lo merece.

Parecía que se había olvidado de que estábamos ahí, a dar un discurso de súper héroe viendo a una esquina de la cámara para contar sus motivaciones, su razón de existir. Yo, sólo miré a Karen,

encogida entre sus hombros, con el vaso de su cerveza lleno y sin tocar. Supe que debía intervenir, cambiar el tema, se lo debía a mi amiga; no podía verla así.

—Entonces, eres heredero de una gran fortuna □ dije, resaltando lo ya dicho, obligándolo a pensar en otra cosa □ ¿Qué hacían tus padres para ser tan millonarios? □ pregunté.

—Estaban el negocio de los vienes raíces, las inversiones en el mercado bursátil, uno que otros productos que producían... tenían diversidad □ dijo, cambiando su semblante.

Karen pareció agradecerme con una sonrisa, que vi antes de llevarse el vaso de cerveza a los labios para tomar de él.

—¿Y ya no trabajas de eso?

—Sí, sigo el negocio familiar, lo mantengo en pie, pero me las arreglo para conseguir dinero por mi parte, tú sabes, negocios y eso.

—La Corte le ha ayudado mucho en ello □ dijo Karen, rompiendo por fin el silencio que nos separaba.

Arturo aclaró su garganta.

—Sí, exactamente. Esa membresía □ dijo bajando la voz □ me ha ayudado mucho a aumentar mi fortuna.

—Ni que lo digas □ respondí.

—Y cómo diste a parar con ella.

—Mis padres eran miembros así que prácticamente siempre pertencí a ese lugar □ tomó de su cerveza □ ¿y ustedes?

—Bueno, estábamos dando vueltas por el mundo hasta que nos conseguimos con dos amables señores que nos presentaron el lugar, nos dijeron como funcionaba y eso. Fue todo tan repentino □ dijo Karen, sonriendo. □ ¿Verdad? ¿Stef? □ preguntó, dándome unos golpecitos con su codo.

—Sí, ella había escuchado algo al respecto, pero no fue sino hasta que esos dos hombres nos invitaron que pudimos entrar.

—Sí, Karen me contó más o menos lo mismo. Supongo que la fortuna de papá sirvió de algo □ dijo en broma.

—Sí □ respondí □ la fortuna de papá.

—Eso es normal, siempre hay personas que no saben al respecto pero que son muy ricas y podrían pertenecer. Pero, supongo que le debo dar las gracias a eso dos caballeros por haber adicionado a esta hermosa mujer al club □ dijo Arturo, cogiendo las manos de Karen, y mirándola risueño □ de no ser por ellos no nos hubiéramos conocido jamás.

—¿Verdad? □ dijo, Karen, dejándose llevar por sus palabras empalagosas.

—Sí, sí □ interrumpí su cursilería □ muy lindo y todo □ extendí mi mano para que apartaran las suyas, colocándola en el medio de los dos □ ahora estamos los tres juntos así que vamos a disfrutar la noche sin esas cursilerías ¿sí? □ pregunté viéndolos a ambos.

—Está bien □ dijeron al unísono.

Nuestra noche pasó apaciblemente, no volví a preguntar acerca de su trabajo ni sus motivaciones y Karen fue dejándose llevar hasta encontrar su verdadero yo y disfrutar de la compañía de su mejor amiga y su nuevo novio.

Karen y Arturo parecían la pareja ideal. Tanto esa como muchas noches después, se veían tan enamorados que nada podría arruinar su romance, su inquebrantable amor mutuo, pero, eso sería mentir, eso sería suponer que, en efecto, nada podría arruinar su felicidad, y tanto ella como yo sabíamos que era falso.

Cada vez que podía, Karen me recordaba que Arturo estaba paso a paso más cerca de encontrar a su padre. No sabía exactamente cómo ni por qué, pero sí estaba segura que en cualquier momento sabría que eran familiares, lo que podría significar el final de su relación.

—Hoy lo escuché hablando con el jefe de policías de que habían atrapado a uno de los hombres de mi papá.

—¿Alguien importante?

—No lo sé, no dijo más nada, sólo eso.

—¿Y cómo demonios sabes al respecto?

—Es que hablan por video llamadas, además, él no me oculta nada, siempre recibe las llamadas conmigo cerca.

—Es entendible, no espera que seas nada de él.

—Sí, pero lo soy, Stef □ cogió su vaso y le dio un trago largo y seco □ es horrible □ levantó la otra mano, con la que tenía el cigarro en mano y lo llevo a sus labios para tragarse el humo con fuerza □ no es como que pueda decírselo, no es fácil ocultarle la verdad a Arturo.

—¿Sospecha algo?

—No, pero quiero hacerlo, quiero decirle cuanto antes, que soy la hija de Adriano, que puedo darle información importante al respecto.

—No es como que... □ intenté decir que no era su enemigo, antes de que ella me interrumpiese.

—Es su peor enemigo.

—Oh, rayos, entonces sí es su enemigo.

—Sí, al parecer tienen años disputándose la seguridad de la ciudad, amedrentándose uno contra el otro. Así fue como Arturo se hizo con la jefatura, porque necesitaba ayuda para deshacerse de mi padre.

—Es muy repentino. Demasiadas coincidencias en un solo lugar.

—Supongo que el que nos hayan invitado al club no fue tan bueno después de todo.

—¿Te arrepientes de haber conocido a Arturo?

—Jamás. □ aseveró.

—¿Entonces?

—Es que, es complicado, no quiero que todo salga mal, no quiero que Arturo se de cuenta de que soy la hija de Adriano. Pero tampoco quiero que lo descubra por sí sólo, quiero ser yo quien se lo diga. □ comenzó a desesperarse □ ah... □ se quejó □ ¿qué puedo hacer? □ su voz comenzó a quebrarse, como si estuviera sucumbiendo al llanto.

—No lo sé, no estoy segura; creí que habíamos resuelto eso cuando nos fuimos ya hace un año.

—Lo sé, yo también □ dijo, con la voz quebrada, quejándose, sufriendo □ ¿por qué me sucede eso a mi? □ volvió a inspirar de su cigarrillo □ es horrible.

—Ni que lo digas.

Karen se la pasaba quejándose de lo que podría suceder entre él y ella, de que, si Arturo se enteraba, de que si la iba a odiar luego de ello. Todo era un problema tras otro porque no podía controlar sus demonios, su pasado, su necesidad de no mentirle a Arturo. Estábamos inseguras al respecto, no sabíamos cómo actuar, ni cómo abordar la situación, pero mi amiga estaba más sumida en ello que yo. Evidentemente.

Las semanas pasaban y la carrera del gato y el ratón continuaba sucediendo debajo de nuestras narices, mientras que Arturo, ajeno a la coincidencia, a la relación que guardaba su «ahora llamado» amor de su vida y su enemigo.

Karen le había mentido acerca de su apellido, de su pasado, de su relación. Le contó que su padre era un empresario importante que se murió recientemente y le dejó toda una fortuna. Una mentira un poco arriesgada, tomando en cuenta quién era él.

—Oh □ decía él □ ¿un empresario que se murió recientemente? Debe ser alguien muy importante para nunca haber escuchado directamente de él.

—Le gustaba mantenerse en secreto □ se justificaba Karen □ no le gustaban los medios ni nada, así que siempre usaba un vocero o algo por el estilo.

—¿Y de cual empresa era dueño?

—No lo sé □ decía ella □ nunca me quiso decir porque así podrían relacionarme con ella y arruinar mi infancia □ mentía.

—Vaya, que hombre tan interesante, me habría gustado conocerlo □ decía, luego, Arturo, más intrigado que en el comienzo.

—Sí...

Karen sentía que cada vez que salía el tema de forma aleatoria, el mundo se le derrumbaba. Parte de su problema era que no recordaba del todo las mentiras que le decía a su novio, pero que, por fortuna, él no olvidaba.

Siempre era una pregunta diferente, una cosa que salía del azar y que requería una respuesta puntual: sí, no, no recuerdo. Estar con ellos era algo complicado, tomando en cuenta que mi amiga siempre me miraba feo cada vez que parecía que iba a delatarla.

—Sí, su padre está... □ dije una vez, sin saber que su padre ficticio estaba muerto. Karen intuyó qué iba a decir y me interrumpió aclarando su garganta, tras ahogarse con su bebida.

Luego de que Arturo le preguntó si estaba bien, yo continué con mi relato.

—En algún lugar especial □ dije, sin saber exactamente qué mentira le había dicho ella a él □ y bueno, es algo que no podemos discutir. ¿Me entiendes?

—Sí, Karen me dice que era un hombre grandioso.

—¿Un hombre grandioso? □ pregunté, viendo la dicotomía entre su padre real y el ficticio.

Miré a Karen, suponiendo que era un poco exagerado hacerlo ver tan importante; yo sabía que lo más sencillo era no darle tanto merito al hombre para que hablar de él no fuera interesante, así, en el futuro, nunca saldría de nuevo el tema. Nadie nunca, jamás, pregunta mucho acerca del padre ebrio de nadie. Si dices que tu papá era alcohólico, las personas se hacen una idea de él; tal vez le cuentes unas cuantas cosas desagradables en la que des muchos detalles, pero los demás nunca se sentirán a gusto hablando de ello por lo que no sacarían de nuevo el tema.

Pero, hablar de alguien importante, que hizo del mundo un lugar mejor para después dejarle un misterio de por medio en el que no se sabe cómo era, cuál era su origen ni nada por el estilo porqué: alguien tan increíble debía tener muchas historias para narrar. Así que, cuando salía el tema, siempre era algo que debía ser discutido.

Karen se arrepintió de inmediato en lo que le hice entender la diferencia.

—No puedes estar diciéndole a Arturo que tu papá era increíble. Ahora no te va a dejar tranquila con el tema.

—Es que...

—Sí... lo que sea □ dije interrumpiéndola.

Esa vez, Arturo interrumpió nuestra mirada cómplice mientras yo evaluaba lo que podía o no decir haciendo un repaso de lo sucedido. Al parecer (el día que me enteré) su padre estaba muerto, así que no podía hablar de él en tiempo presente.

—Oh, claro □ dije como si lo hubiera mal interpretado u olvidado de a momento □ pero yo no diría grandioso, yo diría, estupendo. □ dije, no prestándole atención a mis propios consejos.

—¿Grandioso? ¿Tanto así? □ preguntó Arturo, más interesado aún...

—Sí, tanto así □ le interrumpió Karen □ Pero no importa ahora □ dijo □ mejor hablemos de otra cosa... hablar de mi padre me pone triste □ dije, con mucha honestidad, sólo que no de la forma en que dejaba a entender □ y no me gusta hablar de él.

—Oh, lo siento □ dijo Arturo □ no sabía, mi vida.

Y así, tan estratégicamente, se lavaba las manos del problema cuando ninguna de las dos sabíamos que decir al respecto. Era algo complicado, tratar de ocultarle el asunto al hombre que estaba intentando hacerle la vida imposible a su padre. Y a pesar de suponer que ya la cantidad de cosas desagradables habían pasado, todo pareció desbordarse de nuevo.

No es algo tan puntual como un: oye, soy el enemigo de tu padre, que recibió Karen a los días de haber conocido al amor de su vida, sino, que, se fue forjando con el tiempo, fue haciéndose cada vez más complicado porque su relación se hacía cada vez más estable.

Yo, los veía increíblemente enamorados; descartando el hecho de su disparidad a causa de los asuntos familiares de Karen, todo era maravilloso, especial, por así decirlo. Eran tan buenos el uno para el

otro que terminaron compartiendo todo lo que tenían, incluso, su casa.

—¿No es enorme esta casa? □ preguntó ella, mostrándome su nuevo hogar.

—Sí, pues, no parece poca cosa.

—Lo sé □ dijo como si estuviera decepcionada □ es un poco grande para mi.

—Bueno, no es como que vayas a vivir aquí sola, estarás con Arturo, supongo...

Tal vez sea un salto muy agresivo, pero, en resumen, lo que hicimos en ese siguiente año (porque pasó un año; sí, salté mucho en el tiempo) Karen y yo habíamos conseguido algo más de ese club de millonarios.

Por mi parte, logré hacer de mi relación amorosa con Mariana algo más duradero, dejando así mi aventura por el mundo para disfrutar más de mi novia; ella hizo lo mismo con Arturo, viajando por el mundo con él, ayudándolo en lo que podía en su trabajo sin tener que involucrarse lo suficiente como para que su apellido se interpusiera entre los dos y disfrutando el momento a su lado.

Las dos tuvimos nuestro momento, disfrutamos de La Corte y aprovechamos las oportunidades que esta nos dio. Por fortuna, literalmente, las personas que conocimos allí estaban nadando en dinero, Karen, un poco; yo, para nada.

De cierta forma, haber cambiado de planes cuando ella me pidió que huyéramos fue bueno para mi, así que por eso no me quejo. Aunque, cuando pensé que podría empezar a escribir mi historia, mi amiga marcó su tarjeta de trabajo.

—Y tú □ dijo Karen, mirándome llena de expectativa.

De inmediato entendí lo que quería decir, esperaba que me mudara con ella a aquella inmensa mansión. Hasta el momento, no pertenecía a ningún lado, vivía de lo que Karen me daba, de lo que Mariana me daba y de la membresía le hotel, quedándome en las

habitaciones que ellos me prestaban como si fuera capaz de pagarlas.

—Así no tienes que quedarte en el hotel, así podríamos pasar, de nuevo, todo el tiempo juntas. ¿Qué dices? □ agregó Karen.

Cualquiera habría dicho «no sé» tomando en cuenta que me sentía un poco mal por depender del dinero de otros, pero, había aprendido a no darle importancia; a esas personas lo menos que les afectaba era gastar su dinero.

Por ejemplo, Mariana, una empresaria importante, hija de un magnate con un banco en un país de Sudamérica, millonaria de cuna y por talento, igual que Arturo; se podría decir que compartimos la misma trama; y para ella gastar su dinero era algo indiferente, nunca le hizo falta.

—Supongo □ respondí con duda, pero dejando en claro que lo haría.

—Genial, entonces déjame mostrarte tu habitación □ exclamó, emocionada.

Me tomó por la mano y me fue guiando entre los pasillos de aquel enorme lugar.

—Te va a encantar vivir aquí; créeme, no tiene nada que envidiarle al hotel.

—No lo dudo □ dije mirando a mi alrededor, sintiéndome tan fuera de lugar como cuando conocí los hoteles que nos prestaba La Corte.

—Aquí está la cocina □ dijo mirando a su izquierda entre el pasillo número quince y el dieciséis de aquella casa, entre unos adornos lo suficientemente caros como para parecer feos pero no fuera de lugar.

Miré rápidamente al interior de la cocina y vi que parecía una casa aparte, enorme, con una nevera inmensa, con una isla en el medio rodeada por varias sillas, con personas trabajando en ella, y con comida por todos lados. No era sólo para nosotros, sino para todos

los que trabajaban en aquella casa que, en sí, vivían también en aquel lugar.

—Mas adelante encontraras la biblioteca □ la nombró sin pasar por ella porque cruzamos en la dirección contraria, a la derecha □ más delante de la biblioteca encontrarás el salón de juegos.

—¿Juegos? Deportes, querrás decir.

—No, de juegos. Hay un montón de televisores y consolas de videojuegos de todo tiempo. Es un amante de ello.

—Rayos □ dije, pensando que era algo innecesario; pero, cada uno con sus gustos.

—Sí, es divertido, no es tan malo como parece. □ Me miró como si supiera que estaba pensando, para luego fijarse en el frente □ por aquí encontraras el gimnasio, la salida a la piscina, al parte, afuera está el campo de golf, y...

Karen fue describiéndome, sin soltarme, toda la casa. Era un lugar enorme sólo con hablar de él así que con eso es suficiente como para decir que tuve que dedicarle una semana completa para visitar cada espacio recreativo, esquina y habitaciones tantas sin repetir alguna en ningún día.

—Aquí está tu habitación □ me dijo por fin, deteniéndose en frente de un cuarto que parecía un departamento □ tiene su propio baño □ que por sí sólo parecía una habitación completa □ un balcón que da a la piscina y al campo, tu propio armario, cama, y demás □ se giró hacía mi y me miró encantada, como si disfrutara aquel lugar más de lo que yo estaba haciéndolo □ Increíble ¿no?

—Sí, supongo □ dije, viendo el giro repentino de aquella visita.

Un día antes de eso, Karen me había encontrado en uno de los hoteles del club en donde me estaba hospedando porque quería mantenerme al día con los asuntos de su novio y el problema que teníamos entre manos.

Me citó a su mansión para hablar al respecto, porque ahí era más seguro conversarlo. ¿Por qué? No lo sé, el asunto es que, de un

simple encuentro, terminé consiguiendo una habitación en donde quedarme.

—Lo mejor es que no tienes que pagar nada. Es completamente gratis.

—Nada es gratis en la vida, mi amiga □ le dije, recordando una canción.

—Bueno, pero esto sí, no va a querer cobrarte, y yo no quiero que te cobre, además de que no lo necesita.

—Ciertamente... □ entré en mi nueva habitación, observándola de arriba abajo, inspeccionando lo que ahora sería mío.

—¿Y cómo te va con Mariana? □ preguntó Karen.

No me giré para verla, continué recorriendo el lugar evaluando lo que tenía, lo que no, lo que podía hacerle falta, lo que me parecía muy extravagante y lo que era precisamente lo que siempre quise tener.

—Me va bien, creo. Hemos salido unas cuantas veces.

—¿Han tenido sexo? □ preguntó sin contemplaciones.

—Sí, Karen, hemos tenido sexo. Somos dos mujeres adultas que saben lo que quieren, claramente hemos tenido sexo.

—Y, ¿te gusta? □ su pregunta sonó como si se tratara de una interrogante que le preocupaba, parecía estar interesada en mi relación amorosa.

Me giré para mirarle a los ojos y me aproximé quedando unos dos metros de separación de ella. Karen estaba recostada de arco de la puerta con los brazos cruzados sobre su abdomen, mirándome con cierto aire de madre protectora.

—Si me gusta, y creo que también le gusto a ella. Siento que puede ser la indicada ¿sabes? □ le dije, de amiga a amiga.

—Te entiendo. □ embozó una sonrisa.

Karen se irguió, me pasó por un lado y se sentó en la cama. Yo la seguí e hice lo mismo, quedando a su lado. Nos miramos y luego

nos dejamos caer de espalda sobre el colchón, como si se trataran de nuestras preocupaciones.

—Creo que haber entrado en este club si que nos abrió muchas puertas.

—Sólo nos abrió una.

—La más importante □ dijo ella, llevando sus manos a su cabeza para usarlas de almohada.

—¿Cuál es la más importante para ti? □ seguro era algo que tuviera que ver con el amor.

—El amor □ lo sabía.

—Supongo que puedo decir lo mismo □ respondí.

—¿Crees que conseguiste el amor? □ me preguntó, girando su cabeza en mi dirección.

—Espero haberlo hecho, no hemos hablado al respecto ni le he dicho la palabra con A, pero creo que sí es amor, creo que sí es algo especial.

—¿Cómo te sientes cuando hablas con ella?

—Me siento ridícula, como si necesitara oxígeno de más para poder usar las palabras adecuadas y no parecer una tonta □ me giré para verla □ ¿te ha pasado?

—Sí... te entiendo □ respondió □ estar con Arturo es increíble. No sé cómo pude pasar tanto tiempo sin él, sin estar a su lado. Creo que antes de conocerlo no era nadie, ahora, siento que soy invaluable y única.

—Eso es bueno, supongo.

—Yo igual, pero, aparte de todo eso, siento que vivo una mentira.

Y la Karen preocupada apareció de nuevo, creo que era por eso que quería hablar conmigo.

—¿Cómo va todo con el asunto de tu padre?

—Siento que va de mal en peor.

—¿Tanto así? ´

Karen, se levantó con un halo espeso a su alrededor que me hizo suponer que algo raramente malo había sucedido, así que me imaginé lo peor. Tal vez su padre ya se había enterado al respecto de sus asuntos, que la hubiera amenazado; de seguro los había visto juntos y ya sabía en donde vive ahora, qué estaba haciendo y con quién se había enredado. Era lo peor que podía pasar.

Ya sentada, dejó escapar un largo y fuerte suspiro; toda la presión de sus problemas, de su realidad se soltó con aquel respiro inquietante. Hizo una pausa dramática, que me dejó helada, que me hizo suponer aun peores cosas de las que ya había pensado; quería levantarme para reconfortarla, pero la incertidumbre no me dejaba mover.

—Arturo me pidió matrimonio.

Tengo mi propia opinión acerca del matrimonio, de lo que significa, de lo que nos han enseñado que es cuando en realidad sólo se basó en una mentira, en la forma en que nos lavan el cerebro, etcétera, acrecerá, etcétera. Pero, dentro de todo eso, siento que tiene algo que es rescatable: que se trata de un compromiso y una promesa.

Esa promesa debe ser hecha por personas que se amen realmente, que crean que han entendido el significado de amar, que lo han definido en su ser casi en su totalidad hasta el punto en que sienten que lo que el otro les inspira es ese amor real y absoluto.

Y eso implica que para casarse necesitas tiempo, paciencia, confianza, y madurez. Tonterías que no había visto hasta el momento con Karen y Arturo, claro, esa es mi humilde opinión, se las arreglaron para hacerme cambiar de parecer en poco tiempo. Al principio no entendí el por qué le propuso matrimonio ni la razón de por qué era algo importante de mencionar de forma tan melancólica.

—¿Y eso qué tiene que ver? □ pregunté, apropiadamente confundida.

—Porque Arturo es una figura pública... □ dijo como si yo lo supiera.

—Eso no lo sabía.

—Sí, lo es. □ rectificó, girándose para verme □ es una figura pública y ahora quiere que sea su esposa, convirtiéndome así en otra figura pública...

La forma en que lo decía me hizo entender que ella quería que yo analizara lo que intentaba decir, que la respuesta estaba dentro de algo que yo ya había escuchado, de una información previamente entregada.

De inmediato no lo entendí porque se trataba de algo que me había dicho mucho tiempo atrás, algo que para el lector puede estar una cuantas paginas arriba, a su izquierda o derecha (como en Asia), dependiendo del formato en que lo esté leyendo, pero para, mi, fue hace mucho.

—No entiendo...

—Rayos, Stef, estamos hablando de que él es una figura pública que me propuso matrimonio □ a pesar de impacientarse por mi respuesta, aun quería que yo lo dijera.

Y, luego de unos minutos uniendo cabos sueltos, tomando en cuenta que estábamos hablando del hombre que ayudo a traerla al mundo y de la relación que este guardaba con su futuro esposo.

—Oh rayos, eso quiere decir que...

—Sí □ no me dejó terminar □ es cuestión de tiempo para que mi padre se de cuenta que estoy saliendo con su peor enemigo.

—¿Y cuando piensas decírselo? No es como que deje de quererte o retire su propuesta porque estabas asustada de decirle la verdad.

—Porque no sé si realmente funcione □ dijo □ es capaz que se sienta presionado a hacer algo al respecto y termine jodiéndolo todo.

—¿Qué tanto?

—No sé, haciendo que lo maten.

—Crees que sea tan descuidado así □ pregunté □ no es como que haya llegado hasta aquí para que lo maten así como así. Yo que tú confiaría en mi futuro esposo.

—Eso quiero hacer...

Karen estuvo inquieta mientras hacía los preparativos de la boda. Resulta que necesitaba de su amiga para hacerlo, a pesar de tener a su disposición a los mejores preparadores. No sabía si estaba apresurada por hacerlo todo (con la cantidad de dinero que tenía, no creo que fuera importante el tiempo) o si simplemente estaba dejándose llevar por el sutil bramido de su entusiasmo, fácilmente eclipsado por su terror a que ambos lados de su familia fueran a enterarse de la relación que guardaban; lo que me llevó a pensar y a preguntarle algo importante.

—No sabe tu apellido ¿cierto?

Habían pasado semanas desde que me mudé para allá, ya todas mis cosas estaban guardadas en el armario, ya conocía casi a todos los empleados de aquella mansión y tenía mis lugares favoritos para perderme en ocasiones. Había pasado tiempo suficiente para pensar al respecto, para cuestionarme cuando podría ser el momento de decirle todo a Arturo acerca de su amada futura esposa.

Nos encontrábamos tomando un café en la enorme cocina de aquella mansión; haciendo exactamente lo mismo que siempre hemos hecho cuando discutíamos algo, ingerir alimentos o bebidas. Es algo recurrente, estar sentadas alrededor de algo, con una copa, un vaso o una taza entre las manos suspirando nuestras penas con cada sorbo, bebiendo lo que podemos haber dicho durante meses, pero nos guardamos cuando ya se ha hecho un gran problema.

Karen estaba alterada, se veía inquieta, insegura. Se sentía como si estuviera siendo acechada por algo peligroso y por lo tanto quería escapar de todo. ¿Qué podía hacer? Debía demostrarle que era su amiga, estar ahí para ella. Mi solución era sencilla, que dejara todo atrás, que se encargara de vivir su propia felicidad y se olvidara de que su padre presentaba un problema. O le decía o no lo hacía, pero que dejara de pensar en ello.

—Ayer hablé con él... □ me dijo Karen.

—¿Le contaste todo?

—¿Qué?! ¿Estás loca? □ vociferó □ No, no pude... □ agregó luego de calmarse.

—¿Entonces de qué hablaron?

—Arturo había llegado tarde, no sé si te diste cuenta □ dijo Karen □ el caos es que yo estaba en nuestra habitación, acomodándome para ir a dormir, cuando me pregunta si tenía algo que decirle antes de la boda.

—¿Crees que lo supiera?

—En ese momento no lo sabía.

—Pero ¿lo sabía?

—Si lo sabía, no me lo dijo.

—¿Qué te dijo entonces?

—Me preguntó si tenía algo que contarle □ repitió □ y yo me asusté, no supe qué decirle. De a momento creí que había descubierto todo, que sabía que era la hija de un criminal y que ahora no me quería más, que probablemente pensaría que yo estaba haciendo todo para poder ayudar a mi padre y saber cuales eran sus planes de acabar con él.

—Es un poco exagerado □ dije □ pero de cierta forma no es imposible.

—Exactamente, y eso fue lo que me dejó helada. Todo fue tan repentino, tan extraño, que creí que era eso □ agregó □ empecé a balbucear palabras, tratando de encontrar una idea prudente para decirle; te aseguro que si no sospechaba algo antes de eso, seguro sí lo hizo después. Arturo me veía confundido, intrigado, como si quisiera leer mis gestos.

—¿Qué hiciste?

—Lo que cualquier persona en mi posición haría.

—¿Fingir demencia?

—Fingí demencia.

—¿Decirte algo?, dije, nada que ver, le aseguré, ¿por qué preguntas, amor?, le pregunté. A lo que él me respondió: Porque quiero saber si estás segura de que quieres casarte conmigo, de si en realidad me amas; de inmediato sentí que todo se había derrumbado a mi alrededor: los planes conspirativos que me inventé, de los que me acusé y con los que me juzgué culpable sin que siquiera existiesen. Creo que fui muy obvia porque suspiré como si me hubiera quitado un peso de encima.

—Tú eres obvia □ aseveré □ eres muy mala para mentir.

—¿Mala para mentir? He mantenido una mentira por los últimos dieciocho meses □ se defendió Karen.

—La omisión de la verdad no cuenta como decir mentiras, sólo cuenta como eso, omitir la verdad. No estás diciendo nada importante pero no quiere decir que estas diciendo algo para cambiar el sentido. No cuenta, si dejas de decir algo.

—No importa □ dijo con hastío □ de todos modos el caso es que probablemente esté sospechando algo ahora.

—¿Y por eso está así? □ le dije.

—Claramente. Estoy inquieta, no sé qué hacer.

—Puedes actuar como si esto nunca hubiera pasado ¿me explico? □ pregunté.

—No, no lo haces.

—Bueno, actuar como si no fueras la hija de aquel hombre □ le dije □

—Me acabas de preguntar si le había dicho mi nombre, por algo debiste hacerlo.

—Porque se supone que debes casarte con él, entregar tus papeles, no creo que haya forma de hacerlo habiendo falsificado tu apellido o algo así.

—No es imposible.

—Pero ¿lo harías?

—Tal vez.

—Entonces eso es a lo que me refiero, hacer como si no fueras su hija, así, sea lo que sea que fuera a hacer, él conseguiría acabar con tu padre y tú te harías de la vista gorda.

—¿Me explico?

—Puede ser... □ Karen comenzó a ver al vacío, interpretando mis palabras, estudiándolas, viendo si era posible tomarlo en cuenta. Se le notaba en la mirada que quería hacerlo, pero algo se oponía □ aunque...

No sabía qué estaba pronta a decir, pero, no parecía tener nada en mente, creo que hasta el momento la única y mejor idea con la que podía contar era con la mía.

—Pienso que, si hablamos al respecto, podríamos arreglar las cosas, si le cuento...

—¡Vamos! No seas tan necia □ vociferé □ te estoy diciendo que lo dejes pasar ¿por qué quieres decírselo?

Karen se levantó de la mesa, ya habíamos terminado de tomar nuestras tazas de café, o de té, no recuerdo que cosa extraña estábamos tomando porque nuestra conversación se estaba saliendo del carril por el que iba.

—Porque no quiero tener secretos con Arturo, vamos a casarnos, debería saberlo todo de mi. □ se apartó un poco de la mesa y comenzó a dar vueltas mientras continuaba hablando □ no quiero mirarlo a los ojos y saber que estoy siendo una cobarde por no decirle.

—¿Y por qué no se lo dices de una vez entonces? ¿por qué lo piensas tanto? □ exclamé, a ese punto a las dos nos había dejado de importar el echo de que pudieran escucharnos de a momento.

—¡Porque no lo sé! ¡No tengo idea de si es lo correcto! No quiero terminar perdiéndolo todo por no habérselo dicho al principio, ni que sea un problema ahora que está comprometido a mantener una vida conmigo y darse cuenta que debe arruinar al padre de su esposa. No quiero que tenga que pensar al respecto porque todo este maldito problema se creó por mi culpa.

—Estamos hablando de dos cosas muy diferentes □ dije, creo que sin saber muy bien a lo que me refería.

—¿Cómo que es diferente? No lo es, Stefanie, estamos hablando de una sola cosa. Yo no quiero decirle que soy la hija de Adriano Mazzilli, el criminal que ha estado buscando durante gran parte de su vida porque le arruina el paisaje.

La forma deliberada con la que dijo su nombre, con la explicó el motivo de nuestra discusión, me trajo en cuenta de que estábamos hablando en voz alta de algo que, se supone, es un secreto. Así que me acerqué a ella, y la motivé a bajar la voz.

—Tranquila, creo que estamos gritando mucho, nos podrían escuchar...

—¡No me importa ya! □ exclamó Karen, parecía estar llegando al fondo de su tolerancia y autocontrol □ No quiero seguir ocultándolo más, necesito que todo esto se resuelva ahora.

—Karen, pero... □ ya no quería que dijera lo que tenía en mente. Por algún motivo cambié de parecer al verla colapsar por completo.

—Quiero que todo salga bien □ dijo, empezando a amainar su intensidad □ estamos hablando de algo que no quiero dejar de hacer, estamos hablando de mi futuro, de lo que siento por él, de lo que me importa mi padre a pesar de que sea un imbécil criminal. No sé qué hacer, y lo mejor que se me ocurre es decirle todo a Arturo, esperar que me acepte y me ayude, que me permita estar a su lado a pesar de todo esto.

—¿Y si no sucede?

—Entonces estaré segura de que lo intenté, de que hice lo correcto, pero no quiero mantenerme viviendo en una maldita mentira, no más.

Karen tenía un punto, Karen creía que necesitaba de esa confianza total para poder entregarse por completo a su amado Arturo. El resto de los días sólo pasaron como un monótono e inagotable intercambio de sucesos a los que le fui indiferente, a excepción de una pequeña parte.

Ver a los dos juntos era un poema porque se sentía que realmente algo estaba sucediendo entre los dos. Fuera de la idea de tener que contarle todo a su pareja acerca de su padre, ella estaba completamente enamorada de ese hombre, de lo que hacía, de las cosas que contaba.

Arturo entendía lo que ella quería decirle sin esperar a que comenzara a hablar; sí que parecían amarse locamente, sí que se veían realmente atraídos el uno con el otro. No estaba segura si lo que sentían era amor, ciertamente lo que yo siento no es ni cercano a lo que ellos explicaban.

Sí que lo relacionaba, que suponía que así habría de sentirse, pero, ellos lo hacían ver todo tan fácil. No había problemas, discusiones, siempre se miraban a los ojos como si se acabasen de conocer.

Cuando hablaban, sus palabras parecían estar completándose entre sí porque de alguna forma u otra eran los mejores amigos, los seres más parecidos de todo el planeta tierra. Me daba un poco de celos al saber que ellos se sentían tan bien el uno con el otro porque de alguna forma u otra eso significaba que me apartaría de mi mejor amiga; no soy una egoísta, no arruinaría su relación sólo porque quiero que comparta conmigo. Arturo estaba encantado con tenerla en la casa, escuchándolo, haciéndole feliz. Cada vez que llegaba de la oficina, traía consigo una rosa y una caja de chocolates.

Si no eran regalos ocasionales y que por un tiempo fueron inesperados hasta que se hizo rutinario el hecho de llegar con un presente (aunque no por eso a ella dejaba de gustarle, continuaba emocionándose cada vez que los recibía), iban al cine, al parque, a algún restaurante porque comer en aquella mansión nunca era tan enriquecedor como disfrutar de lo que su dinero podría pagar. De vez en cuando iba con ellos, no estoy segura por qué, pero lo hacía y por algún motivo me encantaba verlos tratarse con tanto cariño.

Antes de todo eso, no podría decir que conocía a Arturo, la verdad, en este relato no hay mucho sobre él porque a su momento, en el tiempo en que me encontraba palabras atrás, no le daba mucha atención. Es por eso que luego de un año sabiendo de su existencia es que por fin le saco a relucir (en el tiempo de este relato). Estoy a

gusto con él, no me mal interpreten; ha sabido hacer sentir de maravilla a Karen y eso se lo agradezco.

Para hacer más énfasis en su relación (porque siento que debo dejar en claro que lo que sentían el uno por el otro sí que era real) ahorrándome su escandalosa (cada vez que los escuchaba) y muy detallada (cada vez que Karen me contaba todo lo que hacían) escenas sexuales, lo detallistas que eran el uno con el otro... Ellos eran una pareja envidiable, pero, no todo el tiempo se comportaban como dos terrones de azúcar endulzando demasiado el café; se demostraban confianza el uno al otro, se tomaban de la mano al caminar como si sus palmas se atrajesen mutuamente.

De vez en cuando pasaba por una de las muchas salas de estar de aquella mansión, de las tantas que tienen chimenea; los veía sentados en silencio, sumidos en sus propios asuntos: leyendo un libro o el móvil, fumándose un cigarrillo, bebiendo whisky, viendo al vacío. A veces cocinaban juntos, a pesar de que tuviéramos cocineros preparados para ello. Hacían la cena de todos y eso parecía hacerlos felices porque se complementaban.

Arturo había logrado en ella algo que no creí que fuera a lograr sin drogas sexo o alcohol; incluso tomando en cuenta la relación que guardaban, él le había permitido ese escape que ella tanto buscaba. Definitivamente era su príncipe azul.

Pero, las cosas se hacían cada vez más difíciles conforme se acercaba la fecha de la boda y Karen todavía no le decía la verdad a su futuro esposo. Su futuro matrimonio estaba pendiendo de un hilo y nosotras no sabíamos que hacer al respecto.

—Stefanie, ¿sabes qué pasa con Karen? □ me preguntó Arturo.

No habíamos tenido una conversación a solas desde... nunca. No recordaba la última vez que habíamos hablado sin la presencia de mi amiga porque realmente no lo habíamos hecho, así que las cosas se hacían un poco más extrañas mediante pasaba el tiempo. Era comprensible, Karen estaba actuando diferente, demostrando que algo le sucedía a pesar de decir que todo andaba bien. Así que, cuando se me acercó para preguntarme al respecto, no sabía qué decirle.

—Eh... ¿sucede algo con ella? □ pregunté tratando de fingir naturalidad.

—Sí, Stef, sé que sabes algo. Ella no me quiere decir, ni hablar de ello, pero parece que le esta perturbando.

¿Por qué no le ha dicho todavía? El hacerlo esperar tanto es un problema; fue un problema en su momento. Yo, por mi parte, estaba en una posición delicada; no podía simplemente traicionar a mi amiga ni demostrar que le estábamos ocultando algo a Arturo porque eso, indirectamente, sería traicionarla, interferir con su felicidad; no era mi obligación, yo no soy una entrometida.

Así que aclaré mi garganta, insegura, y traté de ser racional.

—No...

—No me mientas □ me interrumpió.

Traté de nuevo de no ser obvia, ni demostrar que de echo si estaban ocultándole algo, así que me puse a la defensiva.

—No te estoy mintiendo, si me dejas hablar, puedes dejar de estar sospechando □ le reproché □ ¿me dejas?

—Está bien □ dijo, sentándose en la silla.

Me había atrapado en la cocina mientras intentaba coger un pedazo de torta de la nevera (como cosa rara; de todo sucedía en esa cocina) y supe que se hacía delicado el asunto cuando mandó a todos a salir; así que no sólo teníamos una conversación sin Karen, sino que estábamos solos; estaba en desventaja.

No tenía idea de lo que le había estado diciendo Karen en los últimos días para que se quedara tranquilo, así que había posibilidades de que cualquier cosa que pudiera decir podría arruinar su coartada.

—¿Qué quieres saber? □ pregunté.

—Quiero saber qué sucede con Karen...

—Y, exactamente, ¿qué sucede con ella?

—Que se ha estado comportando muy extraño, está distante y cada vez que pregunto algo parece que está ocultándome una cosa.

—¿Qué te hace pensar al respecto? ¿Por qué dices que está ocultándote algo? Podría simplemente estar nerviosa.

—Porque siempre habla con rodeos, sacándome de contexto, tratando de que olvide lo que he preguntado.

—¿Eso dices?

—Sí, exactamente como tu me estás haciendo ahora. Intenta desviar mi atención del tema para que me distraiga. □ aclaró su garganta, y me miró con severidad, como si hubiera leído mis intenciones □ ¿Por qué lo hacen? ¿Qué está sucediendo?

Dejé escapar un suspiro, resignada, dándome cuenta de que se me acababan las ideas.

—Creo que tiene que ver con algo que quiere decirte, pero no sabe cómo.

—¿Tú sabes qué es? Parece que lo sabes. Te comportas como si lo supieras.

De nuevo dejé escapar un suspiro, demostrándole que mi intención no era decírselo.

—¿No me quieres decir?

—No es que no quiera, es que no es algo que yo deba decirte. Es algo que ella quiere hacer, es importante.

—¿Qué tanto? □ me miró preocupado □ ¿tanto como para no casarse? ¿Es algo que hizo? Porque si es algo que hizo no me importa, todos hemos hecho cosas execrables.

—No es eso □ le aseveré.

—No me importa si se acostó con alguien en los últimos días, o después de conocerme

—Ojalá fuera eso... □ dije.

—¿Entonces? □ cada vez se mostraba más impaciente por saberlo.

—Es que no sé, es algo grave... y no me corresponde decirte.

Arturo se veía desconcertado, yo intentaba comerme mi pedazo de torta mientras le veía tratar el asunto con intriga e inseguridad. Se

mostraba insatisfecho con lo que le había dicho porque, la verdad, no le dejaba mucho en claro. Él no quería saberlo todo acerca de ella, no quería conocer su pasado porque no le importaba, sólo me pedía que le dijese por qué estaba tan distante últimamente.

Y me sentí mal por él, y supongo que sentí empatía por él, necesitaba hacerlo pensar en otra cosa, sacarlo de esa tertulia con la que estaba tratando.

—Quieres mucho a Karen ¿verdad?

—Sí □ respondió asertivamente.

—Cuéntame □ dije sentándome, por fin, en frente suyo □ ¿qué sientes por ella?

—Bueno, siento que la quiero lo suficiente como para dejarlo todo □ me miró, como si necesitara de eso para ser más puntual □ todo, absolutamente todo.

—Eso es un poco exagerado □ dije, colocando mi pedazo de pastel en la mesa □ ¿no crees?

—No lo es, no para mi, porque no me importa. La conocí en un momento extraño de mi vida, así que todo lo que pueda hacer por ella debe ser un homenaje a eso.

—¿Extraño?

—Sí, extraño. He estado trabajando con la policía, y bueno, eso es extraño, no tengo motivos para hacerlo, pero lo hice, ahora me he ganado enemigos, me he conseguido con obstáculos que no me dejan ser feliz, pero todo eso dejó de importar cuando me encontré con Karen. Ella es increíble, es hermosa, es inteligente. Me hace sentir bien ¿sabes? Muy bien.

Se veía que estaba hablando con sinceridad. ¿Qué podía decirle yo que le sirviera para sentirse mejor?

—Y por eso te quieres casar con ella. ¿Quieres casarte con ella a costa de cualquier cosa?

—Sí, no hay nada que pueda oponerse a lo que siento por Karen; no hay nada que pueda hacer o decir que pueda arruinar todo esto porque ella es simplemente perfecta.

La curiosidad me invadía, quería conocerle mejor, entender al hombre que se iba a casar con mi mejor amiga, así que me dejé llevar por el calor del momento y sin darme cuenta comencé a dar pistas de lo que estaba sucediendo.

—Pero, ¿si es parte de algo que tu aborreces, que pueda significar un problema para tus ideales? ¿Qué pasaría? ¿La dejarías?

—No lo sé. ¿por qué habría de serlo?

—No sé □ dije desviando su atención □ lo digo es por decirlo. Es un ejemplo □ vacilé □ ¿me entiendes?

—Creo, pero... ¿cómo así que pueda formar parte?

Sus preguntas estaban yendo hacia la dirección adecuada y yo no quería que se asomaran por ahí.

—Es un ejemplo, es sólo para saber; lo digo es porque como acabas de mencionar que no hay nada que pueda oponerse entre tu y ella, y que estás trabajando en la policía y tienes enemigo y eso te tenía estresado; entonces se me ocurrió eso ¿qué pasa si ella tiene relación con eso? Trabajas para eliminar a esas personas ¿o no? Entonces, ¿eliminarías a Karen?

Arturo me miró desconcertado, tratando de conseguirle sentido a mis palabras, a lo que eso podría significar. Yo mantuve u rostro impávido para no evidenciarme demasiado.

—¿Qué tanto estás dispuesto a hacer por Karen? ¿Realmente la amas? □ dije, para que pensara sólo en ello y no en el trasfondo de mi pregunta.

—Sí la amo en verdad □ vacilé □ y si fuera por algo en lo que estuviese envuelta, tendría que hablarlo con ella □ dijo, sin verse muy seguro.

—Pero si es algo que no controla, ¿le culparías?

—No lo sé... □ dijo.

No estaba llegando a ningún lado, necesitaba hacer otra pregunta; sólo estaba consiguiendo que pensara precisamente en lo que, se suponía, quería evitar.

—Mejor usemos otro ejemplo □ agregué, llamando su atención □ mejor digamos que ella es una asesina a sueldo que consiguió su fortuna viajando por el mundo y asesinando personas.

—Aja...

—Suenan ridículo, ¿verdad?

—Sí, un poco.

—Bueno, pensemos por un momento que no lo es, que realmente lo hace y que por eso está aquí y por eso se conocieron en La Corte ¿cierto?

—Okey □ dijo Arturo, arrastrando el sonido de esa sílaba como si intentara buscarle el sentido a lo que decía.

—¿Me sigues? □ pregunté al sentir que estaba confundido.

—Sí, estoy siguiendo.

—Perfecto □ dije □ está bien □ me enderecé en la silla □ ahora, digamos que no te quiere decir la verdad porque está avergonzada de sus crímenes pero que lo dejó todo atrás y ahora quiere tener una vida feliz contigo. ¿Qué harías tú?

Lo miré a los ojos, y antes de que pudiera abrir sus fauces para hablar, le detuve, intuyendo cual sería su respuesta.

—Y no me digas que no lo sabes, sé un poco más creativo; ¡entra en contexto!

Arturo se llevó la mano a la barbilla para pensar, como si el rascarse su mentón rasurado, tratando de conseguir la respuesta adecuada.

—Supongo que no haría nada... □ dijo al fin.

—¿Supones?

—Sí, es un caso hipotético, por lo tanto □ dijo con total confianza □ supongo que hipotéticamente la perdonaría porque eso no es asunto mío.

—Pero, ¿y si te afecta?

—¿Afectarme como?

—Que te des cuenta que debes elegir entre lo que haces y lo que sientes por ella.

—¿Hablas de perseguir criminales?

—Más o menos. Tampoco es que seas un súper héroe, o un policía de verdad.

—En ese caso, la verdad es que no sé, y no quiero averiguarlo.

—Lo bueno es que es solo una metáfora □ mentí, sin demostrar que estaba un poco nerviosa □ pero, podrías tratar de ser más indulgente con ella, no presionarla para que te diga, tal vez tiene sus motivos y por eso no quiere que sepas lo que sea que no quiera decirte.

En ese momento, Arturo me miró como si se tratase de un amigo de toda la vida que llega a pedir un favor, en busca de ayuda para resolver algo muy importante, que es de vida o muerte.

—Si me oculta algo, ¿me ayudarías a que me lo dijese?

No supe qué responder, sólo lo miré desconcertada, tratando de que no quería meterme en esos asuntos porque era delicado, porque no quería tener nada que ver con sus vidas personales; pero su mirada era penetrante, intensa, se veía que lo decía en serio, que en verdad necesitaba de mi ayuda.

—No lo sé □ vacilé.

—Por favor, vamos. No me digas que no, hazlo por mi, sé que no somos amigos como lo son tú y Karen, pero, siento que puedo confiar en ti, así como confía en ella. Por favor □ dijo suplicante □ ¿sí?

Traté de negarme, traté de decirle que en verdad no quería hacerlo, pero no quería simplemente negarme a ayudarlo porque de cierta forma no era su culpa el estar en aquella situación, así como tampoco lo era de Karen.

—Está bien □ dije por fin, dejándome llevar por mi indulgencia y empatía.

Arturo me sonrió como si se tratase de un gran gesto, como si hubiera resuelto muchas cosas en su vida con tan solo decirle que

le ayudaría a convencer a Karen a que le contase la verdad. Creo que eso fue lo que desató todo lo que sucedió después. Pero eso es sólo una suposición.

—¿De qué están hablando? □ dijo una voz de mujer a nuestra espalda.

—Amor, llegaste □ dijo Arturo, levantándose para recibir a Karen de la forma amorosa con la que siempre lo hacía.

Cada cuanto llegaba, él iba hasta ella para abrazarla y darle un beso en la frente porque quedaba perfectamente nivelado en sus labios, lo que le facilitaba el acceso. Karen se dejaba abrazar, besar y sonreía sonrojada. Aquello se hizo un hábito rápidamente, así que no había forma de que no lo hicieran, ni siquiera en las condiciones en las que se encontraban.

—Estamos hablando de ti □ dijo él, con total naturalidad.

Karen me miró a través del abrazo de su futuro esposo, como pudo, diciéndome con la mirada que le explicara al respecto; ¿de qué estábamos hablando? Preguntó con unos muy específicos gestos: de nada, respondí con un mohín indiferente.

—Estábamos hablando de ti, y de lo importante que eres para mi □ simplificó Arturo.

—¿Hablando de mí? ¿Y por qué hablaban de mí?

Arturo se sentó de nuevo en la silla en la que estaba, me miró, buscando apoyo y se enfocó de nuevo en Karen, quien nos observaba desconcertada.

—Porque has estado comportándote muy extraño estas últimas semanas

Karen me miró, buscando una respuesta, que le ayudara; yo estaba en una posición delicada porque no quería estar del lado de ninguno sin parecer que no soy buena persona con el otro; no sabía que hacer, así que hice lo que pude para mantenerme imparcial. En ese momento, Arturo también me miró, como si esperara que yo terminara de plantear su idea, a lo que negué con la cabeza; mi intención no era formar parte de ello.

—Y... □ vaciló, esperando a que yo hablara □ no importa lo que sea que suceda, yo te apoyaré y no te juzgaré □ dijo Arturo.

Se notaba que Karen comenzaba a dudar, que no tenía idea de cómo actuar al momento porque su mejor amiga no podía darle ningún consejo y el amor de su vida parecía estar esperando una respuesta contundente.

—¿Entonces? □ preguntó, tratando de manejar la situación.

—Que puedes decirme; por como te has estado comportando en los últimos días, y con lo que me ha dicho Stefanie □ en ese momento Karen me miró como si la hubiera traicionado.

Yo la miré desconcertada, tratándole de decir que no había hecho nada malo, que hice todo lo que pude para mantener su secreto a salvo y que todo lo que él estaba diciendo no tenía nada que ver conmigo, en parte.

—Quien la verdad □ continuó Arturo □ sólo me mantuvo dando vueltas para que no llegara a nada □ añadió, luego de ver que Karen comenzó a juzgarme.

Sentí un tremendo alivio al encontrarme fuera de ese problema que se había creado en tan pocos segundos, pero él continuó con su monologo.

—Pero concluí en que querías decirme algo importante que crees que puede hacerme cambiar de parecer con respecto a lo que siento por ti y nuestra relación.

Karen no había dicho nada, por lo menos no con palabras. Su mirada era un poema de respuestas que iban desde un ¿por qué lo hiciste?, dirigiéndose a mí, a un: no quiero que pienses mal de mi, dirigiéndose a Arturo. Sus cejas, sus labios, sus mejillas, el movimiento de su cabeza... si lenguaje corporal era suficiente para estar dentro de la conversación sin decir una sola palabra, y todo ello bastó para él.

—¿Quieres decírmelo ahora? □ dijo Arturo, finalizando su discurso.

Karen nos miró a los dos, tratando de encontrar apoyo en uno, en el otro; se fijó en la puerta detrás de nosotros porque tal vez pensaba

en huir de la escena y no decir nada, no responder y no caer en ese juego riesgoso de contar la verdad; sabía que estaba pensando en alguna mentira, en si existía una forma de manipular la situación para desviar el tema, pero, yo no hizo nada de eso; se quedó allí, gélida y abstraída.

Dejó escapar un suspiro, como si todo lo que hubiera pensado había concluido en un desastroso final y por ello no lo hizo, y, por primera vez en todo ese tiempo, la vi rendirse.

Se había resignado, reconoció que no existía forma alguna en que su secreto fuera menos impactante para él, a que las cosas que la rodeaban eran efímeras y por ello no importaba qué tanto se esforzara, no podría escapar de la inexorable verdad: no podía controlar nada. Soltó sus hombros, cerró los ojos, se mojó los labios succionándolos dentro de su boca y suspiró de nuevo.

Por una fracción de segundo, sus ojos chocaron con los míos y supe que era el momento para dar mi mas gran consejo: «hazlo, ya no importa», le di a entender con la mirada, y creo que con eso bastó, porque inmediatamente, sus labios se abrieron.

—Sí tengo algo que decirte □ dijo por fin □ y creo que no es algo que puedas perdonarme tan fácilmente, o que puedas superar de la noche a la mañana.

—Te prometo que no será así □ aseveró Arturo, incrédulo y enamorado.

—Y a mi me gustaría creer que lo que me dices es cierto, pero sé que no lo será.

La incertidumbre me estaba matando. ¡Quería que se lo dijera de una endemoniada vez! ¿por qué era tan misteriosa? Ya no importaba, ya todo lo que podría suceder había sucedido y estaba pronto a tener un desenlace y, a menos de que no se lo diera, no había otra forma de averiguar cual sería.

—Pero dime qué es □ insistió Arturo.

Karen tragó saliva antes de disponerse a hablar.

—Mi nombre real es Karen Mazzilli □ confesó Karen, con los ojos cerrados.

Me giré para ver la reacción de Arturo, que era lo que realmente importaba. Sus parpados comenzaron a abrirse más y más, y yo lo veía como si se tratara de una escena en cámara lenta.

Sus fauces se soltaban, abriéndose, se inclinó lentamente hacia atrás, lo que me dio la impresión de que estuviera siendo impactado por una granada y el impacto lo obligara a retroceder. Y eso nada más con escuchar a media su nombre real. Esa expresión de sorpresa no fue nada comparada a la que tuvo pocos segundos después.

—Mi padre es Adriano Mazzilli, el mafioso que tanto intentas atrapar. Su cara, luego de aquella última oración, sí que fue un poema.

## Historias Entrelazadas

Arturo era un hombre extremadamente millonario; había obtenido su fortuna del trabajo de sus padres quienes se esforzaron por salir adelante al emigrar de su país y comenzar una nueva vida como extranjeros con un sueño.

Su esfuerzo y determinación los llevó a convertirse en magnates de cientos de negocios para luego traer al mundo a un joven prodigio que luego se enamoraría de mi amiga Karen. Arturo había desarrollado la intención de salvarlos a todos porque sentía que la vida necesitaba de su apoyo, de su mano amiga, porque, desde su perspectiva, si no vivía para servir, no servía de nada estar vivo.

Con el pasar de los años, comprendió que tenía los recursos, el tiempo y no había nada que lo detuviera para hacer lo que quería. No esperó mucho para comenzar a invertir su dinero en fundaciones que ayudaran a los más necesitados, a los que requerían de asistencia medica, una educación apropiada; se enfocó en limpiar las calles, en hacer lo que un gobernador, un alcalde, un ministro o un personal publico del gobierno haría porque tenía el dinero para hacerlo y gracias a él descubrió que aquellos que tenían con qué, podrían hacer las reglas del juego.

No perdió el tiempo en hacerse de un nombre, de invertir en los negocios adecuados, en conseguir más y más dinero para sí mismo y para la empresa que sus padres fundaron, la misma que le heredaron.

Lo que por un tiempo sólo fue una etapa en su vida, se convirtió en un habito, en un estilo de ser. Fue asimilando cada vez más el titulo de filántropo, de hombre bondadoso, de millonario indulgente. Su fortuna seguía creciendo y su necesidad por ayudarlo a todos igual.

Pero, seguía siendo un joven millonario que nació con todo. Sus padres, luego de establecerse en la industria, de ser reconocidos por su patrimonio neto y llegar lejos en el negocio del dinero, se toparon con un club clandestino, y exclusivo, para personas

adineradas, que le daba cierto símbolo de estatus y prestigio a su nombre.

Todo el que se hacía llamar a sí mismo: «asquerosamente rico», tenía la obligación de pertenecer a ese lugar y, ellos, como habían llegado a un punto de sus vidas en el que todo les sobraba, decidieron formar parte de él.

Con el tiempo, se hicieron miembros honorarios del lugar, amantes asiduos del lujo que este club les ofrecía: fiestas, drogas, oportunidad de hacer aun más dinero, entretenimiento, comodidades inimaginables.

El club secreto de los millonarios era una especie de paraíso para ellos y todos los que, desde entonces, incluso antes, o después, formaban parte de él. Gracias a ellos, Arturo nació en un círculo de oro que le permitió vivir todo ello desde antes de que pudiera tener memoria.

La Corte, el nombre que adquirió porque un grupo de millonarios pretenciosos no sabían como decirle a un club de millonarios presuntuosos, se convirtió en su segundo hogar, en su siguiente patio de juego, en su escape de la realidad (porque la realidad no era precisamente la misma que vivimos tú o yo, no la de él, no la de alguien con tantas facilidades).

Aunque es importante resaltar que no siento desdén por lo que un millonario representa, o por las comodidades que tiene; puede que sea agresivo para el lector el leer lo que acabo de decir sin una aclaratoria. Mi punto es que Arturo lo tenía todo, pero aun así se sentía vacío.

Ni la fortuna de sus padres, ni los beneficios de haber nacido de padres pobres que se habían esforzado para llegar lejos y ahora le daban la mejor educación y todo lo que siempre soñaron darle a su hijo; o La Corte, con todos sus lujos, sus incontables recursos, las relaciones que se podían hacer ahí o lo que un lugar lleno de tanto valor monetario, podían satisfacer el bramido de hambre en su alma.

Arturo necesitaba de algo que le demostrara que estaba vivo, que el mundo era más que viajes alrededor del mundo en primera clase o

en aviones privados, que tomar licores que nadie podía costearse, de tener lo mejor, lo más actual y lo más elegante.

Arturo sabía que las cosas que lo rodeaban no podían ser todo lo que iba a conocer durante su efímera vida, así que, armándose de valor, de entusiasmo y completamente honesto, comenzó a hacer lo que podía para ayudarlos a todos de forma definitiva.

A sus veintiséis años de edad, comenzó demostrarle al mundo que no sólo era una cara bonita, un hombre millonario que trataba de llamar la atención de todos al hacer unas cuantas obras de caridad; en esa etapa de su vida, supo que necesitaba de tomar las riendas del mundo a como diera lugar y comenzar a limpiar la basura de las calles.

Así que, de esa forma, se dispuso a formar parte del cuerpo de policía de una pequeña ciudad en dónde no lo conocían para probar un nuevo método de limpieza delictiva la cuál sólo servía para hacer una serie de tres temporadas en la televisión.

Con sus contactos de La Corte, consiguió prácticamente el control total en las fuerzas policiales y así invirtió parte de su dinero en mejorar las instalaciones, los aditamentos, de entrenar a los oficiales de policía y conseguir toda la atención de las cámaras, la sociedad y el mundo criminal.

—Mi intención es ayudarlos a todos, o solo a aquellos que quieren ser ayudados. No estoy haciendo esto por un capricho, porque no sé qué hacer con mi dinero o tengo demasiado tiempo libre. No me importa lo que piensen de mi, lo que crean que pueda estar haciendo o cuales son mis motivaciones, porque, mi intención es hacer esto y no permitiré que alguien se oponga en mi deseo de hacer este un lugar mejor □ dijo Arturo, frente a una rueda de prensa.

—¿Por qué eligió este lugar? □ preguntó un periodista en la multitud □ de entre todos los que podría elegir en todo el país.

—Porque es un lugar pequeño con una relevante tasa de crimen organizado.

—Entonces está aquí para destronar a las mafias □ preguntó el mismo periodista.

—Estoy aquí porque quiero hacer un cambio. Si resulta, llevaré mi método a otro lugar y así sucesivamente hasta que logre limpiar el crimen por completo.

Arturo estaba consiente de lo que significaba el crimen para una persona en su posición, lo que eso implicaba para la mayoría, lo que había estado viendo desde que tiene memoria en La Corte, en su familia, en el mundo entero.

A sus veintiséis años de edad, él había aprendido que la sociedad se regía por reglas establecidas por la mano que podía ejercer el poder; esa misma mano le rodeaba casi todos los días en aquel club lleno de dignatarios, gobernadores, presidentes, reyes, que se encaraban de enseñarle a las personas que hacer las cosas de cierta forma era incorrecto, pero cuando ellos lo hacían estaba bien.

Arturo estaba disgustado con la forma en que las cosas funcionaban, con haber nacido dentro de la parte beneficiada de la sociedad y no haber hecho nada para cambiarlo. Pero no tenía tiempo para pensar más al respecto; tenía un plan y lo iba a ejecutar. Sabía que las personas no se dejarían ayudar así cómo así, que los criminales simplemente no se irían y dejarían sus actividades delictivas porque él lo quería. Sabía que no sería fácil.

—¿Y qué tiene pensado hacer con las personas que son consumidores frecuentes de ese crimen? Los acaudalados como usted, los cínicos, los infelices, todos los que consumen drogas, prostitutas; asesinos que viven de la muerte, violadores que viven de niños, mujeres y quien esté indefenso. ¿Cómo piensa usted acabar con ellos? □ preguntó otro periodista □ ¿Cómo espera acabar con es otra cara del crimen?

—Con paciencia. Pero lo haré, no importa como, no importa si me tome todo el año, tres, cuatro... la vida entera si es que las circunstancias me llevan a vivir los suficiente.

—¿Con paciencia espera quitarle la necesidad al drogadicto? ¿Con paciencia espera solucionar la realidad de la mujer o del hombre

que recurre al sexo fácil, desprotegido, inseguro y barato?

—No. Espero hacerlo con mano dura.

—¿Cuál es su plan?

Recuerdo esa entrevista, y la cara de Arturo, tranquila, serena, eminente y llena de entereza, demostraba que estaba preparado para todo.

—El crimen tiene acceso a todos, un crimen es considerado como tal cuando rompe con los esquemas y los estigmas de la sociedad □ Explicó Arturo □ Una persona que roba para comer no es un criminal ante los ojos de su hijo quien está muriéndose de hambre, pero sí del comerciante que se niega a ser indulgente y ayudar al necesitado, que bien no quiere perder su mercancía pero también le coloca precio a las cosas que por orden natural no tienen un valor real. Pero todo estamos de acuerdo que alguien que vive del abuso infantil, de las drogas que matan personas y destruyen familias; son criminales, asesinos y demás.

El periodista intentó interrumpir a Arturo, pero este no se dejó.

—Un momento... □ dijo, resaltando su punto, demostrando que no se iba a callar □ mi intención es demostrar que no deben recurrir al robo, al asalto, a la invasión o cualquier otra cosa porque no sólo estaré luchando con el crimen, también ayudaré a los necesitados, a los que se ven afectados por esos mismos criminales. Y sí, parece que me estoy comportando como un alcalde, o un gobernador, o un presidente; pero no soy nada de eso, no soy un mentiroso, o un hombre que esté prometiéndole cosas. No me hace falta el dinero, el prestigio, la aprobación de nadie. Hago esto porque quiero y todo está saliendo de mi bolsillo, así que no veo motivos para que nadie pueda quejarse, a menos que salga perdiendo en este juego.

Sus palabras se hacían cada vez más intensas, más pesadas. Parecía que no sólo tenía tiempo pensando al respecto, sino que las cosas que decía las sentía, las asimilaba como una verdad, como su propia ideología, porque eran parte de su ética, de su idiosincrasia.

—Acabaré con las organizaciones criminales, con su monopolio de drogas, de asesinatos, fraudes y de más... le estoy haciendo la

guerra a ellos y salvando a quienes se encuentren en medio de esta. Así que, sí, lo que quiero hacer es acabar con el statu quo criminal que controla las calles, con la creencia que las personas pueden hacer lo que quieran y salirse con la suya, con la falta de ayuda a esos individuos que necesitan de apoyo, pero sin cruzar esa línea que separa una ayuda a un servicio gratuito del cual se pueden aprovechar sin hacer nada a cambio.

Aclaró su garganta y terminó diciendo.

—Soy Arturo Velázquez y haré lo que sea para acabar con la delincuencia.

Aquellas palabras supieron ganarle enemigos en el mundo criminal. Había hecho lo posible para tener a la policía en su palma, controlando todos los operativos, redadas, búsquedas e investigaciones con el fin de exterminar el crimen. Pero, con el paso del tiempo, se encontró con su más grande enemigo: Adriano Mazzilli.

Adriano, era un mafioso que controlaba las calles de aquella ciudad sin ningún problema. Tenía en su palma la venta de drogas (el principal de sus negocios), la prostitución, el tráfico de armas, y una serie de propiedades espejo que servían para desviar la atención de la policía y las organizaciones gubernamentales que prometían atraparlo. Poco a poco, se fue topando con las limitaciones que Arturo le imponía, obligándolo a retroceder en algunas ocasiones y hacer cosas descabelladas en otras.

Aquella simple acción, se convirtió en una guerra intensa entre el hombre que quería ayudarlos a todos y uno que sólo quería ayudarse a sí mismo.

Arturo comenzó a emplear toda su atención en deshacerse de Adriano, de manifestar su descontento en los medios con respecto a sus actividades, a controlar las investigaciones que giraban en torno a aquel hombre, su vida, su familia, sus negocios con el fin de atraparlo de alguna forma u otra. Estaba seguro que necesitaba deshacerse de él, de destruir su organización y las cosas que estaba arruinando por su beneficio propio.

Poco a poco su rivalidad fue apoderándose de las calles; un mundo diferente siempre es un problema para aquellos que están acostumbrados al yugo. Arturo vivía y respiraba esos problemas (no lo suficientes como para deshacerse de su vida de millonario) tanto que, no sabía qué tanto odiaba el crimen.

Lo sabía prácticamente todo de Adriano Mazzilli, incluso que tenía una hija llamada Karen. No sabía mucho de ella porque había sabido mantenerse bajo perfil. Nadie la conocía del todo y sólo se tenían ciertas fotos de ella.

Nunca presentó un problema y el saber de su existencia sólo servía como recordatorio que aquel hombre desagradable tenía algo que defender aparte de su cochino negocio. Su sorpresa fue mayúscula cuando se enteró que el amor de su vida era, nada más y nada menos, que la hija de su más grande enemigo. Por eso, en el momento en que escuchó su apellido, seguido de su nombre, relacionó de inmediato quien era ella y por qué estaba tan misteriosa.

Pero eso son casos aparte que nos llevaron a entender que Arturo no era la persona que creíamos.

—No me importa □ dijo Arturo, luego de unos segundos de silencio, como si hubiera hecho memoria de toda su vida, de todo aquello que lo llevó hasta el ahora.

Karen y yo nos miramos desconcertadas, definitivamente seguras de que no era la respuesta que esperábamos escuchar. Tal vez un «esto es inaudito» o un «cómo pudiste hacerme esto», definitivamente, algo se estaba escapando de nuestras manos.

—¿Cómo que no te importa? □ dije entrometiéndome en sus asuntos □ Te acaba de decir que es la hija de tu enemigo mortal y ¿sólo puedes responder eso? ¿Qué te sucede?

—No me sucede nada □ dijo Arturo.

—¿Lo sabías? □ preguntó Karen, abstraída.

—¿Saberlo? No. No lo sabía, ni siquiera esperaba que fuera eso.

—¿Entonces? □ pregunté desesperada.

—Que no me importa; no sé como responder a eso □ se levantó, como si necesitara espacio □ no sé si es importante o no, pero eso no cambia el hecho de que te ame.

Se movió de un extremo de la cocina a otro, meditando la situación con la mano en la barbilla, la cabeza baja y la espalda doblada. Se veía como un sabio anciano caminando en su recinto rodeado de libros y pensando en la futilidad de las cosas mientras trataba de conseguirle un sentido a su propia existencia.

Arturo estaba entre tenso y relajado. Verlo era suponer que le habíamos quitado un peso de encima, pero se notaba que también se encontraba tan sorprendido como nosotras con su respuesta.

—Pero es importante □ agregué □ es un mafioso, su padre es un mafioso.

—Y eso no lo hace mejor, ni me ayuda a entender lo que está sucediendo, pero algo me dice que no importa □ se detuvo □ ¿Qué quieren que les diga?

—No lo sé □ dije, luego de mirar a Karen para saber qué iba a responder ella. Luego de consultarlo, concluimos en eso □ no lo sabemos; pero definitivamente no esperábamos un «no me importa»

Karen estaba callada, contemplándolo todo. Me atrevería a decir que estaba pensativa, contemplando lo que había estado atormentándola por tanto tiempo pero que al final no parecía significar nada para el hombre que amaba. Se había torturado con la idea de que si se lo decía le dejarían de amar, pero los resultados fueron diferentes, nunca pensó en esa posibilidad.

—¿Por qué no me lo dijiste antes? □ preguntó Arturo, dirigiéndose a Karen.

—Porque no sabía si te ibas a molestar conmigo, si me ibas a... □ trató de decir Karen antes de que Arturo le interrumpiese.

—Sí, tiene sentido. □ dijo, con el mismo tono frío con el que respondió que no le importaba □ No es tu culpa ser su hija, no es tu culpa estar aquí. Creo que esto es algo muy complejo que no podemos tomarnos a la ligera... □ dijo, acercándose a la puerta.

Karen y yo nos miramos, tratando de entender lo que estaba sucediendo. Arturo se detuvo, antes de cruzar el umbral de la cocina, y, sin mirar atrás, sin girarse, sin vernos al rostro, agregó:

—Pero no quiere decir que no te quiera, que no me importen tus preocupaciones y que no debemos resolver esto. Yo te amo, Karen □ dijo Arturo □ y sé que debemos hablar más al respecto pero con esta nueva información □ vaciló □ necesito preparar unas cosas.

Y sin más que agregar, sólo se marchó.

## Asuntos Criminales

Adriano Mazzilli tenía la esperanza de que su hija regresara una vez que cumpliera con su capricho de ser universitaria. No era como que no pensara que era una mujer inteligente y que podía hacer lo que le viniese en gana, pero pensaba que con todo lo que tenía, irse a estudiar a una universidad distante por tanto tiempo no era necesario.

—¿Por qué te vas? □ preguntó su padre, autoritario y demagogo □ si no necesitas de esas escuelas tontas para demostrar que eres inteligente. Deberías quedarte aquí, conmigo.

Karen le miró, no sé cómo lo hizo, qué estaba pensando, pero, lo que le atraía de una educación distante no era la idea de educarse, sino de que fuera lejos de él. Así que, sin más que decir, se levantó de su asiento, le dio la espalda porque ya había cumplido con avisarle que se marcharía y lo hizo con determinación.

Adriano no sabía qué hacer con su hija, con el hecho de que se marcharía y que no le estaba obedeciendo. Ya no era una niña, ya no podía simplemente decirle qué hacer hasta esperar que lo hiciera porque sí. Así que, durante todos los meses que estuvo afuera, por los cinco años de carrera universitaria, con la esperanza de apelar a su corazón, le llamaba.

—¿Por qué demonios no regresas? □ decía su padre □ no tenemos por qué pasar por esto todos los días. Si quieres estudiar hazlo en las universidades de aquí □ insistía.

—No lo haré, papá. No quiero volver, no quiero estar allá, así que no me molestes.

Sus conversaciones eran fugaces, casi como el concepto de una roca que atraviesa la atmosfera del planeta o de los cometas que pasaban por en frente del mismo, cuando en realidad nunca moriría, porque siempre se repetía, siempre decían lo mismo y terminaban discutiendo de por qué ninguno de los dos tenía la razón. Ella llegaba hasta el punto de la histeria cada vez que su padre le

marcaba y él no podía controlar su actitud dominante, agresiva y peligrosa de ser cuando hablaba con su hija.

Era un espectáculo de titanes desesperados por atención; ella no quería alejarse del todo porque su padre significaba, aunque fuera en lo más mínimo, algo para ella; él, no quería que su hija simplemente lo odiase porque era todo lo que tenía por encima de cualquier otra cosa. Era una relación de amor odio de la que nunca supe hasta que los eventos importantes de su historia se entrelazaron. Éramos las mejores amigas, pero poco sabía de ella y de su padre.

Cuando Arturo se acercó a nosotras un día luego de haberle confesado la parte importante de lo que había sucedido, su rostro seguro, sereno y confiado, nos dio un poco de tranquilidad. Por lo menos para mi, no desdeñaba el hecho de que fueran parientes y que prácticamente compartiría una relación más allá de la rivalidad con Adriano. Lo peor que podría pasar es que odiase a mi amiga, y, por lo visto, algo como eso no era viable.

—¿Sabe él que estas conmigo? □ preguntó Arturo.

Ambas nos miramos, como habíamos hecho el día anterior, buscando la relación de todo.

—No lo sabe □ respondió Karen de inmediato □ No sabe nada de mi desde hace más de un año. No lo he visto desde que entré a la universidad.

—Ya veo □ respondió muy natural □ es bueno saber eso □ dijo al final. Resuelve muchas cosas.

Adriano Mazzilli no supo sino hasta el final de la graduación de su hija que no se iba a presentar y que las cosas no saldrían como lo había planeado. Con la intención de conseguir que ella regresara sana y salva a su antiguo hogar a ocupar su lugar al lado del jefe de la mafia que controlaba las calles, este tomó con mucho pesar el hecho de que su querida Karen no apareciera.

Llamada tras llamada, su padre intentó encontrar a su hija, pero no pudo contactarse con ella. No respondía a su número viejo, lo que daba la impresión de que tampoco atendí a su nombre. Se

preguntaba qué estaría haciendo su pequeña estando sola. Eran ya más de cuatro años que no la veía y no quería aceptar que eso significaba algo importante para lo que estaba sucediendo. No sólo ya no la conocía, sino que desconocía sus motivaciones.

—¿Cómo qué no está? □ preguntó gritándole al teléfono □ Hoy es el día de la maldita graduación, ¿cómo demonios no va a estar para su día de graduación?

—La señorita Karen retiró su título días antes de la promoción. No sé qué más decirle, señor Mazzilli.

—¿No les dijo para donde se iría?

—No es algo que nos concierna, señor Mazzilli. La vida que tomen nuestros estudiantes luego de dejar la institución no es de nuestro interés; sólo nos preocupamos de quienes se encuentran dentro de nuestro pensum académico. Del resto, me temo que no puedo hacer más nada por usted.

—No pueden hacer un carajo, señora. Váyase al demonio □ vociferó para luego colgar con furia.

Adriano no sabía qué hacer con la repentina desaparición de su hija. Al principio, no esperaba que nada de eso sucediera; estaba complaciéndola al dejarla hacer lo que ella quería, quedarse en donde le parecía mejor y no estar en casa como quería él. El que se fuera sin decirle, le procuraba un horrible pesar, que se fue evidenciando en su oficio y su estado emocional.

Arturo contó que de repente, de un año para el momento en el que se encuentra la historia justo ahora, los negocios del padre de Karen habían decrecido significativamente. No era como que sus actividades delictivas simplemente cesaran, sino que, por alguna razón, las cosas que hacían no eran propias de su comportamiento calculador.

—Cuando me dijiste que eras su hija, tuve que ir a unir ciertos cabos sueltos y creí que él sabía que estabas conmigo y por eso había intentado atacarme directamente □ dijo Arturo en una ocasión.

—¿Mi padre ha intentado hacerte daño?

—Pues claro, es un criminal y yo soy un millonario que promete quitarle su negocio. Evidentemente me quiere muerto. □ dijo Arturo como si fuera algo normal.

Karen no ocultó su desdén ante aquella afirmación, y se llevó las manos a la boca al entender que su padre quería acabar con su futuro esposo.

Los días siguientes a ese comenzaron a correr de forma extraña. Karen vivía con la tortuosa idea de que su padre supiera algo al respecto porque de alguna forma u otra los ataques a los planes de Arturo para que dejara de molestarle en sus negocios se hicieron cada vez más intensos.

Adriano Mazzilli no quería contemplar el hecho de que su hija había desaparecido así cómo así, por lo que se concentró por completo en buscarla. Delegó su posición de jefe a uno de sus seguidores y puso toda su atención en el hecho de que una chica había desaparecido sin dejar rastros.

—Quiero que levanten todas las piedras, mi hija tiene qué aparecer.

De vez en cuando me imagino a ese hombre discutiendo con sus subordinados acerca de qué es más importante ¿encontrar a su hija o continuar con sus negocios criminales? Porque, de alguna forma u otra, sabiendo la respuesta, de que por ese año que no supo nada de ella hizo lo imposible por buscarla, seguía siendo un criminal modelo, algo que lo convertía no sólo en el problema sino en el cataclismo de todo lo que le preocupaba a Karen.

Poco a poco, se fue haciendo con la información de los movimientos de su hija. Nunca para anticiparse a sus pasos, pero sí lo suficiente para saber que estaba viva. Adriano tenía la intención de encontrarla para obligarla a quedarse junto a él, como el padre que era, requería de la presencia de su hija para que su vida estuviera en orden.

Nosotros, en su momento, no teníamos idea de lo que estaba sucediendo ni de cómo nos siguió por todo el mundo para encontrar a su hija. Concluimos, con el tiempo, que aquel que estaba

siguiendo Arturo no era más que un fantasma porque el hombre real estaba a nuestra espalda.

—Arturo, ¿Qué quieres hacer con respecto a mi padre? □ pregunto Karen.

—No lo sé, no sé si mis intenciones han cambiado ahora que sé que es tu padre, o si no lo han hecho. No quiero creer que es así porque no importa quien sea, eso no borrará las cosas que ha hecho.

—¿Y la boda? □ preguntó, siendo eso una de las cosas que más le importaban.

—¿Qué con la boda? ¿Exactamente qué quieres saber?

—¿Ya no nos casaremos?

—Claro que sí nos casaremos, no hay motivos para no hacerlo.

—Pero, mi padre...

—¿Qué con él?

—No permitiré que lo hagas.

—No creo que sea un problema, ni mucho menos espero que venga hasta mi puerta a prohibirme casar contigo.

—Estamos hablando de mi padre, él sería capaz de hacerlo.

Karen tenía un punto. No sabíamos a qué se debía su preocupación porque ninguno de los dos conocía a su padre tanto como ella, ni siquiera Arturo, que era prácticamente su piedra en el zapato. Queríamos hacer que las cosas salieran como lo habían planeado; la boda había pasado de ser un hecho a una prioridad, lo que me ayudó a entender que las cosas simplemente no dejarían de suceder.

Antes de que nos diéramos cuenta, ya teníamos encima los últimos preparativos de la boda, prácticamente en el altar, atentos a que cualquier cosa podría suceder en una fracción de segundos y sorprendernos por completo. No queríamos creerlo cuando los eventos que parecían imposible, simplemente se desarrollaron.

Adriano Mazzilli había estado esperando el momento justo para encontrarse con su hija, vaya sorpresa tuvo cuando le informaron

que el hombre que prometía deshacerse de él se iba a casar; al principio no le importó, evidentemente, tenía otras cosas en mente, ¿a quien le concierne algo tan fútil como eso cuando su hija está desaparecida? Creo que a Adriano no. Hasta donde sé, él pensaba que las cosas iban del mismo modo, pero, la sorpresa apareció en el momento en que le dijeron el nombre de la novia.

Su búsqueda, su tiempo en espera, el querer ver de nuevo a su pequeña quien siquiera se había despedido de él. Ya no era el mismo hombre desagradable que quería que hiciera todo lo que ella quería... ¿cómo lo supe? Él mismo no los dejó claro.

—Tenemos un problema □ dijo Arturo días antes de la boda.

—¿Qué sucede? □ preguntó Karen, al móvil, mientras se probaba el vestido.

Estaba en alta voz, yo sostenía el aparato cerca de su boca para que pudiera hablar ya que se estaba vistiendo en ese momento.

—Tu padre sabe que nos vamos a casar.

Karen se quedó muda. Es decir ¿Quién se iba a esperar eso? No queríamos que nada de las cosas que habían sucedido lo hicieran porque no estábamos preparados para nada de ello. No queríamos que Arturo estuviera en peligro porque su padre no aprobara el matrimonio de su hija con el hombre que quería acabar con él. Poco sabíamos en ese entonces de sus intenciones al respecto; cuando se trata de un criminal, no esperas más que ello.

—¿Cómo lo sabes tú?

—Porqué está aquí.

Y en ese momento, tuve que soltar el móvil para poder sostenerla a ella. Su cuerpo simplemente cayó hacía atrás como una pluma, con las luces apagadas, los ojos blancos y el rostro pálido. No había forma de esperar que su padre llegara a la oficina de Arturo para confrontarlo al respecto.

La información no era secreto para nadie, sólo se necesitaba hacer una búsqueda superficial al respecto del hombre para poder saber que se iba a casar. Lo que no se sabía era quien sería la afortunada.

Nada más con un nombre y un apellido falso, habría pasado desapercibida si lo hubiera leído en el periódico o algo por el estilo en donde no se mostrase su foto. Pero, las cosas no fueron de ese modo.

—¿Cómo te enteraste? □ preguntó Karen, llegando con apremio al encuentro de su padre con su prometido.

Temía que algo malo fuera a suceder, por lo que rompimos todas las leyes de tránsito habidas y por haber esperando llegar a tiempo. En lo que cruzó el umbral de la puerta de la oficina de Arturo, ambos hombres se levantaron de sus asientos como si estuvieran en una reunión formal de empresarios. Eso sí que nos sorprendió.

—Hola hija, tiempo sin verte.

—Amor... □ dijo Arturo.

Yo llegué unos segundos después que ella, estaba a su espalda, presenciándolo todo. Era ajena a ese momento tanto como lo era para el padre de mi amiga, quien me dio una rápida mirada y luego se fijó de nuevo en su hija.

—Papá ¿qué haces aquí? □ pregunto sin preámbulos □ ¿qué quieres?

La voz de mi amiga estaba quebrada, inquieta, necesitaba respuestas y las necesitaba ya.

—Estamos hablando de eso □ dijo Arturo □ pero preferí que escucharas la explicación completa así que sólo esperábamos que llegaras.

—¿Estaban hablando? □ preguntó Karen, como si se tratase de algo inaudito.

—Sí, estábamos hablando de ti □ dijo el padre □ y de lo que has estado haciendo este último año.

—He estado viviendo mi vida, papá, lejos de la tuya.

Karen no se movía de donde estaba, entre la puerta y los dos hombres que se habían levantado para recibirla. Yo quería poder decir algo, decirles que estaba ahí para que me incluyesen, no lo sé, tal vez porque quería sentir la palpable emoción del momento, pero

no me correspondía, o podía simplemente decirle: hola, soy la mejor amiga de su hija; he escuchado mucho de usted; simplemente porque resultaba estúpido.

—¿Por qué te fuiste? Estuve buscándote durante todo este tiempo □ el padre se fue acercando lentamente a ella, como si quisiera proceder al contacto físico, como si lo necesitara.

—No □ dijo Karen, al tanto de lo que quería hacer □ no te me acerques, papá.

Fue crudo, incluso tratándose de él. El hombre nefasto y desagradable que me habían descrito en tantas ocasiones, no parecía estar presente en aquel lugar. No estábamos viendo al horrible asesino que había estado matando a sus enemigos comerciales, hecho fraudes millonarios, robado bancos, promovido la prostitución y el avance de drogas en la ciudad. Estaba viendo a un hombre frágil y afectado por la ausencia que profería su hija.

Cuando Karen se negó a darle el contacto que él esperaba, pude ver en sus ojos cómo se dibujaban los años de arrepentimiento en la mirada. Parecía un tipo que quería cambiarlo todo, sólo para hacerla feliz. Vaya giro de los eventos.

—Karen □ dijo Arturo, invitándola a no ser tan cruda.

Otra cosa que supo sorprenderme. ¿Arturo, siendo indulgente con Adriano?

—¿Por qué estás aquí? Papá ¿qué demonios quieres? □ preguntó Karen, haciendo caso omiso a la intervención de su prometido.

Adriano me miró de nuevo, como si quisiera saber quién era yo y porque no me marchaba, pero no dándole mucha importancia porque estaba atendiendo asuntos más serios que ellos.

—Porque soy tu padre □ vociferó, rompiendo con el esquema de hombre frágil que había visto segundos atrás □ yo...

De repente, aclaró su garganta, dándose cuenta que había empezado con el pie equivocado.

—Yo □ vaciló de nuevo □ porque soy tu padre □ dijo con más calma □ y quería saber si te encontrabas bien.

—Pues ya me viste, ¿estás satisfecho? Estoy bien, estoy feliz y no me sirve que estés aquí □ dijo Karen, despiadadamente.

—Amor, tú padre quiere decirte algo □ de nuevo la voz de Arturo pasó por en frente de Karen sin siquiera tocarla.

—¿Quieres venir a impedir mi boda? ¿No te es suficiente con arruinarme la vida por ser tu hija?

Yo no sabía lo mucho que Karen odiaba a su padre, no sabía si lo quería, no sabía si estaba molesta con él ni la magnitud con lo que esos sentimientos imperaban en su corazón. Estaba inquieta, insegura, a la defensiva.

Karen no entendía la fragilidad de la situación porque sólo se sentía interesada en el hecho de que el hombre que la había condenado a un mundo de crimen estaba entre su futuro y su presente. Algo que podría significar la diferencia de un mundo mejor, estaba siendo amenazada por el hombre que la había criado. Pero, él no parecía querer rendirse.

—Vine sólo porque quería verte. ¿No ves que estoy aquí, solo y en frente de Arturo, quien quiere meterme en la cárcel? □ dijo Adriano, expresando claramente su punto.

—¿Eso qué tiene que ver?

—Que no estoy aquí para impedir tu boda, hija. Estoy aquí porque quiero hablar contigo.

—Tu padre quiere hablar □ dijo Arturo, por fin haciendo que Karen se girara para verle □ déjalo hablar.

—Quiero que seas feliz.

Su padre había hablado con tanta sinceridad, que algo me decía que la forma en que lo dijo no tenía forma de ser tomada como una mentira; además, la expresión en el rostro de Karen, el de una mujer confundida completamente, determinó que definitivamente no era propio de él.

## Capítulo Final

Hace ya más de un año, justo antes de partir de la universidad, las personas cursis que creían en el amor me causaban gracia, y no porque sean realmente graciosas, si no porque siempre me han parecido crédulas como niños que creen en Papá Noel, en el hada de los dientes.

Hay muchas personas que detestan la cursilería, pero seamos sinceros ¿Cuántas de esas personas alguna vez han sentido verdadero «amor»? ¿El amor de un padre? ¿El amor de una mujer o un hombre que lo sacrificarían todo por alguien? ¿Siquiera saben que es el amor? ¿Saben qué significa esa respuesta química del ser humano ante algo que nos atrae?

No soy buena para definir algo que ni siquiera yo misma comprendo. Mariana me hace sentir enamorada, así que pienso que sentirme abstraída, necia, idiotizada con su imagen y loca por su voz es estar enamorada.

¿Para Karen? Supongo que las cosas son a su manera, especiales, y eso la hace querer hacer todo lo que pueda para ser feliz con Arturo. ¿En cuanto a él? No lo sé, supongo que ese hombre sencillamente la ama porque sí. Tiene suficientes excusas para no seguir con ella (una, supongo), pero sin embargo sigue a su lado, luchando con ella, pidiéndole que no se vaya.

No estoy segura de por qué las cosas que nos pasaron, sucedieron de esta forma. No sé si aquel club sirve de algo más que para hacer referencia de que sin él Karen y Arturo jamás se habrían conocido, de que la universidad sólo fue una etapa de nuestras vidas porque parece que no vamos a necesitar algo como ello para encontrar la estabilidad.

Pero, de nuevo con el amor ¿qué es y por qué nos trajo hasta aquí? No es un concepto universal, es una frase que pintan de rosa para hacer feliz a todos, pero creo que hay algo más en ella. Y lo supe cuando vi al padre de mi mejor amiga dejarlo todo para complacerla.

—Quiero que seas feliz □ fueron sus palabras.

Creo que fueron esas las que la trajeron en cuenta de que su padre estaba en la oficina con el hombre que quería detenerlo, sentado, sin armas, sin lacayos, sin policías alrededor; solo los dos, conversando. Algo no andaba bien, era de suponerse, pero estaba ofuscada con el hecho de que había aparecido sin avisar y de forma amenazadora.

—Quiero que seas feliz □ retumbaron las palabras como eco.

Estábamos seguras de que no estaba mintiendo, por lo menos yo, porque de inmediato dejé de verlo como el criminal del que me contaron y comencé a verlo como el padre del que pocas veces hablaron. Karen bajó su guardia, miró a Arturo buscando una respuesta. Estaba desconcertada, algo no andaba bien, alguien no le había contado la forma en que su historia iba a desenvolverse, así que las cosas llegaron a su final de la manera más extraña.

—No quiero que te molestes porque estoy aquí, sé que no soy la mejor persona del mundo, pero, quiero que sepas que, a pesar de todo, a pesar de ser un maldito criminal, te amo con todo mi ser porque eres mi única hija, eres el reflejo de tu madre, una mujer que ame con todo lo que pude darle □ comenzó a decir Adriano, con la voz de un locutor de radio.

Yo ya estaba convencida con sus palabras. Pero Karen no.

—Sí, admito que no me gustó la idea de que te casaras con Arturo. No es como que quisieras que tu hija se case con el hombre que pretende acabar con tu negocio.

—Tu negocio es el crimen papá, no puedes espera que a todos nos gusten tus negocios execrables y nefastos.

—Lo sé, es por eso que estoy aquí □ dijo Adriano □ No quería importunarte, pero necesitaba aclarar ciertas cosas con Arturo, ahora que te vas a casar con él.

—¿Estás dándole condiciones?

—No, estoy dándole mi bendición...

Yo, de nuevo, no podría decir que no estaba convencida, sino encantada. No sabía qué demonios pensar con respecto a aquel hombre, es decir, se trataba del señor crimen de la ciudad ¿qué se supone que puedo pensar? Estoy de acuerdo con el hombre que ha estado haciendo desastres sólo porque ha dicho unas cuantas palabras bonitas. No es de sorprenderse que su hija todavía necesitara de más ejemplos para poder convencerse de que no estaba mintiendo.

—Yo... □ vaciló Karen.

Arturo no decía nada, no se movía, en lo absoluto. Supongo porque también estaba en la misma posición que yo. La actitud de Adriano había disgregado con respecto a lo que sentía por el hombre a quien quería atrapar y con el que estaba presente ese día. Se notaba en su mirada, en su actitud, en su postura. No sabía qué hacer, yo tampoco sabía qué; era una locura.

—No te creo □ dijo por fin.

El padre de mi amiga dejó escapar un suspiro a sabiendas de lo que iba a responder, era de esperarse, supongo, porque no había forma alguna de que aquella mujer simplemente dejara las cosas que quería, así como así. Pero Adriano no se rindió.

—No esperaba menos de ti.

Adriano se sentó en la silla que ocupaba antes de que llegáramos, dejándose caer en sus aposentos como si estuviera resignándose. Se llevó la mano a la frente y comenzó a frotarla.

—No quiero que me perdones, no soy estúpido. □ dijo Adriano □ Además que no busco clemencia ante mis actos o me arrepiento de ellos, es lo que soy y me da igual lo que eso signifique para los demás □ agregó.

No dejaba de frotarse la frente, yo, no podía moverme de donde estaba (a espaldas de mi amiga) porque Karen no se movía de ese lugar.

—No soy más que un ejemplo de la tiranía y otras tonterías de las que no te explicaré □ dejó de frotarse la frente y se dirigió a Karen, con todo y mirada □ pero ¿sabes qué? Eso no es asunto tuyo, no

debes estar atada a eso; nosotros no elegimos cuando ni dónde nacer, pero sí en donde terminará nuestra historia. Así que, si deseas hacer algo al respecto, estas haciéndolo y te felicito, porque conseguiste lo más cercano a la felicidad según tú.

Se levantó. Karen se mantenía callada, me pregunto por qué no lo interrumpió. Arturo, por su parte, sólo seguía los movimientos de su suegro con la mirada mientras que hablaba acerca de sus pensamientos y resoluciones.

—Estoy aquí porque quiero decirle a Arturo □ continuó, dirigiéndose a Arturo □ que no tengo problema con que se case con mi hija porque eso no es algo que yo pueda controlar. No soy tu dueño □ le dijo a Karen □ y no porque sea un criminal soy un misógino arcaico.

—Eso no lo pongo en duda □ dijo Karen □ pero eso no te expía de lo que has hecho.

—No estoy buscando expiación, Karen, no estoy buscando un carajo. Sólo vengo a darle mi bendición a Arturo

—A él no le importan esas cosas, y mucho menos viniendo de ti.

Arturo intentó levantar la voz, pero la confrontación padre e hija se interpuso en sus intenciones. Yo no hablaría, sabía que sería imposible, Arturo lo entendió en ese momento.

—Pero lo hago porque quiero; tenemos asuntos sin resolver.

—Tu y yo...

—No tu y yo □ interrumpió □ Karen, tu y yo no tenemos ningún asunto pendiente. Me refiero a él □ dijo, levantando la mano para señalar a su futuro yerno.

—Sí... □ Afirmó Arturo, por fin □ estamos hablando de lo que he estado intentando hacer desde que propuse limpiar las calles. Y no creo que pueda tener mejor oferta.

Arturo no era el tipo de persona que se dejara doblegar por un soborno (tenía suficiente dinero para no necesitarlo) o por una simple amenaza. ¿Qué habría querido decir con eso?, pensé en aquel momento. Lo que implicaban sus palabras, era algo que, al momento, necesito explicación.

—No creo que pueda resolver los asuntos criminales de tu padre, pero él tiene una propuesta.

—Me llevaré mi negocio de aquí; es imposible que tu esposo me los quite porque, es algo que se escapa de sus manos, es una selección natural que la sociedad me ha impuesto.

Y las cosas comenzaron a hacerse cada vez más extrañas.

—Actuó como filtro y desgraciadamente no puedo hacer nada con mi persona, pero si con la tuya.

—¿De qué estás hablando?

—Recuerdas La Corte...

Y ahí, definitivamente todo se hizo aun más extraño; incluso más que antes.

—¿Cómo...? □ trató de preguntar Karen.

—¿Cómo lo sé? Todos los millonarios pertenecen a ese culto de necios pretenciosos; todos, incluso yo.

Sí que no me lo esperaba.

—Mierda □ dije en voz alta, dejándome llevar por la impresión. Arturo y Adriano me miraron en un movimiento rápido de sus ojos, más por reflejo que con intención; y se volvieron afijar en Karen, quien no se movía, incluso más que antes.

Estaba segura, de que estábamos seguras, de que todo eso era una locura, lo peor, es que, a pesar de serlo, tenía un poco de sentido. Un sentido extraño y retorcido que explicaba ciertos aspectos el asunto.

—¿Tu sabías de eso? □ Preguntó Karen, haciendo la pregunta adecuada al hombre adecuado.

—No lo sabía □ respondió Arturo □ pero tiene sentido.

—¿De dónde crees que salen las drogas, el alcohol, el servicio de putas y demás? Todos financian el negocio, todos se benefician de él.

—Pero Arturo es...

—Arturo es simplemente un miembro más, no todos saben lo que los demás hacen, el anonimato es uno de los beneficios que La Corte ofrece.

—Pero tú...

—Yo nunca hago acto de presencia, Karen, porque no me gustan esas tonterías de clubes; pero si me trae dinero y es una especie de póliza de seguro. Tenemos ciertos beneficios y dentro de esos beneficios están unos muy retorcidos.

Algo me decía que Arturo, de hecho, no lo sabía, su rostro no demostraba el desconcierto que teníamos nosotras dos, pero se notaba que lo tuvo en un momento y que poco a poco estaba superándolo.

—¿Qué intentas decir con todo eso? □ preguntó Karen.

—Tu papá quiere decir que no va a seguir molestando la ciudad, que se llevará su negocio y que no interferirá en nuestro matrimonio.

—Pero...

—Es un tratado de paz...

Diría: «no pueden imaginar mi», pero la verdad si pueden, eso es lo que están haciendo al leer lo que escribo, y no lo harán a menos que se lo diga. Todo se hizo extraño, más de lo que parecía, por mucho sentido que guardara, no quería creerlo y no puedo decir que mi amiga no pensaba lo mismo.

Todo era surreal, todo era injusto y extraño. Nos estaban explicando que el club al que pertenecíamos tenía ciertas inclinaciones por ciertas cosas desagradables en el mundo, pero es propio de la ignorancia no haberlo visto antes.

El habernos encontrado con tantas figuras publicas que ante los ojos e la sociedad son enemigos jurados, conviviendo en el mismo lugar; cosa que al principio nos fue indiferente, ahora tenía un sentido más retorcido.

Pero, tenía sentido; la ilustre burguesía del mundo coexistiendo en conjunto para ¿qué? Controlar el mundo. Supongo que no es una

locura, el dinero mueve muchas cosas, y en ese instante comencé a creer que eran ellos lo que determinaban lo que eso movía.

Pero, ¿dónde estaba la estabilidad? ¿el rico se hacía cada vez más rico porque se codeaba con otros millonarios? Era algo difícil de asimilar, tomando en cuenta que nosotras formábamos parte de ese lugar; ese club de los millonarios determinaba cosas por que ejercían el poder y nos hace creer que lo poseen, con su patrimonio neto, con sus propiedades, sus títulos, sus nombres... La Corte; de ahí su pretencioso nombre. Todo comenzaba a ordenarse ante mi y supongo que de igual forma lo hizo ante Karen. En ese momento, ella estaba dividida entre lo que le decían y lo que estaba entendiendo, no la culpo.

—No es algo que ustedes necesiten saber. No es como que nos estemos jugando el balance de la sociedad como la conocemos; aunque, por alguna razón, somos tan despreciables que nos creemos dueños de ella □ vaciló □ pero eso no es importante, no ahora.

—¿Cómo que no? □ preguntó Arturo, como si estuviera esperando su momento para hablar, el momento oportuno para decirle a Adriano lo que pensaba □ Estás hablando de que eres malo porque los millonarios lo permiten y que lo que yo quería hacer...

—¿Es infructífero en ciertos niveles? Sí, pero no del todo. No soy malo, soy sólo un simple peón. No soy tan millonario como tú, ni tengo tanto tiempo como tus padres en el club, pero soy parte de una sección de ese club que no les concierne.

—¿De qué hablas? □ preguntó Karen, rompiendo el hielo de sus palabras.

—De que lo que hago no es asunto de ustedes y sólo es un servicio que presto.

Poco a poco, Adriano fue explicando algo que no creíamos viable. La relación de un club de millonarios que tenía ciertas inclinaciones con ciertas actividades del crimen, financiándola y beneficiándose de cierta forma de ella dándole carta blanca para que pudieran hacer lo que quisieran. Arturo no podía soportar la idea, no quería

hacerlo, pero sabía que era precisamente eso lo que había jurado destruir; sólo que resultó ser un poco más complejo de lo que esperaba.

Karen llegó hasta ese lugar con los ojos cerrados sin darse cuenta de lo que sucedía. Su padre no solamente era su padre, el jefe de una organización criminal y el enemigo de su prometido; sino que también formaba parte de algo más grande, algo que no esperaba descubrir. ¿Por qué decidió decírnoslo? Esa fue la pregunta que respondió de esta forma:

—No quiero que creas que estoy aquí porque estoy intentando algo. Sólo quiero que sepas que no te molestaré a ti ni a tu prometido.

—Eso no quiere decir que... □ intentó desafiarlo Arturo.

—Sí, sí... No vas a dejar de hacer lo que haces. Pero yo tampoco, no es como que vaya a suceder, no es viable para ellos. Así que, no te preocupes. Lo que es importante es que no vamos a encontrarnos de nuevo. No vas a mirar al pasado suponiendo que volveré porque esa posibilidad ya no existe. No te preocupes, no lo haré, y harán lo posible para que no nos encontremos de nuevo.

—¿Y la policía? □ preguntó Arturo, cayendo en cuenta.

—Trabajan para ti, si me atrapan, es por un descuido mío y La Corte sabrá reemplazarme, no te preocupes. Es un ciclo difícil de romper □ cogió su saco, el que estaba sobre el espaldar de la silla □ Creo que eso es todo.

Caminó hasta la puerta, deteniéndose a unos cuantos centímetros de lado de su hija, casi en frente mío, lo que me permitió entender lo que le dijo. Algo que procuraba ser un secreto entre los dos.

—Yo te amo, Karen, eres mi hija y eso no lo puedo cambiar, pero si para que seas feliz debo alejarme de ti, que así sea. □ Luego de lo dicho, retomó su paso y se marchó.

Adriano Mazzilli había aceptado apartarse de la vida de su hija porque la quería, porque pidió que le dieran la oportunidad de dejarla en paz, dándole lo que ella tanto deseaba. Karen, no había visto eso como un buen acto, ya que demostró que lo que su padre

hacía era mucho más retorcido de lo que ella creía. Pero, no podía controlarlo, ni luchar contra ello.

Adriano, dejó la oficina sin más que decir, advirtiéndole que las cosas que habíamos escuchado se quedarían allí, que no podríamos decirlo al igual no podríamos hablar de la existencia de La Corte; sí... La Corte, ahora que pienso en ella me imagino un grupo de mujeres y hombres en bata con mascararas venecianas, propio de un culto de extraños excéntricos.

Nuestra sorpresa de los tres fue acogida apropiadamente por el otro. Entre nosotros, habíamos presenciado algo desagradable, la culminación de una disputa por una diplomacia corrompida tras un tratado de paz a causa del matrimonio, algo así como sucedía en el pasado; supongo que no hemos evolucionado mucho.

Karen no supo como responder a eso ese día, ni los días siguientes a ese. Era de esperarse, al igual que Arturo, se quedaron pensando en lo que eso podría significar, preguntándose si en verdad podían creer en Adriano; lo sé porque era a mi a quien le hacían esa pregunta.

No sabía como responderles más que con un: no hay nada que podamos hacer ahora, cosa que sonaba mucho más imparcial de lo que quería y que me hacía ver como alguien diferente, alguien que no era.

Estaba aterrada, pensando que todo podría salir mal porque todo siempre salía mal, pero no podría demostrar la falta de confianza que tenía, no con esos dos al borde del colapso.

Pasaron los días antes de que comenzaran a asimilar el hecho de que era algo que llevaba existiendo más tiempo que ellos, a soportar la idea de que su pare simplemente se rindió ante el matrimonio y que ahora debían encontrar un nuevo motivo para hacer las cosas.

—No estamos aquí para hablar de ello □ dije yo, por fin, hasta que se callaron porque estaban discutiendo al respecto □ no es que íbamos a pedir las invitaciones para la boda.

Los dos me miraron, perdidos, entrando en contexto y respirando profundo.

—Tienes razón □ dijeron al unísono □ sí que la tienes □ agregó Karen.

—Digo que ya no deberíamos pensar en eso □ vacilé □ sí, sé que ahora el mundo se ve diferente pero, no podemos hacer nada, ya existía, por que no vivimos en la ignorancia como antes. Tenemos dos cursos de acción: atormentarnos o aprender a vivir con ello.

—Pero no es algo que deberíamos permitir □ dijo Arturo.

—Sí, eso lo sé, pero, ¿permitirás que todo ello arruine tu felicidad? Encárgate de ella, no de lo demás □ dije, sonando más cool de lo que era.

Así que cogí una invitación de entre todas las que estaban en el catalogo de la tienda y agregué:

—Toma esto e invita a todas las personas que quieras a tu boda, disfrútala ¿acaso no era eso lo que querías hacer desde un principio? □ miré a Karen y le extendí la invitación a Arturo.

Los veía a los dos, como indicaba las reglas de la oratoria, expresando mi punto y viendo a mis receptores para que se dieran cuenta que no hablaba tonterías. Quería que se calmaran, era lo que necesitaban para poder disfrutar de todo eso que estaban experimentando en ese momento.

Arturo, extendió su mano y cogió la invitación.

—Tienes razón □ dijo al fin □ necesitamos esto para estar en paz.

—Quiero estarlo □ dijo Karen □ no voy a dejar que mi padre arruine otro momento de mi vida □ agregó, embozando una sonrisa.

De esa forma, eligieron la invitación que les había dado (que por fortuna era una presentable, elegante y atractiva) y la entregaron a las personas que consideraban sus amigos y familiares. Arturo tuvo la mayoría de las presencias en esa fiesta ya que, a causa de los eventos recientes, sus parientes habían desaparecido del mapa para ella.

—¿Quisieras que estuviera aquí? □ le pregunté el día de la ceremonia.

—¿Exactamente quién? □ preguntó, como si no supiera de qué hablaba.

—Tu padre; ¿quisieras que tu padre estuviera aquí?

—No lo sé, no estoy segura si es lo que quisiera.

—¿Tú o él?

—Yo. No sé si querría verlo el día de mi boda, no lo había pensado antes ni quisiera pensarlo ahora □ dijo, como si me estuviera haciendo una petición directa.

—Tiene sentido, no deberíamos estar pensando en eso.

Habíamos superado aquella semana en la que nos encomendamos contarle a Arturo lo sucedido, en que descubrimos que su señor padre nos había estado siguiendo durante todo un año y en el por qué formaba parte de La Corte. Pero lo superamos; pasó un mes antes de la boda y ya estábamos parcialmente tranquilos (más yo que ellos dos) y entendimos que nada de lo que pudiéramos o no hacer, iba arruinar ese momento.

—Este es mi día □ dijo Karen □ Stef, y no quiero que nada de eso lo arruine. ¿Es mucho pedir?

—No lo es, y puedo hacer eso □ dije, comprensiva.

—Entonces, ¿cómo me veo? □ preguntó, desviando nuestra atención del tema y colocándola sobre su reflejo frente al espejo.

—Estamos ante algo que es realmente hermoso □ le dije □ y sin ánimos de parecer lesbiana

—Eres lesbiana □ Aseveró Karen con severidad.

—Sí, sí, lo que sea, pero lo que digo es que te ves hermosa, y no es porque sea lesbiana.

—¿Acaso puedo ser hermosa sólo porque seas lesbiana?

—Si te sexualizo, sí □ aseguré.

Karen me miró como si se tratara de una revelación, de algo que no había visto antes y que la traía preocupada.

—¿Me has sexualizado? □ preguntó □ es decir, no es que sea malo, pero ¿lo has hecho?

—¿Contigo? No mi amiga, no soy de esas.

Ambas nos miramos a través del espejo como si se tratase de un tema delicado, como si nunca lo hubiéramos conversado y a ella nunca se le hubiera ocurrido esa posibilidad. Pero caímos en cuenta que era estúpido, que, en efecto, no era la primera vez que lo hablábamos y que ese tema había muerto tiempo atrás. Ambas quebramos en risas y compartimos una carcajada.

—Te quiero demasiado, Stef. Estoy feliz de haberte conocido.

—Igual yo □ dije.

En ese omento, Mariana cruzó la puerta.

—Chicas, ya va a empezar, ¿están listas?

—Vale □ respondí, para luego girarme a Karen y hablarle □ te veo allá.

Le di un beso en la mejilla y me marché con mi novia.

Mientras esperábamos a que Karen cruzara la puerta de la iglesia, entendí una cosa importante, que a pesar de que este fuera el final del capítulo, no quería decir que fuera el de su historia.

# León Encadenado

## *Romance y Segunda Oportunidad con el Macho Alfa y Viudo*

### 1

#### Prologo

Me gustaría entender mejor lo que sucede, mientras que las cosas que me rodean no son más que el simple reflejo de lo que soy. ¿Qué soy? Me pregunto a cada rato, me pregunto cuando me cepillo, cuando me despierto.

Estoy segura de que soy alguien y que ese alguien tiene un propósito en esta vida que no sólo sea estar sola, perdida, abandonada... en esta sociedad que la consume, que le obliga a vivir de un futuro empleo, de sus únicos amigos, de todo lo que la rodea para entender que nada de eso es suficiente para hacerla sentir más feliz. ¿Estoy feliz?

Estar a gusto a esta edad es algo extraño, nunca te sientes bien con nada de lo que usas, lo que dices o incluso lo que haces; pero esas cosas terminan importando poco cuando tienes algo en que ocupar tu cabeza, drenar una cantidad exagerada de energía y compartir tu tiempo con alguien especial; se trate de una pareja, un amigo, un hermano, lo que sea, incluso un hobby absurdo. En mi caso, las cosas no eran tan diferentes.

En mi época de secundaria sentía que todo estaba yendo por buen camino: buenos amigos, buenas notas, una popularidad más o menos alta. Es decir, yo no era precisamente invisible, casi todos conocían mi nombre; tampoco era la más bella pero mi atractivo sí era envidiable.

Tuve unos cuantos novios y las personas sentían que era un buen partido; se podría decir que estaba dentro del espectro, cosa que me procuró una secundaria relajada, regular.

Eso me hizo suponer que todo sería así por el resto de mi vida, que tenía las cosas resueltas a tal punto que nunca necesitaría nada más que mi encanto, mi inteligencia y mi belleza. ¡Por suerte era inteligente! Y eso es lo que pensaba en aquel entonces.

Ahora, estando en la universidad, me vi sometida a un cambio que a penas puedo digerir, que supero con dificultad. Estaba esperando que las cosas hicieran un click en mi vida de tal forma en que todo se colocara ante mis pies y yo pudiera cogerlos como una manzana cuando cae del árbol.

Luego de pasar varios días aquí, en este mundo tan volátil, inconsistente, lleno de personas decepcionantes, malas decisiones y uno que otro buen candidato, me percaté de que no era tan inteligente (esas notas que sacaban eran meros chistes a comparación con lo que otros podían hacer), talentosa, invisible o envidiable; porque aquí hay de todo, uno no puede evitar sentirse solo y a la vez tan acompañado.

Me di cuenta que era un cero (ni a la izquierda ni a la derecha) y nada más. ¿Es la universidad un mal lugar? Sé que no tenía los mismos amigos que en la secundaria porque, bueno, ellos eligieron carreras separadas, otras universidades, algunos incluso se fueron del país, pero a pesar de todo eso, no podría decir que es un lugar despreciable, creo que es simplemente un cambio; puede que en su momento haya creído que me hallaba sola, sin ninguna oportunidad ¿acaso eso no le pasa a todos los que emprenden un nuevo camino?

Lo gracioso es que eso fue durante los primeros días. Es ridículo siquiera pensar que toda mi vida universitaria sería así, cosa que me pasó una o dos veces por la cabeza antes de cruzar la puerta de este salón. Pero basta con las cosas deprimentes, todo esto es algo que ya no importa mucho.

Ahora sé que la universidad es un lugar lleno de oportunidades, de experiencias nuevas. Lo sé porque las cosas fueron mejorando:

conocí amigos, me integré a diferentes grupos, he aprendido un montón de cosas... todo está resultando ser una maravilla, por si me lo preguntan.

Pero, dentro de las cosas que más me gusta resaltar, es que tengo a un gran amigo, alguien con el que comparto mis mejores anécdotas y con quien espero poder compartir muchas más.

Y no lo habría conocido si me hubiese dejado llevar por el flujo y reflujo de este lugar, y fue él quien me permitió aceptar que no volvería al pasado, que este se quedaría ahí para saludarme ocasionalmente mientras veo al futuro; eso es la universidad, un vistazo al futuro, a lo que puedes hacer con tu vida, a lo que te depara el mundo. Así que sí, esto prometo, y yo le prometo que lo voy a disfrutar.

—¿Qué te pareció? □ le pregunté a Carlos, quien había dejado de escribir su ensayo para escuchar el mío

—Parece algo cursi □ me miró con hastío, como si se tratara de una niña tonta que tocaba a su puerta.

—¿Algo cursi? □ ¡claro que no era cursi! Yo lo había escrito con mucho cariño, y el que lo dijese me pareció muy descortés. Así que crucé mis brazos con furia.

No tardé en demostrar mi descontento con su crítica (la única que había recibido desde que lo escribí) que hasta los momentos había sido la peor que pensaba que podría recibir. Lo miré fijamente, tratando de quemar su frente con una vista calórica que sabía que no tenía pero que deseaba tener.

—¿Qué? □ se comenzó a reír sin ver la gravedad de la situación a la que me acababa de someter. Levantó los hombros como si el reírse no fuera suficiente para quitarle importancia al problema □ Es decir, ¿realmente piensas leer todo eso en frente de la clase? ¿y si te equivocas? Todos se reirán y van a decir □ se irguió, relajó sus hombros y aclaró su garganta para luego hablar. □ «Oh, esa niña si es presumida. Dijo dizque era muy hermosa, inteligente. ¿Qué se cree esa niña?»

Estábamos sentados debajo de uno de los árboles del campus de la universidad. Parecía un lindo picnic de estudio, solos los dos; dos grandes amigos que compartían todo. (Él es el chico del que estaba hablando en mi ensayo, se podría decir que es mi mejor amigo). Inmediatamente terminó de hablar, me sorprendí por su forma de relatar los hechos ¿tendrá razón? Es decir ¿en verdad cree que las personas dirán eso?

Demosté mi estupor abriendo de más mis parpados, mis fauces y respirando con fuerza.

—¿En serio crees que vayan a decir eso? □ me comencé a preocupar, su opinión era muy importante para mí.

—Claro, eso diría yo si una linda niña presumida llega diciéndome eso □ hablaba con los ojos cerrados, sin notar como sus palabras iban atravesándome el corazón como puñaladas □ yo estoy seguro que eso sucederá □ levantó su mirada y luego me vio, a punto de quebrar en llanto.

Su semblante cambió, pareciendo que esta vez si diría algo amable, como si se hubiera preocupado por lo que me había hecho sentir.

—Oh, oh... lo siento, no era como que quisiera decirte que no puedes leerlo en frente de todos □ se acercó y colocó sus manos sobre mis hombros para darme apoyo □ no está mal □ me atrajo a él □ sólo bromeaba □ me abrazó □ en serio, no es para tanto. Pienso que es un buen ensayo, al profesor le encantará. □ comenzó a acariciar mi cabello.

Yo me dejé llevar por lo que él estaba haciendo tal cual lo hacía todo el tiempo. Cuando no saludamos al comienzo del día, me dejó abrazar por él porque me obliga a sentir una calma increíble.

O cuando se acerca para decirme algo al oído en secreto; su susurro me recorre la nuca hasta llegar hasta mi pecho y obligarme a tomar una gran bocanada de aire. Era esa misma sensación que estaba sintiendo ahora, mientras él me abrazaba.

—Él dirá □ cambió su tono de voz tratando de hacerla sonar más gruesa cuando en realidad a penas y se escuchaba como la de un chico □ ¡Oh, María! Que ensayo tan bonito. Puede que sea sólo una

práctica de evaluación de ensayos, pero el tuyo, al ser tan bueno e increíble, lo evaluaré con diez de diez.

No pude evitar reírme al escuchar lo ridículo que sonaba su voz tratando de imitar al profesor de español (con quien no teníamos idea de por qué estábamos viendo clases si se supone que estudiamos para ser administradores), encogiéndome como una niña pequeña entre sus brazos, con mi cabeza apoyada a su pecho.

Él entendió que ya no me sentía mal así que me soltó, apartándose de su pecho, pero sin soltar mis hombros, los cuales aun cogía con sus manos; me aparté de él buscando su mirada. Carlos sonreía como si hubiese logrado su cometido (sí lo logró).

—¿Estás mejor? □ no me había soltado todavía, esperando cual respuesta daría para determinar su siguiente movimiento.

—Sí □ asentí con la cabeza para acompañar mi afirmación y lo miré a los ojos, con la cara de una niña tierna y adorable.

—Perfecto entonces □ me dio un pequeño empujón con las manos y me soltó.

Justo cuando creía que tuvimos un progreso en nuestra relación (¿quién sabe? Tal vez hasta podríamos dejar de ser amigos para ser otra cosa) su forma de ser me colocó de nuevo un muro impenetrable en frente.

—Ay, pero que malo eres □ me quejé con ganas, como si me hubiera herido de nuevo. □ ¿Por qué tienes que ser tan insípido?

Carlos bajó su mirada, cogió su boli y su hoja de papel en donde pretendía escribir su ensayo. No lo había comenzado todavía, a pesar de que nos habían pedido que lo hiciéramos desde la semana pasada; era tan típico de él dejarlo todo para última hora, lo peor es que casi siempre aprobaba todo sin siquiera intentarlo.

—¿Insípido? □ comenzó a escribir en la hoja para luego borrar y seguir escribiendo, sin levantar la mirada □ ¿No es que creías que era el ser más amable, cariñoso, y el mejor amigo del mundo? □ agregó luego de levantar su mirada y enterrarla en mi sin compasión.

—¿Qué? Yo nunca dije eso.

—Claro que sí lo dijiste, en tu ensayo. Ahí, justo después de increíblemente fuerte y atractivo. □ sonrió con soberbia, acercándose a mi hoja y tocándola con la punta de su boli.

Temí que pudiera mancharla así que aparté la hoja con rapidez, como si estuviera ocultando algo. Carlos simplemente se mofó de mi.

—Ya, está bien. □ soltó una carcajada relajada, capaz de hacerme sentir un poco mejor, de hacerme olvidar todo lo sucedido.

Levantó sus manos para hacer un gesto de «stop» con el fin de colocarle un punto y aparte a nuestra conversación.

—Ya, ya □ añadió mientras hacía el gesto □ ¿Sí? □ bajo su mano izquierda y vio la hora en el reloj que tenía en la muñeca derecha □ Tengo que terminar esto antes de clases.

Para ser honesta, ya en este punto de mi vida siento algo por mi amigo. Tenemos casi un año de amistad en el que compartimos prácticamente todo (no existe secreto entre nosotros) y en el que me hallo confundida por lo que sucede. No son las clases, las notas, el futuro ni nada por el estilo.

No es como que esté en necesidad de un novio o busque al amor de mi vida, pero, de cierta forma, estoy segura que lo que me atrae de Carlos está más allá de mi comprensión, desgraciadamente, sólo puedo hacerlo llegar hasta ahí, un paso más delante de un mundo imaginario en el que los dos compartimos una relación amorosa. En la realidad, nada de eso tiene la más mínima posibilidad de suceder.

Carlos, es diez años mayor que yo, aunque se ve un poco joven para su edad, lo cual atribuyo posiblemente al hecho de que está en primero de la universidad y puede que por eso lo vea así. Aparte de la poco evidente diferencia de edad, no puedo evitar sentirme atraída por él, por todas esas cosas que hace al igual de las que no... lo que me hace presa de un sentimiento absurdo y para nada correspondido.

Aunque, gracias a eso aprendí que cuando crees que no se puede estar peor, siempre existe la posibilidad de cavar más profundo en el hoyo en el que se ha caído con la esperanza absurda de que, si lo hacemos, podremos encontrar una salida. Eso fue lo que hice por los restantes cuatro años de universidad al seguir siendo la mejor amiga del hombre del que estaba tan desesperadamente enamorada.

Claro, no cabe duda de que Carlos era el mejor amigo que cualquier chica habría querido, lo que sucede es que en ese entonces yo no quería ser su mejor amiga, aunque las circunstancias no me dejaban aspirar a otra cosa más que a ello y lo peor es que no era porque fuese fea, o porque no tuviese confianza en mi misma; a lo contrario.

Siempre fui una mujer sexualmente deseada, atractiva, inteligente, es decir, no hay forma en que pudiera desconocer lo que yo podría darle e incluso ¡sabía lo que podía darle! Porque siempre conversábamos de los hombres con los que compartía cama o todo acerca de mis relaciones.

Estar con él significaba una gran carga para mi autoestima porque llegué al punto de creer que él no sabía que realmente era mujer.

Ahora haré una nota de mi entorno.

Una universidad enorme, un poco más grande como el kremlin (sin ser exagerada), que se ganó el apodo de ciudad universitaria al parecer un conjunto completo de edificios, espacios verdes, árboles, estacionamientos y cientos de salones dispuestos a consideración de los alumnos.

Perderse era prácticamente sencillo en aquel lugar cuando no tenías idea de a donde ir ni cómo hacerlo. Las calles eran angostas, las paredes altas, enormes campos en los que podías quedarte a dormir cuantas veces quisieras porque siempre encontrarías un pequeño lugar en donde te rozara la brisa y hubiera una sombra fresca. Ahí pasé cinco años de mi vida compartiendo con mi mejor amigo.

El campus tenía pequeños departamentos individuales en donde podías alojarte si lo deseabas para poder estudiar con comodidad sin ningún costo. Carlos y yo estábamos a gusto en aquel lugar, felices de pertenecer a un alma mater tan especial como aquel en la que durante cinco años estuvimos juntos perfeccionando una amistad que no llegaría a ningún otro lado como lo tenía previsto.

Sin embargo, por algún motivo no me di por vencida y me propuse confesarle mi amor el día de la graduación. Pero, al llegar al final de mi carrera universitaria, entendí que nada sería eterno y que prácticamente perdí mi tiempo.

Otra bofetada que me propició el destino.

Carlos había aceptado viajar al extranjero para ejercer la misma profesión de la que acabábamos de graduarnos, dejando todo atrás sin mirar o pensarlo dos veces.

Debo confesar que me hizo sentir horrible: no poder decirle lo que sentía, no sólo por el miedo de no ser correspondida, sino por el hecho de que terminé entendiendo que todo lo que había hecho en el pasado, esa paciencia que le inyecté a mis sentimientos, terminaron siendo desperdiciadas. Durante un tiempo me mantuve atenta a algún cambio hasta que me percaté que el destino de aquellas apasionantes emociones era morir.

Años después, a mis treinta, con un trabajo estable y una vida solitaria, había olvidado ya los sentimientos de aquella época en la que me despertaba todos los días con la esperanza de ver a mi amado amigo, disfrutar grandes aventuras con él que en su momento pensé que serían inolvidables y que ahora, frente a la cafetera que me regaló mi madre cuando me mudé sola, esperando a que comenzara a hervir, entre dormida y despierta, a oscuras... ni siquiera recordaba que alguna vez existió un tal Carlos.

Días después, los sentimientos que una vez atizaron las llamas de mi ser, tocaron a la puerta de mi oficina con una cara amistosa.

## Una entrevista con el pasado

De improvisto, sin percatarse exactamente cuando comenzó a sonar, la alarma de una sirena de policía le acechaba de manera impertinente. Miró a los lados asustada y nerviosa por la forma en que se acercaba a su posición, así que decidió (sin saber por qué) agacharse para recoger algo del suelo.

Unos pequeños trozos de papel que al principio parecían confeti, se acumulaban en su mano conforme los recogía sin importar si estuviesen arrugados, medio rotos o sucios.

Cuando ya tenía varios de esos en la mano, al levantarse, reparó en ellos entendiendo que se trataba de la factura de pago del servicio de parking (de diferentes lugares), que aquellos quienes las pagaban habían desechado en el suelo.

Victima del miedo de algo que no comprendía, sentía ser la espectadora de sus propias acciones, juzgándolas conforme realizaba un movimiento como si se tratase de un crimen (impresión que le llegó al asociar las distantes sirenas de policía con lo que hacía).

Se levantó casi sin darse cuenta para luego hallarse mirando a su alrededor a causa del miedo de ser atrapada, pero, ¿atrapada debido a qué? No tenía tiempo para responder preguntas, para encontrarle el sentido a las cosas. El caso era que a pesar de no entender lo que sucedía, seguía haciéndolo sin problema alguno.

Las sirenas se fueron acercando más, obligándola a acelerar mientras buscaba a sus perseguidores en el espejo retrovisor al mismo tiempo en el que esquivaba a los demás coches de la vía que se apartaban conforme la miraban, enterrando sus ojos llenos de desprecio y juzgándola por lo que estaba haciendo... ¿qué estaba haciendo exactamente?

Manejaba como una conductora responsable, respetando el semáforo, el paso de cebra, las señales de tránsito, incluso colocaba las luces de cruce. Nada lograba explicar por qué

continuaba huyéndole a la ley a pesar de que, por más que lo intentase, no los conseguía ver tan cerca como los escuchaba.

No estaba segura de nada mas que del hecho de que aquello que hacía era malo.

Por el retrovisor observaba los ojos penetrantes de los demás conductores que se apartaban así no más sin dar explicaciones. Las sirenas anunciaban la presencia de algo que no lograba ver, atizando su angustia de la misma forma en que lo hacía con una incipiente necesidad de enterrar más el pie en el acelerador de forma infructífera ya que ¡parecía no surtir efecto! Continuaba rodando con total lentitud, siendo victima de la mirada de todos, del grito agónico de las sirenas.

Su coche se desplazaba lento pero el entorno al que era ajena iba tan rápido, que no se percató de que, unos pocos segundos después, ya se encontraba en su departamento lleno de vales de estacionamiento del suelo al techo.

Todas las gavetas que conocía junto con otras que no, la nevera, el menaje de su cocina su horno, el inodoro, el relleno de su sofá; todo estaba cubierto, envuelto o lleno con los papeles que había recogido del suelo en esa y otras ocasiones, aunque no las recordaba, era indiscutible que lo había repetido. Su casa era ligeramente diferente a pesar de darle esa sensación acogedora de seguridad.

Lo curioso es que el agonizante grito de la ley de aquellas sirenas que la acechaban horas atrás, aun continuaba resonando en su nuca. No recordaba por que estaba ahí, por qué estaba huyendo o qué era lo que la había motivado a recoger aquellos malditos papeles del suelo.

Desesperada, intentó romperlos infructíferamente: era como si tratara de coger un holograma. ¿Qué sucede? Se preguntó. La sirena seguía sonando.

De repente, las cosas se fueron oscureciendo, las paredes cerrándose, mientras el sonido que la perseguía cambiaba por completo por uno igual de repetitivo e intenso pero diferente.

Tardó unos segundos en comprender todo y apagar su despertador. Eran las cinco de la mañana y no recordaba haber dormido tan profundamente en años, haber tenido siquiera un sueño que la hiciera sudar y que le permitiese olvidar que estaba durmiendo.

Respiró profundo, con los ojos aun cerrado para tomar fuerzas con el fin de quitarse lo más rápido la cobija que la arropaba y poder levantarse sin que el sueño volviese a atraparla.

Bajó primero una pierna con la intención de buscar sus pantuflas en el suelo ya que necesitaba caminar por la casa sin sentir la tierrilla del jardín que se levantaba a causa del viento o los desechos de los coches que transitaban en frente de su casa.

Le causaba tal grima que no contemplo la posibilidad de levantarse hasta conseguirla, así que, con un pie todavía suspendido y el otro sondeando la zona en donde suele dejarlos, fue buscando hasta encontrarlos. En lo que lo hizo, Introdujo sus pies en ellas y se levantó.

Aun recordaba ese sueño que tuvo justo antes de dormir, preguntándose por cuanto tiempo sonó la alarma que confundió por las sirenas de un coche policía.

—¿Qué quiere decir? □ se dijo mientras salía de su habitación y cruzaba a la izquierda para entrar en el baño.

Aun estaba un poco dormida así que tenía la impresión de que todavía se encontraba sumida en aquel sueño. Tenía que levantarse, terminar de aprobar el papeleo que dejó pendiente antes de dormirse y llevarlos hasta la oficina para que los de administración le hicieran los arreglos que ella había propuesto, pasarlo al sistema y enviarlo a imprimir para que se pagara la nomina de todos los empleados; estaba dispuesta a terminarlo, pero primero debía preparar el café.

Caminó, esquivando con los ojos cerrados, una especie de división de mesa/isla de mármol que había entre su sala y su cocina que, a pesar de ser parte de la cocina en sí, daba un agradable concepto abierto; mientras se estrujaba el lóbulo junto con su parpado izquierdo con la mano derecha.

Extendió la extremidad que le quedaba libre hasta llegar al estante en donde guardaba la cafetera para sacarla sin siquiera verla. Todo estaba puesto exactamente en el lugar en donde siempre lo dejaba, una de las ventajas de vivir sola.

Lo vertió todo en la cafetera que su madre le había regalado: café, agua y un poco de azúcar por si acaso se le olvidaba al servirlo en la taza, y lo colocó sobre la hornilla para que se calentara.

Volvió a recordar lo que había estado haciendo la noche anterior así que apartó la mirada fija de aquel artefacto para preparar su elixir matutino para dirigirse hasta el sofá en donde se hallaban todos los papeles que estaba revisando.

Con los ojos entrecerrados, caminó hasta la sala, rodeando la mesa/isla de mármol hasta que llegó a su destino para sentarse al lado del acumulado de hojas que se había traído del trabajo por motivos que le costaba entender. Fue abriendo un poco más sus parpados, acostumbrándose la débil luz que atravesaba sus persianas que por más que lo intentaran no lograban tapar por completo la ventana.

No tenía idea de la hora que era, ni cuanto tiempo había pasado desde que se despertó hasta que se sentó en aquel sofá. Sabía que era un horario comprendido entre las cinco de la mañana y las cinco cuarenta así que hizo el intento de leer las hojas sabiendo que no serviría de mucho a menos de que encendiera las luces.

—Ah... □ se aquejó, dejando escapar aire por su boca al emitir el sonido □ eso lo puede hacer Alicia. □ se convenció □ Ese es su trabajo, ni siquiera sé para que me preocupo.

Se levantó e hizo el mismo recorrido hasta la cafetera que había comenzado a burbujear el agua con sabor a café avisando que estaba apunto de derramarse. María cogió rápidamente una de sus tazas que normalmente guardaba en una gaveta a la izquierda de la cocina y vertió un poco de su elixir en la taza. Ya estaba listo para tomárselo, caliente como le infierno al que se sometía todos los días intentando de buscarle un significado a la vida.

Esa misma sensación derrotista que le golpeaba todas las mañanas a causa de una mala postura mientras dormía, un amargo despertar a las cinco de la madrugada y la falta de su café, le azotaron la espalda pidiendo a gritos que la mujer emprendedora y positiva que era, terminara de despertar para tomar las riendas de su vida.

Quien caminaba moribunda por su casa a oscuras era una María Montesinos que no estaba segura siquiera si había terminado la universidad, si debía ir al trabajo o si en realidad tenía alguno. Era el cansancio, el tedio, el hastío y el deseo de no quedarse sola quien dominaba su cuerpo. ¡Una excusa! La misma mujer con cansada de la monotonía, una maldita rutina que la perseguía todos los días durante todo el día.

Llevó la taza de café y dio un pequeño sorbo. Trago con amargura, sintiendo como el liquido caliente recorría su garganta, su esófago, hasta llegar a su estomago y perderse. Luego, otro, luego otro.

Respiraba más rápido, con más entusiasmo. Se acercó a la pared a su espalda y encendió la luz de la cocina; miró hacia el sofá, observando los papeles que debía llevarse para la oficina, así que decidió caminar hasta ellos para irlos acumulando ordenadamente, pasando de nuevo por otro interruptor; encendió la luz de la sala.

La casa comenzaba a coger vida al igual que su cuerpo. Ya no se hacía preguntas estúpidas, ni pensaba en la soledad. La soledad era buena, le permitía pensar, le ayudaba a entender, a disfrutar pequeños momentos de la vida que nadie le podría ofrecer; había estado más de diez años sola ¿qué demonios importas tener compañía ahora?

Tomó otro sorbo de su café. Ordenó rápidamente las hojas con una sola mano, terminó y se fue al baño, dejó la taza en el lavamanos, deslizó la puerta de la ducha e introdujo medio cuerpo para abrir la llave del agua caliente y luego la fría.

Su rutina se fue cogiendo un ritmo más acelerado, obligándola a terminar en poco tiempo. María ya estaba lista al rato de haber terminado todos sus quehaceres matutinos para luego partir al trabajo llena de energía y entusiasmo. Cogió sus llaves, sus carpetas, un café que había servido previamente en un vaso térmico

y salió de su casa completamente tranquila, dispuesta a tener un gran día.

De eso estaba segura, porque no había nada que pudiera detenerme.

Luego de salir de mi casa con todas las cosas que necesitaba para el día, abordé mi coche y cogí marcha hasta el trabajo. Eran a penas las 6:15 de la mañana así que no tenía apuro, sería la primera en llegar al igual que siempre. Me distraje con mi alrededor, con ambas manos en el volante y la música de los mejores éxitos de la música pop de los noventa sonando en el reproductor; respetando todas las leyes de tránsito que conocía, lo que me hizo pensar en el sueño que había tenido temprano.

No apareció como algo puntual, sino que se sintió como un deja-vu. No me acordaba al respecto ni por qué lo había soñado, pero sabía que tenía que ver con algo del trabajo. Bajé la mirada rápidamente, echando un corto vistazo al asiento del copiloto en donde se encontraban las carpetas que había estado revisando la noche anterior, para luego concentrarme de nuevo en manejar.

Así que bajé mi mano derecha del volante y extendí el brazo para abrir la primera carpeta y encontrarme con lo que tenía adentro, lo que me permitió entender por completo mi pesadilla. Lo que veía eran aquellas cosas que debíamos reembolsarles a los empleados porque lo sacaron de su bolsillo en cuanto asuntos de la empresa.

Normalmente se trataba de facturas de estacionamiento (ahí por qué el sueño), constancias de que habían cogido un taxi para ir a ver a un cliente o hacer alguna diligencia que concerniese al trabajo; desayunos o almuerzos que tenían con los inversionistas, clientes importantes o entrevistas con clientes potenciales.

Normalmente eran las vendedoras las que levaban a cabo ese tipo de cosas y quienes entregaban todo ello para demostrar que habían gastado su dinero para satisfacer los intereses de la empresa.

—Eso lo explica todo □ me dije □ las malditas facturas de estacionamiento □ agregué Volviendo a colocar las manos en el volante.

Emboqué una sonrisa al pensar en lo gracioso que era que hubiera soñado precisamente en lo que hacían esas chicas en el trabajo como si hubiera estado persiguiéndome el fantasma de sus acciones durante toda mi vida.

—Creen que no me iba a dar cuenta, claro, como no estoy pendiente del trabajo, creen que lo a dejar pasar □ comencé a dejarme llevar □ ah... pero no, no se van a salir con la suya.

Miré a los lados para ver si venía un coche antes de cruzar la calle, para luego concentrarme en la conversación conmigo misma.

—Pues ¿sabes qué? No se van a seguir burlando de mi □ aseveré □ ya verán, cuando lleguen les daré una sorpresa. Y sí que será una sorpresa.

La noche anterior, presa del cansancio, no le había dado importancia a lo que había encontrado, claro, sólo fue una suposición hasta que mi gran pesadilla (ahora sueño revelador) hizo que todos los cabos sueltos se unieran.

Hasta los momentos era una simple sospecha, pero creo que con eso era más que suficiente, pero estaba más que segura que ciertas facturas tenían fechas en las que yo sabía que no habían ido a trabajar, junto con que ciertas salidas de estacionamiento coincidían con una entrada en otro estacionamiento prácticamente a cientos de kilómetros de distancia.

Ya tenía mi caso armado, no había perdida en este asunto, así que todo lo que me quedaba decidir a quien iba a reprender primero. Miré a los lados, de nuevo, para cerciorarme de que no vinieran coches y pasé la luz verde. Siempre cuidadosa.

Aquella mañana todo parecía ir de maravilla y yo estaba dispuesta a hacerlo durar. Luego de bajarme del coche y caminar por el estacionamiento al aire libre hasta el edificio, tomar el ascensor que me llevo al piso 21, caminar hasta la puerta de la oficina, entrar, recorrer el área de trabajo para ir a donde se encontraba mi recinto personal, introducir la llave en la ranura de la puerta y quitar el seguro, no podía esperar que lo que sucedido más tarde ese día marcaría la diferencia, me traería cosas que creía muertas.

Uno no está preparado para las vueltas que da la vida, de eso estoy segura.

Al pasar las horas, las personas fueron llegando poco a poco al trabajo, marcando sus huellas en la entrada para demostrar que si habían ido a trabajar y ocuparse de sus oficios correspondientes. El departamento de finanzas, de compra, de administración, los asistentes, secretarios. Todos estaban llegando poco a poco a su trabajo demostrando una puntualidad impecable que me hacía sentir orgullosa de mi personal.

Mientras los veía llegar, fui enviándole un correo a las vendedoras que habían estado manipulando ese pequeño hueco en el sistema para que le reembolsáramos el dinero que supuestamente habían gastado en beneficio a la compañía. Quería hacer una limpieza de personal, deshacerme de todos aquellos que me estaban causando problemas.

Daniel, el antiguo gerente de operaciones, había mantenido en secreto los movimientos que tenían que ver con las comisiones y las actividades de las vendedoras, lo que incluso me hacía creer que él mismo les había asesorado de cómo hacer para que la empresa le pagase por cosas que ellas ni siquiera habían invertido. Eran miserias, pero el dinero era dinero.

Así que, luego de hacer que mi subordinado se fuera de la empresa, les comuniqué a las cuatro involucradas que se acercaran a mi oficina, aunque, en el correo no fui tan mala como quería.

No podía acusarlas de inmediato, no sin poder verles la expresión desagradable con la que intentarían mentirme. Sabía lo que habían hecho, tenía los documentos de las cenas, las facturas de estacionamiento, desayunos, compras de artículos varios, todo lo que necesitaba.

No había manera de dejar que eso continuara, no con las ganas que tenía de deshacerme de ellas; por lo tanto, le pedí a mi secretaria, Carla, que me imprimiese cuatro cartas de renuncia ya que no iba a tolerar más lo que estaban haciendo.

*Buenos días, Carol (Alicia, Martina, Stefanie □ empezaba cada una con su nombre □ )*

*Por favor, en lo que leas este correo y estés libre, pasa por mi oficina, tengo unos asuntos importantes que hablar contigo.*

Dije en el correo, tratando de ser lo más amable posible. Las cuatro (empleadas de hace años) estarían llegando a mi oficina en cualquier momento para mostrar sus rostros y darme una explicación. Aunque todo este tema no tenía mucha importancia, era una simple excusa para justificar que quería despedir unas cuantas personas, después de todo, soy la jefa de este lugar, soy yo quien determina quien se queda y quien se va.

Una a una fueron entrando en mi oficina.

—Buenos días, Mari □ dijo Carol, asomándose en mi puerta □ estoy aquí, como me lo has pedido.

La había visto acercarse a lo lejos así que cogí el teléfono y fingí estar en una llamada importante. En lo que anunció su presencia, hice como si no me estuviese esperando su visita.

—Oh, Carol □ respondí, tapando el micrófono para que no se escuchara lo que diría en mi llamada falsa □ vale, vale, entra, pronto hablaremos. □ quité la mano □ Sí, claro, sigue, no hay problema.

Alicia, Martina y Stefanie se acercaron a la puerta, una tras otra, y les hice pasar con un gesto de mi mano, continuando con mi llamada falsa, la cual mantuve mientras las cuatro estuvieron ya reunidas.

Me llevé el índice a los labios para pedirles no hablaran por un momento mientras atendía ese asunto y las dejé esperando para ver sus expresiones.

—Claro, no es como que no pueda hacerlo. □ dije, pensando en lo primero que me vino a la mente.

Hice una pausa corta, haciendo más real la llamada. Mientras, mantenía una sonrisa en el rostro y miraba a mi alrededor como si la conversación estuviese muy interesante.

—Sí, aja □ asentí. Fijé en la mirada de Carol.

Se veía un poco preocupada. Ella, había sido una de las primeras vendedoras que habíamos contratado para la firma porque tenía ciertas habilidades persuasivas que nos serían útiles, junto con un basto conocimiento en varios idiomas, lo que nos ayudaba en nuestros negocios internacionales.

La chica tenía futuro, eso sí es verdad; atractiva, alta, morena y con un buen cuero que cualquiera le envidiaría; inteligente, amistosa. No había nada que pudiera no envidiarle a una mujer como ella, pero, en ese momento, mientras yo mantenía la farsa de mi conversación, sus ojos se encontraban perdidos, viendo a través de mi.

—No te preocupes, que yo puedo resolverlo... ya te lo dije. ¿A caso no me conoces?

De nuevo, una pausa que interrumpí con una carcajada para luego ver a Alicia, una chica común, con habilidades promedio, y con el cabello teñido de rubio. A diferencia de Carol, sólo parecía una buena líder, lo que la motivaba a dar unos grandes discursos explicativos que le valieron muchas ventas. De todas, ella era la única que no tenía coche, por lo que las facturas de taxi (todas las que nos entregaba tenían el mismo diseño) eran suyas.

Ella trataba de no verme a los ojos, perdida, insegura (supongo que) suponiendo que algo estaba mal porque nunca, tal vez pensándolo porque nunca las había llamado a las cuatro en el pasado al mismo tiempo.

—Vamos, no seas así, de todos modos las tengo aquí en frente □ las vi a todas simultáneamente, esperando una expresión perdida.

Las cuatro me miraron asustadas, sintiendo que el que estuviera hablando de ellas no era buena señal; así que, para hacerlo un poco más interesante, volví a soltar una carcajada y aparté mi mirada como si el chiste hubiera sido realmente gracioso.

—Vale, yo intentaré hacer lo que pueda. Cualquier cosa te llamo más tarde □ las miré a los ojos con un rápido recorrido □ estoy un poco ocupada ahora, tengo que atender unos asuntos importantes.

Aparté el teléfono y colgué.

—Bueno chicas, buenos días □ las cuatro asintieron al mismo tiempo y embozaron una sonrisa nerviosa □ aprovechando que están las cuatro aquí y no tienen nada más que hacer □ me levanté, obligándolas a seguirme con la mirada □ Supongo que se están preguntando por qué las llamé □ Caminé alrededor de mi escritorio para acercarme a las carpetas que había dejado al otro lado del mismo, me recosté de este y abrí la carpeta.

Stefanie me miraba impávida, mientras que Martina mantenía su actitud superior en todo momento, ocultando a medias un aire de nerviosismo que evidenciaba que no sabía lo que le depararía esa reunión.

Fui sacando las hojas que tenían engrapadas las facturas, los vales y los comprobantes de pago que había estado revisando la noche anterior, para entregárselos a las cuatro, una por una, en el orden en el que se encontraban sentadas de derecha a izquierda.

—Y bueno □ continué □ creo esto puede responder a sus preguntas.

La primera hoja que saqué tenía los comprobantes de pago de los taxis que Alicia había estado usando supuestamente, así que se la entregué para que los viera. La cogió sin decir nada.

—No es que esté diciendo que hayan hecho nada malo □ agregué, acercándome a Carol.

Le entregué las hojas que contaban con las facturas de almuerzos en días que sabía muy bien que no trabajó: libres, feriados y fines de semanas; no eran muchos, pero estaban ahí y eso era digno de mencionar. Las cogió, en silencio y dando un largo trago de saliva como si se tratara de algo amargo.

—Quiero que sepan que, si me dan una buena explicación, puede que resolvamos este asunto de forma positiva.

Entregué la siguiente hoja con las facturas de estacionamientos que no tenían mucho sentido con respecto a la hora de entrada y salida, a Stefanie, una pequeña mujer con un nombre muy extravagante para su forma sencilla de ser, que no iba del todo bien con su mal gusto para la ropa. Tranquilamente la cogió y revisó en silencio.

La última hoja se la entregué a Martina, quien la recibió con aire de soberbia, como si no hubiera nada de lo que preocuparse en ella. Ahí se podía observar las facturas de desayunos en domingo y pagos de estacionamiento de diferentes lugares con la misma fecha y hora. A pesar de que era evidente que no existía una excusa razonable para ello, se podía ver muy confiada.

Las rodeé por detrás y en lo que terminé de entregar mi evidencia, me senté en mi silla para continuar con mi monólogo.

—No quiero que me digan que no saben de lo que se trata todo esto. □ entrelacé mis dedos y apoyé mis codos sobre el escritorio □ Seamos honestas las unas con la otra, porque, yo no tengo ánimos de despedir a nadie □ mentí □ más aun cuando debo buscar un nuevo gerente de operaciones, asistentes, pasantes; evaluar la situación... ¿me entienden? □ vacilé □ es un trabajo engorroso que no quiero alargar al tener que lidiar con estos problemas □ las cuatro mantenían sus ojos fijos en mí, demostrando una basta variedad de emociones □ y antes de que intenten darme una muy elaborada excusa, quiero que piensen bien lo que han hecho y no tengan ninguna falla en su explicación porque ya la evidencia habla por sí sola.

Stefanie, abrió sus fauces, dispuesta a hablar sin utilizar el tiempo para pensarlo mejor que tan sabiamente le ofrecí.

—Creo que aquí hay facturas que no son mías □ se excusó.

—Bueno querida, el punto es ese, que no sé de quienes son y aquí se muestra que tu las entregaste □ dije yo.

—Aquí hay fines de semanas que... □ trató de decir Martina con el mismo tono de actitud que llevaba cuando recibió la hoja.

—Oh claro, eso sí me lo esperaba. Los fines de semana que nos cobraste el estacionamiento también me parecían raros □ dije con sarcasmo mientras me sentaba.

Me acomodé en mi silla y saqué de una carpeta las cartas de renuncia que le había pedido a mi secretaría horas antes.

—Como supongo que ninguna de ustedes pudo haber hecho eso que creo que hicieron □ fui colocando las hojas una al lado de la

otra □ y supongo que tampoco me van a decir exactamente qué fue, entonces, la única solución que veo es que me entreguen el último documento de esta semana.

En lo que terminé de colocar las hojas que cada una veía desde lejos por temor a acercarse, me fijé en sus miradas preocupadas para sonreírles con delicadeza. Acto seguido, Carol cogió impulso y se acercó al escritorio para coger la que tenía en frente.

—¿Carta de renuncia? □ leyó de la hoja. □ ¿Estás pidiéndonos que renuncié?

—No estoy pidiéndoles nada, mis hijas □ les dije con eminencia □ lo que les muestro son las hojas que ustedes me pidieron hace rato porque estaban apenadas y no querían seguir intentando estafar a la empresa.

Las cuatro intentaron hablar a la vez, abriendo sus bocas para expresar sus quejas al respecto. No sé que querían decir y la verdad no me importaba.

—Y antes de que digan otra cosa para intentar defenderse de lo que claramente intentaron hacer con estas facturas □ señalé con mi mano las hojas que les había entregado □ y lo que han estado haciendo por todo el tiempo que llevan trabajando aquí □ cogí otra carpeta que tenía en mi escritorio, justo debajo de la primera que había cogido □ así que no creo que quieran que las demande por fraude.

Ellas no sabían nada acerca de asuntos legales ni lo que podía o no hacer, pero eso era lo que menos importaba, no mientras pudiera ver sus miradas perdidas y la forma en que la preocupación se apoderaba de sus gestos y el movimiento acelerado de sus piernas. Comenzaron a respirar con agitación, a mirarse las unas a las otras suponiendo lo peor que podría suceder de aquello que les estaba diciendo.

—Así que, mis queridas hijas, me temo que no me queda de otra que aceptar su renuncia, porque la empresa no les continuará dando más dinero, no tras haber mantenido este fraude. No digan nada, sólo firmen. □ Cogí un lapicero y se los acerqué.

Luego de inclinarme en mi silla con un aire de superioridad, esperé a que se mirasen las unas a las otras y decidieran cual sería su próximo curso de acción. Estaba segura que de una u otra forma me desharía de ellas.

Cuando firmaron sus respectivas renunciaciones, quejumbrosas, inconformes e infelices, dejé que se marcharan a buscar sus cosas para que no regresarán más a mi empresa. En lo que se fueron de mi oficina, estaba dispuesta a comenzar las entrevistas que me tocaban para ese día.

No había pensado mucho en eso porque no era del todo importante para mí, no después de enterarme de esas malas jugadas hechas por mis vendedoras. Pecaba de poco interesante el tener que hablar con desconocidos, a pesar de saber que tenía mucha importancia a quién iba a entrevistar para que ocupara el cargo.

No estaba considerando a nadie de mi personal porque pensaba que ninguno de ellos tenía la experiencia necesaria para mantener dicho cargo, así que, tenía mis esperanzas puestas en aquellos dos visitantes desconocidos.

Levanté el teléfono para ver la hora.

—Son las diez □ anuncié en voz alta, para luego levantar la mirada y ver a la puerta □ ¿en donde está mi primer candidato?

En lo que vi que no entraba nadie, sabiendo que no porque le hablase al vacío lograría que alguien apareciese; levanté el teléfono.

—Carla □ llamé a mi secretaria □ ¿no se supone que debía entrevistar a las personas que aspiraban al puesto de Daniel?

—Sí, están aquí esperando a que los atiendan □ aseveró.

Carla tenía una actitud amable y pasiva que hacía que todo lo que dijese sonara como una aseveración tierna y diligente. Era casi imposible molestarse con ella por lo más mínimo a pesar de que de vez en cuando se equivocaba, como al no hacer pasar a los que iba a entrevistar a las diez de la mañana.

Tenía futuro como mi asistente, lo que me hacía pensar que en cualquier momento podría ofrecerle un mejor puesto en el futuro.

Era una chica prometedora así que me gustaría mantenerla a mi lado, darle eso que me dieron a mi cuando comencé en la empresa: una oportunidad.

—¿Y por qué no las has hecho pasar ya? Son las diez de la mañana, no pretendo llegar al almuerzo atendiendo personas. □ vociferé □ se supone que debían estar a las diez aquí, eso lo hablamos ayer ¿o no?

—Sí, señora, disculpe.

—Por favor, querida, haz pasar al primero □ dije con un tono de voz más calmado.

—Vale.

A los pocos minutos, entró el primer candidato.

Uno a uno, personaje tras personaje, fueron entrando a mi oficina para explicarme por qué debía considerarlos para el cargo. Muchos de ellos eran de otras oficinas relacionadas que tenían cierta experiencia, asegurando que darían lo mejor de sí para mantener en alto el nombre de la compañía como si se tratara de un evento publicitario.

No tuve problema en escucharlos a todos. Muchos de ellos estaban ausentándose de su oficio para estar ahí, mostrarme su rostro e intentar dar una buena impresión.

Luego de los primeros seis, sentí que no iba a poder aguantar más.

—Carla ¿Cuántos faltan? □ dije luego de levantar el teléfono y marcar la línea directa.

Carla vaciló un poco, susurrando una cuenta que no logré entender pero que se demoró demasiado para mi gusto.

—Diez. □ exclamó □ Sí □ aseguró □ Unos diez, señorita María.

Pude escuchar como sonreía al otro lado de la línea, la imaginaba tan inocente y adorable, con su cabello trenzado y su suéter tejido de ancianita. No la había visto en todo el día, pero de seguro iba vestida así.

—¿Diez?! ¿Faltan diez personas? □ levanté le teléfono y vi la hora □ ya van a ser las doce. No puedo atender a más personas □ vacilé □ Son demasiadas, ¿por qué son tantas?

—Usted me dijo que lo hiciera

—Sí, pero no me refería a que buscaras a dieciséis personas para el trabajo.

—Son los que quieren el puesto de gerente, los pasantes y los asistentes que pidió que buscara.

—¡Son demasiados! No □ me negué, moviendo incluso la cabeza como si ella pudiera verme □ no puedo esperar a almorzar.

—No son tantas personas así, señorita... aparte de que faltan los que le dije que tenían una buena síntesis curricular y que podría agradecerles, uno incluso se graduó de la misma universidad que usted, otro parece haber estado en puestos semejantes, uno de ellos incluso está interesado en el de gerente □ escuché como su tono de voz había cambiado al sonreír □. No son muchos □ insistió. Suspiré con fastidio.

—¿Y cuánto falta para que les toque a esos que acabas de decir? □ pensé un poco □ es por orden ¿verdad?

—Sí, son casi los últimos, señorita.

—Haz pasar el primero, luego al otro y a los demás los dejamos para mañana.

No esperaba que ninguno cumpliera con mis expectativas en ese momento, así que los demás podían esperar.

—De acuerdo, ya lo hago pasar □ respondió y luego colgó la llamada.

Aparté el teléfono de mi rostro y me levanté para buscar un trago. Nunca entendí por qué en las películas los dueños de las empresas tenían mini bares en donde se veían frascos de vidrio con whiskey cuando se supone que están en horario laboral y no se debe ingerir alcohol, pero yo quería hacer lo mismo, así que mandé a instalar uno.

En lo que llegué a este, cogí un vaso, serví la bebida y le diluí un poco de agua para que no fuera tan fuerte. En ese instante tocaron a la puerta, interrumpiendo mi momento de paz antes de la siguiente entrevista. Me asusté como si me hubieran descubierto haciendo algo malo, lo que me agitó un poco.

—¿Quién? □ pregunté levantando la voz.

—Estoy aquí para la entrevista □ respondió una voz masculina gruesa y fuerte.

—Pase □ dije, para luego pasar el trago que me acaba de servir de un solo golpe, para evitar ser vista bebiendo.

El whiskey casi puro al que no estaba del todo acostumbrada, pasó por mi garganta como si me hubiera tragado una bola de fuego; lo cual me sacudió por unos segundos. Cerré mis ojos y me llevé la mano con la que sostenía el vaso, al entrecejo y poder superar ese trago.

—Tome asiento, por favor, ya le atiendo.

—Está bien...

Aquella voz, ahora un poco más clara, me dejó un sabor amargo que fue de la mano con el vaso que me acababa de tomar. Cuando habló del otro lado de la puerta, se escuchaba como la de un hombre cualquiera, pero ahora, dentro de mi oficina, parecía la de uno en específico.

De inmediato me di la vuelta para poder evaluar la situación. No había adivinado todavía de quien se trataba a pesar de que sí sabía que había escuchado esa voz antes. Ahora era un poco más ronca y profunda, lo que me hizo suponer que tal vez estaba equivocada. Me giré con los ojos cerrados, aun soportando la horrible sensación de pasar aquel trago de aquella forma.

En lo que los abrí, mis sospechas fueron respondidas, lo que me dejó anonadada.

Allí estaba él, con una sonrisa agradable en el rostro que me llevó a aquellos cuatro años de universidad casi de inmediato, como una

patada en el vientre o una bofetada luego de un momento de  
histeria.

—Hola □ dijo él, así no más.

### Después de tanto tiempo

Durante un largo periodo de tiempo después de su partida, tardé entender que el ser abandonada no era precisamente mi culpa (una tonta idea que me atacó al verlo irse) sino un desagradable giro del destino, el cual convirtió a los tragos amargos luego de cada llanto, las noches en vela y todos esos días tratando de buscar un significado a la soledad, en tonterías infantiles que dejaron de ser importantes incluso después de todos esos meses en los que estuve convencida de que lo que había sucedido era temporal y que en cualquier momento él iba a regresar, que yo lo recibiría con los brazos abiertos y todo volvería a ser como antes.

Meses los cuales estuve esperando pacientemente, haciendo de la espera una rutina que repetí por el tiempo suficiente como para hacerla parte de mí, sin embargo, ese mismo sentimiento logró que me fuese acostumbrando a la ausencia de mi amigo, (quien parecía haberse olvidado de mi), incluso llegando a odiarlo por nunca haberse ido sin mi, hasta que comencé a sentir que no podría enmendar nada, que no lo haría regresar y que debía continuar con mi vida.

Me convencí de que no era importante, que debía comenzar a tener más cosas de las cuales ocuparme por un tiempo, de colocar mi mente en otro lugar para evitar pensar en él y en el hecho de que mis sentimientos nunca fueron correspondidos, así que aprendí vivir sin él, a que en realidad nunca necesité que me quisiera de la forma que yo esperaba que lo hiciera porque él era un buen amigo y lo que sentía por Carlos no necesitaba ser correspondido. Nuestra amistad sería algo que atesoraría y lo que realmente sobreviviría la pasar de los años, no un sentimiento absurdo de amor incondicional.

Pero parecía que los años habían pasado en vano.

Mientras lo veía sonreírme en la oficina, con su mirada, su postura elegante, y con su rostro inconfundible, fue evocando todo mi

pasado junto con los sentimientos que había creído enterrados años atrás.

Si en algún momento me molesté con él por el hecho de que nunca más me escribió, que nunca más usó su página de Facebook, o que no había forma de encontrarlo en ninguna otra red social, justo en ese instante, se sentía como si más nada importase porque un encuentro fue lo que por tanto tiempo esperé luego de unos cortos meses de su partida. Era como si mis resoluciones del pasado estuvieran haciéndose realidad recompensando mi paciencia.

Yo juraba que lo había superado, pero el palpitar agitado de mi corazón, el vacío en mi abdomen y una repentina necesidad de acumular más aire, me hicieron reconocer que definitivamente no era así.

Carlos estaba justo ahí, con su mentón cuadrado, su traje de negocios, su postura de adulto responsable y educado, parado entre la puerta de mi oficina y mi escritorio, sonriéndome como la vieja amiga que era. Parecía tan irreal que por unos segundos creí que lo estaba imaginando, que todo era efecto del trago que me había obligado a pasar segundos atrás.

—María... □ vaciló □ tiempo sin verte. □ Estiró un poco más sus labios.

—Carlos, tú... □ traté de poner mis ideas en orden. □ sí, demasiado tiempo, diría yo.

En un encuentro diferente, tal vez con algún otro compañero del colegio o de la universidad, me habría emocionado de otro modo; tal vez habría respondido con una sonrisa, vociferando que era una agradable sorpresa y correría a abrazarle para demostrar que me sentía emocionada por verle. Pero, con él, olvidé por completo todo lo que sabía, hasta el punto en que no tenía idea de cómo respirar.

—¿Cómo? □ comencé a balbucear □ ¿Cuándo? □ cerré los ojos y traté de aclarar mis ideas.

—Vengo por la entrevista de trabajo □ respondió, encontrándole un sentido a mis preguntas. □ y si te hace sentir mejor, tampoco me

esperaba encontrarte. Me enteré no hace poco de veinte minutos que eras la jefa.

A pesar de que lo intentaba, no podía concentrarme en sus palabras. Comencé a fijarme en la forma en que sus labios se movían, en cómo su cabello corto tenía ciertas canas que no recordaba, en el cuadrado de su mentón juvenil, en sus grandes hombros y su cuerpo de atleta conversado en azúcar.

Carlos había cambiado sólo un poco en estos años de ausencia, notándose un poco mayor, pero no lo suficiente como para hacerme sentir mal por estar enamorada de una momia. No tuve palabras para responderle, así que le hice un gesto con la mano para que se sentara en el sofá a su espalda (ese encuentro no podía ser llevado en un escritorio) para seguirlo y hacer lo mismo.

Él respondió con una rápida mirada y se sentó.

—Yo... □ vacilé de nuevo □ no me esperaba que fueras tú. Esto es muy extraño. □ Me senté de tal forma que pudiera quedar de frente a él.

—Lo sé, tampoco esperaba que mi primera entrevista de trabajo en este país fuese en la empresa de la que eres jefa. Es de locos □ aseveró, suspirando con completo desconcierto.

—Ni que lo diga. Cuando escuché tu voz creí que la conocía, pero no esperé que se tratara de ti.

Lo miré fijamente a los ojos sin poder creer la naturaleza de nuestro encuentro. Tenía tantas preguntas para hacerle, que supuse que no había forma de hacerlas todas en tan poco tiempo. Hubo un silencio largo entre nosotros que no quise interrumpir y que, por fortuna, él tampoco pareció querer.

Nos miramos, escuchando el sonido de nuestra respiración como si se tratara de una sinfonía, de una conversación ajena a nuestro encuentro imprevisto, a nuestro común pasado. ¿Qué habría estado haciendo ahí? ¿Por qué querría el trabajo? ¿Después de tanto tiempo, qué hace en el país? ¿desde cuando está aquí? Y muchas más preguntas se fueron formando en mi cabeza mientras le sonreía, le miraba y le respiraba con cuidado en frente. Las quería

verbalizar, exteriorizarlas para que él las respondiera de inmediato. Pero sabía que esas no eran las preguntas que realmente quería hacer.

¿Por qué te fuiste? ¿Por qué no me escribiste o llamaste en todo este tiempo? ¿Qué estuviste haciendo? ¿Para donde viajaste? Eran preguntas que me había estado haciendo desde antes de ese encuentro, que se formularon en mi cabeza minutos después de verlo partir sin despedirse para nunca más volver.

Tal vez, no lo esperaba, pensé en ese entonces, puede que se haya mudado por alguna urgencia y no quiere despedirse. Comencé a sentirme de nuevo como una niña tonta que no podía lidiar con la verdad, ni los hechos a los que había sido sometida. Su presencia hacía eso en mí.

Carlos me sonreía, tranquilo, como si estuviera feliz de ver por fin un rostro conocido. Su expresión me hizo sentir estimada, de forma que parecía que se trataba de alguna especie de milagro para él. ¿Cuáles serían las preguntas que él querría hacerme a mí?

—No sé qué decir, Mari. Estoy desde hace rato intentando formular las ideas en mi cabeza para venir y darte una explicación, contarte algún chiste, hacerte alguna pregunta, pero □ levantó los hombros.

En su rostro se veía que estaba confundido, que en sus pensamientos divagaba y no hallaba las palabras correctas para decirlas. El sentimiento era mutuo.

—Nada parece prudente para este encuentro... □ añadió □ son tantas las cosas que quiero decirte que siento que no tendríamos suficiente tiempo para hablar al respecto.

Esa misma sensación que me preocupaba le estaba preocupando a él también. El tiempo era un problema, necesitaríamos mucho tiempo juntos para poder conversar al respecto y, puede que él lo haya pensado, o que haya sido un elaborado plan para conseguir un buen empleo, pero, si en alguien habría de confiar ciegamente, era en ese hombre que una vez me dejó atrás. Sé que es tonto, aunque no veo otra forma de hacerlo.

—Lo mismo pienso... □ dije.

—¿Ves? Pero bueno, no importa. □ levantó su brazo para ver su reloj, el cual continuaba colocándose en la mano derecha a pesar de no ser zurdo □ ya va a ser las doce. □ levantó la mirada □ ¿a qué hora almuerzas?

Se puede decir que no pensé mucho al respecto y que me dejé llevar por el calor del momento. No creo haber cometido error alguno, pero pienso que la forma en que respondí me hizo parecer un poco desesperada.

—El puesto es tuyo □ dije sin preámbulos ni adornos.

No lo entreviste, no pregunté de qué era capaz, sólo me importaba que se quedase en la compañía, que fuera capaz de tener el tiempo suficiente para darme todas las excusas o explicaciones que se le pudieran ocurrir para que lo perdonase, aunque con verlo ya lo había hecho.

—Oh □ gesticuló. □ Woah.

Y no sé si la respuesta que acompañó con esa sorpresa clavada en su rostro, se debía a mi repentina decisión o a una actitud desesperada e irresponsable al contratarlo de esa forma. Sí que no me importaba nada.

Luego de ese encuentro; si alguna vez en mi vida pensé que no tenía control de nada, en ese momento lo demostré. La mujer confiada, orgullosa y capaz que había forjado en mi a través de los años con una actitud que me llevó a ser la cabeza de aquella compañía, se había escondido en un rincón para darle paso a una chica enamorada, llena de ilusiones y completamente olvidadiza.

Por algún motivo sentí que aquellos diez años (y un poco más) no habían pasado en lo absoluto, que desde que se fue hasta ese momento, que, al momento de irse, mi vida había entrado en modo de espera y ahora había vuelto a tomar su curso.

Tal vez esa mujer que se despertaba todas las mañanas con una actitud pesimista, incapaz de encender las luces y que desconocía todo de su actualidad, era la verdadera yo, la chica que se quedó esperando a que el amor de su vida regresara y se diera cuenta que estaba enamorada de él.

Estuvimos ahí por unos eternos veinte minutos, aunque no conversamos de nosotros, como muchos han de creer. Durante ese tiempo estuvimos en silencio, hasta que nos levantamos al rato de terminar de hablar; yo le invité un poco de whiskey acercándome al mini bar y levantándole el vaso para ver si quería.

El respondió con una sonrisa, acercándose e interrumpiéndome para servirlos. Todo ello en completo silencio, utilizando sólo nuestros gestos para comunicarnos. Tal vez era porque sentíamos que las palabras eran innecesarias, o que necesitábamos algo para que nos alentara a decir lo que fuera.

Esta vez bebí con cuidado, tomando pequeños sorbos para ir llenando mi cabeza de ideas, para relajar mis músculos y mis sentimientos. No estoy segura de lo que hace el licor con las personas además de embriagarlas, pero en ese momento sentí que era una especie de revitalizador o líquido mágico que me ayudaría a tener una conversación natural con mi amigo.

No nos vimos a los ojos mientras lo bebíamos; yo, mantuve mi mirada fija en el suelo como cuando te despiertas en las mañanas y contemplas el vacío, sin pensar, sin esperar ninguna respuesta del universo, sólo contemplando y ya.

Él, se desabotonó el saco e introdujo su mano derecha en el bolsillo de su pantalón para ver a través de la ventana de mi oficina que daba a una agradable vista de la ciudad. Todo eso sucedió en un plazo de cinco minutos, sin contar los otros cinco que estuvimos en silencio sentados en el sofá.

Se podría decir que fue un encuentro patético de dos personas que no se habían visto en mucho tiempo, y estoy segura de que lo fue. Así que, tomando aire, me llené de fuerzas para hablar.

—¿Por qué estás buscando trabajo? □ fue la primera pregunta que pude sacar de mi cabeza.

¿Por qué no me escribirse? ¿Qué estuviste haciendo durante todo este tiempo? Todas preguntas importantes pero que se quedaron ahogadas en mi garganta al momento de querer decirlas porque

pensé que sería inapropiado empezar una conversación con ello. Lo que quería era crear una atmosfera agradable.

—Bueno □ tomó otro sorbo de su bebida y la tragó con cuidado □ me mudé sin nada para aquí, así que necesito el dinero para sobrevivir □ dijo, fijando su mirada en mi como si se tratase de algo muy normal.

—Sin nada ¿eh? □ señalé, apartando la vista para volver a fijarme en el suelo □ eso si que es extraño. □ vacilé □ Por algún motivo estuve esperando que me dijeras que habías vuelto por algo más importante □ agregué, fijándome de nuevo en él. □ Es decir, no cualquiera se va por tantos años y regresa así no más, sin nada □ comencé a sentir que mis palabras estaban siendo agresivas.

—Sí, sé que no tiene sentido □ vaciló, tragando saliva y luego suspirando □ pero, te doy mi palabra de que no es nada importante.

Su rostro me decía otra cosa. No tenía idea de a qué se refería o si era importante o no, pero se notaba un poco devastado, tal vez por el golpe de nuestro encuentro o cualquier otra cosa que la verdad desconozco.

—¿No quieres hablar de ello? □ pregunté, de manera atenta.

Pero para ser honesta, no pensé mucho al respecto. Me conformé con su respuesta.

—La verdad no, ya te dije, no es muy importante □ levantó su vaso como si estuviese haciendo un brindis □ nada del otro mundo □ embozó una sonrisa. Además, creo que tenemos otras mejores cosas para hablar. ¿No lo crees?

—Ciertamente.

Los veinte minutos de conversación vacía se fueron en aquel lugar que no se prestaba para nuestro encuentro. No perdí mucho tiempo en pedirle que me acompañase a almorzar, para poder tener un ambiente más tranquilo y natural en el cual hablar.

—¿No quieres comer? □ le pregunté □ Podemos comer si quieres. Y ya es hora de que almuerce, y creo que sería bueno que me

acompañaras □ le hablaba como una niña nerviosa que no sabía como actuar.

—Sería estupendo, no podría negarme, aunque quisiera. No puedo decirle no a la jefa □ bromeo.

Había olvidado que le di el trabajo.

—Cierto, eres mi empleado ahora □ lo que me recordó algo □ debo decirle a Carla que me prepare el contrato entonces.

Me dirigí rápidamente al escritorio, dejé mi vaso a un lado y levanté el teléfono, para luego marcar la línea directa con Carla.

—Carla, dile a los demás que les agradezco que hayan venido, que no continuaré con las entrevistas, y por favor manda a prepara con la abogada el contrato para el señor Carlos por el puesto de Daniel, por favor. □ Le miré y él me sonrió mientras tomaba su ultimo sorbo de whiskey

—¿Se lo digo a todos?

—Sí, a todos. A los pasantes diles que los veré mañana.

Me fui perdiendo en la conversación, olvidando que Carlos estaba ahí.

—Son sólo tres... □ aseguró Carla.

—Sí, sí, no importa, diles que los veré mañana, probablemente los deje quedarse. No importa.

—¿Segura?

—Sí, estoy segura. Diles eso y ya, no te compliques tanto.

—Está bien. Ya les digo.

—Y por favor, ten rápido el contrato.

—Sí, lo tendré listo en una hora. □ hizo una pausa □ ¿Algo más?

—Sí, por favor busca disponibilidad en alguno de los restaurantes en los que suelo almorzar. Pregunta si hay mesa para dos.

—De acuerdo, señorita. Ya lo hago.

—Vale, □ sonreí □ gracias, querida..

—A la orden, señorita. □ Dijo con su tono de voz adorable que me hacía querer estrujarle los cachetes.

Bajé el teléfono y cogí de nuevo mi vaso.

—Bueno, está listo entonces. Cuando lleguemos tendrás tu contrato y serás oficialmente empleado de la compañía. □ me acerqué a él extendiendo mi mano para estrechar la suya.

El la cogió, apretándola con delicadeza.

—Bienvenido a bordo, señor Carlos □ dije con una sonrisa llena de complicidad, disfrutando el momento y el extraño giro de eventos que nos llevó a reencontrarnos.

—Muchas gracias, señorita María, le prometo que daré lo mejor de mi.

Hubo una pausa, aun no apartábamos las manos, las cuales continuábamos estrechando y moviendo de arriba abajo cerrando el trato.

—Por cierto □ agregó □ ¿de qué puesto estamos hablando?

Había asumido que él era quien estaba interesado en el puesto de gerente, por lo que supuse que estaba al tanto de cual trabajo le había ofrecido.

—¿Seré tu nuevo asistente? □ continuó.

Dejé escapar un suspiro, acompañándolo con una sonrisa penosa, avergonzada de lo tonta que fui al ofrecerle un puesto del cual ni siquiera sabía.

—El de gerente de operaciones. Serías el jefe de un departamento completo.

—Vaya, y yo que creía que iba a entrar como asistente de alguien □ dijo, riéndose por la forma en que todo sucedió. □ Realmente no me lo esperaba.

—Sí, debí habértelo dicho, creí que por eso habías traído tu síntesis.

—Ja, ni siquiera sabía que había una vacante para ese puesto.

Hubo una sutil carcajada entre los dos.

—Bueno, ahora eres el gerente. No sé que has hecho todos estos años, pero pienso que estas más que preparado para el puesto.

—No te defraudaré.

—Eso espero □ le dije, segura de que no me refería al trabajo.

## 4

### **Cambio de ambiente**

Durante mi juventud, esa que compartí con Carlos, descubrí que no había límite entre nosotros ni en nuestra intimidad, lo que me hacía sentirme extrañamente cómoda a su lado. Nunca me sentí apenada por compartir el baño con él, ni él al hacerlo. Éramos una pareja extraña de amigos que se relacionaban como hermanos, como conocidos de toda la vida a pesar de que nuestra amistad sólo duró cuatro años.

Con él compartí todos los detalles habidos y por haber de mi vida porque él hacía lo mismo. Hablaba acerca de su intimidad conmigo, contándome cual chica le gusta (incluso le ayude a conquistar a unas cuantas), lo que hacía en la cama, las cosas que le gustaban.

Siempre me contaba sobre sus amores de una noche y yo hacía lo posible para no llenarme de celos al escuchar que alguna otra mujer había tocado sus labios, besado su cuerpo, acariciado su sexo o hacerlo completamente suyo.

Eran impresiones que me atormentaban de vez en cuando, una que otra ocasión y que poco a poco fui reprimiendo para no sentirme como una estúpida por creer que él no podía hacer ese tipo de cosas. Por su parte, él se mostraba distante, haciéndome ver que nunca iba a sentir algo por mí, obligándome a creer que yo era la del problema.

Durante muchos años me costó tener confianza en mí misma a causa de lo que él había hecho conmigo. Pero eso es lo que menos importa ahora, más de diez años después no hay nada que me obligue a pensar en ello, y para ser honesta, en ese momento no había nada de eso en mi cabeza.

Los platos ya habían llegado a la mesa, teníamos varias copas en nuestro organismo y ni una sólo pizca de inseguridad que nos privara de entablar una buena conversación sin evocar nada que nos llevase de mala manera al pasado.

—Así que cuando te fuiste, creí que ibas a volver. No esperaba que fueras a quedarte tanto tiempo y mucho menos, sin llegar a contactarte conmigo □ continué mi idea, hablando con total naturalidad, y haciéndolo parecer poca cosa.

Cogí la servilleta y la extendí sobre mi pierna.

—Sí... no es como que hubiera tenido otra opción. Al principio quise hacerlo, pero la idea era no volver ¿me entiendes?

Carlos hizo lo mismo con la suya, actuando como todo un caballero, al igual que yo, como toda una dama.

—Sí, ya me lo dijiste... □ me resigné □ pero no me gustó que fueras capaz de marcharte sin decirme nada, sin siquiera despedirte. Me hizo sentir mal.

—Lo sé. Pero no esperaba que fueras a sentirte mal porque me hubiera ido o algo así. Estaba seguro que si no te explicaba nada pensarías que tendría algún motivo...

—Vamos, pudiste haberlo dicho de todos modos.

—Quería decírtelo, en serio, pero tenía que aceptar es oferta; era demasiado buena para dejarla pasar. Me ofrecían alojamiento siempre y cuando me mantuviese solo ¿sabes? No era como que pudiera invitar a mi mejor amiga a que se fuera, de hecho, intimar con otras mujeres se hizo bastante complicado por un tiempo.

—Lo sé, no es como que a cualquiera nos ofrezcan eso, pero, digo que pudiste haberme por lo menos dicho para donde irías.

Aparté los vegetales que hacían altura a mi plato y los coloqué a un lado del bistec que había pedido.

—Lo sé, es que pensé que, si no lo hacía, no tendría una excusa para mirar atrás.

—¿intimaste con muchas? □ pregunté, un tanto celosa.

—Un poco □ se llevó un bocado a la boca como si no fuera muy importante el haberse acostado con otras mujeres.

No lo era, sólo me hacía sentir de nuevo como esa niña que le preocupaba que su mejor amigo, y amor de su vida, estuviese

acostándose con otras chicas del campus y no con ella.

—Supongo que tú también has estado teniendo una vida activa  
□ agregó.

—Este, sí... más o menos. □ mentí.

Bajé la mirada a mi plato y corté el trozo de bistec que había ordenado. Me sentía derrotada, encogida por completo por los hechos que me acaba de narrar mi amigo (nada relevante hasta los momentos). Pero me di una bofetada imaginaria, exigiéndome que reaccionara, que recordase que era una mujer fuerte que había superado hace años aquella tontería de ser la enamorada de Carlos.

—Pero bueno □ levanté la mirada, con una nueva resolución del asunto □ eso no importa. Ya quedó en el pasado □ mentí de nuevo □ ahora estás aquí y agradezco profundamente a lo que te hizo volver □ aseveré.

Carlos sonrió, forzando sus labios y mirando al vacío, perdiéndose por unos segundos en sus propios pensamientos, alejándose de aquella mesa, evadiendo a los demás comensales, la comida, la música de ambiente y a mi. En aquel momento no le di mucha importancia a eso.

Al verlo inmóvil, sereno, incorruptible hasta tal punto en que parecía que mis palabras no fueran pronunciadas y mi presencia no existiese para él, dejé que las cosas fluyeran ignorando que él estaba afectado por algo. No me importaba porque estaba alegre de verlo por fin, de estar a su lado, compartiendo una comida caliente y agradable con alguien a quien esperé casi toda mi vida adulta sin saberlo realmente.

—De todos modos, me mata la curiosidad □ dije, interrumpiéndolo □ no me has dicho en dónde estuviste □ me acomodé en la silla, acercándola más a la mesa, con una sonrisa en el rostro pensando que todo marchaba de maravilla □ ¿qué estuviste haciendo? ¿cómo es la vida afuera?

Carlos regresó de su viaje mental, pestañando rápidamente para lubricar sus ojos, como si necesitara reaccionar y entrar de nuevo en el restaurante.

—Trabajar □ dijo sin pensarlo □ trabajar hasta que no pude más, hasta que las cosas no fueron igual que antes y me marché para darle otro cambio a mi vida.

Sus palabras tenían cierta connotación profunda, algo que me hizo pensar que guardaba una historia interesante, divertida, llena de emocionantes anécdotas y cosas envidiables.

Él siempre tuvo suerte con las aventuras, con las cosas que pecaban mi interés; si no era algo que leía, veía o hacía, eran sus gustos, su forma de vivir la vida, sus pensamientos y las cosas que era capaz de hacer. Carlos siempre fue el tipo de hombre que me hacía sentir interesada con tan solo respirar en frente.

Cuando se fue, no pude experimentar esa misma sensación con nadie más en mucho tiempo, pero ahora que se encuentra aquí, siento como si hubiera encontrado la pieza que me hacía falta.

—Suenas como una historia la cual quiero escucharte contar □ dije, inocentemente entusiasmada.

—No □ negó, de inmediato □ no quieres □ aseveró □ no es tan buena, no vale la pena pensar en eso.

Se introdujo otro bocado y luego lo pasó con un poco de agua, como si estuviese buscando a ocupar su boca para no hablar. Yo no vi motivo alguno para no decírsela ni para que lo hiciera, así que lo dejé pasar.

—Si tu lo dices □ dije levantando los hombros quitándole importancia al asunto, para luego sonreír □ no creo que me estés mintiendo.

—No lo hago □ afirmó mientras colocaba parte de su carne de cordero en el tenedor para luego pasarla sobre la salsa en el plato.

Se detuvo para masticar.

—¿Y tú? □ agregó □ Te preguntaría cómo te ha ido pero por lo que veo, ha sido bastante bien □ me recorrió de arriba abajo con su mirada hasta donde la mesa le permitía □ parece que ayer a penas eras una jovencita universitaria; ahora eres toda una mujer.

—¿Me estás diciendo vieja? □ vociferé □ suena como que me estás diciendo vieja e intentas convertirlo en un cumplido barato.

—Jajá □ soltó una larga carcajada □ nunca, no te he dicho vieja, solo digo que parece que apenas ayer te hubieras graduado y ahora ya eres la directora ejecutiva de una prestigiosa empresa.

—Sí, sí... enamórame con tus eufemismos baratos. Sabes que me dijiste viejas □ dejé caer mis manos sobre la mesa □ pero ¿sabes qué? Tú eres un viejo. Tienes cuarenta y cinco años y, y... □ divagué □ tienes cuarenta. No puedes insinuarme nada.

—Jajá □ mantuvo su carcajada por unos segundos □ no seas así, es en serio. Me siento orgulloso de ti. Has logrado de todo, de eso estoy seguro.

—¿Qué me dices de ti? Para este entonces ya debías ser el dueño de tu propia compañía.

Podría jurar que vi que su sonrisa estuvo a punto de borrarse por unos segundos.

—Bueno, había sido el director de una pero las cosas se complicaron y tuve que dejarlo pasar ¿me entiendes?

—La verdad, no mucho. □ Dije con soberbia.

—Claro, porque tu si lograste mantener tu carrera como directora de una compañía □ me reí en su cara □ Muy gracioso. Sí, sí, riéte. Vamos □ dijo mientras me veía ser consumida por mi carcajada. □ Pero bueno □ dijo en lo que termine de reírme □ sin cosas sin importancia, no te preocupes.

Comenzaba a sentir que algo no marchaba como debería estarlo haciendo, como se supone que un encuentro amistoso debería de ser. Me estaba preocupando por la forma en que mantenía detalles importantes de su vida en secreto, siempre con un tono misterioso, desviando la atención del tema.

Tenía que conocer su secreto, pero no sabía cómo abordarlo sin que me hiciera parecer una entrometida. De algo sí estoy segura, que su vida no era de mi incumbencia, a pesar de que me moría por conocer al respecto.

En ese momento no tenía idea de si se trataba de un tema delicado o cualquier otra cosa, lo primero que se me cruzó por la mente era que podría ser que lo despidieron, que lo sustituyó alguien más joven, que lo descubrieron teniendo un amorío con alguna de las secretarías y por eso tuvo que abandonar la compañía. Todo era posible y de seguro estaba avergonzado por lo que sucedió y por eso lo mantenía en secreto.

Por eso lo tomé a la ligera; estaba segura que no podía haber secreto entre nosotros ya que eso no iba con nuestra amistad, no con esa que no había muerto con el pasar de los años.

Quería saberlo todo, reírme con él mientras me contaba las cosas tontas que hizo que lo obligaron a devolverse, que hicieron que dejara todo lo que había creado por tantos años. Carlos era un hombre animado, temerario, valiente, aventurero, seguro había hecho alguna de esas cosas.

Estoy segura de que había exteriorizado mi curiosidad con alguno de mi gesto a pesar de no haberlo dicho realmente, y lo sé porque al levantar mi mirada y encontrarme con la de Carlos, pude notar que su semblante había cambiado, como si aun evitando decirlo, me estuviese reclamando por insistir al respecto, incluso sin ser directa.

En su rostro se podía leer muy claro: «en serio me vas a obligar a decirte?», cosa que preferí no responder para dejar de ser tan molesta. O tal vez sólo era mi impresión, que tal vez no habría leído entre líneas y no se hubiera dado cuenta de lo que estaba queriendo decirle en realidad.

—Te dije que no es tan importante □ dijo con un tono de voz grueso e intimidante a pesar de tener una sonrisa dibujada □ que sólo fueron unos problemas insignificantes.

—Oh... vamos □ insistí □ estamos hablando de algo que te hizo regresar al lugar que dejaste hace mucho tiempo sin mirar atrás, de seguro si es importante.

En ese momento, Carlos me miró con frialdad; una mirada que no había querido encontrarme en años. Era intimidante, espesa,

penetrante. Sus ojos lo decían todo así que no tuvo que cambiar la expresión de su rostro ni borrar su sonrisa.

Él tenía esa peculiar habilidad de demostrarle a las personas que las odiaba tan solo con verlas, hacerlas correr; incluso, una vez hizo que un perro se alejara chillando tan solo con mirarle fijamente. Yo entendía ese sentimiento, lo había vivido, lo estaba viviendo en ese momento.

Tomé un sorbo del vino que había en mi copa, tragándolo como si se tratase de kerosene, buscando las fuerzas que me daba el licor para afrontar los problemas, apartando mi mirada de la de Carlos, quien había dejado en claro que no quería hablar del tema. No quise sacarle más cuerda al asunto, así que dejé que muriese ahí, hacer como si eso nunca hubiera pasado para tener una velada agradable.

—Está bien □ dije luego de tragar un gran sorbo de vino □ hablemos el ahora. □ embocé una sonrisa, para luego levantar la copa para que el mesero me viese y volviese a servirme. □ ¿En donde te estás quedando?

—Me estoy alojando en un hotel no muy lejos de aquí □ ya había borrado esa mirada intimidante de sus ojos. Se fijó en su plato □ Es acogedor, y realmente económico □ señaló □ lo que es realmente importante, debido a que no tengo mucho para pagar □ dejó escapar una risa sin sustancia, sabiendo que era gracioso pero no tanto.

—¿Acogedor? ¿con quien te estás quedando?

—Solo. Es una habitación con un baño, una cama y un televisor. Por los momentos estoy bien. ¿Y tú? ¿Algún esposo? ¿Vives con tu pareja?

Dejé escapar una risa irónica.

—¿Pareja? No, para nada.

—¿Estás viviendo con tu esposo entonces?

Por algún motivo se sintió más ofensivo que decir que era vieja. Tal vez era porque me consideraba un alma joven que no tenía ninguna

atadura, que no pensaba que debería casarse para ser feliz, para tenerlo todo.

Por un lado, puede que haya sido eso, por el otro, me ofendió suponer que él aun no se había dado cuenta (ni siquiera habiendo hecho memoria de nuestro pasado, ver las cosas en retrospectiva) que yo estaba enamorada de él y que de alguna forma me estaba conservando para cuando él me notase.

No era cuestión de ser virgen, de nunca haber tenido una relación o pensado que podría casarme con alguien, sino con respecto a amar a otra persona. Puede que él aun no lo supiera, pero, estaba segura que las cosas que me había motivado a seguir viviendo eran en parte la idea de que él podría volver en cualquier momento. Algo absurdo e infantil con lo que viví por mucho tiempo.

Y luego de encontrarnos tras tantos años sin vernos, las cosas son habían cambiado, porque demostramos que no habíamos dejado de ser los mismos que recordábamos y eso, de alguna forma, me hacía sentir feliz.

Carlos comenzó a trabajar a mi lado como el gerente de operaciones que necesitaba, que quería, haciendo el trabajo más llevadero, motivándome aún más a abrir la oficina temprano, a despertarme con una sonrisa y a dejar de lado a esa chica pesimista que no desaparecía hasta que me servía la taza de café.

Luego de ese almuerzo, en donde conversamos acerca de lo que habíamos hecho en el pasado, en ese tiempo en el que no tuvimos noticias del otro, pero no lo suficiente como para tener muchos detalles al respecto. Carlos había demostrado no querer hablar de un tiempo en que no compartimos nuestras vidas como los grandes amigos que sabíamos que éramos porque suponía que ese tiempo no había existido.

Por mi parte, no entendía por qué su necesidad de olvidarlo todo, pero no le di importancia porque estaba conforme con su presencia, porque había obtenido lo que una vez quise de joven y que, a pesar de haber llegado un poco tarde, sentía que aun estaba a tiempo. A tiempo de poder darme la oportunidad de decirle que le quería, que

estaba loca por él y que todo lo que había sentido en mi vida sólo tenía su nombre.

Claro, las cosas eran diferentes, ya no pensaba en él de la misma forma, ya no lo veía como un hombre perfecto. Puede ser que parte de ese afecto si se hubiera desvanecido en el pasado porque de alguna forma y otra era diferente, tal vez, sólo tal vez, necesitaba verlo para superarlo o me faltaba algo para terminar de desbloquear todo ese amor que una vez sentí.

En el trabajo nuestras vidas se hicieron más amenas. Yo llegaba todos los días a las seis y media de la mañana para encontrarme con que Carlos ya estaba estacionando su nuevo coche en el puesto al lado del mío.

Su puntualidad era impecable a comparación con la mía que fluctuaba de entre cinco a diez minutos todos los días. Me gustaba verlo de esa forma, encontrármelo con un horario tan establecido que me parecía que si no lo hacía mi día no comenzaba.

En lo que nos veíamos, nos recibíamos con un «muy buenos días» que comenzaba nuestro día; un saludo cordial acompañado de un beso en la mejilla, una caminata hasta el ascensor en donde compartíamos el viaje hasta el piso 22 y una conversación amistosa, bromeando en el camino hasta la puerta de la oficina en donde yo la abría y él marcaba su llegada como todo empleado responsable.

Caminábamos hasta nuestros respectivos escritorios en donde acomodábamos las cosas que haríamos durante nuestra jornada laboral para luego quedar de acuerdo en qué lugar desayunaríamos.

Salíamos y compartíamos un desayuno como dos grandes compañeros de trabajo, amigos de toda la vida, como jefa y empleado. Luego de ello, luego de terminar de comer, regresábamos al trabajo para ejercer nuestra posición al firmar papeles, revisar cuentas, despedir o contratar personas.

Era un flujo interminable de oficio que siempre conseguía la manera de distraernos el uno del otro, hasta la hora en que nos tocaba almorzar, la cual teníamos pautaada como una reunión de negocios.

Y, de la misma forma en que dividíamos nuestras mañanas, lo hacíamos en la tarde hasta salir del trabajo. Una que otra vez nos regalábamos una noche de copas en algún bar cercano en donde disfrutábamos por varias horas y luego nos íbamos a nuestras respectivas casas para repetir parte de todo ello al día siguiente.

De esa forma se mantuvo nuestra rutina por el tiempo que se necesita para decir que nos acostumbramos a estar en plena armonía, que disfrutamos el uno del otro tanto como pudimos, y lo disfruté hasta que aquello que trataba de ocultarme era inminente y apareció cuando menos me lo esperaba.

## Relatos del pasado

Carlos De Sousa dejó su pasado para aventurarse a una nueva vida en el extranjero. Días antes de su graduación, luego de haberse postulado en una pagina de empleos en la ciudad del sol naciente, recibió una noticia que le cambiaría la vida. La nota de su correo decía en ingles «Felicidades señor Carlos, ha logrado participar en el programa de reclutamiento de nuestra empresa.

Estamos entusiasmados en anunciarle que puede presentarse en cualquier momento en nuestras oficinas ubicadas en: Japón, Tokio, para que pueda pasar a la siguiente etapa de su contrato». Aquella premisa le emocionó de inmediato, suponiendo que podría disfrutar de una vida de lujos si trabajaba en el exterior, se hacía con la experiencia necesaria, regresaba a su hogar y ejercer tales conocimientos.

Pero las cosas se fueron complicando cuando se le explicó por una llamada que la única condición que le daban para que disfrutara de un buen puesto, era que se fuera de inmediato a pesar de haberle dicho en el correo que se presentara cuando quisiera.

Aquel cambio de eventos le privó de la posibilidad de presentarse en su acto de graduación universitario, marchándose de sin tener la oportunidad de decírselo a nadie, aunque lo hizo así para excusarse y no tener motivos para ver atrás.

Pudo haberle dicho a su amiga María que estaba tomando un importante trabajo en un lugar desconocido en donde le pedían que se fuera solo y de inmediato, explicarle que debía dedicar su vida al trabajo, a la responsabilidad si quería llegar a ser alguien en la vida, aunque no lo hizo.

Decidió que ello significaría un retroceso en su decisión, que ella lo persuadiría de no marcharse porque solía hacer eso con él, demostrarle que la vida podía ofrecerte la misma cantidad de oportunidades en donde fuera que estuvieses si te dedicabas a buscarlas.

Él estaba al tanto de todo ello, pero no halló una razón lo suficientemente pesada como para justificar hacerlo; así que se marchó sin mirar atrás, sin dejar una nota o pensar siquiera que su partida sería importante para otros, de tal forma, cogió su título universitario antes del acto de graduación, su computador, unas cuantas prendas y lo metió todo en su maleta, partiendo al futuro prometedor que se había imaginado al postularse en una prestigiosa empresa japonesa.

Carlos contó con el apoyo de sus padres, quienes fueron los únicos en tener una mínima cantidad de información al respecto, por muy a pesar de que no querían que su único hijo se marchase, tal vez, para siempre.

—¿Estás seguro que te quieres ir? □ dijo su madre antes de que abordase el avión.

Carlos miró a su madre, totalmente privada del llanto, observarlo con la intención de convencerlo que de que no sería buena idea dejar a una mujer indefensa al cuidado de un viejo que no le podía dar el trato adecuado.

—Claro que estoy seguro, mamá □ le dijo □ ya te dije que simplemente no puedo ignorar esta oferta. Es lo mejor que me ha pasado en toda la vida.

Su madre le miró, aun presa del llanto, cómo su sonrisa alegaba ser causada por una felicidad que nunca podría ofrecerle estando en casa. Estaba segura que definitivamente era una gran oportunidad, pero no que fuera necesario que se marchara por tanto tiempo. Sabía que era vieja y que en cualquier momento la muerte se presentaría en su casa para llevársela a ella y a su marido.

—Mariana, ya deja al chico. □ Dijo su padre □ Ha tomado una decisión □ se acercó a su hijo y le puso la mano en el hombro □ deberías estar orgullosa de él. Es un adulto ahora.

Su padre sentía el mismo pesar que su esposa, suponiendo que no volvería a saber más nada de su pequeño, lo que significaba que deberían aprender a vivir con una casa que se sintiera vacía.

Pero estaba seguro, no, sabía que aquello era lo mejor que podía hacer: dejarlo ir para que cumpliera sus sueños, para que viviera la vida a su manera ¿y si se llegaba a caer? ¿Y si lo perdía todo? sería aquello que el eligió y conseguiría la forma de aprender de ello.

—No mires atrás, hijo, confío en que tienes un gran futuro por delante. No dejes que nadie te diga lo contrario □ aseguró su padre.

Carlos estaba aguantando las ganas de llorar, tratando de que las lagrimas que querían escapársele de los ojos no se escurrieran por su rostro haciéndolo sentir incapaz, demostrando debilidad. Su deseo era demostrar que no iba a doblegarse, que no permitiría que nada arruinara aquello que por tanto tiempo había querido: una oportunidad tan grande como esa.

Estaba seguro que la vida le estaba sonriendo, que las cosas estaban saliendo como debían y que no importaban los sacrificios que debía hacer, no perdería el boleto a aquel viaje ni el vistazo al futuro.

—Gracias papá.

—Y no se te ocurra regresarte sin haber ocupado un puesto importante □ manifestó su padre □ no quiero que lo hagas y me digas que no lograste todo porque te rendiste. □ lo cogió por el otro hombro con la mano que tenía libre y lo sacudió un poco □ No vayas a rendirte, Carlos. La vida es horrible afuera, ser extranjero es lo peor que te puede suceder en una tierra ajena a la tuya. Tendrás problemas, todo se te hará difícil, no podrás expresar tu opinión libremente y a donde vayas siempre te reconocerán como aquel que no es de ahí.

Carlos miró a su padre sorprendido, indeciso en qué decir o qué hacer primero. No se lo esperaba para nada, tomando en cuenta que el hombre que lo había criado era una persona llena de entereza y plenitud.

—No lo olvides □ agregó □ no lo vayas a olvidar y, más que todo, no te rindas, mi hijo. No lo hagas.

Carlos trató de responderle.

—¿Me entendiste? □ exclamó su padre.

—Sí □ dijo vacilante.

—¿En serio?

—Sí, papá, si te entendí. □ respondió con seguridad.

—Bien.

Lo soltó, le dio un abrazo y un beso en la mejilla.

—Tu eres mi hijo y mi orgullo □ le dijo mientras le abrazaba □ Todo lo que tu quieres es lo que yo quiero para ti, nunca lo olvides.

Carlos aun trataba de no sucumbir en el llanto como su madre, quien se encontraba a un paso detrás de su esposo observando como los dos hombres de su vida estaban conversando como adultos, como padre e hijo, como dos amigos.

Al poco tiempo se separaron, dándole un ultimo respiro al presente, al tanto de que pronto todo ello sólo sería una huella en su memoria que recordarían para siempre. El hijo estaba convencido de que sus padres estaban orgullosos y él también lo estaba, lo sabía porque su sentido común le indicaba eso, porque su forma optimista de ver la vida prometía, incluso en lo más mínimo, una gran aventura.

Abordó aquel avión, sin mirar atrás, sin prestarle atención a las posibles fallas de su plan de toda la vida: conseguir un trabajo importante, conocer al amor de su vida y casarse. Era algo sencillo, no tenía tiempo para distracciones y estaba seguro que conseguiría todo en el lugar al que se dirigía.

Mientras veía por la ventanilla del puesto de la persona a su derecha, comenzó a sentir la necesidad de añorar las cosas que estaba dejando atrás: amistad, familia, una oportunidad en su propia nación y la comodidad que le podían conferir sus padres.

Todo para aventurarse a un cambio rotundo que procuraba misterio para él. Estaba inseguro de si podría lograrlo y salir victorioso de aquello. Pero, hizo lo que pudo para mantenerse calmado. Durante el viaje se mantuvo optimista, esperando, no sólo que le destino fuera justo con él, sino que nunca fueran a fallarle.

Y su vida resultaba genérica, insignificante. El nuevo mundo no sólo era diferente con respecto a lo que estaba acostumbrado, sino que

le obligó a adaptarse a él.

Las costumbres, la economía, la forma en que se realizaban los trabajos y el ritmo tan agotador que llevaba; el nivel de responsabilidad y la calidad humana. No eran cosas que le hicieran pensar que estaba viviendo en un lugar desagradable, al contrario, se las arregló para enamorarse de su nuevo hogar.

Y la vida en sí dejó de parecerle diferente. Las personas nunca dejaban de tratarlo por lo que era ni por dónde venía, pero siempre lo respetaron o nunca se quejaron de él directamente.

Aprendió a hablar el idioma al tiempo de llegar, perfeccionando su dialecto y la forma en que se comunicaba con los demás. Comenzó a acostumbrarse al ritmo de vida, a las tradiciones, y a la cultura que la mantenía en el radar. Estudió su gastronomía y la degustó, amando cada platillo hasta defenderlo. Carlos sabía que debía abrazarlo todo porque todo era desconocido para él.

El ritmo del trabajo comenzó a ser menos exigente porque se fue acostumbrando al estilo de vida de los japoneses profesionales. No se podía quejar por la paga así que le tocaba aceptar todos los reveses que eso le suponía.

Casi no tenía tiempo libre porque al ser extranjero debía esforzarse más para ser tomado en cuenta en una sociedad en dónde sólo prosperaba quien hubiese nacido allí. Eso le fue costando viajes, encuentros con su familia y demás, reduciéndolo todo a sencillas llamadas de Skype para estar al día.

A pesar de eso, no sentía que fuera del todo malo estar en aquel nuevo mundo rehaciendo su vida porque había sido algo que eligió como un adulto; su primera y más grande decisión. El pasar del tiempo fue recompensándole con resultados positivos.

Sus vecinos aprendieron a reconocerlo como el hombre agradable que era, hizo amigos y conoció personas que hicieron su estadía más llevadera. Hasta que, a los años, el destino le jugó su primera mala pasada. Habían pasado cinco desde que su vida cogió el rumbo apropiado, pero el infortunio le encontró en su lista.

Todo llegó como una vídeo-llamada a larga distancia con un propósito puntual. Su madre no tuvo otra opción más que decirle luego de la trágica noticia.

—¿Desde cuando papá está así? □ preguntó Carlos.

—Tiene tiempo, hijo. Creo que después que te fuiste le pegó la tristeza.

—¿Por qué nunca me lo dijeron? ¿Qué estaban esperando? ¿Qué se muriera y yo no me enterase?

—Porque no queríamos que te preocuparas, mi hijo; siempre tan ocupado □ se lamentó su madre □ Te digo porque no se qué hacer, tu padre dice que no pero quiere verte.

—Mamá □ dijo Carlos □ Dónde está papá. Quiero hablar con él.

—Está con el doctor, no me dejan estar con él mientras le hacen las evaluaciones.

Sabía que no había forma en que pudiera ausentarse ni un solo día la trabajo. A ese punto de su historia, se encontraba en la línea entre un puesto increíble en la empresa y un despido. Faltar era inaceptable. La noticia acerca de la salud de su padre le afectó lo suficiente como para reconsiderar sus necesidades, como para pensar que podría abandonarlo todo, regresar y estar con su padre en sus últimos momentos.

—Voy a tomar un vuelo para allá, no puedo dejar que padre esté así y yo no pueda acompañarlo.

—¡No! Mi vida, no vengas, tu papá no quiere ser una carga.

—No mamá, no quiero que papá esté solo.

—No lo estará, estará conmigo, no te preocupes.

—Mamá, vamos.

Carlos continuaba insistiendo, su madre, su madre le veía con aflicción, mientras el intentaba buscar una solución para el problema. No se había preparado para eso, para la noticia de que su padre podría morir en cualquier momento y él no podría estar con él.

—Hijo, me tengo que ir □ anunció su madre, volteándose para ver que su esposo estaba llegando en la camilla.

—¿Ese es papá? □ preguntó al verlo □ ¡Papá! □ gritó para que él pudiera escucharle.

Las personas en la oficina se giraron para ver quien había gritado. Todos reconocían el español de su compañero de trabajo, así que no dudaron en buscarlo rápidamente hasta encontrarlo para fijar sus miradas en él, sin embargo, Carlos no estaba prestándole atención a ellos, no les importaba.

—Adiós, mi hijo, te quiero...

—Mamá, espera. Pásame a papá, quiero hablar con él.

Su madre lo miró a los ojos, sin enfocarse a la cámara frontal de su móvil, debatiéndose a cuál deseo obedecer ¿al de su hijo, que quiere ver a su padre antes de que parta? ¿O al de su esposo, que no quiere que su hijo le vea moribundo?

Desde la camilla, que le estaba trasladando de nuevo hasta su habitación, pudo ver que su esposa mantenía el móvil en la misma posición que tenía siempre al llamar a su hijo por video-llamada. No quería que Carlos le viera de esa forma: decrepito, indefenso y moribundo. La imagen que tenía su pequeño de él era la de un hombre fuerte y sabio, esperaba que esa fuera la forma en que lo recordase.

—¡Daniela! □ exclamó con la voz ronca y ahogada □ Cuelga.

—Pero amor, debes hablar con tu hijo □ le respondió a su esposo.

Carlos sólo veía el rostro en perfil de su madre mientras discutía con su papá, hasta que ella se colocó el móvil en el pecho como si así pudiera tapar el micrófono y evitar que le escuchara. Aunque, él todavía podía escucharles.

—No, cuelga...

Su madre se acercó hasta él, mientras el enfermero colocaba la camilla en posición. Carlos pasó a escuchar sutiles murmullos a causa de que sus padres mantenían su discusión en un tono bajo para evitar hacer un escándalo.

—Carlos quiere hablar, debes hablar con él...

Daniela, se apartó el móvil del pecho y lo extendió frente a su rostro para que la cámara le captase.

—Habla. □ Exigió.

En ese momento, en lo que la cámara se ajustó al repentino cambio de brillo, Carlos pudo ver el rostro de su padre, leucémico y acabado. No sabía qué tenía, cuanto tiempo le quedaba ni si había alguna probabilidad de que se recuperara.

Embozó una sonrisa, mientras que los ojos se le humedecían por las lagrimas e intentaba conseguir las palabras adecuadas para decirle todas las cosas que pensó que pudo haberle dicho si se hubiera enterado antes: «te quiero, papá» «quiero ir a verte» «¿por qué no me dijiste antes?» «Papá, se fuerte, tú eres fuerte, no te vayas» ninguna salía de su boca, ni se mostraba en sus expresiones faciales.

Pero su padre era obstinado y no quería que su hijo le mirase, no de esa forma, no en ese momento. Así que, a los pocos segundos que su esposa le extendiera el móvil, habiéndole dado el tiempo suficiente a Carlos para que le sonriera, éste reaccionó con furia, determinado a hacer valer su decisión.

—¡Dije que no! □ vociferó, mientras levantaba el brazo izquierdo con mucho pesar.

El repentino grito de su padre le alarmó e hizo apartarse un poco de la cámara hasta que no pudo ver nada. Su padre levantó su brazo y golpeó el móvil con la mayor fuerza, arrebatándoselo de la mano a su esposa y tirándolo al suelo. Con la pantalla oscura y el aviso de que la llamada había terminado, Carlos comenzó a gritarle a su padre cómo si pudiera escucharle.

Aquella llamada terminó ahí, sin más qué decir, sin la posibilidad de saber qué sucedió después o qué le dijo su madre a su papá. Quería salir de su casa, correr hasta el taxi más próximo y atravesar el tráfico hasta el aeropuerto para llegar al hospital en donde lo tenían internado. Quería hacerlo, necesitaba hacerlo. Pero la responsabilidad le detuvo.

Sabía que no podía marcharse, que no había forma de que su jefe le permitiese un viaje internacional para visitar a su padre moribundo, no tan cerca de conseguir lo que quería, pero no iba a rendirse tan fácilmente. Se levantó de su asiento, apartando la silla con el impulso de sus piernas, cogió su billetera, su saco y comenzó a caminar apresurado.

Le seguían con la mirada sólo aquellos a los que realmente les importaba lo que él estaba haciendo. Carlos los ignoraba a todos mientras caminaba hasta el ascensor, enfocado únicamente en hacer lo que su corazón le pedía: cruzar el mundo sólo para ver a su padre.

Trató de hacer hasta lo imposible para marcharse, para dejar todo atrás: su sentido de responsabilidad, junto con la presión del trabajo y la posibilidad de perder todo por lo que se había esforzado. Hasta que la llamada que estaba intentando hacer, calló.

—Hijo □ dijo su padre mientras veía a la cámara del móvil □ no te vengas.

Carlos quería ignorar la petición de su padre, no hacerle caso y cruzar el mundo. Era su obligación estar al lado del hombre que le había criado por tantos años, que le enseñó todo lo que sabía y que le abrigó bajo su ala. El hijo estaba inquieto, fluctuando su mirada entre la pantalla de su móvil y el indicador del ascensor.

—No papá, yo voy. Tengo que...

—No tienes qué. Lo único que tienes que hacer es quedarte en donde estás □ tosió debido al esfuerzo que estaba haciendo al hablar □ Tú mismo dijiste que no podías faltar al trabajo así como así.

—Pero esto es importante, papá, no sabía que estabas enfermo.

—Eso es lo de menos, mi hijo, no debes preocuparte por un viejo decrepito como yo. Ya no me queda mucho tiempo para vivir y a ti te queda lo suficiente □ tosió de nuevo □ como para no preocuparte por mi.

—¡Claro que no! □ vociferó.

La puerta del ascensor se abrió y varias personas salieron de él, esquivando al hombre que se encontraba en todo el medio sujetando su móvil con ambas manos, medio encorvado y con los ojos húmedos. Ninguno de ellos le dio importancia a su problema y continuaron con sus vidas. Carlos esperó que se vaciara para entrar.

—No hijo □ se ajustó mejor entre las almohadas □ no puedes hacerlo. Tienes que quedarte.

—Estás mal papá. Estás muriendo □ ya adentro, marcó el botón hacía planta.

—Todos morimos, hijo, no te aflijas por algo pasajero. Tienes que quedarte allá en tu trabajo, seguir con tu vida, continuar con lo que te gusta.

—No puedo hacerlo sabiendo que estás así.

—Y que vengas no hará nada □ exclamó acercando el celular más a su rostro □ de todos modos moriré y habrás venido sólo para verme hacerlo, perderás la oportunidad de conseguir el puesto que querías.

—Pero eso...

—¡Pero nada, Carlos De Sousa! □ vociferó, aguantando las ganas de toser.

De inmediato, Carlos dejó de hablar ante la eminente voz de su padre.

—No vas a venir, no quiero que vengas, quiero que hagas tu vida allá, y que logres esos sueños por los cuales te fuiste de aquí. No voy a aceptar que renuncies a ellos; si lo haces, nunca te lo perdonaré.

Las palabras se esfumaron de sus labios, no podía pensar ni mucho menos moverse. El ascensor había llegado ya a su destino, esperando a que él terminase de salir, impaciente por continuar con su trabajo y siendo frustrado por tener a Carlos en el medio.

—Padre, yo...

—No importa, hijo. Yo sé que quieres estar aquí conmigo y eso es suficiente para mi. Además, tengo a tu mamá □ gira el móvil

enfocando a su madre que se encuentra llorando con las manos recogidas frente al rostro.

—Es verdad, hijo □ dijo entre sollozos □ no te preocupes.

—¿Ves?

Carlos no podía oponerse ante los deseos de un hombre moribundo que pedía a gritos que no corriera hasta él a pesar de lo mucho que deseaba estar ahí a su lado.

Carlos no tuvo más opción que renunciar a la idea de regresar y se reincorporó a su trabajo pensando en lo difícil que sería aceptar el hecho de que su padre estaba a punto de morir, con temor de que eso lo persiguiera toda su vida. Se sentó de nuevo en su escritorio, sacándose el saco y colocando su billetera en la mesa.

La computadora continuaba marcando las letras japonesas que le habían costado tanto tiempo entender mientras que las demás personas de su trabajo se habían olvidado ya de la forma en que se había ido corriendo.

El sonido de los teclados sonando, de las personas hablando y arrastrando cada palabra porque así hablaban allá, le servían para distraerse del hecho de que podría estar en ese momento con su padre, cogiéndole de la mano y diciéndole que todo iba a salir bien a pesar de que sabía que no era así.

Su padre estaba seguro que él necesitaba ese empleo, que no había forma en que pudiera abandonarlo para sólo pasar unos cuantos minutos con él mientras esperaba a su inevitable final; lo quería a su lado, pero también lo quería feliz mientras esperaba por la amable visita de la muerte.

Y los días pasaron, largos, pausados, informándose de todo el progreso de su padre ahora que sabía que se encontraba enfermo. Hizo lo que pudo para mantenerse en línea con él, escuchándolo hablar, conversando todo lo que se podía conversar antes de que fuera demasiado tarde, aun con la idea de que en cualquier momento podría partir y visitarlo, verlo en persona, aunque su progenitor se oponía, hasta que la muerte le hizo aquella visita que estuvieron esperando.

Pasaron meses antes de que Carlos pudiera levantarse de nuevo sin pensar en lo que se estaba perdiendo, de todo a lo que renunció por aquel trabajo y por lo caro que le estaba saliendo su decisión, pero, así cómo el destino le había quitado, decidió darle una cucharada de felicidad.

Tras varios meses de lucha, de citas, de encuentros en la noche y jugando con su horario, Carlos pudo encontrar al amor de su vida en el rostro de una amable mujer. Katsumi Mori se tropezó con él en el camino al trabajo de su padre más veces de las que esperaba hasta que sus encuentros se hicieron rutina y su interés comenzó a aflorar. Cada día con ella fue cambiando la forma en que hacía todo, incluso respirar.

Su manera de ser se adueño por completo de la atención de Carlos, quien no conciliaba el sueño sin antes saber que podría verla al día siguiente. Poco a poco fueron compartiendo su vida, él acercándose a ella más de lo que esperaba, olvidando por completo la presión de su trabajo, la distancia entre él y su madre y todo aquello que alguna vez le afligió. Encontró en Katsumi algo que nunca había esperado encontrarse en nadie más y mucho menos estando en el exterior.

De pronto, la posibilidad de una familia comenzó a asomarse en su vida; poco a poco fue levantando los cimientos de una estabilidad emocional que había creído imposible, acostumbrándose a amarla, a estar con su lado.

Tanto su esfuerzo como su dedicación obtuvieron un nuevo nombre en el momento preciso en que ella dijo que sí a su propuesta. Katsumi Mori dejó el apellido de su familia de lado para volverse la hermosa esposa del hombre que alguna vez sintió que el destino no le quería.

Y de esa forma, tal cual se conocieron, compartieron su vida el uno al lado del otro. Los años les fueron haciendo justicia hasta que el destino le entregó un regalo. Carlos estaba completamente feliz con la forma en que todo estaba fluyendo, hasta que realmente entendió lo que era ser más feliz que nunca.

—¿No la podemos llamar Karen? □ preguntó Carlos, sentado al lado de la camilla de su esposa.

—¿Quieres llamarla así en verdad? □ respondió en japonés □ ¿Te gusta ese nombre?

Katsumi sostenía a su recién nacida en los brazos mirándola fijamente mientras hablaba con su esposo. Carlos sólo las miraba a las dos ser el motivo de su tranquilidad.

—No sé, ¿y qué tal si la molestan en la escuela por tener un nombre extranjero?

—Su padre es extranjero, ¿Qué esperas que esperen? □ Respondió, girándose para mirarle a los ojos.

Carlos quería que su hija tuviera un nombre perfecto que se ajustara a lo que él sentía por ella. No quería pensar en otra cosa más que en el hecho de que la amaba, que amaba a aquella pequeña por haber llegado a su vida al igual que a su madre por haberla traído al mundo. Su trabajo, su relación y su familia se encontraban en el punto cumbre de la alegría. Así que, sin pensarlo ni por un segundo más, vino a él una epifanía.

—Llamémosla Aiko.

—¿Aiko? □ preguntó la madre para luego mirar a su pequeña y embozar una sonrisa □ Aiko De Sousa, será tu nombre.

Carlos tenía todo resuelto, ya no había excusas para rendirse nunca más y mucho menos de sentir que el destino no le quería, ya no, no mientras veía cómo el amor de su vida veía a su hija; había conseguido todo lo que nunca pensó que obtendría, convirtiéndose en aquello que le procuraba la mayor felicidad posible.

De inmediato, le hizo llegar la foto de la recién nacida a su madre, quien estaba feliz por el nuevo miembro de la familia. Él estaba seguro que todo iría de maravilla, que nada se interpondría entre él y su final feliz.

—Estamos agradecidos de recibir a nuestro nuevo miembro, Aiko De Sousa. □ Dijo Carlos.

Levantó la copa ante la enorme familia de Katsumi, quienes se habían reunido por petición de su suegro, el feliz abuelo de una hermosa niña.

—Les agradecemos que hayan venido, por favor, disfruten de la fiesta □ bajó la mirada par a sonreírle a su hija □ mientras yo me ocupo de esta pequeña hermosura.

Carlos y Katsumi se bajaron del escenario que había pagado su suegro sólo para aquel brindis y la banda que les hacía fondo mientras hablaban. Por mucho tiempo, tanto él como el resto de su nueva familia, comenzaron a disfrutar de la compañía de una pequeña niña que les fue llenado de alegría cada día el año.

Carlos sabía que nada podría ser mejor que aquello, que la vida le había sonreído por fin que las cosas estaban saliendo como mejor podían, que el futuro era prometedor. Cuando su hija cumplió los tres años, en esa época en la que se despertaba todas las mañanas risueño y lleno de expectativa, nada parecía cambiar hasta que el infortunio le puso de nuevo en su lista.

Aquella mañana se había despertado para prepararse al trabajo que le había conseguido una espectacular casa, un coche y una vida en una de las zonas más elegantes de toda la ciudad.

Estaba cómodo, a gusto, tranquilo, nunca se habría esperado lo que le sucedió después de colocar sus pies sobre sus pantuflas, prepararse el desayuno, alistarse para ir a su oficina. Es decir, todo era prácticamente perfecto, todo se veía exactamente igual que siempre.

—Buenos días, querida □ dijo Carlos al ver que su pequeña ya estaba sentada en frente de la mesa comiendo.

—Buenos días papi □ respondió la pequeña con un muy adorable tono de voz.

—Ahora dilo en español □ dijo Carlos mientras se acercaba a ella para darle un beso en la frente.

—Buenos días □ repitió la pequeña en un casi perfecto español.

—Muy bien.

Rodeó la mesa y se acercó a su esposa, quien estaba comenzando a preparar su desayuno

—Buenos días, mi vida □ le dijo, acercándose para darle un beso en los labios □ ¿por qué no me despertaste antes? Te habría ayudado.

—Te veías tan bien durmiendo, y como anoche llegaste tarde, no quise molestarte.

—No le hubieras dado importancia, me hubieras despertado.

Carlos se acercó más a ella, manteniendo sus caderas juntas, cogiéndola por la cintura y mirándola fijamente a los ojos completamente enamorado.

—Mañana te despierto entonces □ le dijo, devolviéndole el beso.

—Está bien.

Carlos cogió el desayuno que le había hecho su esposa y se sentó al lado de su hija.

—¿Qué tienes pensado hacer para hoy?

—Voy a jugar.

—¿Vas a jugar? □ preguntó como si hubiera sido una sorpresa.

—Sí, voy a jugar, y voy a ver televisión.

—¿Y la escuela? ¿No vas a ir a la universidad? □ preguntó

—No puedo ir a la universidad, no me dejan entrar □ dijo la pequeña sin dejar de ver su plato □ tengo que esperar a crecer para poder ir a la universidad.

—¿Y cuanto te falta?

—Me faltan diecisiete años.

—¡Woa! ¿Diecisiete años? Yo creo que estás lista para la universidad, ya sabes contar.

—Mi mami me enseñó □ dijo, levantando la mirada.

Katsumi los miraba embozando una sonrisa mientras se servía su desayuno para sentarse con ellos. Carlos se fijó en ella, convencido de que estaba viviendo un sueño, y que estaba orgulloso de formar parte de él. No pasó mucho tiempo antes de que tuviera que

levantarse para coger su coche, y llevar a su esposa junto a su pequeña al colegio.

—¿Por qué no te vienes conmigo al trabajo? Tú papá estará contento de verte.

—No puedo, tengo pacientes que atender □ dijo mientras abordaba el coche.

—¿Pero no les puedes decir que, para después, que luego les atiendes?

—Carlos, no puedo decirles que no se sientan bien por hoy y que no los veré. □ Dijo, cerrando la puerta y viendo si su hija estaba bien acomodada en el asiento de atrás. □ Vamos, ponte en marcha que ya es tarde.

—Está bien...

Carlos no sabía lo que le deparaba el destino, las cosas que le obligarían a reconsiderar su vida, la forma en que la vería y la manera en que le tocaría actuar. Lo desconocido no era algo que le molestase, que le procurara interés alguno porque sentía que todo marchaba bien tal cual lo estaba haciendo.

—¿Dónde comerás hoy? □ preguntó Katsumi

—No sé, estaba pensando en decirte si querías que pasara por ti para que comiéramos algo, tú sabes, solos tú y yo. □ Dijo Carlos, girándose rápidamente para mirar a su esposa, si quitarle mucha atención al camino.

—Eso mismo estaba por decirte □ Agregó Katsumi embozando una sonrisa □ quería que comiéramos en este nuevo restaurante que abrieron cerca del hospital. No sé si es bueno, pero quiero probarlo contigo.

—Perfecto, entonces te pasaré buscando cuando me toque la hora del almuerzo □ dijo □ ¿Estarás libre de todos modos a esa hora? □ preguntó Carlos, girando de nuevo para verla.

—Eso espero, no quiero tener que perder otro almuerzo. Estoy pensando en escaparme antes de tiempo para poder comer □ Katsumi sonrió con complicidad.

Miraba cómo su esposo manejaba, la forma en que su mirada fluctuaba entre el camino y ella, más atento en manejar que en la conversación.

—Bueno, de todos modos, te voy a llamar antes de que sea la hora porque...

Y en una fracción de segundos, con las palabras ahogadas, Carlos entendió por qué la vida era una perra. Todo sucedió tan rápido como para apreciarlo detalladamente pero no lo suficiente para evitarlo.

El sonido de la bocina acercándose a toda velocidad hacía ellos no fue suficiente para advertirles de lo que iba a suceder, de prepararlos. Nada de lo que había sucedido fue su culpa a pesar de que no podía pensar en ello de otra forma. Había sido inminente.

La serie de eventos que se desataron antes de que ellos se encontrasen en el medio de aquel fatídico accidente, las personas que dejaron de ir a su trabajo, los conductores que se interpusieron en el camino de Carlos y el del conductor de aquel camión de carga retrasando su camino, colocándolos una milésima de segundo tras otra más cerca, haciendo posible su encuentro al final de aquella intersección.

Las revisiones que se saltó el camión para evitar costos con la empresa de transporte de la que pertenecía aquel vehículo, el conductor que no les dijo a sus superiores ni delató la falta de mantenimiento del mismo a las autoridades porque eso presentaba un peligro para la sociedad, el semáforo que no respetó, o la canción que colocó aquel día en el reproductor que o le permitía escuchar ninguna de las señales del coche que le alertaban que algo no estaba bien.

Tal vez, si Carlos no hubiera pensado en llevar a su esposa y a su hija a sus destinos no tendría que haber tomado aquel camino, ellas se habrían ido en taxi haciendo que nada de hubiera sucedido, pero, dentro de las muchas posibilidades, líneas temporales alternas, multiversos y todos aquellos escenarios en donde nada pudo haber pasado, él se encontraba en aquel en el que las cosas no saldrían bien del todo.

El inminente choque se apoderó de su futuro, de sus sueños, de su felicidad. Los arrastró hasta el otro extremo de la calle, tan rápido como la transferencia de momento le obligó a moverse.

Carlos miró, lentamente, a pesar de lo rápido que sucedió todo, cómo su esposa movía ante el golpe que recibió de repente, trató de ver hacía atrás para asegurarse de que su pequeña estaba a salvo, que la seguridad de la silla que la sostenía sería suficiente para no dejarla sufrir daño alguno, pero todo era incierto, todo era inseguro en ese momento.

Los vidrios rotos de las ventanillas, los metales doblados por el golpe, los resortes de los asientos, las bolsas de aire, cada pequeña parte que podría penetrar, cortar, golpear, estaba al punto de ejercer el mayor daño posible.

Carlos lo pensó todo, lo sintió. Miró a su alrededor, aceptando su inevitable final «¿moriremos aquí?» pensó mientras que el conductor del camión los arrastraba por la carretera. «Espero que ellas estén bien, no quiero que nada les pase» se dijo, haciendo las paces con el destino, aceptando que las cosas le saldrían mal a él mientras dos criaturas inocentes podrían salvarse. Y, en un pálpito, una pared los recibió de a golpe, apagando todas las luces necesarias para seguir detallando, respirando o seguir pensando.

Nada parecía ser más injusto que el destino con Carlos. No era como que la vida fuera eterna y él lo había aceptado luego del tiempo de luto tras la muerte de su papá. Él sabía que en cualquier momento la luz que los mantenía a todos con vida se extinguirá y eso era lo único seguro: después de la vida, viene la muerte.

Se dispuso a vivir en paz, preparado para lo peor, aceptando las nuevas aventuras, invitando a las personas a comer a su mesa para disfrutar cada segundo de su vida como si fuera el último, y eso era suficiente para él. Pero, no es esperaba algo tan fatal.

A las semanas de aquel fatídico día, se despertó como si todo hubiera sido un sueño. No sabía exactamente en dónde estaba, en qué momento se había quedado dormido y desde cuando había estado haciéndolo. Tal vez nunca llegó a Tokio, tal vez ni siquiera había terminado la universidad aún. No lo sabía, no le importaba.

Todo se encontraba oscuro, no quería abrir los ojos para reconectarse al mundo real, al mundo que parecía ser tan malo como siempre lo habían pintado todas las personas que alguna vez sufrieron en su vida. Carlos no sentía interés alguno en volver.

No sabía qué le deparaba, qué le dirían al abrirlos, con que se encontraría ¿con su madre abriendo las ventanas para que se despertase? ¿Con María □ se acordó de María, primera vez que pensaba en ella desde que le dejó de hablar antes de irse □ golpeando su puerta para que se levantara? O, ¿acaso pensaba con Katsumi levantándose de la cama tan rápidamente que le daba la impresión que en un parpadeo se paraba, se bañaba y se iba?

Y fue ahí cuando comenzó a razonar, a sentir cómo su corazón se agitaba ante el recuerdo de una mujer que podría ser su esposa como podría ser un sueño. La sentía real, la sentía a su lado.

Comenzó a hacer memoria de todo lo que vivió con ella, de las citas, de los encuentros casuales en la empresa en la que trabaja. Ahora, la empresa apareció en aquellas imágenes. Detalle a detalle se solidificaban ante él, obligándole a creer que todo era cierto, que esa era la realidad a la que pertenecía. Pero todavía no quería abrir los ojos.

Uno a uno se fueron uniendo los fragmentos necesarios para hacerle entender en cual mundo se encontraba, cual era la respuesta a esas preguntas que se había hecho con los ojos cerrados. El pasado comenzó a tomar una línea recta de inicio a fin, hasta ese momento en que todo se apagó, en el que el infortunio le demostró lo mucho que le odiaba. Y, con un súbito golpe en el pecho, un dolor en las extremidades y una jaqueca horrible, abrió los ojos.

Lo primero que vio fueron las luces blancas en el techo. Su oído se agudizó y comenzó a escuchar el sonido de un sutil bip a su derecha, lo que le trajo en contexto. «Un hospital» se dijo, mientras recordaba la forma en que aquel camión colisionó con su coche.

Sabía lo que eso significaba, lo que implicaba estar despertándose en un hospital tras haber perdido la noción del tiempo; ¿habrán sido

días, semanas, meses años? No estaba seguro, no quería averiguarlo.

¿Cuántos cumpleaños de Aiko se habrá perdido? ¿A cuantas reuniones en el trabajo habrá faltado? ¿Katsumi le visitará a diario, se encontrará en la habitación de al lado? Podía mirar a su alrededor y averiguarlo, pero mantuvo su mirada fija en el techo, sobre aquella luz blanca que opacaba toda su vista periférica. Fuese cual fuere la respuesta a todas esas preguntas, por algún motivo sentía que no le iban a gustar.

—Carlos, mi vida. □ dijo la voz de una mujer. □ Despertaste. □ aseveró.

Se calmó por un momento. No identificó la voz, pero la única mujer que podía decirle eso en aquel lugar era su esposa, así que, tras embozar una adolorida sonrisa, se giró en la dirección que escuchó aquella voz, para ver a la mujer que amaba.

—Hijo, me estabas preocupando. □ Dijo su madre.

Y como otro choque de aquel camión, lo que creía que había sucedido comenzó a deshacerse por completo. Se enfocó en el rostro afligido de su madre, inflamado por tanto llorar y con una mirada adolorida como si ella hubiera recibido aquel golpe directamente.

—¿Mamá? □ preguntó confundido.

—Hijo. Por fin despertaste □ se levantó Daniela de la silla, sorprendida, aliviada. Su hijo había sobrevivido a aquel accidente y había logrado llegar hasta él para asistirlo.

—¿Mamá? □ preguntó de nuevo, sin poder decir lo que realmente quería.

¿Por qué estás aquí? ¿Dónde está Katsumi? ¿Dónde está Aiko? Trataba de hablar, pero el dolor en la garganta no le dejaba. Intentó moverse, pero los vendajes y las operaciones dolorosas en las que tuvieron que introducirle clavos de metal no le dejaban moverse. Se sentían recientes, no había pasado mucho tiempo.

—Hijo, estás bien, qué felicidad □ se acercó a él para recostar su cabeza sobre el pecho de su único hijo □ estaba tan preocupada de que no te despertaras, fue horrible.

Carlos quería moverse, quería verla, quería cogerle por los hombros y pedirle una explicación. Por lo pronto, no todo parecía perdido. La naturaleza de su dolor físico, y la forma en que no podía moverse, le indicaba que se encontraba unas semanas después del accidente, lo que quería decir que su esposa podría estar también en una camilla.

—Vine lo más rápido que pude. El señor Mori me hizo llegar el dinero para el vuelo, quería que estuvieras acompañado, que no estuvieses solo. □ Se levantó □ Y yo vine, Carlos, vine lo más rápido que pude, corrí, no empaqué, sólo corrí y llegué. □ Las lagrimas corrían por su rostro.

No sabía si eran lagrimas de tristeza o de felicidad, pero, no pintaba un buen cuadro la forma en que las cosas estaban sucediendo.

—¿Aiko? □ Preguntó a medias, entre ronco y ahogado.

Intentó decir lo que había pensado, pero no pudo más que pronunciar el nombre de su hija, y a duras penas, hacer que su madre le escuchara. Daniela, se alejó de él, más afligida que antes, tratando de conservar la calma, tratando de no mostrar ninguna perturbación. El doctor le había dicho que si se despertaba no podía darle ninguna noticia difícil de procesar para que no se vieran en la obligación de anestesiarlo cuando a penas había salido del estado comatoso.

Carlos la miraba confundido, tratando de encontrar las respuestas a sus preguntas en la mirada perdida de su madre, en sus manos recogidas, en sus labios inexpresivos, pero le resultó infructífero. Sabía que algo no andaba bien sólo que no sabía qué.

—¿Aiko? □ preguntó de nuevo, con un tono de voz un poco más claro.

Su madre no dijo nada, ni hizo nada mas que apartarse poco a poco a ver si así no le decía nada, no le contaba lo que había sucedido.

—¿Katsumi? □ preguntó, alarmándose un poco más □ ¿Mamá? ¿Aiko y Katsumi?

Sus nombres se reproducían una y otra vez en su cabeza, invisibles, callados, incapaces de hacerles venir, de obligarle a que se acercaran a él y le dijeran que todo estaba bien, que no se preocupara.

Quería cerrar los ojos para regresar a aquel mundo en donde ignoraba todo, ignorar la desgracia, lo que podría significar que su madre no le respondiera, que su suegro la hubiera hecho venir, que su esposa ni su hija se encontraran en la misma habitación que él. Todo era una mala señal, de principio a fin, todo le resultaba sospechoso.

—Cariño, yo □ intentó hablar su madre.

—Mamá, ¿qué sucedió? □ vociferó Carlos.

Su corazón comenzó a agitarse de manera agresiva, subiéndole la tensión, obligándole a ver en un pigmento rojo todo lo que sus ojos podían captar al mismo tiempo y permitirle procesar.

La maquina que le tomaba el pulso empezó a gritar lo rápido que este subía, alertando a los que le monitoreaban para que acudieran rápidamente a la escena. Carlos intentó moverse a pesar del dolor, de la fatiga, de sus ataduras que lo mantenían en la posición correcta para que nada malo le sucediera, para poder curarse bien.

—Mamá ¿dónde está Katsumi, en dónde está Aiko?

Su madre se apartaba más y más de él intentando no sucumbir ante la necesidad de liberarse del peso de aquella noticia, de decirle la fatal verdad, lo que él parecía ya saber pero que de todos modos continuaba preguntando como si de alguna forma no fuera posible, como si ella tuviera la respuesta que él quería escuchar, que ella quería decirle «están bien, mi hijo» pero, sabía que no podía mentirle, que no había forma en que eso fuera bueno para él.

En ese momento entró una enfermera exclamando en japonés unas palabras inentendibles para ella, pero sí para Carlos.

—¿Qué sucede? □ exclamó la enfermera. □ ¡Señor Carlos, por favor cálmese! □ vociferó, intentando cogerlo por los brazos para que dejara de moverse, de interferir en su curación. □ ¡Necesito ayuda! □ dijo la enfermera.

La madre de Carlos veía aquella escena aterrorizada, intentando encontrarles sentido a las palabras extrañas de aquellas personas, de no mirar a su hijo a los ojos por temor a delatarse más de lo que ya estaba haciéndolo. No quería que su hijo volviera a caer en un estado de salud en donde se desconocía si saldría o no con vida de él. Estaba preocupada, inquieta, insegura.

Un hombre alto con el mismo uniforme de enfermero se acercó a ella y a Carlos para socorrerla.

—Sostenlo. □ exclamó la enfermera apartándose de él y dejándoselo a su compañero □ Señora, le administraré anestesia a su hijo □ dijo la enfermera a Daniela sin saber que ella no le estaba entendiendo.

Abrió la jeringa, sacó el líquido de un frasco que tenía en el bolsillo inferior de su camisa de uniforme y lo inyectó en las vías que tenía Carlos ajustadas en su brazo y que por suerte no se habían salido con los movimientos exagerados que estaba realizando. El enfermero forcejeaba sin ningún problema con el paciente molesto mientras que esperaba que la anestesia hiciera efecto. A los pocos segundos, comenzó a calmarse.

Todo se estaba haciendo borroso, mientras que su mundo parecía desvanecerse casi por completo hasta que todo se hizo oscuro.

Y la oscuridad se mantuvo allí, recordándole lo que había perdido, acechándolo todos los días y noches que intentaba conciliar el sueño. No quería abrir los ojos para no encontrarse con lo que ya sabía, con lo que ya le había mantenido en luto por tanto tiempo, pero debía hacerlo, su cuerpo se lo pedía.

Al abrirlos, no había ninguna luz brillante, ningún bip característico, sólo un techo oscuro de una habitación oscura. Reprimió el deseo de extender el brazo y coger su móvil para ver la hora; ya no importaba, ya nada importaba.

Las ganas de ir al baño eran insoportables, necesitaba levantarse para deshacerse de ese peso y regresar de nuevo a su cama a intentar morirse mientras dormía. No importaba lo que eso significara porque las cosas habían perdido significado para Carlos.

Se levantó, se puso sus pantuflas y caminó hasta el baño para hacer sus necesidades, regresar al terminar y volverse a acostar sin ningún compromiso, sin ningún sentido de la responsabilidad.

Ya no había nada que le atase a ese mundo, a esa realidad; a la nación que lo había acogido por más de diez años y a su empleo. Sin su amada y su hija, todo le era insípido.

## 6

### Debilidades

Durante varias semanas las cosas marcharon tan bien como quería. Carlos y yo comenzamos a compartir una relación amistosa que habíamos dejado en el pasado, que nos había hecho falta, o por lo menos para mí.

Las juntas ejecutivas, las excusas para salir del trabajo y compartir un almuerzo agradable; las salidas ocasionales al cine, las cenas al final del día. Todo me era agradable; no podía quejarme en lo absoluto de que él estuviera conmigo, de que se hubiera ido por tanto tiempo a un lugar que desconocía, de a hacer algo de lo que no tenía idea.

Y a pesar de que no estaba motivada a saberlo todo, indagar a fondo o algo por el estilo, era presa de la curiosidad ocasional cuando le observaba contemplar el vacío en los momentos en que pasaba en frente de su oficina, o por la forma en que evitaba ciertos tópicos acerca de su pasado que me podrían dar información interesante ¿qué hiciste por tanto tiempo?

¿Qué te motivó a regresar? ¿cómo te fue? Todas y cada una de mis preguntas parecían ser evadidas sin ningún esfuerzo, obligándome a pensar que todo estaba perdido, que Carlos podría estar ocultándome algo, que había cosas que no quería mencionar porque las consideraba delicadas y yo sólo pensaba que era porque no me tenía la misma confianza de antes.

Cuando menos me esperaba que las cosas comenzaran a complicarse, un día, de la nada, comenzó a actuar raro.

—Carlos □ dije asomándome a su puerta □ ¿tienes planes para hoy?

Para mí, aquel sería un día como cualquier otro en donde comeríamos algo de noche, en donde podríamos ir al cine porque era viernes. En ese momento no sabía qué tenía, ni mucho menos que algo podría sucederle. Es que incluso la noche anterior todo se veía tan normal cuando nos despedimos luego de salir del

restaurante en donde habíamos quedado para comer; no había forma de que lo esperase.

—Hoy no puedo □ me dijo con una voz seca e insípida □ estoy ocupado.

De inmediato me causó curiosidad y recelo ante la forma hosca en la que me había hablado. Me aparte de la puerta un poco como si estuviera a punto de escupir ácido de la boca.

—Oh, este. Sí □ vacilé.

Y pude dejarlo ahí, decirle que todo estaba bien, que no se preocupara; «otro día será», marcharme y no volver a ver a tras por el resto de mi jornada laboral. Pero, ya me estaba acomodando a esa forma de vivir, a hablar con él, a contarle todo lo que me preocupaba y a preocuparme de nuevo por su vida. Estaba segura que algo sucedía, que podría ayudarlo así que me dispuse a enterrar más el pie en el hoyo.

—¿Sucede algo? □ pregunté.

—No sucede nada, sólo quiero estar solo por un tiempo □ me dijo con el mismo tono de voz cortante.

Estaba segura que debía apartarme, aceptar que había perdido la oportunidad que tanto creí que me dieron por segunda vez para hacer de esa amistad algo más, aunque, sin embargo, no me aparté. Carlos ni siquiera me miró al hablar, lo que hizo que entendiese que nada parecía importarle, que mi presencia le era invisible en ese momento.

No sabía que preguntarle, que tontería decir que al final, indiferente de lo que dijese, me respondería con odiosidad. ¿Acaso podría hacerle una pregunta sencilla? Un cliché como: ¿estás bien? ¿necesitas ayuda? O ¿quieres hablar? Ignoraba sus razones, pero ya me había dicho lo que quería ¿por qué habría de preguntarle algo que tan tonto como aquello? De todos modos, lo hice.

—¿Quieres hablar? □ pregunté como una tonta.

—María, no quiero hablar, □ dejó de ignorarme con la mirada

Golpeó el escritorio con la palma de la mano para hacer énfasis, para resaltar su punto con autoridad. Me asusté al no esperármelo, dando un sutil brinco, tomando una rápida inspiración de aire, preocupada por la condición de mi amigo, dudosa de si había hecho alguna estupidez.

Es obvio que cuando una persona quiere estar sola, no está en sus planes compartir su tiempo con otro, así que ¿para qué demonios hice aquella pregunta?

—Te dije que quiero estar solo □ continuó □, por favor no preguntes por qué ni sigas insistiendo. Porque después te voy a tratar mal y dirás que soy apático. □ asintió con la cabeza, intentando saber si había quedado claro □ ¿entiendes? Estar □ hizo una pausa corta y puntual □ solo.

Intenté hablar, continuar insistiendo (exactamente lo que me dijo que no quería que hiciera) abrí mis fauces para hacer otra pregunta estúpida propia de una persona preocupada por la integridad mental de su compañero, quería ayudarlo, saber qué le sucedía, pero me detuve. Reprimí ese ridículo deseo indómito que quería salir de mi que al final sólo lograría fastidiarle.

Di la vuelta y me marché así no más. ¿Qué podía hacer? No sabía cómo tratar a las personas en esas situaciones, no tenía idea de lo que estaba sucediendo en su cabeza así que ¿exactamente cómo debía actuar?

El corazón me palpitaba con fuerza como si estuvieran a punto de evaluar mi desempeño, como si me hubiesen atrapado haciendo algo malo. Era algo que me resonaba al pie de las orejas, en la sien y en el cuello. Sentía como si todo es estuviese derrumbando. ¿Habría sido mi culpa? ¿Habré hecho algo que le molestase?

No sabía qué hacer ni a quien acudir, así que me acerqué afligida al escritorio de Carla, tratando de ser lo suficientemente obvia para que ella me preguntara que sucedía.

—Mari... □ dijo, luego de que me quedé un rato respirando con fuerza, sin decir una palabra, a su lado □ ¿sucede algo?

Eso era lo que quería escuchar. Me di la vuelta y la miré fijamente con la preocupación plasmada en el rostro.

—¿Hice algo malo? □ pregunté como si ella supiera de lo que hablaba, jugando ese desagradable juego a las adivinanzas, pero debía hacer la pregunta. Tal vez ella supiera algo que yo no.

—¿Hacer algo malo? ¿De qué hablas? ¿A qué te refieres?

—Carlos me trató mal hace unos segundos ¿qué hice para merecerlo? ¿Qué dije?

La cogí por los hombros, agachándome un poco para tener mi frente a la altura de la suya, y la agité lo suficientemente fuerte como para despeinarla.

—Ey, ey □ dijo para que me detuviese □ no lo sé □ dijo en lo que me detuve □ ¿Cómo que te trató mal? ¿Qué le dijiste? ¿Qué te dijo? Y □ se acomodó el cabello □ lo más importante ¿por qué importa?

—Porque no quiero que me odie. Tu sabes porque no quiero que me odie, entonces ¿por qué me odia?

—Sí, sí... pero ¿qué le dijiste? ¿qué pasó?

Me enderecé, levantándome para luego acomodar la ropa que llevaba puesta.

—No lo sé. Me acerqué a su oficina como siempre y le pregunté, cómo siempre, si haría algo esta noche a pesar de saber que siempre está libre. □ Abrí los ojos para darle una mirada intensa □ Y me dijo que quería estar solo.

—¿Y te fuiste? ¿Verdad? ¿Le dejaste solo? □ preguntó con cierto tono sarcástico.

Carla sabía lo insistente que era, la forma en que no podía mantener ningún tipo de relación con nadie sin enfrascarme lo más que podía en ella. Carla me levantó la ceja izquierda, suponiendo que no había hecho eso, que no había dejado la conversación hasta ahí.

—No lo hice □ respondí tal cual niña regañada.

—Entonces, puede que te trató mal por eso, porque no quería hablar con nadie.

—¡Pero es que yo no soy nadie, soy su amiga! □ vociferé.

—Sí, sí... □ afirmé.

Su intención era dejar en claro que eso no quitaba que quisiera estar solo sin importar si era su amiga o no.

—¡Y su jefa! □ agregué.

—Claro, claro, nadie está diciendo lo contrario. □ intentó calmarme □ Pero no puedes simplemente esperar que te hable con cariño cuando evidentemente algo le está molestando. Seguro tiene un problema o cualquier otra cosa. □ Se levantó, quedando a la misma altura que yo □ Estamos hablando de un hombre que no has visto por más de diez años, definitivamente debe de tener algo que no sepas □ puso su mano derecha sobre mi hombro para ofrecerme apoyo □ y debe ser algo de eso lo que le tiene así. Mejor no te preocupes y déjalo que se relaje.

Cogió unas hojas que estaban en el escritorio, unas que sabía que le había mandado temprano ese mismo día y me las extendió.

—Aquí tienes, revisados y corregidos tal cual me lo pediste.

Bajé la mirada y coloqué mis manos instintivamente en posición para recibir las carpetas con las hojas corregidas que le había pedido.

—Procura no preocuparte, no pienses mucho al respecto.

Embozó una sonrisa y volvió a sentarse.

Carla era una amiga interesante, no solía compartir mucho tiempo con ella, pero de alguna forma sentía que me conocía mejor que nadie; es probable que sea porque es mi secretaria y mi asistente. Claramente es de esperarse.

Sus palabras eran reconfortantes cuando tenían que serlo y en ese momento lo necesitaba. No respondió a si se trataba de que era mi culpa, de si había hecho algo malo o si no debí tocar a su puerta ese día, pero si me dejó pensando en otra cosa.

Durante ese tiempo (poco más de diez años) Carlos había desaparecido por completo de mi vida. Yo no me molesté en buscarlo ni él en darme alguna señal de que se encontraba bien, de que todo estaba saliendo de maravilla. Por lo que sabía (y era muy poco) él salió del país con un sueño y la promesa de un puesto en una prestigiosa empresa japonesa.

Fue en ese momento en que me pregunté: ¿cuál empresa era? Nunca me dijo su nombre, no durante esos meses que estuvo trabajando conmigo, mucho menos cuando nos reencontramos, por otro lado, yo no le había hecho la pregunta adecuada.

¿En cuál empresa había trabajado por ese tiempo? No sabía su nombre, no sabía siquiera si era real, lo que me llevó a pensar que algo no estaba bien. Traté de revisar los documentos de los que Carla me había hecho entrega, pero no le prestaba la debida atención; repasaba las palabras con la mirada imaginándome las cosas que pudo haber hecho Carlos en el extranjero por tantos años.

Ninguna de las ideas que se me ocurrían eran lo suficientemente desagradables para ayudarme a relacionar la actitud que había tomado ese día. ¿habrá vivido todo ese tiempo en la pobreza? ¿habrá perdido todo por alguna adicción? ¿habrá sido víctima de la mafia japonesa y tuvo que huir del país para no morir? ¿Habrá matado a alguien?

Una a una se hacía cada vez más alocada que la anterior, suponiendo que, de algún modo u otro, el resultado sería desagradable, devastador y difícil de aceptar, lo suficiente como para no contármelo, como para mantenerse afligido en secreto. Desde mi perspectiva, como su amiga, debía contármelo todo.

Durante varios días se mantuvo de esa forma tan tosca, desagradable y evasiva. No le hablaba nadie, llegaba sin saludar y se iba sin despedirse. No sonreía, no se reía, ni siquiera rondaba la oficina para matar el tiempo. Se quedaba toda la jornada en su escritorio, haciendo su trabajo adecuadamente para luego marcharse en silencio sin mirar a nadie a los ojos.

Esa actitud reticente al actuar me era sospechosa, me causaba curiosidad y una inmensa necesidad de entender, de desvestir el misterio en su repentino cambio de comportamiento, lo que me motivó a comenzar a usar mis influencias.

—Carla □ dije levantando el teléfono □ ¿aun tienes la síntesis curricular de Carlos?

—¿La síntesis? No lo sé, la archivé con las otras, debería estar guardada.

—Por favor, búscala, necesito ver algo.

—¿Ahora? □ preguntó como si estuviera muy ocupada (probablemente lo estaba)

—Sí, ahora, por favor. Tráela a mi oficina.

—Está bien, ya lo hago.

Tal vez allí encontraría alguna respuesta, algún indicio; un nombre, una referencia. Estaba segura que nada más había tenido un trabajo en todo ese tiempo, bueno, diferentes cargos en la misma empresa. Eso querría decir que ese sería el lugar en donde comenzaría. Llamaría a la empresa, preguntaría por él, por lo que había hecho, tal vez podían decirme por qué se fue, o si por casualidad se acordaban de él.

Hasta dónde sabía, él había llegado hace unos meses así que en ese corto periodo de tiempo no hay forma alguna de que se olviden de alguien tan importante como él. Se las había arreglado para escalar en un lugar en donde sólo crecían los ciudadanos de ese país; definitivamente debían conocerle.

—Aquí está la síntesis de Carlos □ dijo Carla al entrar con el papel en la mano.

—Vale, gracias. Ya te puedes retirar.

—Vale.

En lo que cerró la puerta, comencé a escrutar cada palabra escrita en aquella hoja. Todos eran nombres escritos en español, inglés y japonés. Resultó un poco confuso al principio, pero me acostumbra al rato.

Primero me fijé en los puestos que había ocupado anteriormente (nada importante para lo que quería hacer, pero de todos modos me daba curiosidad todo lo que había hecho) administrador contable, asistente, asesor comercial, comerciante, vendedor... una larga lista hasta llegar a ejecutivo y director. Sí que había tenido una vida ocupada, nada comparado como la síntesis de los que trabajaba para mi.

Pasaron varios minutos antes de recordar el motivo por el cual lo había pedido, y en lo que lo hice, me fijé en el nombre de la única empresa en la que había trabajado durante todo ese tiempo. Su nombre estaba en japonés, pero debajo, en letras pequeñas, se veía la traducción adecuada en español: Mori Inc. Co.

Eso era más que suficiente por ahora; dejé la hoja de lado por si necesitaba llamar a los números telefónicos que había colocado como referencia personal y encendí la pantalla de mi portátil para ingresar a la Internet.

—Mo... ri... Incor...porated Com...pany □ dije mientras escribía lentamente en el teclado de mi ordenador.

De inmediato me mostró todo lo referente a aquella empresa luego de escribir su nombre. En ese momento entendí que sí era ralmente prestigiosa, con una influencia social y una capacidad comercial eminente.

Tenía diferentes establecimientos a lo largo y ancho de Japón, poseía la firma de grandes marcas del país desde electrodomésticos, bancos, supermercados hasta condóminos. Todo eso me ayudó a entender por qué Carlos no dudó en marcharse de una vez cuando le aceptaron en el trabajo.

Todo se veía normal. No había nada que pareciera lo suficientemente desagradable como para decir que era mentira. No cualquiera colocaría en su síntesis que trabajó en un lugar en el que ralmente no había trabajado además que de que lo conocía y sabía que él no sería de esos ¿o sí? ¿Acaso ralmente sabía quien era Carlos De Sousa?

De nuevo, otra pregunta que me hizo dudar, que me obligó a inquirir más en el asunto, a cuestionarme más cosas para luego enfrascarme en conseguirle una respuesta. De esa forma, al buscar el nombre de la compañía, sólo garantizaba que existía, nada más, pero, ¿habrá trabajado realmente en ella?

Eso debía averiguarlo, pero primero, debía leer un poco más sobre aquella prestigiosa empresa. Por un momento pensé que tal vez Carlos podría ser mucho mejor de lo que parecía; haber llegado a ser director de algo en aquella compañía debía de darle algún merito, lo que me llevó a querer saber más sobre por qué dejó algo tan grande atrás.

Pero ¿cómo lo averiguaría? Mientras bajaba la pagina de búsqueda, abriendo enlaces diferentes que me parecían interesantes para aprender más al respecto, pensaba que no conseguiría nada relacionado con Carlos en mucho tiempo; por lo pronto, eso era prácticamente como buscar una aguja en un pajar. Es decir, ¿qué tal si realmente trabajaba? Bueno, nada más me diría que no era un mentiroso mas no respondería a mi pregunta de por qué lo había abandonado. O ¿qué tal si no tenía que ver con la empresa?

Eso me dejaba en el aire, tratando de unir los pocos cabos sueltos que tenía para no llegar a ningún lado, para darme cuenta que era estúpido seguir buscando. Sin embargo, me dispuse a leer los artículos que había abierto con anterioridad para no decir que los abrí para nada.

Hasta que, como si se tratara de algo que siempre estuvo debajo de mis narices, apareció. Lo que menos me esperaba al abrir las páginas que hablaban acerca de la compañía, era encontrarme con el nombre de Carlos en casi todas, como si se tratara de alguien importante. Él no me había dicho nada al respecto, ni se comportaba como alguien que era tan relevante para algo tan grande como aquella compañía como para ser nombrado junto con ella.

Y fue ahí cuando me enteré.

El articulo estaba en japonés así que me tocó tener que elegir la opción del navegador que me permitía traducirlo a un idioma que

podiera entender. Elegí el inglés porque normalmente siempre resultaba mejor para ese tipo de casos. Comencé a leerlo desde el principio, ahí no me esperaba encontrarme con el nombre de mi amigo ni mucho menos con lo que implicaba que estuviese allí; no fue sino hasta la mitad del escrito que me conseguí con lo que menos me esperaba.

*[...] «Mori Inc. Co es uno de los negocios más prestigiosos de Japón, con más terreno en el mercado como ningún otro en el país, es de esperarse que, con tanto prestigio, muchas empresas quieran unírseles» Dijo el director de relaciones interiores de la empresa, el señor Carlos De Sousa y actual esposo de la hija del señor Takumi Mori, Katsumi Mori, el fundador e inversionista principal de la compañía. Según sus palabras, la compañía absorbería a varias entidades del país para agrandar más su capacidad comercial y así [...]*

De inmediato dejé de leer, apartando la silla del escritorio como si el ordenador fuer a explotar en cualquier momento, lo suficiente como para entender lo que había sucedido. Es decir ¿cuáles eran las probabilidades? ¿Cómo podía yo pensar en eso? En ese momento no tenía la más mínima idea de qué pensar ni cómo actuar al respecto. Y de inmediato me nació otra pregunta ¿por qué se regresó?

No había una respuesta directa, nada me indicaba su verdadera motivación ¿Habría hecho algo horrible que le costara su reputación y su matrimonio? Luego de eso, al igual que antes, todo lo que podía pensar se convertía en una simple suposición absurda que no me indicaba nada bueno, que no me ayudaba a encontrarle una razón directa a todo ello. Pero no me rendí, continúe buscando en la Web para darle sentido.

Coloqué su nombre completo junto al de su esposa y no me apareció nada importante. Continué buscando. Coloqué el del dueño de la compañía y allí sólo me decían cosas innecesarias de su trabajo por las cuales ya no me importaba en lo absoluto todo eso, algo me decía que la razón por la cual se había regresado no tenía que ver con su antiguo trabajo, así que pasé a lo siguiente. Coloqué

el nombre de su esposa; en ese momento, todo se me cayó como un balde de agua helada.

*«La hija del millonario Takumi Mori, Katsumi Mori (Katsumi De Sousa), tuvo un accidente junto con su esposo e hija en donde fueron impactados por un camión de carga que tenía problemas en los frenos, sufriendo así graves daños. La pequeña de tres años falleció de camino al hospital y Katsumi en la sala de operaciones. Su esposo, uno de los directores de la compañía de su padre, tuvo diferentes fracturas en las que se le suman la clavícula, el brazo derecho, la pierna derecha y parte del cráneo. Aun no se sabe de su condición actual ya que se encuentra hospitalizado y en coma, pero los doctores presumen que puede recuperarse [...]»*

Justo cuando leí el titular de la noticia, no tenía motivos para seguir leyendo, pero, eso fue lo que pude soportar antes de comenzar a llorar por la cantidad de información que había obtenido.

De cierta forma no era demasiada, pero, lo suficiente como para entender qué era lo que había estado preocupándole a Carlos. ¿Será eso lo que hizo que se sintiera mal? Me pregunté antes de revisar la fecha del accidente; para mi sorpresa, tanto el día en que todo sucedió como aquel en que me enteré, concordaban. Habían pasado cuatro años de aquello.

Justo ese día se cumplían cuatro años del accidente ¡cuatro años de luto! Me levanté del asiento para correr hasta su oficina para ofrecerle mis condolencias «Carlos, lo lamento tanto, no sabía. Discúlpame, yo...» me decía mientras me acercaba a la puerta para salir antes de detenerme en seco.

Tenía la mano en el picaporte, pensando en lo mal que se vería llegar de repente para molestarlo cuando claramente me pidió que no lo hiciera y comentarle de algo de lo que él no quería hablar. Ahora entendía porqué evadía mis preguntas acerca de por qué se regresó, de cómo le había ido durante todo ese tiempo.

Las cosas comenzaron a tener sentido suficiente para mi, mucho antes de saber que estuvo casado, o incluso de saber que tuvo un gran puesto en la compañía en la que había trabajado.

Esto era todo lo que no quería decirme, lo que no quería recordar y yo no podía llegar de repente a evocar todo eso que quería ocultarme. Así que, aparté mi mano de la puerta, di media vuelta y me dirigí hasta donde había mandado a colocar el mini bar que no me servía de mucho para servirme un gran vaso de whiskey y sentarme en el sofá a digerir la información.

—Maldición... □ dije sin pensarlo demasiado.

Estaba tratando de pasar el licor por mi garganta al igual que la información a través de mis neuronas, intentando comprender por qué todo eso había sucedido. Por un lado, claro que no me pregunté cómo lo había tomado porque sabía que seguramente no lo había estado llevando muy bien, pero, lo que si me generaba dudas era entender cómo se encontraba ahora, luego de cuatro años de lo sucedido.

Aquellos tragos pasaron por mi con dolor y penuria, obligándome a sentirme como supuse que se sintió él. Su esposa, su hija y su vida entera se vieron acabadas de un solo golpe, con un solo accidente.

No entendía la gravedad del asunto, ni lograba encontrarle un sentido a todo eso que él podría estar sintiendo. Carlos había dejado aquel pasado atrás y siguió con su vida, pero, no creo que eso pueda ser siquiera posible.

En el pasado, María Montesino no era nadie, era invisible como mujer. incluso llegué a pensar que Carlos ni siquiera sabía que era una y eso me deprimió.

Hasta hace unas semanas sentirme de nuevo su mejor amiga había sido una de las mejores cosas que me habían pasado, a pesar de saber que estar en la zona de amigos no es siempre lo más recomendable para una relación saludable, mucho menos cuando mi mayor ambición era por lo menos ser el segundo plato. Eso fue antes de todo esto, claro está.

Todas esas cosas que no hizo conmigo, por las que me apartó, con las que no compartió a mi lado como su amiga, en las que prácticamente me descontó como mujer, me hicieron sentir mal hasta que descubrí todo sobre su pasado.

—No sé qué voy a hacer ahora □ le dije a Carla una semana después de todo ello.

—¿Cómo que no vas a saber qué vas a hacer? No tienes que hacer nada, eso no te concierne.

—Claro que sí, es mi amigo y debo ayudarlo a superar todo esto.

—No tienes que hacer nada □ me insistió ella, quitándome el quinto vaso de cerveza que había ordenado □ no puedes apoderarte de los problemas de los demás y hacerlos tuyos sólo porqué sí.

—Estoy preocupada por él, ya no me habla, ya no me busca. Creo que está molesto conmigo. □ Me extendí, mareada y un poco idiotizada, para recuperar mi vaso □ ¡Dame! □ lo cogí, bebí de él y luego suspiré tras un largo trago □ Todo estaba tan bien. Creía que por fin íbamos a estar juntos.

—¿Aun piensas en eso? Luego de darte cuenta que él ya tenía una vida.

—¡Claro! □ dejé escapar un gas por mi nariz causado por la cerveza □ no lo sabía antes, y antes todo se veía también. Ahora, ahora está triste y necesita mi ayuda.

—No necesita tu ayuda, ya han pasado cuatro años de eso, él está bien cómo está.

Carla no quería que me entrometiese en la vida de Carlos bajo ningún concepto. No estoy segura de por qué, pero su punto, a pesar de ser razonable, no lo vi así en ese momento.

—Por eso mismo necesita mi ayuda ¡es un león encadenado! □ vociferé, para luego mirar a los lados y ver quien me había visto hacer un escándalo.

—¿Qué demonios? No es nada, sólo es un hombre que necesita estar a solas con su luto. Perdió a su esposa y a su hija, no puedes simplemente llegar y pedirle que salga contigo.

—No voy a pedirle que salga conmigo, le voy a decir que soy su amiga y le voy a decir que cuente conmigo, y que estoy para él. ¿Sabes?

Carla no estaba tomando, no como yo. Ahora que lo pienso, no tengo ni la más mínima idea de cómo llegamos hasta ahí, o de por qué me encontraba medio ebria hablando de eso con ella. De por sí, se podría decir que era mi amiga porque me escuchó durante esas semanas cuando hablaba de la vida de Carlos, de lo que hicimos, de lo que me hacía sentir; lo que le sucedió, lo que me preocupaba.

—Mari, no seas así, estamos hablando de algo muy delicado. No se te ocurra mencionarle que sabes al respecto, no te vayas a causar ese problema.

—Pero es que hemos estado tan cerca de estar juntos durante todo este tiempo; salíamos todos los días, hablábamos, tomábamos, compartimos tanto que creí que...

—Eso no importa, Mari, tienes que respetarle su tiempo de luto.

—Pero han sido cuatro años.

—Y pueden ser cuantos a él le de la gana, sólo no apresures esto. Tal vez no quiera tener otra relación □ me dijo, mirándome con serenidad □ es decir, es razonable tomando en cuenta su situación.

Los siguientes días a ellos estuve convencida de que las cosas podrían mejorar entre los dos. No importaba cuanto tiempo me tomase, pero haría que él mismo me lo contase y que viera que yo lo podría ayudar.

Mi primer paso fue acercarme a él de nuevo, con cuidado, sin revelar mis intenciones. Todo sucedió un martes cualquiera que necesité que él atendiese unos asuntos importantes de negocios los cuales pude mandar a decirle con Carla, pero yo quería hacerlo personalmente.

—Toc, toc □ dije sin tocar la puerta □ ¿estás muy ocupado? □ pregunté, un tanto nerviosa.

Carlos levantó su mirada, como si nada hubiera sucedido, como si nunca me hubiera pedido que me alejase, o que lo dejara solo aquel día. Dejó de escribir para responder.

—No mucho, ¿qué sucede? □ preguntó.

—Este... □ no esperaba que me hablara con tanta calma, así que vacilé □ yo necesitaba que me ayudaras con algo.

—Aja... □ dijo, ignorando por completo por qué estaba tan nerviosa □ ¿En qué soy útil?

—Necesito que me ayudes a readaptar estos documentos que □ divagué, levantando las hojas que tenía en la mano □ son importantes y necesito redactar, no es muy grave, pero si es importante.

—Aja □ dijo Carlos, alargando la sílaba □ ¿entonces?

Estaba un poco confundida, no sabía que excusa inventarle y ni siquiera sabía por qué me hallaba así.

—Es urgente □ dije por fin □ te lo mandaré con Carla. ¿Está bien?

Traté de ser profesional, me aparté de la puerta y me erguí, hablando como la jefa que era.

—Sí □ continué □ lo haré llegar con Carla, ella te explicará todo.

Asentí con la cabeza, dejando a Carlos perdido en mis palabras, di la vuelta para no evidenciar mi completa falta de control a pesar de que terminé llevándome los documentos que se supone le iba a dar. Por un momento me arrepentí de haberme acercado sin un plan, así que fui a acudir a Carla.

—Necesito que le entregues esto a Carlos.

Le coloqué los documentos en la mesa inclinando mi cabeza llena de arrepentimiento, decepcionada de mi misma.

—¿No ibas a llevárselos tu?

—Lo intente □ dije.

—¿Qué pasó? ¿Fue evasivo contigo?

—No, no hizo nada, sólo me respondió.

—¿Entonces?

—Me quedé helada, no supe qué decir y lo arruiné. □ dejé escapar un suspiro para luego levantar la mirada □ Necesito que le lleves esto pronto, es importante.

Me retire hasta mi oficina para continuar con mi trabajo, segura de que necesitaba una mejor forma para acercarme de nuevo a Carlos. Él no sabía que yo sabía lo de su pasado, pero sin embargo sentía una terrible necesidad de decírselo de todos modos, lanzarme sobre él diciéndole: «¡Carlos, ya lo sé todo, no tienes que ocultarme nada!» pero me sentía como una niña ridícula que no sabía como actuar de forma madura e inteligente.

De nuevo, los días pasaron como si nada, alterándome, haciéndome ver que algo andaba bien.

—Buenos días, Carlos □ le dije un viernes cualquiera.

Fue algo honesto. Mis palabras se entrecortaron, nuestras miradas se cruzaron y mi corazón comenzó a palpar con desesperación. Estaba convencida de que él ya no me veía como una amiga. Él se estaba acercando con la mirada baja, viendo hacía las llaves de su coche y guardándolas en su bolsillo.

—Buenos días, Mari, ¿cómo amaneces? □ dijo con tranquilidad.

El tono de su voz me procuró un extraño alivio; calmado, sereno, lleno de entereza y muy eminente. Carlos parecía el mismo antes de que se hiciera distante; tal vez eso significaba que no me iba a apartar más.

—Bien, estoy bien. Me desperté bien ¿y tú?

—Estoy bien, gracias por preguntar. Pienso que hoy será un buen día ¿no crees? □ Preguntó, embozando una sonrisa.

Hablaba con tanta propiedad y seguridad que comenzó a parecerme a ese Carlos que conocía antes de que se fuera a Japón.

—¿Cómo has estado? ¿Cómo te ha ido? □ pregunté, en lo que se acercó a mi y comenzamos a caminar □ no hemos hablado en todo este tiempo.

Creí que debería ser directa, tratar de no enredarme tanto; tal vez, si le decía lo que quería escuchar, podría tener un mejor resultado. Puede que se debiera a la forma en que me respondió, se notaba tranquilo y eso me tranquilizó.

—Disculpa por eso □ dijo como si supiera lo que me había hecho pensar todo este tiempo. □ No quise dejarte de hablar, sólo necesitaba estar a solar.

—¿Y todo está bien ahora? □ pregunté un tanto cohibida, sin levantar mi mirada para encontrarme con la suya.

—Un poco, se podría decir que sí □ dijo.

—¿Entonces no necesitas más tiempo a solas, ni te distanciarás?

Necesitaba esa confianza que ya tenía con él, hablar con tranquilidad, decirle las cosas que pensaba sin miedo a que me juzgara. Pero, a pesar de querer eso, debía estar al tanto de que él no era el mismo chico que conocí una vez aun así no hubiera cambiado mucho en lo físico.

—No lo haré □ dijo embozando una sonrisa □ gracias por entender.

—No hay problema, soy tu amiga □ dije.

Sintiendo como mis palabras funcionaban como un alambre de púas que se apretaba alrededor de mi corazón.

—Eres mi mejor amiga □ aclaró □ Mari, nunca lo dudes.

El alambre se apretó aun más, lo que me hizo tragar saliva con fuerza y dejar escapar un suspiro.

—¿Entonces? Todo está bien, está en orden. ¿Podemos seguir saliendo de noche a tomar? □ le pregunté, tratando de cambiar mi actitud depresiva por una más animada.

Carlos me miró, soltando una carcajada inesperada.

—¿Quieres ir a tomar?

—¡Claro! He estado tomando sola todo este tiempo porque mi compañero de copas ha estado muy distante y eso me hace sentir sola. □ dije sonriente.

—Entiendo. Bueno, no veo por qué no podríamos ir a tomar unas cuantas copas entonces. ¿Cuándo quieres ir? ¿Esta noche?

—Oh sí □ exclamé con alivio □ sería maravilloso, lo necesito con ansias.

—Jajá, entonces esta noche.

Ambos caminamos hasta el ascensor para hacer de nuevo lo que hicimos durante ese tiempo en que trabajamos como los grandes amigos que éramos, antes de que me enterase de sus problemas, de que me sintiera excluida por no formar parte de ellos y de que no me los contase

—¿Ya terminaste los papeles que te envié con Carla?

—Sí, aquí los tengo. Todo listo como me lo pediste.

El ascensor llegó.

—Esos correlativos me tenían loca, y cómo tu sabías más de números y eso, creí que podrías encontrar el error que tenía, ¿sabes? Esa diferencia de millón y medio me traía preocupada.

—Sí, claro □ dijo mientras entramos al ascensor □ entiendo. Al principio no sabía que buscar hasta que Carla me explicó mejor, tuve que llamarla.

—¿Y por qué no me llamaste a mí? □ pregunté.

Carlos aclaró su garganta, como si hubiera dicho algo que no debía.

—Es que no quería molestarte □ se excusó □ y bueno, le pregunté que querías que hiciera y lo hice. No es que no quisiera hacerlo es que estaba un poco apenado por como te traté ese día y como después fuiste hasta mi oficina y no me dijiste lo que querías que hiciera, creí que estabas molesta.

—No, sólo estaba un poco nerviosa, no quería hacer que te molestaras de nuevo o algo por el estilo.

—Creí que no querías hablarme, y por eso te habías ido. Pero ya está bien todo ¿verdad?

—Sí, ya me dijiste que querías estar solo, no importa. Estás bien ahora y ya □ emboqué una sonrisa en son de paz □ descuida.

Ambos salimos del ascensor y caminamos hasta la entrada. Él esperó que la abriera para luego ir hasta nuestras respectivas oficinas y comenzar con nuestro día laboral. En lo que dejé mis cosas sobre el escritorio fui hasta su oficina.

—Pero de todos modos nos veremos hoy para tomar unos tragos ¿verdad? □ le dije asomándome por la puerta □

—Claro que sí, lo prometido es deuda.

—Perfecto entonces □ embocé una sonrisa □ nos vemos más tarde.

Luego de ello se podría decir que todo marchó de nuevo cómo lo esperaba; Carlos se acercó de nuevo a mi lo que me tranquilizó por un buen tiempo. Quería preguntarle cómo hizo para superar lo de su esposa, porque a pesar de tener un gran trabajo se marchó, porque no me había comentado acerca del accidente, pero me contuve porque sentía que él no estaba del todo resuelto.

Cuando hablábamos, a pesar de estar tranquilos, no se sentía natural, era como si él estuviese controlando sus palabras, colocando un filtro en su mente para no decir lo que realmente pensaba. Era evidente para mi porque siempre lo descubría tratando de decir una cosa y cambiándola por completo.

Un día, luego de que comenzamos a retomar nuestra rutina, creí que Carlos se había sincerado conmigo, que lo que dijo podría significar un gran cambio para nuestra relación y lo que me hizo creer que había superado muchas cosas de su pasado.

Estábamos con Carla, tomándonos una copa porque la habíamos invitado a pasar la noche con nosotros. Todo marchaba bien, la conversación iba de maravilla y creía que todo iba terminar de la misma forma, hasta que él dijo algo que me dejó pensando.

—Me he encontrado con uno que otro de la universidad, han cambiado demasiado □ dije luego de tomar de mi cerveza □ es decir, por ejemplo, Cesar; él era súper atractivo, incluso me acosté una vez con él pero cuando lo vi, tuve que mirarlo dos veces para poder identificarlo.

—¿Qué? ¿Por qué? □ dijo Carla.

—¿Cesar? Uhm, no me acuerdo cómo era □ dijo Carlos.

—Piel clara, cabello castaño, ojos verdes, mandíbula cuadrada. El que era novio de Karen ¿recuerdas?

—¿Karen? ¿La que estaba estudiando diseño?

—Esa misma, la que dibujaba horrible.

—Aja, bueno ¿qué con Cesar? □ insistió Carla.

—Oh, cierto. Bien, cuando lo vi, me sentí muy bien por haberlo dejado. Estaba gordo, pero no obseso, sólo tenía una barriga desagradable de alcohólico, los dientes amarillos por el cigarrillo y la piel áspera como si se tratara de una lija. Cuando me acerqué para darle un beso en la mejilla, estaba todo grasoso y desagradable, como si por los poros se le escurriera las calorías que se comía.

—Se veía venir. No tenía futuro.

—¿Por qué? ¿Era tonto? □ preguntó Carla.

—No, para nada, pero siempre tomó las peores decisiones. Creo que dejó a una chica embarazada y tuvo que dejar el trabajo.

—¿Dejar el trabajo para qué? ¿No debería tener un trabajo? □ dijo Carla □ o sea, ¿no se supone que buscas un trabajo cuando tienes un hijo?

—No lo sé, no le presté mucha atención.

—Seguro fue eso. Pero no sé por qué habría de estar así ¿qué le habrá pasado? □ dijo Carlos.

—Ni idea, no me quedé para preguntarle.

Entonces fue cuando sucedió.

—¿Y ustedes dos no han cambiado? □ preguntó Carla, interesada en nuestro pasado.

—No □ dije yo instintivamente, casi sin pensarlo demasiado.

—Claro que sí has cambiado □ aseveró Carlos.

La forma en que lo dijo me obligó a girarme para verle, interesada en lo que podría decir.

—No eres para nada igual a la chica que conocí. Eres incluso más atractiva.

De inmediato embocé una sonrisa sorprendida por sus palabras y la seguridad con la que lo dijo. Me pareció extraño y gratificante a la

vez.

—¿Y cómo era antes? □ preguntó Carla.

—Era atractiva, pero ahora se ve casi igual pero un poco más como una mujer madura, e incluso se podría decir que la edad le ha sentado muy bien □ Carlos cogió su vaso de cerveza y enfocó su mirada en mí.

En ese momento, en lo que nuestros ojos se encontraron en el camino como si se tratase de un secreto entre los dos, creo que mi rostro estafermo que acompañe con una sonrisa, le hizo comprender que había dicho lo que yo quería escuchar. Por un momento, sólo nos quedamos ahí, viéndonos, mientras él sorbía de su bebida y yo reproducía sus palabras una y otra vez en mi cabeza como si se tratara de una grabación.

Mi alrededor se iluminó con luces de neón alimentando mi

Lo vi como un avance, estábamos conectándonos a un nivel diferente, las cosas podrían cambiar de ahora en adelante, pero, de repente, se ahogó con la cerveza como si se hubiera percatado de algo y abrió su gran boca para arruinar el momento.

—No ha cambiado pues, eso es todo. Pero no sabemos, tal vez después la edad no le haga tanta justicia.

—No seas así, ella es hermosa □ me defendió Carla.

—No digo que no lo sea, pero que bueno, es normal. ¿Me entiendes? □ dijo Carlos.

Ambos comenzaron a hablar con tanta naturalidad que se olvidaron por completo que me encontraba ahí. Luego de eso, Carlos evadió mi mirada por lo que quedó de la noche lo que me hizo sentir un poco incomoda. Por un momento creí que me había dicho un lindo cumplido, pero se arruinó por completo con su comentario cruel acerca de mi edad y todo lo demás.

Sentí como todo se caía en pedazos, así que preferí mantenerme callada y ocultar mi decepción; somos amigos, los amigos se dicen ese tipo de cosas, no hay por qué molestarse ¿verdad? Y con eso me mantuve por los siguientes días.

Carlos había dicho algo agradable que me hizo creer que podría estar un poco atraído por mi para luego dejarlo bajar por el retrete. Yo me comporté como toda una dama al no darle la importancia que creía que tenía, conversando, saliendo todos los días, sintiéndome devastada por no poder ser un buen partido para él.

¿Qué habría tenido esa chica con la que se casó que no pueda tener yo? Es decir, desde que me enteré, estuve tratando de no pensar en el hecho de que ¡se casó!, que no me lo dijo y que no fui yo. El gran amor de su vida había sido otra, ¿cómo podía sentirme al respecto?

El no saberlo me ha llevado a evadir esa pregunta lo suficiente como para no sufrir al respecto, pero, la forma en que me dijo que estaba bonita aquel día, me hizo pensar que tal vez estuviese fijándose en mi ahora que me ve diferente.

Parte de esa idea que me controló varios días, fue lo que me llevó a cometer una gran estupidez. Ya habían pasado meses desde que me enteré de su pasado, en los que me pregunté durante las largas noches y días por qué había decidido regresar y no contarle a nadie al respecto.

¿Qué sucedió durante esos cuatro años de luto? ¿Aún estará enamorada de aquella chica? Y otras preguntas que me mantenían despierta, que aparecían cuando él lo hacía, cuando me hablaba y que me tocaba controlar cuando el grado de alcohol se elevaba por las nubes.

Hasta que, no pude más. Aquel día comenzó como cualquier otro; nos encontramos antes de llegar al edificio, nos saludamos como siempre lo hacíamos, caminamos hasta el ascensor, entramos a nuestras oficinas, planeamos lo que haríamos y luego trabajamos hasta el atardecer para luego ir a nuestras casas a buscar un cambio de ropa y encontrarnos en nuestro bar favorito. Carlos pasó buscándome hasta mi casa como siempre lo hacía e ir hasta donde tendríamos una noche calmada y rejuvenecedora.

—Necesito tener más tiempo libre, el trabajo me está matando □ le dije luego de mi cuarto vaso de cerveza □ Quiero vacaciones.

Tenía la frente sobre la barra, los hombros tan bajos como mis ánimos e incómodamente sentada en un banco que llevaba más tiempo ahí que el mismo bar.

La música me estaba aburriendo ya, alguien no sabía qué cosa elegir que no fuera capaz de deprimirme, las personas hablaban y hablaban en voz alta confundándose entre sí y obligándome a levantar mi voz para que Carlos me escuchase.

—¿Por qué simplemente no te la tomas? □ dijo Carlos, masticando un maní que cogió de la barra □ Eres la jefa, puedes hacer lo que te de la gana.

—Eso quiero, pero no creo que deba. □ dije luego de levantar la cabeza un poco para hablar y luego dejarla en su posición anterior.

—Vamos, no te preocupes, trata de relajarte. Te lo mereces. Has trabajado demasiado y puedes trabajar más después de que te tomes un merecido descanso.

—¿Tu crees? □ le pregunté como si no viera el sentido en sus palabras.

Me levanté.

—Claro, un tiempo libre para relajarse es lo mejor que puedes tener para aclarar tu mente y conseguir la paz interior.

—¿La soledad no motiva al desequilibrio mental?

—¿Y por que debes estar sola? Puedes ir a visitar a tu familia, adoptar a una mascota. No sé, no necesariamente debes estar sola.

—Necesito un amigo que me acompañe a algún viaje lujoso para poder eliminar el estrés □ le dije sarcásticamente, esperando a que se diera cuenta de mi propuesta □ ¿verdad?

—Sí, necesitas uno, de lo contrario, estarás por un mes completo sola y aburrida. ¿No lo crees? □ de nuevo volvió a comerse otro puñado de maní que pasó con el último trago de su cerveza □ deberías buscarte uno.

—Sí...

No dijo nada, yo no dije nada, nos quedamos callados. Yo esperé a que él se ofreciera, pero cuando me di cuenta de que no lo iba a hacer, decidí ser directa. Su semblante impávido me estaba sacando de quicio. Pidió otra cerveza y comenzó a beberla como si más nada importara, como si no estuviese ahí con él.

—¿Por qué no me dices nada? Tú eres mi amigo □ le reclamé.

—¡Jajá! Lo sé, sólo estaba bromeando. □ Comió otro maní □ pero no creo que pueda tomarme unas vacaciones, a penas llevo un año trabajando en la compañía, no sería justo para nadie.

—Pero tienes un puesto importante.

—Sí, pero no quiere decir que deba abusar de él.

—¿El trabajo en Japón era así? □ pregunté.

—¿En Japón? Sí, difícilmente teníamos vacaciones, no es como que no se nos permitiese, pero el trabajo lo era todo. Aquellos que no trabajaban no siempre tenían lo mejor; si querías llegar lejos debías ganarte la confianza de todos, el respeto, demostrar que eras apto. □ bebió de su cerveza □ pero no todos los que se esforzaban lo lograban. Muchos simplemente se dejaban consumir y no avanzaban.

—¿Y tu cual de ellos fuiste? □ le pregunté, haciendo como que no supiera qué tan lejos llegó.

—¿De los que trabajaban?

—Sí, ¿te esforzaste hasta el cansancio y lo lograste o perdiste?

—Me esforcé hasta el cansancio. Fui levantándome poco a poco hasta llegar a uno de los puestos importantes de la empresa. Fue algo maravilloso el día que me dijeron que sería uno de los directores.

—Vaya.

—¿Un extranjero siendo el director de la empresa? Me dije □ tomó otro trago □ Fue algo maravilloso. □ agregó □ no sé si fue por mi esfuerzo, las influencias de Kat... □ tosió.

Arrugó un poco el rostro y lo pasó con un trago de cerveza largo e incomodo. Parecía que estuvo a punto de decir algo que no quería decir, yo sabía qué era, más no era mi intención demostrárselo.

—Bueno, sí □ dijo como si nada □ fue algo de otro mundo, poder llegar tan lejos luego de no haber sido nadie.

En ese instante, dentro de todas las cosas que pude decir, de entre las dos peores que se me pudieron ocurrir, una de ellas se elevó entre las otras para coronarse como la más impertinente.

—¿Qué papel tuvo tu esposa en todo eso?

Es decir, ¿qué estupidez fue esa? No sabía si había sido yo quien lo dijo o el alcohol. Aunque en sí, las circunstancias eran indiferentes; muchos justifican sus actos con el licor como una excusa para decir que eso no lo harían estando sobrios ¿habría sido ese mi caso?

Sí que quería decírselo, preguntarle acerca de ella porque era un tema que quería conocer directamente de él, pero no creo que esa haya sido la mejor forma de decirlo. Estoy segura de que cometí un grave error al preguntárselo de esa manera, al sacarlo en ese momento, al no tener ni el más mínimo tacto al hacerlo.

—Ya va... ¿Cómo? □ preguntó, en una mezcla entre confundido y ofendido □ ¿De qué rayos estás hablando?

Dejó su cerveza sobre la mesa, como si intentase apartarla para demostrar la mayor sobriedad posible, dejando en claro que ya había sido suficiente licor por la noche. Comencé a sentirme como una estúpida, viéndole a los ojos, pero intentando no hacerlo al mismo tiempo para no parecer más como una idiota. Me arrepentí de inmediato.

Tomé un gran respiro para llevar oxígeno a mi cabeza, la sacudí como si así pudiera deshacerme del alcohol en mi cuerpo y me reincorporé, irguiendo mi espalda y levantando mi mentón.

—Carlos, yo... □ vacilé □ no era mi intención, no quería decirlo. Este, lo siento.

—¿Qué sabes de mi esposa? □ preguntó, con un tono de voz desafiante.

—Yo, no quería sacar el tema, sé que es algo delicado.

—¿Qué sabes de Katsumi? Dímelo □ insistió y exigió con la voz gruesa y dominante.

Quería seguir disculpándome (como si eso fuera a servir de algo) pero su forma de hablar no me dejó otra opción más que darle la explicación que se merecía recibir.

—Que era la hija de tu jefe y que tuvo un accidente. □ Resumí.

—¿Qué más? □ preguntó con el mismo ímpetu.

—Mas nada, lo juro, eso es todo.

Carlos pareció quedar satisfecho con aquellas palabras, bueno, no satisfecho, estaba callado, o me dijo mas nada y creo que eso fue suficiente para suponer que se encontraba satisfecho con mi respuesta. Del resto, todo fue lo suficientemente incomodo como cualquiera podría imaginarlo.

El silencio desgarrador que se levantaba por sobre el ruido natural del bar, las cervezas que se acabaron en un pestañeo, la respuesta callada del cantinero que me sirvió la otra al hacérselo saber. Todo parecía una escena sacada de una película en blanco y negro sin ningún dialogo mas que el que salía luego de que era conveniente para el desarrollo de la trama.

El cine mudo, ojala pudiera vivir en ese lugar, todo parecía más sencillo. Intenté decir algo varias veces, crear conversación, comentarle lo mucho que lamentaba lo que había sucedido en ese instante y el pasado; lo que había dicho y la incomoda situación que había desarrollado para nosotros dos.

Lo miré callado, pensativo, tomando pequeños sorbos de su cerveza y masticando aquel desagradable maní que no sabía quién más había estado tocando pero que parecía disfrutar sin mucho problema. Mientras más pasaba el tiempo en el que no hablábamos, más quería decirle algo, más quería disculparme y más quería saber qué estaba pensando.

Sus ojos estaban fijos al frente, viendo sin necesidad de estar observando. Continué tomándome la cerveza que me habían dado,

creo que la quinta o la sexta, sintiendo el licor apoderándose cada vez más de mis sentidos, pero estando lo suficientemente sobria para saber identificar el elefante en el bar.

En lo que Carlos terminó de tomarse su bebida, rompió el silencio.

—Vamos a llevarte a tu casa □ dijo para luego levantarse sin agregar más nada.

Carlos no era una persona muy expresiva, no cuando estaba afectado por algo ni pensativo. No me gustaba verlo así, en su faceta de hombre serio e imperturbable que siempre tomaba cuando las cosas se hacían un poco complicadas, en el que necesitaba tener una actitud madura ante la vida y comportarse como un adulto.

Él era así, siempre tan misterioso. Cuando no decía tonterías, bromeaba o se comportaba como un tipo cualquiera, estaba esta forma de ser que me hacía sentir inferior, que me intimidaba, que no quería causarle porque significaba arruinar un perfecto momento entre los dos.

Que sin embargo siempre terminaba arruinando.

Me dejó ahí, sin esperar a que me levantara o que le respondiera, sólo se fue caminando hasta la puerta, así que cogí mi cerveza, le di un solo trago para acabarla y aceleré el paso para alcanzarle. En lo que salí, estaba parado en frente del coche esperando por mí, me abrió la puerta sin decir más nada y se dirigió hasta el lado del piloto para abordarlo.

De nuevo, intenté hablarle, míralo a los ojos, pedirle disculpas, pero en lo que vi su rostro impávido, no tuve más opción que quedarme callada a sabiendas que el camino de ahí hasta mi casa sería largo e incomodo.

Y así fue como me llevó hasta mi casa, yo aun presa del licor y él un poco menos prisionero del mismo. Manejó con cuidado, en silencio, sin mencionar nada, sin decir ninguna otra cosa. Sentía que todo lo que habíamos estado forjando durante ese tiempo se había derrumbado, deshecho hasta los cimientos sin dejar alguna esperanza de volver a levantarse más grande, más fuerte y mejor.

Veía por la ventanilla de su coche desde el lado del copiloto, suponiendo que todo había acabado; arrepentida, deshecha. Las luces de la noche que le daban vida a las calles que, a pesar de ser tan tarde (o temprano), estaban abarrotadas de personas que caminaban por las aceras con sus mejores ropas, demostrando que eran jóvenes y despreocupadas, haciéndome sentir como una estúpida porque me había comportado como ellos al no pensar las cosas antes de decirlas. Respiraba contra la ventana, pensando en mi grave error.

El vaho de mi respiración atiborraba la ventanilla quitándole diafanidad, evitando que la luz transportara las imágenes que necesitaba ver para distraerme del hecho de que Carlos no estaba diciendo nada.

Reprimí mi deseo de girarme para verlo, de observar cómo manejaba porque sentía que no quería ver su rostro impávido. Estaba segura que se hallaba molesto, enfurecido por mis palabras, por las cosas que sabía y no debería estar sabiendo.

Los árboles, las tiendas, y la calle se iban desplazando por la ventanilla como si no pertenecieran a ningún lugar, apareciendo al frente y perdiéndose a nuestras espaldas con rapidez.

No podía pensar en otra cosa más que en el accidente, en mi comentario estúpido y en la forma en que me entrometí en la vida de mi mejor amigo sin pedirle permiso primero, sin preguntarle si podría siquiera; Carla tenía razón, no tenía el derecho de hacerlo. Vaya error; qué estúpida fui.

—No quería decirte porque no era algo de lo que cualquiera podría hablar □ dijo de repente.

En lo que escuché su voz, me giré para verlo, no me lo esperaba e hizo que parte de mi mundo se iluminase.

—No era algo que quisiera decir, ¿sabes? No es como que pueda contarle a cualquiera las razones por las cuales dejé todo atrás, siendo esas tan intensas como lo son. □ continuó

—Yo... □ me interrumpió.

—No estoy seguro si lo superé o no, pero por la forma en que te respondí hace unas horas, creo que no lo he hecho aún.

—Es un tema delicado, tienes todo el derecho de... □ me interrumpió de nuevo.

—Puede ser, pero, aun así, creo que no era el modo de preguntarte las cosas.

—Yo sólo quería saber un poco más, eso es todo, pero no tenía el derecho de hacerlo, es algo tuyo que no querías contar y debí respetar eso.

Carlos no quitaba su mirada del camino.

—Supongo que sí, pero no lo sé. □ Apartó la mirada para fijarse rápidamente en mi y luego continuar atento al camino □ ¿Cómo te enteraste?

—Estuve buscando un poco por Internet y conseguí tu nombre relacionado con la compañía, luego busqué quién era y pues...

—Entonces sabes lo del accidente.

—Sí, a eso iba,

—Bueno. Sí, creo que no se puede decir que es mi esposa, es más como que, fue mi esposa. Debo acostumbrarme a ello.

—¿Acostumbrarte? Estas siendo un poco cruel. No debes fingir que eres fuerte, sé que es difícil.

—Lo sé, María, pero, debo aceptar las cosas como son.

Tragué un poco de saliva, tratando de desatar el nudo que se había hecho en mi garganta. Era un tema delicado que realmente quería tocar, pero, ahora que estábamos hablando de ello, no sabía si en verdad deseaba seguir escuchando al respecto.

—Katsumi Mori fue el amor de mi vida, de eso no cabe duda □ comenzó a relatar, así se sintió, así que lo dejé hablar sin interrupciones □ la conocí por fortuna mientras iba al trabajo porque ella siempre visitaba a su padre cuanto que podía. □ se giró para verme □ Era una muy buena doctora de un hospital, lo que la hacía

una mujer muy ocupada, así que no siempre nos encontrábamos, pero cuando lo hacía, se sentía como algo mágico.

Sus palabras empezaron a soltarse como si se tratara de una cascada, fluyendo sin ningún problema entre sus labios. Hice lo que pude para no perderme en el sonido de su gruesa y profunda voz mientras me iba relatando aquello que tanto esperaba escuchar.

—Al principio era sólo una chica más, pero según lo que ella me decía, las cosas eran diferentes desde su punto de vista. A pesar de ser un lugar rico en muchas cosas, ella juraba que no había visto tantos extranjeros como quisiera. Sí había suficientes en aquel lugar, e incluso me parecía extraño para alguien que veía personas diferentes todos los días □ dejó escapar un suspiro □ bueno, el caso es que nos conocimos así, encontrándonos en la recepción del edificio en donde trabajaba.

Me miró y embozó una sonrisa, evocando a esa época feliz que había vivido en el pasado.

—Poco a poco nuestros encuentros fueron haciéndose más frecuentes, e incluso hubo días en los que quería encontrarme con ella. Todo fue así hasta que intercambiamos unas palabras, unas sonrisas, saludos de cortesía para luego pasar a un almuerzo Express, a un helado, un café e intercambiar números. En ese momento no sabía quien era Katsumi Mori, ni ella qué papel tenía yo en la empresa. Aun no me habían contratado como uno de los directores, pero estaba a punto de conseguir lo que quería.

Se giró para verme de nuevo.

—No sé si el salir con ella influyó o algo, pero ya yo estaba en la lista de candidatos para el puesto.

Ahí respondió a la pregunta que le hice en el bar.

—Tal vez hizo que el jefe me tomase en cuenta un poco más, pero no salíamos del todo así que no podría asegurarlo.

—Ah...

—Los meses pasaron, compartimos nuestro tiempo, salimos más a menudo hasta que por fin decidimos dar el paso de comenzar una

relación. □ Embozó una sonrisa al camino □ Todo fue tan rápido luego de ello; nuestros trabajos nos consumían la misma cantidad de tiempo, algo muy común en Japón, pero no fue obstáculo para nuestra relación. Pasó un año y decidí dar el siguiente gran paso, así que le pedí la mano de Katsumi a su padre en una cena que tuvimos.

—Aw □ dije.

—Sí, traté de ser lo más formal posible. Él aceptó, hicimos una gran boda y nos casamos. Al tiempo ella trajo al mundo a una hermosa niña a la que llamamos Aiko □ Se giró y me miró □ significa hija amada, fue el mejor nombre con el que pude dar y me encantaba □ dijo para luego aparta su vista de mi y fijarse en el camino □ todo iba de maravilla ¿sabes? Tenía un gran trabajo, una gran familia, todo lo que cualquiera podría desear dependiendo de sus gustos. Mi vida era perfecta. Pero, todo cambió de repente.

Carlos manejaba viendo a los lados, no me había percatado de eso antes cuando me llevaba a la casa en otras ocasiones, pero en ese momento, mientras lo veía fijamente hablando de su pasado, me di cuenta que tenía un extremo cuidado al volante y todo se hizo claro para mi. ¿Quién habría pensado en eso? ¿Cómo no pude haberlo notado?

—Aquel accidente me arrebató la felicidad. Tanto Katsumi como Aiko eran mi vida y se fueron en un parpadear.

—Lo siento □ dije.

—Gracias, pero eso no cambiará nada □ agregó.

Sus palabras me desgarraron un poco el alma, no sabía como reaccionar al respecto. Hubo un silencio, parecía que todo había terminado, pero yo sabía que no era así.

—¿Qué pasó después?

—Nada, la absoluta y total nada.

—¿Cómo así?

—Intenté regresar a mi vida, a las cosas que solía hacer cuando ellas estaban en mi vida, pero no lo logré. No pude mantenerme al

ritmo del trabajo, no pude sobrevivir a la monotonía ni a la soledad □ se fijó en mi □ tú misma lo has dicho, la soledad motiva al desequilibrio mental.

—Pero...

—Y es verdad, estuve mucho tiempo solo, un año entero. Mi madre me fue a visitar cuando estuve en coma y se quedó por un tiempo, pero tuvo que regresar aquí por sus mascotas. Eso fue hace cuatro años.

—¿Qué hiciste durante esos cuatro años?

—Intentar continuar con mi vida, tratar de seguir trabajando buscar una forma de sobrevivirle al mundo □ dejó escapar un suspiro mientras cruzaba a la derecha □ traté de creer que quería venganza pero eso era para las películas, no podía querer nada, de todos modos, el señor Takumi se las arregló para destruir a la empresa que no pudo hacerle el mantenimiento a sus camiones lo que nos llevó a sufrir ese accidente, así que incluso eso me lo habían arrebatado.

—Vaya, no sé que de...

—Los días, meses y años pasaron sin que pudiera estar tranquilo, sin poder conciliar el sueño como una persona sana. Hasta que decidí dejarlo todo □ hizo varias maniobras con el volante, buscando un lugar en donde estacionarse □. Vendí mi casa, mis coches, renuncié a mi trabajo, vacié mis cuentas de banco y me marché a un nuevo mundo.

—¿Con cuanto te fuiste?

—Con un poco más de un millón de yenes, tal vez dos y unos cuantos miles de dólares que tengo guardados para algo importante.

—¡Vaya! ¡Eso es mucho dinero!

—No creas, con esos dos millones de yenes solo tuve al cambio un poco más de catorce mil euros, no me alcanzaba para mucho, así que decidí buscar un trabajo, y así nos reencontramos.

Estacionó el coche en frente de mi edificio.

—Debió ser difícil para ti.

—Lo ha sido, pero me ha tocado acostumbrarme.

—Ya han pasado un poco más de cuatro años, y no te he visto tan mal como dices.

—Porque me encontré contigo, porque he podido vivir un poco mejor después de todo eso. Mantener mi mente distraída me ha ayudado a sobrellevar mejor aquel evento.

—¿Lo dices por mí?

—Sí, has sido de mucha ayuda. Estar contigo me ha hecho sentir muy bien, tranquilo, la verdad, pero, me ha costado incluso eso.

—¿Qué te ha costado?

—Darme cuenta de que siento cosas por ti, cosas que creía que habían desaparecido años atrás y que no pensé que volvería a experimentar al verte.

—Un momento □ reaccioné con unos segundos de retraso □ ¿años atrás? ¿Sentías algo por mí?

—Sí, mientras estuvimos estudiando, hubo un tiempo en que estuve enamorado de ti.

—Pero... ¿qué pasó? ¿por qué nunca me lo dijiste?

—Porque eras un alma libre, siempre estabas con otros hombres, y nunca te fijaste en mí.

—¿Qué? □ vociferé □ ¿Estás loco?

—¿Qué? ¿Por qué? □ reaccionó desconcertado.

—He estado enamorada de ti desde el día uno. Siempre he estado loca por ti, y cuando te vi de nuevo, cuando creí que ya te había superado, me di cuenta de que estaba equivocada y que todo lo que sentía salió de nuevo a flote.

—Vaya, eso sí que es algo raro.

—¿Raro? Pudiste habérmelo dicho □ exclamé □ por años creí que no me veías como una mujer, por eso siempre busqué a contarte las cosas que hacía, por eso siempre me acosté con otros hombres, para que me notaras, para que vieras que era una chica deseable.

—Creí que era porque no te habías fijado en mi, nunca me distes ninguna señal.

—¿Ninguna señal? □ vociferé de nuevo □ estaba prácticamente idiotizada por ti, todo el tiempo te busqué, siempre me vestía pensando en lo mucho que te podría gustar, trataba de estar siempre a tus gustos, de darte celos. ¡Todo el tiempo te estuve dando señales para que me notaras!

Traté de gritar, pero lo reprimí con un gruñido de histeria. Me dejé caer sobre el asiento del coche cruzando los brazos. Me parecía inaudito que después de todo ese tiempo, de dos vidas completamente separadas y un accidente que le cobró su felicidad, viniera a decirme que estuvo enamorado de mi. Pero, a pesar de ello, estaba a gusto por sus palabras; era una dualidad exagerada, estaba en el medio de una tragedia, un evento compartido y una noticia que estuve esperando desde que lo conozco.

—Vaya, que extraño giro de eventos □ dijo Carlos, en un suspiro.

—Creo que es mejor no hablar más de eso

—Pienso lo mismo □ afirmó.

Cogí mis cosas y abrí la puerta del coche, colocando un pie afuera y deteniéndome en seco.

—Este □ vacilé □ ¿Quieres subir a tomar una taza de café? Para quintarnos todo esto de encima.

—¿El licor? □ dijo, como si no hubiera entendido lo que le estaba diciendo.

—Sí... el licor.

—Está bien.

Terminamos de salir del coche y fuimos hasta mi departamento en el último piso. En lo que llegamos a mi casa, Carlos se notaba diferente, un poco más tranquilo, animado.

Tal vez la conversación le haya servido de algo o que el hablarlo le hubiera quitado un peso de encima. No sabía con exactitud el motivo de su sonrisa en ese momento, pero, estaba a gusto con ello; ese era el Carlos que yo quería ver.

Me dirigí de una vez a la cocina para preparar el café que le ofrecí a mi amigo, segura de que todo podría acabar ahí, con una taza un apretón de manos y vernos luego al día siguiente como dos personas completamente normales.

Eso era lo que yo creía y exactamente lo que no pasó. Había olvidado que estábamos aun bajo los efectos del licor, aunque no era del todo relevante o nos hizo tomar alguna decisión apresurada. No, todo pasó de una forma tan sobria que se podría decir que habíamos planeado todo ello.

—Tuviste una vida difícil, mi amigo □ le dije a Carlos desde la cocina.

—Ni que lo digas, pero, me ha tocado vivir con ella.

Sentí que estábamos hablando de una forma muy descuidada.

—¿Seguro que no hay problema con que hablemos de ello así? Siento que estamos siendo desconsiderados.

—No lo sé. Aun me sigue doliendo todo esto, pero, creo que es mejor tener la mente fría y pensar en el futuro. Me ha costado adaptarme, pero, debo aceptarlo sin importar qué.

—¿Estás hablando de tu esposa y tu hija?

—Claro ¿de quién más?

—No, sólo digo □ cogí dos tazas de la gaveta en donde las guardaba y las calqué sobre la mesa □ porque no quiero hablar de algo tan delicado así como así.

—Quiero hablarlo contigo, siento que te mereces que lo cuente. No debí ocultarlo, no era como que fuese un secreto o algo así, sólo no quería que me trataras con lastima.

Serví el café en las dos tazas.

—¿Con azúcar?

—Sí...

Coloqué la azúcar en su café, pero no en el mío y cogí los pequeños platos que estaban debajo de la taza.

—Aquí tienes □ dije al extenderle su taza.

—Gracias.

Cogí el mío con ambas manos, me quité los tacones y me senté a su lado.

—Entonces trataré de no sentir lastima por ti.

—Sí, sería maravilloso.

—¿De qué quieres hablar entonces? □ dije, acercándome la taza a los labios para soplar un poco mi bebida antes de ingerirla.

—No sé, de lo que tu quieras que no tenga que ver con ellas.

—¿Crees que puedas casarte de nuevo?

—Un poco directa tu pregunta.

—Sí.

—No lo sé. No lo creo. No quiero perder a otra familia □ tomó un pequeño sorbo de su café □ como te iba a decir antes de que me comenzaras a gritar en el coche; traté de distanciarme de ti hace unas semanas porque no quería acercarme a nadie más, porque estaba sintiendo que todo eso que había sentido una vez estaba renaciendo y mi intención no es arriesgarme de nuevo.

—¿Arriesgarte a qué?

—A estar a gusto, a permitirme bajar la guardia y perderlo todo de nuevo. No quiero perder a otra mujer, a otra hija, no quiero arriesgarme a colocar esa posibilidad ante mi, porque a pesar de que sea incierto, es una posibilidad que me aterra tener.

—Yo...

—Y no quiero que insistas, no quiero que me digas que tu serás diferente, que tú no me dejarás porque no es algo que puedas o no decidir. No sé ni siquiera qué hago diciéndote esto, no sé ni siquiera por qué estoy aquí. No debería □ se levantó, colocó la taza sobre la mesa tratando de irse.

En lo que entendí lo que quería hacer, me levanté también y le detuve.

—No quiero ser tu debilidad, Carlos, yo quiero ayudarte a superarlo todo, quiero ayudarte a no sentirte así.

Lo detuve cogiendo su brazo. Estábamos uno en frente del otro, viéndonos fijamente a los ojos tratando de mantener la compostura, por lo menos eso hacía yo.

—No es algo que puedas decidir, María, estamos hablando de comenzar de nuevo y a penas estoy adaptándome a la vida que ya tengo, no puedo hacerlo otra vez desde cero.

Y no lo pensé, no quise hacerlo, no dejarlo para después como lo hice tanto tiempo atrás, no permitiría que las cosas se me deslizaran entre los dedos como la arena y no poder coger nada para mí. Tal vez me aproveché de ese momento de vulnerabilidad de Carlos, tal vez pude haberlo hecho de otra forma, pero, quería que pensase en algo diferente y lo único que se me ocurrió fue eso.

Me levanté de puntillas con los pies descalzos para poder alcanzar sus labios y le besé sin pedirle permiso. Sus labios se opusieron por un momento, pero al final se dejó llevar por lo que estábamos haciendo. Las tazas de café se quedaron en la mesa y nosotros nos fuimos hasta mi habitación. Una cosa llevó a la otra, hasta que de repente, ya estaba medio desnuda y dispuesta a ser tomada por él.

Carlos estaba en silencio, viendo algo que realmente nunca en su vida había visto. Sí, nosotros habíamos estado en piscinas, playas y lugares en donde alguna vez usé un traje de baño, pero, la forma en que se quedó viéndome, me hizo sentir que de alguna forma estaba apreciando lo que por tanto tiempo dejó pasar. Me sentía una jovencita virgen siendo vista por primera vez.

Me veía como un terreno inexplorado siendo descubierta por primera vez por el hombre que amaba. Me sentía virgen, me sentía guardada de la misma forma en la que Florentino Ariza se guardó para poder decirle a su amada: «Es que me he mantenido virgen para ti».

Algo así era como me sentía con él, como pensaba que eran las cosas. A pesar de no ser cierto, de que él supiera que no era cierto, mi mirada se fundió con la suya en el preciso momento en que dejó

de contemplar mi cuerpo desnudo de treintañera, para abrazarme. Lo hizo como si no hubiese un mañana, como si las olas dejaran su vaivén, como si el tiempo se hubiera detenido.

Yo no me lo esperaba. En lo que chocó su cuerpo contra mi pecho, dejé escapar un tosido, un sutil quejido por le inoportuno golpe que me propició aquella sorpresa. Estaba insegura, no sabía si realmente le había gustado lo que había visto, y era esa misma incertidumbre lo que me atormentaba.

—¿Qué sucedió? □ le pregunté, tratando de sonar natural, de no demostrar que estaba avergonzada de mi viejo cuerpo.

—Eres hermosa □ respondió, con su rostro entre mis cabellos, con sus brazos rodeándome y su pecho desnudo chocando con el mío.

—Estoy vieja □ le dije.

—No lo estás. Te ves como toda una adolescente.

—Eso es un poco enfermo □ me burlé, tratando de evitar la tensión de sus palabras sentimentales.

—No lo es, te ves increíble para tener treinta y seis. Eres espectacular. □ Dijo él a pesar de verse mucho mejor que yo con más edad.

Carlos no dejó de abrazarme mientras hablaba. Yo no sabía que hacer con mis manos. Nos encontrábamos parados entre mi habitación y la cocina, dejando que el frío nos helase la piel y que el tiempo siguiera pasándonos de largo. No me quedó de otra que responder a su abrazo envolviendo mis brazos en su torso, acariciando su espalda con las puntas de mis dedos mientras bajaba una de mis manos hasta su nalga para hacer lo mismo.

Sé que estuve mucho tiempo de mi juventud y mi vida adulta esperando por aquel momento, por aquel instante en que Carlos me viera como una mujer deseable, que quisiera tenerme, enamorarse de mi; pero de alguna forma, no me gustaba ser su debilidad. No quería ser aquella cosa que no pudiera controlar porque eso era él para mi, eso había sido todo ese tiempo.

—Lo siento... □ dije saliéndome del contexto.

—¿Por qué?

—Por haber sido egoísta. Por no haberte apoyado. Sé que nunca te sentirás por mi como te sentiste por ella, o tal vez como yo me siento contigo, pero reconozco que he sido una tonta, que me he dejado llevar e intenté aprovecharme de ti a pesar de saber que no estabas dispuesto.

—Sí lo estaba, María, siempre lo estuve. Han pasado cinco años de eso □ dijo sin despegarse de mi □ no he dejado de pensar en lo que perdí, pero no es lo mismo, no es algo con lo que deba vivir toda mi vida.

—Aun así lo siento, aun así no quiero ser una carga para ti, ser quien te recuerde todo lo que pudiste haber tenido con Ka... □ estuve a punto de decir su nombre, de evocar el recuerdo de un pasado que él no quería revivir.

Fue justo en ese momento en que se alejó de mi obligándome a hacer lo mismo con él, en que despegó sus brazos de mi cuerpo dejándome desnuda, sintiendo que quería volver a tenerlos. El calor que se había acumulado en esas partes en que había colocado su piel, comenzó a mermarse, a sustituir su presencia con el frío, a marcar su ausencia.

Extendió el dedo índice, mientras tenía recogido los otros cuatro dedos en un puño, y lo acercó hasta mis labios.

—No digas más □ me calló □ no necesitas decir otra cosa, eso ya no importa.

Quería decirle que sí importaba, que las personas amadas no se iban, así como así, que era un sentimiento imperturbable, irremplazable y que no podía simplemente sustituirlo con mi presencia. Quería vociferar mi queja, demostrar que estaba equivocado, que no lo hiciera, que nos detuviéramos ahí, en ese instante, pero, se las arregló para hacerme callar de muchas formas más, de otras que no sólo involucraban hablar.

Acercó su rostro al mío, besando mis labios con su dedo entre los dos. Yo respondí a ese beso cálido con los ojos cerrados y un

suspiro, pensando que no me había sentido así nunca en mi vida porque, antes de eso, nadie me había besado en realidad.

Nuestros labios comenzaron a bailar a su manera, desentrañando una danza que nunca nadie había hecho en su vida, única, sin igual y perfecta. Carlos quitó el dedo que obstaculizaba nuestro ósculo y marcó el paso de nuestro vals. Yo me aparté de él, sólo mi cuerpo, dejando un puente en el aire con nuestros rostros que se mantenía con la fricción de nuestros labios.

No había forma de que estuviese equivocada, de que todo eso que me hacía sentir era real. El rescoldo del sentimiento que sentí en el pasado, que me procuró el deseo de tenerlo de esa forma, desnudo, abierto ante mi y dispuesto a entregarse de todas las formas posibles.

Sus besos nos llevaron hasta la cama, a oscuras, empapando las sabanas con nuestro sudor, calentando el cuarto con el vaho que emanaba de nuestros cuerpos ardientes.

Carlos sin tener nada que se interpusiera entre su piel y la mía, sobre mi, jugaba con mis senos, recorriendo mi abdomen y deteniéndose en mi pubis sin ningún reparo. Mi respiración comenzó a tomar su propio ritmo acelerado, desentendiéndose de las funciones restantes de mi cuerpo, escandalizándose por las zonas erógenas en las que él posaba sus labios.

Me humedecía la piel con su saliva para luego respirar sobre ella, causándome un escalofrío que me nacía desde el punto en que me besaba hasta llegarme a la nuca para luego extenderse en todo mi cuerpo.

Lo hacía paulatinamente, tomándose su tiempo, acariciando, susurrándole un secreto a mis labios, recorriendo toda mi anatomía sin dejar ni una sola parte sin tocar. Estaba extenuada, satisfecha, completa... quería poder gritarlo, exteriorizar mi felicidad condicionada.

Carlos comenzó a apretarme las piernas entre sus brazos, acariciándolas, deleitándose con mis labios y perdiéndose en mi entrepierna. Ya estaba acostada, con mis muslos levantados,

desnuda de la cintura para arriba y para abajo, al descubierto para aquel hombre que alguna vez quise que fuera mío.

—No tienes que hacerlo □ le dije entre gemidos.

—¿Hacer qué? □ preguntó, levantando su cabeza de mi vagina.

—No pongas todo tu entusiasmo en eso, puedes dejar que yo también...

—No me importa, yo quiero hacerlo, déjame hacerlo.

Carlos comenzó a hacer pequeños círculos con su lengua en mi clítoris, obligándome a moverme con agresividad, a sacudir las piernas a querer gritar con más fuerzas. No me podía controlar, quería que dejara de hacerlo, pero a la vez necesitaba que continuara; se sentía tan bien y tan desesperante al mismo tiempo que a él no le quedo de otra que apretar mis piernas para que dejara de moverlas.

—Para, para □ le supliqué □ No toques tan directamente.

Carlos no me hizo caso, continuó y cambió de estrategia. Dejó de jugar con mi clítoris para pasar a jugar con el interior de mi vagina; introdujo su índice y comenzó a acariciar mi interior como si estuviese rascándome, tocándome en un punto sensible que creí que él no encontraría de inmediato.

Nos turnamos luego de eso para saborear nuestros sexos, para sacudir nuestro mundo y deleitarnos con el cuerpo del otro. Yo trataba de no pensar en todas las cosas que dejé pasar estando a su lado, tal vez él me veía como veía a su esposa, como vio a todas esas mujeres con las que alguna vez compartió cama. Esos pensamientos hacían que me secase, que perdiera la libido de repente.

—¿Qué sucede? □ me preguntó.

—Es que... no creo que debamos estar haciendo esto.

Se apartó de mi y se sentó a un lado con las piernas cruzadas. Su pene estaba erecto, lo que me pareció un poco gracioso dada la forma en que se sentaba, era como si estuviera preparado para recibirme.

—¿Haciendo qué? ¿Preparándonos para tener sexo?

—Es que...

—No digas nada de lo que creo que vas a decir, ya no pensemos en eso, no creo que sea propio de una relación sexual que se recuerden cosas que de por sí son tristes.

—Pero.

—Puede que no lleguemos a nada, puede que esto sea efímero, pero quiero disfrutarlo, quiero disfrutarlo.

—¿En serio?

—Sí, quiero estar contigo; ya me he deleitado con tu intelecto, ya hemos hablado, ya hemos sido amigos, hoy quiero que seamos amantes. Quiero ser tuyo y que tú seas mía sin ninguna restricción, sin ninguna lastima. ¿Puedes hacerlo?

—Puedo hacerlo.

—Entonces, ¿No quieres intentar hacer que este amigo se levante?

Bajé mi mirada y vi cómo su pene iba perdiendo firmeza, y no sé si eso era normal, no es como que me hubiera puesto a hablar con muchos hombres en el medio de un encuentro sexual.

—Ajaja □ me reí un poco □ ¿Qué le pasó?

—Bueno, se distrajo, y como no quieres tocarlo, pues prefirió acostarse a dormir.

—¿Y quieres que yo lo levante?

—Sí, serías de mucha ayuda ¿por qué no lo intentas?

—Lo haré...

Me acerqué a él gateando sensualmente sin apartar mi mirada de sus ojos, tratando de ser lo más sexi que podía; en lo que llegué, tomé su pene entre mis manos y aproximé mis labios hasta su glande para introducirlo en mi boca. Abrí mis fauces y sentí como su sexo tibio, seco, necesitaba de un poco de ayuda para llegar hasta su mejor posición. Le humedecí un poco con mi saliva para dejarlo en optimas condiciones, preparado para la acción.

—De eso estaba hablando □ me dijo □ Así está mejor.

Su pene comenzó a endurecerse en mi boca; segundo a segundo sentía como no me cabía y debía sacar unos cuantos centímetros para no ahogarme hasta que solo tuve su gran glande dentro y el resto de su falo entre mis dedos. Le estimulé con mi mano, le succioné la punta, todo lo que sabía acerca del sexo oral en hombres. Traté de llevarlo lo más adentro posible porque se supone que eso es lo que a ellos le gusta.

Carlos levantó mi cabeza obligándome a sacar su pene de mi boca

—Eres maravillosa □ se aproximó a mis labios para embozarme un beso

Me apretó el culo, me dio una nalgada y luego se levantó.

—Pero quiero metértelo.

—Y yo quiero que me lo metas, creí que no estabas listo todavía.

—Mi amor, con ese cuerpo, no sé por qué me tardé tanto.

Se colocó atrás de mi y abrió mis nalgas. Yo dejé caer mi cabeza sobre la cama, para verlo de reojo jugar con mi trasero. Estaba concentrado, intentando alargar el momento, besándolo, tocándolo, extendiéndolo y amasándolo como si se tratara de un pan. Me encantaba a pesar de no sentir nada en lo absoluto mas que sus manos moldeándome como plastilina. Era un encanto, como un niño divirtiéndose con un juguete nuevo.

Pero, en menos de lo que un rayo toca el suelo, el hombre se despertó y entró en mi con un solo impulso. Con una estocada de su pene atravesó mis labios y chocó mi útero sacándome el aire, las ganas de gritar y un gemido de placer que no creí que fuera a sentir con tanta agresividad. Y comenzó a embestirme, a sacudir mi cuerpo, mis pechos, mis nalgas.

Me cogió con ambas manos por la cintura embistiéndome, haciéndome acercar y alejarme de él de una manera sin igual. Yo gritaba de placer con cada golpe de cadera, deseando que lo metiera más veces por cada una que se salía de mi; una y otra vez,

haciéndome enloquecer con cada golpe en mi útero, por cada gemido de placer que me provocaba.

Carlos me complacía en ese deseo silencioso de tenerlo desde que lo conozco, de que me tuviera como una mujer sin inhibiciones. De manera única, nuestras respiraciones parecían estar sincronizadas, alentándonos a los dos a gruñir, a hacer todo al mismo tiempo como si se tratase de una sola persona, lo que ocasionó que el otro hiciera lo que uno quería que pasara.

Estábamos conectados a un nivel distinto que cualquier otra conexión mental que pudieran inventarse los artistas de ficción; lo nuestro sí era real, lo nuestro estaba siendo comprobado con cada estocada que me hacía gemir.

Nuestra existencia colisionó en un solo sentimiento, en un único y espléndido sentir que ninguno de los dos había pensado jamás que podría ser posible. Se me había olvidado por completo lo que nos llevó hasta ahí, incluso, sintiendo de nuevo que el tiempo que pasamos separados nunca existió.

Y, de esa forma, seguían conversando con su cuerpo, con su pene, con su mandíbula, con su respiración y con cada una de sus caricias. Todo aquello que durante tantos años me pregunté, que siempre quise tener una respuesta, fueron respondidos de la nada con tanta pasión que desbordaba de nuestros cuerpos.

Todo el sexo que nunca tuvimos juntos fue desentrañándose en ese instante, haciendo como si siempre hubiéramos estado unidos; se sentía familiar. Carlos, evaluaba cada centímetro de mi, explorando todo cuanto podía, haciendo de cada lugar que tocaba una zona totalmente erógena. Yo respondía con un gemido más alto que el anterior, inhalaba con fuerza cada que podía porque sus estocadas eran cada vez más intensas.

El pene de Carlos llegaba más profundo, y mi vagina le abrazaba con más fuerza. Sus embestidas comenzaron a ser más agresivas, más rápidas. Generaba fricción con su piel, con sus manos, incluso las hebras de mi cabello que se movía al compás de sus embestidas me generaba una especie de éxtasis sensorial.

Con uno de los movimientos que presumía cuando me contaba de sus hazañas sexuales, Carlos me dio la vuelta dejándome viendo al techo con las piernas abiertas. Yo parecía tener mucho que ofrecerle, más placer que darle, porque me miró con una expresión lasciva; ya no podía más con su sexo, estaba agotada, deshecha, quería llegar lejos y terminar de una vez con aquella deliciosa tortura.

Mi cuerpo necesitaba un descanso de todo lo que me obligaba sentir, de las cosas que me atormentaban y él, sin ningún problema, sacó su enorme pene, luego de una serie de embestidas en aquella posición, y acabó sobre su pecho desnudo y empapando su vestido de seda. Aquel disparo le recorrió todo el torso, llegándole hasta una de sus mejillas.

Con las manos, apretaba su cintura, sus nalgas y, de vez en vez, llevaba la mano hasta la boca de Yo quien se dejaba introducir el dedo y lo succionaba con deleite. Al mismo tiempo, se apretaba los pechos para aumentar el éxtasis que le causaban los besos de Carlos.

Yo gemía, gritaba, profería una palabra para demostrar mi calentura, sin ningún tipo de restricción. Me dejaba llevar por el placer, por la adrenalina, por el extenuante deseo que se me dominase, que me controlase sin ningún problema. Lo estuve esperando por mucho tiempo.

Carlos me hacía sentir como una mujer completamente diferente, me embestía de tal manera que las palabras se salían de mi boca de la misma forma en que los fluidos se escurrían por mi vagina tras cada orgasmo que me hacía experimentar.

Ninguna de las cosas que me contó Carlos que podía hacerle a las mujeres estando en la cama cuando era joven se comparaban con lo que me hizo sentir aquella noche.

Su pene encontró la ranura adecuada de mi sexo, introduciéndose como una llave maestra que logró abrir mis más recónditos placeres; no era sólo el coito, era la forma en que me tocaba, en que posaba sus labios en mi piel, en la que manejaba mi cuerpo como si lo conociera de toda la vida.

Sabía en qué posición ponerme, de que forma hacérmelo y por donde metérmelo. No escatimó en lugares para penetrarme y yo no rechacé sus propuestas.

Aquella noche no sé qué tan suya fui, ni que tan mío llegó a ser. Estuvimos compartiendo fluidos, gimiendo, como dos seres indómitos que necesitaban de ello para llegar a ser los animales civilizados que pretendemos ser todos los días, y me gustó, lo disfruté y no hay forma alguna de negar que fue más que maravilloso.

Cualquiera pensaría que después de eso todos nos sentiríamos a gusto, que las cosas saldrían de maravilla porque estábamos seguros que ya no había nada que detuviese nuestro amor, que pudiera evitar que fuésemos el uno para el otro, pero, no puede estar más equivocada. Carlos no había superado del todo aquel trágico accidente ni había olvidado lo que sentía por su esposa.

Y fue cuando entendí parte de la situación.

## Epilogo

Todo iba de maravilla, o eso creía.

—Katsumi solía comer de esa forma □ me dijo mientras me veía jugar con los palillos porque no podía coger el sushi.

En primera instancia, no sé por qué no me di cuenta de lo poco recomendable que era comer algo que podría recordarle la época que vivió en Japón, pero es que no era la primera vez que lo comíamos desde que comenzamos a trabajar juntos así que no había manera de darme cuenta de ello.

—¿Qué más solía hacer? □ pregunté, fingiendo interés.

Ya se había hecho rutinario que la mencionara casi todo el tiempo, como si estuviera evocando las cosas a propósito porque quería sentirse mal, o bien; ya no lo sabía.

En ese momento Carlos entendió mi falta de interés al verme a los ojos, ya un poco cansada de tener que escuchar todo el tiempo lo que su esposa hacía o dejaba de hacer.

Tampoco es que sea una persona desconsiderada, de hecho, el que no lo sea es lo que me hacía considerar motivarlo a seguir hablando de Katsumi, pero, creo que él no entendía por lo que me estaba haciendo pasar.

—No quieres hablar de eso ¿verdad?

Yo traté de mantenerme animada, de mirarle a los ojos y demostrarle que sí quería escucharlo hablar de su esposa, de lo mucho que llegó a amarla, de lo mucho que le recordaba a ella.

Al principio me parecieron buenos cumplidos: me parezco a una mujer de la que estuvo enamorado; estuvo enamorado de mi, creo que puedo llegar a ser la indicada después de todo. Pero luego comenzaron a parecerme comparaciones, a hacerme sentir apartada por la idea de alguien a quien nunca iba poder reemplazar y él no hacía mucho para quitarme esa idea.

—¿Qué estás diciendo? Claro que quiero hablar de ella, era una gran mujer. Además, no puedo quitarte eso, era tu esposa. □ le dije, tratando de sonar sensata.

—No me mientras, Mari, se nota que no quieres hacerlo.

Dejé los palillos de lado, colocándolos sobre la mesa para evitar distracciones; mi intención era defenderme, decirle que siguiera y que olvidara eso, que no era importante. Pero, un suspiro se escapó de mi cuerpo agotado por las anécdotas comparativas y un tema recurrente que no cambiaba.

—Sí □ vacilé □ no es que no quiera seguir hablando de ella, no me mal interpretes □ le miré a los ojos para que me tomara en serio □ pero es que siento que ya no estás hablando conmigo de ella. Siento que hablas contigo, que lo que haces es recordarla y me utilizas para que te de atención.

Tenía una mirada abstraída, como si estuviese tratando de asimilar mis palabras, como si no le hubiera gustado lo que escuchó. Es comprensible, a mi tampoco me gustó decirlo.

—Te estoy agobiando entonces □ dijo luego de soltar un suspiro de resignación.

—Yo...

—No tienes que seguir fingiendo más. Me he estado comportando como un idiota contigo; me has ofrecido tu tiempo, tu atención y hemos compartido cosas, pero sólo te hago infeliz.

—No es eso, Carlos, lo que quiero decir es que...

—Olvídalo, Mari, no importa.

Carlos se levantó, como si hubiera terminado de comerse su plato, cogió su móvil que tenía en la mesa y se fue del restaurante sin decir más nada.

—¿Qué? ¿Por qué se fue? □ dije, como una estúpida, luego de que lo vi cruzar la puerta del restaurante.

No me quedó de otra más que terminar ambos platos porque ya los había pagado, para luego levantarme e ir de nuevo a la oficina. Para mi sorpresa, él no estaba.

—¿Carlos no ha regresado? □ pregunté a Carla.

—No, creí que estaba contigo.

—Buen uso del verbo estar... □ le di la espalda y fijé mi mirada en la entrada a la oficina para ver si la cruzaba en cualquier momento □ me dejó sola en el restaurante sin decir nada.

—¿Sola? ¿Por qué, qué pasó? □ preguntó.

—Le dije que estaba un poco cansada de seguirle escuchando hablar de su esposa...

—¿En serio le dijiste eso? □ vociferó.

Me giré para verla de frente.

—Es que...

—No puedes decirle eso a un hombre que perdió a su esposa.

—Bueno, pero él no tenía que estar comparándome todo el tiempo con ella ¿por qué seguía hablándome de eso una y otra vez?

—No lo sé, ¿será porque la extraña.

Traté de evitar discusiones acerca de cosas a las que ni siquiera sabía cómo actuar. Quería poder tener una respuesta lógica, hablar con alguien, cuando en realidad necesitaba hablar con él.

Aquel día terminé mi jornada laboral sin verle por completo, por algún motivo no regresó al trabajo ni los que siguieron a ese. Poco a poco comencé a sentirme culpable por haberle dicho lo que le dije, por haberle hecho entender que no había olvidado a su esposa y que estaba arruinando nuestra creciente relación. No sabía si él era el culpable o si yo lo era, pero no había forma de verlo que no fuera para cederme la responsabilidad de todo ello.

Carlos dejó de ir al trabajo sin avisarle a nadie, sin justificar sus faltas ni diciendo si iba a volver en cualquier momento. Yo no sabía como tomarme todo ello. Los días pasaron y la incertidumbre crecía en mi ¿dónde estará? ¿Qué está haciendo? De nuevo, se había marchado sin dar explicaciones, tal vez huyéndole al progreso, al pasado, o a mi. No tenía idea y eso me preocupaba lo suficiente como para sentirme acabada, para deprimirme.

Horas tras horas me levantaba de mi escritorio para asomarme y observar la puerta de la oficina esperando a verlo llegar con esa sonrisa que siempre tuvo, con ese porte elegante que siempre me ha hecho sentir como una tonta al verlo. Carlos era experto en hacerse desear, en llenarlo uno de expectativas sin siquiera esforzarse, pero fue infructífero. Cada que me levantaba no veía nada, no lo encontraba, no había llegado.

Al cabo de unas semanas me fui resignando, buscando a verlo menos veces al día, pensando menos en él. No me había olvidado de lo que sentía, de lo que había hecho, pero sí me estaba rindiendo en poder enmendarlo. Quería disculparme por haberle dicho que su necesidad de hablar acerca de su esposa no era importante cuando es algo que claramente no entendía.

Por un tiempo estuve segura que podría reemplazarla, ya que de cierta forma era la única que sabía acerca de sus cinco años de luto. Sí me sentí mal por no haber sido la mujer que él había elegido, pero él lo había perdido todo y no se arriesgaría a perderlo de nuevo para no quedar expuesto ni vulnerable.

Su excusa era que no quería perder a más nadie y yo pisé esa creencia, creyendo a mi manera que podría acomodar sus problemas, que podría ayudarle. Había entendido que no era su mejor amiga sino su debilidad, sino aquello que le recordaba un pasado feliz porque de algún modo le hacía feliz.

Una maldita epifanía que llegó muy tarde, que me pudo servir antes de decirle que no hablara más de su mujer, que no me contara lo mucho que me parecía a ella, las cosas que hacía; estoy segura que una persona que había nacido en Japón sabía como comer con palillos ¿entonces por qué me lo dijo? Tal vez porque no sabía cómo más halagarme, decirme que le hacía sentir igual que ella; amado ¿Quién sabe? Pues evidentemente, yo no.

Carlos se había marchado para tal vez no regresar nunca más. Ya lo tenía todo; se había comprado una casa, tenía un coche, una cantidad aceptable de dinero en sus cuentas de banco, aparte, ya había dejado todo atrás por algo más grande que yo o lo que tenía conmigo ¿Qué le detendría de hacerlo de nuevo?

Fue así cómo la culpa empezó a irse a mi lado de la balanza. Era evidente que no entendía la situación de Carlos ni lo mucho que eso le afectaba; me había comportado como una estúpida y debía acomodarlo a cómo diera lugar. Pero tenía miedo de que no me quisiera aceptar, de que no quisiera verme a los ojos porque rechacé su extraña forma de quererme, si es que así me quería.

Dentro de todo eso, lo único que podía asegurar era que no había hecho bien al hablarle al respecto de esa forma, del resto, las cosas eran sencillas suposiciones que me hacían sentir cada vez peor: me quería, me trataba bien a su manera, las cosas que decían eran porque no sabía qué más decir. La verdad no había forma alguna de saberlo más que preguntárselo directamente, sólo faltaba tener el método para hacerlo.

—Crees que no va a llamar ¿verdad? □ le pregunté a Carla.

—¿Quién? ¿Estás esperando una llamada? □ me respondió al teléfono.

—No, hablo de Carlos. ¿Crees que no va a darme una explicación de por qué se fue? ¿Crees que hice mal?

—Ya te dije, Mari, no lo sé, eso es entre tú y él.

—Pero ¿y si me odia? ¿Y si no quiere verme?

—No estás segura, ¿lo has ido a visitar? ¿Le has llamado?

—No, quiero darle su tiempo, tal vez sólo quiera estar solo.

—Entonces por qué te estás quejando. Deberías hacer tratar de tomártelo con calma, después de todo, su posición no es la más fácil de llevar.

—Quiero verlo de nuevo □ dije como una niña que pide un juguete.

—No puedo hacer nada para ayudarte, debes ser paciente.

La paciencia no fue una de mis virtudes cuando se trataba de él. Había dejado pasar mucho tiempo y ese tiempo había hecho que las cosas no salieran como quería. ¿Dónde estaba Carlos? ¿Qué podría estar haciendo? Las preguntas se atiborraban en mi mente obligándome a mirar al pasado como si fuera suficiente para

enmendar mis errores. Ni siquiera sabía si realmente había cometido alguno.

El tiempo empezó a hacer de las suyas al dejarme pensar demasiado las cosas. Tal vez no fue mi culpa, tal vez él no lo tomó apropiadamente; tal vez pudo haber aceptado mi observación y dejar de compararme con ella, puede que suene egoísta, pero yo también tenía necesidades.

¿Sería propio de mi pensar en eso? Puede ser, como puede que no. Estaba insegura, inconforme, no mantenía una idea lo suficiente como para decir que era del todo mía, que lo había analizado e interiorizado. Era una mentira más, una gran y gorda mentira que me maltrataba. Yo no era más que una tonta, una que había dicho una tontería y estaba pagándolo con la soledad.

Carlos había desaparecido por más de tres meses. Mucho tiempo me dio para pensar, tanto que llegué al punto de no querer hacerlo más. Todo eso sólo me llevaba a contemplar las cosas de formas distintas de manera infructífera, sin llegar a ningún lado y terminar compadeciéndome como si fuera una mártir, cuando en realidad no era nada; no era nada sin él.

Pero, cuando menos me lo esperaba, cuando creí que todo se había acabado, de esa misma forma en la que desapareció años atrás y luego se asomó a mi puerta para pedirme un empleo, Carlos volvió a tocar la puerta de mi oficina con el rostro sin afeitar y completamente demacrado.

La edad parecía haberle pegado por fin; su ropa estaba impecable, pero no se podía decir lo mismo de él. Al principio no lo reconocí, nunca lo había visto con barba, con el cabello largo y así de agitado, como si hubiera llegado corriendo.

—María, lo siento. □ Dijo, y fue ahí cuando lo reconocí.

Su voz era inconfundible, la forma en que hablaba, la eminencia de cada palabra al pronunciarla eran las cosas que me indicaban que él no era más que aquel hombre por el cual estuve sufriendo todos esos meses. Me giré, dejé el vaso de whiskey en la mesa de mi mini bar y lo miré a los ojos queriendo preguntarle en dónde estuvo

durante todo ese tiempo (la misma pregunta que le quise hacer al principio).

Pero se me adelantó.

—Lamento haberte dejado así de esa forma en el restaurante, no debí haberlo hecho, lo siento. En verdad.

Se sentía honesto, pero no hacía más que repetir que lo sentía. En ese momento sentí que él había estado pasando por lo mismo que yo, adjudicándose la culpa de los hechos porque así lo veía él, Eso me demostró que había algo que no estuve viendo.

—Katsumi se murió hace ya cinco años. Fue tu culpa, no debí compararte con ella a pesar de lo que llegó a ser para mi. Soy consciente de lo mal que te sentiste durante todo ese tiempo que creí que estaba haciendo bien al tratarte de esa forma.

Se aproximó un poco, sólo un poco, porque aun había como unos cuatro metros de distancia entre los dos.

—Me he comportado como un idiota. Has sido amable conmigo, me has dado de tu tiempo e incluso estuviese enamorada de mi todo este tiempo y no te di todo de mi como te lo merecías. Sé que no había tomado las decisiones adecuadas luego de que aquel accidente ocurrió, pero no debí involucrarte de esta forma, hacerte ver que podías tener algo conmigo y luego arrebatártelo sin pensar en tus sentimientos.

Tragué saliva, parecía entender perfectamente lo que me había sucedido ¿qué estuvo haciendo durante todo ese tiempo? ¿Qué habrá pensado que le permitió llegar a esa conclusión?

—Quiero que sepas que realmente me gustas, que eres una mujer increíble, atractiva, exitosa, inteligente, graciosa. Eres lo que cualquier hombre buscaría en alguien; una mujer como tú y yo pude tenerte, pero no dejé de hacerte sentir aparte, de obligarte a sentirme a la mitad.

—Yo te entiendo, Carlos, sé que no es fácil deshacerse de lo que llegaste a sentir por Katsumi. □ traté de ser comprensiva con él.

—Lo sé, pero no es tu responsabilidad aliviar ese dolor; creí que, si me convencía de que podrías llegar a reemplazar a Katsumi, podría olvidar el pasado y aferrarme al futuro.

—Yo...

—Espera □ me detuvo □ y ese fue mi error. Nunca podrás sustituir a Katsumi, nadie podrá sustituir lo que sentí por ella, reemplazarla en mi vida, porque las personas no son piezas dispensables a las que podemos acudir cuando una se estropea. Tu eres un espécimen sin igual por ti misma y debí verte como tal. No debí buscar lo que me gustaba en Katsumi en ti porque tú, por ti sola, ya tienes un montón de cosas que me gustan y fui muy estúpido para verlas.

—Yo sé que tu no querías perderlo todo de nuevo.

—Nadie quiere perder nada, María, nadie. Pero eso no quiere decir que deba vivir aferrado al pasado como si pudiera cambiarlo. □ sacudió sus manos, como si estuviera sacudiéndose los problemas □ Ya sucedió, es algo que lamento día y noche, pero no puedo hacer nada al respecto. Tú eres el nuevo camino que he escogido, y contra todo pronostico, has conseguido llenar una parte de mi que creí vacía cuando Katsumi y Aiko murieron. Comencé a amar de nuevo, comencé a preocuparme por otra persona y esa eres tu. Pero era mentira que podrías reemplazarla, que fue en donde me equivoqué, no te puedo obligar a ser otra persona, así como tu no puedes obligarme a olvidar el pasado.

—Yo no quiero que olvides a Katsumi, tu la amaste demasiado y estoy consiente de que no puedo reemplazarla. De que no hay forma alguna en la que pueda hacer que ella deje de ser parte de tu vida.

—No quiero que tengas el trabajo de reemplazarla, porque es mi obligación darte tu lugar especial en mi vida, en mi corazón. Amarte debe ser mi trabajo, y el corresponderme, sólo si quieres, debería ser el tuyo.

No tuve más opción que esbozar una sonrisa ridícula que no pude controlar. Carlos se las había arreglado para aparecerse con las

palabras adecuadas a mi puerta, como lo hizo aquella vez que me pidió un empleo.

No estaba segura de si había algo entre nosotros que no se pudiera acomodar, o si nada en el mundo sería tan real como lo que él tuvo con Katsumi, pero, me quería arriesgar, quería que las cosas funcionaran porque había esperado demasiado tiempo para conseguirlo.

Así que, sin pensarlo demasiado, corrí hasta él y le abracé, pegando mi mejilla a la suya que estaba completamente peluda por los vellos que cubrían su rostro. Estoy segura que nadie en este mundo podría reemplazar lo que él sentía, pero yo me encargaría de ser su nuevo amor, algo diferente, algo que nunca había visto.

—¿Por qué demonios tienes que irte todo el tiempo? ¿No puedes simplemente decir las cosas desde el principio?

—Lo siento, es que, necesitaba...

—Necesitabas tiempo a solas, pero □ me aparté de él para mirarlo a los ojos □ pero que tu tengas tiempo a solas quiere decir que me dejarás sola a mi y eso no es justo.

—Lo siento... ¿Me disculpas?

No le respondí, sólo me aproximé a él de nuevo y lo apreté entre mis brazos porque no tenía las palabras adecuadas para decirle que le perdonaba porque realmente no había hecho nada malo. No había nada que perdonar. Yo quería aferrarme a él como si se tratara de dos bollos de masa que se juntan para hacer un solo pan. Quería que él fuera tanto yo como yo ser él.

—Tomaré eso como un sí. □ Dijo como si le estuviera sacando el aire.

—Tómalo como quieras, pero no te vayas de nuevo, por favor. Mucho tiempo a solas me vuelve loca.

—Pero no te dejé a solas, solo estuve yo, en mi departamento, viviendo de comida rápida y la televisión paga.

—No me importa.

—¿Por qué no fuiste a visitarme?

Me alejé de nuevo de su hombro para mirarle,

—¿Qué iba a saber yo qué estarías esperándome?

—No creo haberlo pensado, pero, si me querías ver, entonces me pudiste buscar.

—Lo sé, pero también creí que querías estar solo así que no me arriesgué. Pero, si no lo pensaste ¿por qué viniste?

—Porque durante estos tres meses sólo he pensado en lo que me dijiste. En que te sentías apartada porque te comparaba con Katsumi y fue allí cuando entendí que lo que sentía por ti no era lo mismo que sentí por ella. Sí, estoy seguro que te amo, pero es injusto de mi parte querer revivir algo que ya no puedo.

—Pero podemos amarnos locamente sin tener que evocar el pasado

—Eso lo aprendí estando solo, María, pero creo que pude haberlo descubierto antes si te hubiera hecho caso, si no me hubiese acobardado y huido como siempre lo hago.

—No huyes, querías tiempo para pensar.

Carlos se apartó de mi como si necesitara espacio para hablar.

—Pero si iba a estar pensándote por todos esos meses, entonces mejor me quedaba a tu lado y encontraba la respuesta dormido en tu regazo. La soledad es horrible, y estar sin ti es aun peor.

—Eres demasiado cursi. □ Dije, sintiendo como las lagrimas se acumulaban en mis parpados.

—Lo sé.

Carlos me abrazó de nuevo y yo busqué sus labios para besarlos. No quería tener más tiempo a solas, yo tampoco, así que decidimos que a partir de ese momento no nos alejaríamos más. Aprendimos a compartir los días el uno con el otro hasta que por fin decidimos que era hora de mudarnos juntos.

Al principio, estuve renuente a obligarlo a dar aquel paso cuando se trataba de hacer algo que había hecho con su esposa, pero no podía hacer nada para evitar el progreso y si queríamos mejorar nuestra situación, debíamos arriesgarnos.

Carlos y yo comenzamos a tener una vida juntos a pesar del pasado, porque sabíamos que no queríamos mas que mirar al futuro en donde los dos pudiéramos tener algo mejor, una vida llena de felicidad, de armonía, de cosas que no nos regalarían momentos felices.

A su vez, Carlos no tenía intención de dejarme ir; me lo decía todo el tiempo, ya había perdido al amor de su vida una vez y no se permitiría perderlo de nuevo.

Se hizo un poco cuidadoso conmigo, pero nada que no pudiera aceptar de un hombre que dedicaba su vida a hacerme feliz, a llenarme y a vivir cada segundo a mi lado como si fuera el ultimo. Tal vez lo aprendió de su fatal pasado, pero, el tenerlo todos los días a mi lado, era algo que no quería cambiar.

# El Mandamás

## *Alfa Millonario y Padre Soltero Enamorado de la Virgen*

### Primera parte

#### 1

Uno de sus dedos se deslizaba por mi espalda mientras le bajaba el cierre a mi vestido. Me sentía cohibida, nerviosa. Suponía que en cualquier momento podría decir algo estúpido y lo arruinaría por completo; sé que desafiaría las leyes de la suerte de las principiantes sólo con existir, sin embargo, me quedé allí, helada, sin saber qué hacer, sin conocer el procedimiento estándar para este tipo de cosas, mientras que él continuaba desnudándose.

—¿Tienes frío? □ Me preguntó.

Con esas palabras me hizo sentir perdida, no entendí lo que quiso decir. Tal vez estaba temblando y no me había dado cuenta porque estaba muy nerviosa como para detallarlo; es normal, a veces las personas hacen cosas inconscientemente, así que supuse que había visto algo que yo estaba ignorando.

—¿Por qué lo dices? □ Le pregunté, girando sutilmente mi cabeza para verlo de reojo sobre mi hombro.

—Estás erizada □ respondió □ creo que tienes frío.

Lo estaba, no porque tuviese frío.

—No, yo □ traté de sonar segura, no como la mujer tonta que todos conocen, pero creo que no lo logré □ yo no tengo frío. □ Me sentía tan mensa en ese momento.

John estaba haciéndolo todo por mi, desde invitarme a su habitación hasta el comenzar a seducirme. Llegué a ese punto sin saber exactamente lo que estaba haciendo, pero lo dejé continuar con lo que hacía ¿cómo se supone que iba a dejar pasar ese momento? Lo estuve esperando por tanto tiempo que simplemente no podía pensar con claridad.

Mi mente estaba nublada a causa del olor de su perfume, del licor en mi sangre, sin mencionar todas las ideas alocadas que rebotaban en las paredes de mi imaginación como si estuvieran jugando pin pon con mi cabeza.

De repente, se rio como si hubiera escuchado una broma de niño, con una sutil carcajada que le nacía desde la garganta y se escapaba entre sus labios como un murmullo.

—Espero poder calentarte entonces □ dijo, siguiendo su propia idea y terminando de abrir mi cierre.

Eso no me ayudo para nada, porque me hizo sentir peor. Mi corazón palpitaba con fuerza, sin restricción. El vestido se deslizó por mi cintura, deteniéndose por unos segundos sobre la curva de mis nalgas y caderas para seguir su camino hasta el suelo, recorriendo mis piernas. Yo sostenía mis pechos con egoísmo, con temor a que me viera como si en realidad eso fuera a contribuir a algo. No tenía sostén porque no iban con la ropa que llevaba (cosa que con la que tuve que lidiar con dificultad) así que en ese momento sólo tenía unas bragas que combinaban.

—Eres hermosa □ dijo John, mientras me lo imaginaba viéndome de arriba abajo, lo que o contribuyó con la causa.

—¡No me veas! □ reaccioné, girándome y alejándome con los ojos cerrados para que no me viese el trasero.

Si yo no lo veía, él no me vería a mi, eso dijo mi instinto.

—¿Por qué? □ preguntó sorprendido, con un tono de voz carismático, amistoso; no entendía mi posición.

—No me mires, que no se siente bien □ Vociferé, sin pensar muy bien en mis palabras.

—¿No se siente bien que te miren? □ John hablaba como si se tratara del reclamo de una simple niña que no sabía nada; algo completamente tonto.

Estoy segura que ese día no era yo quien estaba hablando.

—Sí, no □ vacilé □ ¡no lo sé! □ No estaba segura de lo que hablaba, mi cuerpo decía una cosa y mi boca otra □ No me gusta que me vean. Se siente raro.

Sabía que tenía los pezones erectos, la piel erizada, el corazón palpitándome a millón y, efectivamente, el sexo húmedo y caliente. Con tan solo saber lo que todo eso significaba, ya me estaba dejando seducir por la idea de estar con él, lo que alertó a todo mi cuerpo, sin siquiera avisarme. Estaba desconcertada.

No abría los ojos, los mantuve cerrados porque así sentía que no me estaba viendo. Creí que se había dado la vuelta ante mi petición o algo parecido, así que continué con mi queja.

—Por favor... □ dije.

Sentía cómo el calor se escapaba de mi cuerpo dándole paso al gélido frío de la noche. ¿Quién iba a pensar que John y yo terminaríamos uno frente al otro prácticamente desnudos a punto de hacer algo tan loco como tener sexo? Eso no era lo que creí que pasaría luego de que me invitó a cenar; aunque, por otro lado, sí terminó siendo como me imaginé que pasaría.

Durante meses estuve pensando en él de esa forma, pero es que, ¿Cómo no hacerlo? Su cuerpo, su belleza, su forma de ser, hablar, tocarme. John era el personaje perfecto para un sueño húmedo, para una fantasía a mediados de la tarde o incluso como el candidato ideal para entregarle mi virginidad.

Con el brazo izquierdo me cubría como podía los pechos de forma inútil porque solo conseguí ocultar mis pezones; y con la mano derecha me tapaba mis partes íntimas por muy a pesar de que llevaba las bragas puestas.

—¿Qué tienes? □ le escuché decir, distante.

En esencia, miedo. Miedo de no ser lo suficientemente buena para él, más que todo eso.

—No me mires, por favor □ no tenía otro argumento mejor; actuaba controlada por los nervios.

—¿Por qué no puedo mirarte? Eres hermosa, no mirarte es un delito. □ Su forma de decirlo era tan dulce y a la vez tan seductora. John sabía como hablar con mujeres, yo sé que se había acostado con muchas.

—No me hables así □ le reclame □ O...

—¿o qué? □ inquirió, retándome.

—O no sé lo que pueda hacer...

De repente, sentí cómo sus manos tocaban sutilmente mis hombros lo que me hizo reaccionar de inmediato. Abrí los ojos y ahí estaba él. Me miraba a los ojos con una sonrisa perfecta, tuve que inclinar un poco mi cabeza hacía arriba para poder verlo mejor, porque sentía cómo el vaho de su cuerpo me perforaba la nariz. Estaba prácticamente sobre mi y yo no sabía qué hacer.

Así que actué como cualquiera actuaría. Moví mis hombros con brusquedad para que me soltara y, en un arranque de nervios hice una estupidez.

—¡No John, No! □ exclamé, sacudiéndome como si estuvieran atacándome un centenar de abejas.

Pero eso no fue lo peor. Casi por instinto, levanté la mano derecha y le planté una bofetada en el rostro a John. No tengo idea de por qué lo hice, pero mi cuerpo me pedía que me defendiera de aquella invasión.

Y sin pensarlo demasiado, salí corriendo de aquella habitación como una loca, sacudiéndome y gritando «no» repetidas veces como una loca, cubriéndome los pechos con ambos brazos y pensando que todo lo que había hecho había sido una locura. No debí haber dejado que las cosas se salieran de control, que me llevase hasta su habitación, que comenzara a besarme, desnudarme; a seducirme. En menos de diez minutos, John había conseguido sacarme de mi

zona de confort para trasladarme a un mundo mágico en el cual no tenía ningún tipo de voz.

Estaba aterrada creyendo que podría arruinarlo todo, que no le gustaría mi cuerpo, que no estaría de acuerdo a acostarse conmigo, hasta que por fin lo arruiné. Por un momento pensé que, si una catástrofe habría de suceder, sería cuando le dijese que era virgen, pensaba que se apartaría de mi como si fuera un fenómeno y pensaría: ¿Una mujer virgen a los treinta? Hasta para mi es algo estúpido. Así que sólo corrí, corrí asustada, llena de ira, de confusión, pero más que todo, corrí con vergüenza.

Fui una estúpida.

¿Cómo habré llegado hasta ese momento? ¿Qué fue lo que me hizo querer huirle a mi deseo de estar con John? Todo había salido de maravilla, en el momento en que me invitó a cenar las cosas habían encajado a la perfección; entonces ¿por qué no continué? Estoy segura que cometí un grave error, pero, nada podría ser tan horrible como rechazar a un hombre como John, abofetearlo y luego correr como una estúpida.

Varios meses atrás las cosas estaban mejor, en verdad, lo que sentía por él no era más que una simple atracción que me guardaba como todas las demás cosas que me importaban, no exteriorizaba nada y estaba concentrada por completo en mi trabajo. Ojalá todo se hubiera quedado así porque, mientras corría por los pasillos de su mansión para llegar hasta el anexo en su casa que usaba como habitación esperando encerrarme en ella hasta que el mundo se acabara, me imaginaba a lo que me tendría que enfrentar luego de esa noche.

## 2

Cuando conocí a John todo era diferente, ni siquiera había pensado en la posibilidad de tener una relación con él. Claro, ese hombre de ojos negros, sonrisa de adonis, cuerpo escultural y talento para todo, no estaba en mi lista porque yo sabía que ni de coña estaría en la suya. Yo sólo estaría para él como su asistente.

Antes de aquel inesperado encuentro, las cosas con John eran sencillas. Me había convertido en su asistente gracias a algún evento mágico del destino en el que yo, tras haber sido entrevistada junto a otras mujeres con muchas más cualidades de las que yo alguna vez podría llegar a tener, había sido elegida. No conocía a John en el momento de postularme para ser su empleada, por lo que no entendía lo importante que era estar trabajando para él.

Sí, sabía que era un sex symbol completamente deseado por muchas (no me pregunto el por qué) y un exitoso empresario que supo jugar las cartas que le dio la vida. Nuestros destinos se cruzaron por pura casualidad: yo estaba desempleada y él buscaba una asistente. Era como si el mundo se hubiera puesto de acuerdo en que eso sucediera porque, ni con la más remota posibilidad, íbamos a encontrarnos en la calle, en algún café o que nuestros amigos nos presentaran. John era para mí lo mismo que las demás celebridades de este planeta: personas a las que nunca iba a conocer.

Pero yo no controlo la vida, y esta supo darme algo que no pude abrazar. Cuando supe quien era (luego de una visita a su página de Wikipedia mientras esperaba a que me entrevistase) descubrí que era una persona llena de talentos y éxitos; su forma de hacer negocios, su vida interesante que siempre posteaba en sus fotos de Instagram o en su cuenta de Twitter atrajeron la atención de muchas personas. Y eso fue lo que hizo que cientos de individuos se postulasen para ese trabajo que él requería.

Apareció en programas de chismes matutinos sólo por ser él, por hacer cosas tan sencillas como posar para una foto con su endemoniada sonrisa angelical, ah, y por sus tantos millones.

Durante esa media hora de espera en el lujoso piso que comprendía su oficina entera (sí, un piso de su edificio sólo para él) conocí a aquel hombre tanto como conozco a Brad Pitt.

Pero John era más que esas simples imágenes, esas biografías poco confiables, esos rankings del hombre más apuesto del mundo, del millonario más codiciado, de las cuentas con más seguidores. John Finman no era sólo un empresario importante, un visionario ni nada por el estilo. Esa era sólo la faceta que todos conocían de él; un simple vistazo a la superficie del mar.

Con el tiempo, luego de conseguir ser su asistente, John me demostró que era un hombre exigente, lleno de reglas, de grandes planes, pero, además, era alguien lleno de nobleza. Era tan humilde como cualquiera podría serlo; gracioso, buena persona, buen padre... no: ¡un gran padre!, y un excelente jefe.

No tardé mucho en caer enamorada de él. Creo que habría sido inevitable porque luego de comenzar a compartir nuestro tiempo, las cosas simplemente sucedieron. No sé si fue mutuo, o algo por el estilo, pero estoy segura que eso fue lo que hizo que me sintiera cada vez más atraída a su persona.

John era incontrolable, implacable, exigente, el tipo de persona que querías golpear luego de recibir demasiadas cosas para hacer después de un arduo día de trabajo. Maravilloso hombre, buen empleador, pero como jefe, pedía más que un recién nacido.

El verlo me agitaba por completo, el sentirme a su lado era inquietante. John tenía cualidades que me traían loca con tan sólo mirarme, hablar, decirme hola.

Pasábamos horas hablando, haciendo evolucionar los diversos temas en tópicos cada vez más diversos: el pasado, trabajo, política, nuestras vidas, lo que nos gustaba hacer, quisimos ser y nos gustaría lograr. John era un emisor y receptor estupendo, con un léxico enriquecedor que me embriagaba el alma, además de que sabía de lo que hablaba por lo que nunca me aburría de escucharle. Attendía cada una de mis anécdotas u opiniones con cuidado, no me interrumpía e incluso parecía disfrutar escucharme.

Fantaseaba pensando en él de muchas formas. Sentía que el estar con él como hombre sería lo mejor que podría pasarme ¡perder mi virginidad con John Finman habría de ser la mejor experiencia de mi vida!, me decía mientras me quedaba en su casa imaginándome que entraría a mi anexo/habitación a poseerme. Yo me negaría con un rotundo no, pero no me opondría si se atrevía a tocarme sin permiso.

Suponía que era un gran amante; las mujeres con las que compartía algunas de sus noches en hoteles me lo confirmaban cuando las escuchaba hablar con sus amigas por el teléfono. Yo era invisible para ellas así que prestaba toda la atención que mi condición me prestaba.

—Es increíble □ decían algunas □ creo que no podré caminar bien por varios días □ escuchaba decir a otras.

Algunas incluso detallaban el encuentro al teléfono o con la recepcionista (con la que posteriormente se acostaría) con tanto orgullo que lo tenían como un logro.

John era conservador al respecto, no hablaba ni decía nada de ello; siempre se cuidaba, respetaba y nunca ofrecía comentarios al respecto. Tenía la cualidad de demostrar sus habilidades como caballero y como amante, haciendo así, que las mujeres con las que compartió dichas destrezas, corrieran la voz.

Yo no estaba disgustada con él por tener ese estilo de vida. Un padre soltero que lo tenía casi todo en la vida, se podía dar el lujo de acostarse con quisiera. Una que otra vez quise ser yo, pero, nunca creí que se sintiera atraído por mí.

Estaba segura que John no era un hombre cualquiera.

Antes de entrar a aquella oficina, ya había confirmado con mis propios ojos que era un tipo bastante apuesto, aunque, en mi afán por convencerme que no significaba gran cosa, lo comparé con hombres aun más atractivos para no sentirme intimidada, pero, en el momento justo en que lo vi en persona, sentí que había perdido mi tiempo.

Lo había estudiado un poco; tantos prestigios, triunfos económicos y tanta fama resultaban intimidantes una vez que te topabas con el hombre que era realmente. En sus fotos sonreía despreocupadamente, se vestía con elegancia, se mostraba sin camisa, sin inhibiciones, pero, una vez que le tenías en frente, resultaba obvio que, en John, yacía la representación física del éxito.

No era suficiente con lo que había experimentado en aquel piso que estaba ahí nada más par albergar, de forma muy exclusiva y ostentosa, su oficina; o los demás candidatos al puesto hablando de lo estupendo que era ¡No! con tan solo haber entrado a aquel edificio, ya estaba completamente intimidada por un hombre que aun no conocía.

—Mucho gusto. Pasa □ me invitó con elegancia, sin perturbaciones □ siéntate, por favor. Mi nombre es John □ hablaba con tal eminencia que parecía que yo no estaba ahí realmente, que sólo se encontraba su presencia y su ego □ . ¿Cómo te llamas? □ me preguntó. Su voz, sus ojos, su sonrisa; ya había perdido la batalla.

—Me llamo Karen □ le dije, con la frente en alto porque estaba dispuesta a conseguir aquel trabajo.

—¿Por qué estás aquí? □ inquirió.

Yo estaba sentada en frente de su escritorio, él, leyendo mi currículum mientras me hablaba sin verme. Tenía cierta actitud tradicional en el empleo de sus palabras, de su postura ejecutiva, incluso en la manera en que olía. Lo evaluó, verificó si todo lo que decía allí era cierto. En menos de unos tres minutos ya había inspeccionado todo lo que el papel se leía.

—Porque estoy buscando empleo □ respondí, sin miedo a nada. □ Y me dijeron que usted estaba solicitando una empleada, así que me aventuré y aquí estoy.

—Cuéntame, ¿por qué debería contratarte?

Mientras más lo veía más me perdía en su forma de hablar, en su voz, en su mirada. No estaba sonriéndome, se encontraba serio

(totalmente diferente al hombre que conocí después), me miraba con esos grandes ojos que me penetraban mientras ojeaba con cuidado. Poco a poco iba perdiendo el control de mis palabras; su presencia confería cierto deseo de demostrar que eras digna de su presencia.

Tal vez era sólo mi imaginación, o que se debía porque estaba sorprendida por sus logros en la vida a su edad mientras que yo no había hecho mucha con la mía. El caso es que estaba completamente abrumada, lo que desencadenó ciertos nervios.

—Pienso que... □ dije, tratando de pensar en una respuesta. No sabía qué decir ni cómo decirlo.

Lo veía ahí, sentado, con mi currículum en la mano y su mirada en mí, tratando de descifrar qué querría él que dijera. No dejaba de pensar en que alguien con tantos logros en su vida, aun estando en frente de mí, resultaba irreal. Tenía miedo de arruinarlo, de no decir lo que debía decir. Los nervios comenzaron a dominar mis sentidos, mis pensamientos, e incluso mis acciones.

Comencé a mirar sus manos escapándome de su mirada penetrante. Tragué saliva, buscando el valor en lo más recóndito de mí ser, y, luego de un largo respiro, cerrando los ojos para no verlo, y procedí a abrir mi boca.

—Porque estoy desempleada y realmente necesito el trabajo □ ¿qué otra cosa podría decir más que la verdad?

De inmediato supe que había dicho una estupidez. Apreté los párpados esperando el inminente reproche de John. No sabía qué quería escuchar, pero definitivamente no era eso. El corazón comenzó a palpitarme con más fuerza. ¿Qué hice? Pensé.

—¿Y por qué estás desempleada? □ preguntó John, con un tono de voz calmado que no me esperaba.

—¿Ah? □ abrí mis ojos, confundida. Definitivamente no era la respuesta que me esperaba; ni siquiera era una respuesta.

—Que por qué estás desempleada.

—Lo estoy □ vacilé □ porque me despidieron del ultimo empleo que tuve porque se iban a mudar y entonces no me quedó de otra que dejarlos ir □ dije, divagando y sonando como una estúpida.

—¿Quiénes se mudaron? ¿Para donde? □ preguntó, con un interés genuino ¿qué demonios? Fue lo que pensé.

Había bajado mi currículum, su atención estaba puesta sólo en mi y eso me enervó aun más. La forma en la que me veía, en sí, para nada intimidante, lograba, aún así, hacerme sentir intimidada.

—Mudaron sus operaciones a otro país □ comencé a explicarle □ y no me dejaron ir con ellos así que me quedé aquí.

—¿Trabajaba con una productora o algo parecido? Es decir □ cogió mi resume curricular y sondeó algunas palabras □ ¿no es usted cineasta?

—Sí, y no. □ respondí.

—¿No qué?

—No trabajaba en nada que tuviera que ver con ello, trabajaba como asistente. No es una profesión que se pueda ejercer en cualquier lado.

—Oh, vaya. Eso si que no me lo esperaba □ con su tono me hizo creer que estaba apenado, como si hubiera sentido que me había ofendido □ y □ vaciló □ ¿Cuánto tiempo tienes desempleada?

—Ya voy para dos meses.

—Dos meses desempleada □ repitió, siguiéndolo de una interjección que sonaba como un ruido □ . Parece bastante ¿por qué esperaste hasta ahora para buscar empleo?

—No lo hice, he estado intentando buscar un lugar en donde trabajar desde entonces. Mi ultimo pago no iba a alcanzar, así que me dije: Karen, mejor busca un trabajo □ estaba nerviosa. Comencé a crear un dialogo conmigo misma para darle sentido a mis palabras. Sonaba desesperada y vergonzosa □ lo que sea, no importa qué □ dejé escapar una risa nerviosa que me hacía parecer como una loca.

John me miraba interesado. A ese punto de mi cordura, esperaba que él ya se estuviera asustando y decidiera que ya había escuchado suficiente de mi.

—¿Y qué piensas con respecto a trabajar para mi?

—¿Qué quiere que le diga?

—No lo sé, lo que tu quieras. Necesito saber que piensas para ver si realmente estas capacitada para el empleo.

—Y ¿eso que tiene que ver? □ no podía ver la relación en su lógica.

—Porque así puedo saber si puedo trabajar contigo. □ me miró, como si estuviera evaluándome, haciendo una pausa dramática □ ¿Acaso sabes para que empleo estoy entrevistándote?

La pregunta me parecía tonta. Claro que lo sabía.

—Para ser su asistente ¿no?

John continuó evaluándome, como si tratara de estudiar mi respuesta, como si quisiera ver si era cierto o no lo que estaba diciendo. Su forma de actuar era extraña, y fue sino hasta tiempo después que descubrí que solo se estaba haciendo el duro.

—Bueno, en realidad es para ser algo mas que eso.

—¿Como así? ¿Qué quiere que haga? □ pregunté.

El trabajo era simple, o eso se supone que sería. No fue sino hasta que el me dijo eso que creí que sería algo sencillo; sus palabras me hicieron creer lo contrario. Yo pensaba que sólo se trataba de algo tan simple como ser su asistente: atendería sus llamadas, prepararía sus reuniones o buscaría su ropa de la tintorería (¿la gente rica lleva su ropa a la tintorería? No lo sabía, tampoco es que creía que lo iba a descubrir, no en ese momento, no cuando ni siquiera esperaba ser contratada).

—Estoy buscando que alguien se tome su tiempo para estar a mi lado, y que, de hecho, no tenga problemas con pasar incluso días completos con nosotros.

—¿Ustedes?

—Mi hijo y yo □ dijo □ Noah, un pequeño interesante.

—¿Seré la niñera de su hijo?

—No, nada que ver. Sólo deberá pasar tiempo conmigo y como me gusta estar con mi hijo, también con él. Es un trabajo a tiempo completo, y requiere de su total participación.

—¿Entonces deberé mudarme?

John se apartó, como si estuviera esquivando un golpe.

—No, nada que ver. No es necesario. Tal vez tengas que quedarte una que otra ocasión, pero no estoy diciendo que te mudes. Es sólo si así lo deseas.

—¿Quedarme?

—Sí, quedarte.

Y me cruzo una pregunta por la cabeza ¿Qué cosa querría él que yo hiciera que necesitaba de mi presencia? ¿Qué tipo de asistente estaría buscando él? No es como que yo estuviera del todo indispuesta, ¿vivir con otra persona por dinero? Ni siquiera sabía si iba a ser contratada, pero, ya estaba preocupándome por cosas relacionadas a un trabajo que aun no tenía.

—Claro, el trabajo estará muy bien pagado. □ Agregó, cosa que creo que hizo por mi cara pensativa.

—No lo pongo en duda □ dije con un tono sutil de sarcasmo. Estaba pensando sólo en los lujos que había visto desde la entrada hasta su oficina; no podía ni imaginar en cuanto dinero tendría para pagarme.

Así que cogió una pluma de un portalápiz, que estaba a unos escasos centímetros de su mano, y anotó algo en una hoja que luego arrancó para entregarme.

—Esto sería el pago base. Está sometido a un aumento.

—Vale. Mi sueldo.

—Sí, eso mismo, le haré entrega de esto de forma semanal, por ahora □ respondió □ luego, conforme vaya pasando el tiempo y

usted vaya absorbiendo diferentes responsabilidades... □ comencé a perderme en mis pensamientos □ se le irá aumentando el sueldo.

¿Qué tipo de cosas esperaba él que yo hiciera? ¿Absorber diferentes responsabilidades? ¿No iba a ser sólo su asistente? Pensé mientras lo veía, trataba de descifrar lo que quería; estaba dispuesta a hacer lo que fuera, claro está, pero por lo menos quería estar al tanto de lo que iba a hacer; uno no va a la guerra sin estar preparado. En ese momento, no sabía lo que me esperaba, incluso habiendo sido advertida por él mismo.

Quería saber cuales serían mis obligaciones como su asistente, pero me ahorre la pregunta y decidí quedarme callada porque tal vez, sólo tal vez, eso podría determinar si me contrataban o no.

Me fui de regreso a la sala de espera (haciendo memoria de cuantas personas faltaban por ser entrevistadas) y comprendí que no era la mas atractiva, tal vez ni siquiera era la mas capacitada o la más competitiva y, en definitiva, tampoco sería su primera opción; así que supuse que debía mantener la calma y no jugarme mucho mi suerte; cualquiera podría ser contratado, cualquiera menos yo.

Pero debía regresar al lugar en donde me estaban entrevistando, así que extendí mi mano para recibir el papel en donde había escrito lo que me pagaría en el caso de que me contratase. En lo que lo leí, mis ojos se abrieron más allá de sus limites por sí solos y solté la mandíbula tomando aire como si fuera una aspiradora. Era tan abrumador que de la sorpresa lo escondí en mis manos guardándolo entre mis piernas para que mas nadie lo viese. ¡Cien mil dólares la semana! Era sencillamente absurdo, grotesco; superaría las expectativas de cualquiera.

De inmediato, empecé a imaginar todas las cosas que podría hacer con ese dinero; pagar, ayudar, administrar, vivir... era simplemente maravilloso.

—¿Exactamente qué quiere que haga? ¿Tengo que matar a alguien todas las semanas? □ dije, cosa que ni siquiera sé por qué pensé en decir. Lo había dejado escapar por mi boca como una broma, luego de terminar de hablar fue que reaccioné que era una de mal gusto.

Para mi sorpresa, John no respondió a eso. Solo me miró con su rostro serio e imperturbable.

—Es dinero justo que se ganaría de manera honrada. No veo ningún problema con pagarle esa cantidad de dinero, señorita Karen.

—Oh, no, no □ negué insistentemente, si creía que no estaba a gusto con lo que me había ofrecido, tal vez le bajaba al sueldo. □ Claro que no. Es solo que resulta un poco abrumador ese monto □ me excusé.

—Estamos hablando de un trabajo en el que necesito que haga todo lo que yo le pida, sin importar qué □ me miró, como si esperara una reacción de mi parte, pero no hice mucho que mirarlo fijamente esperando que continuara □ descuide □ dijo por fin □ no será nada malo o que atente contra su integridad moral □ de nuevo, hizo una pausa como si estuviera esperando un gesto de mi parte □ pero si serán cosas que puedan o no hacerla parecer mas que una asistente.

—¿Por qué lo dice? □ traté de conseguir información, de todos modos estaba siendo un poco misterioso, no iba a conseguir mucho si no le preguntaba □ ¿qué quiere, mas o menos, que haga?

—Nada del otro mundo, cosas enteramente personales.

—¿Personales? □ pregunté, insinuando una pregunta mas compleja y con un sentido mas personal, si sabes a lo que me refiero.

—Oh no □ evidentemente entendió mi pregunta □ No ese tipo de cosas personales, señorita Karen.

Dejé escapar un suspiro de alivio, no por no tener que hacer de esas cosas, o que se tratara de otro tipo de entrevista extraña de ese tipo en el que el hombre le pide a su empleada que haga ciertas cosas para complacerlo sexualmente, o que le cuide la vida como si fuera una esposa, o por mi falta de experiencia con el sexo, sino porque por mi situación en ese momento me habría obligado a aceptar sin importar qué, mas que todo, por esa ridícula paga con la

que en un simple año podría llegar aun punto en el que no tendría que trabajar por un largo tiempo, o no trabajar mas nunca.

—Oh, no, yo solo decía, era para saber □ dije con total naturalidad, como si no se tratara de nada, fingiendo confianza e indiferencia con el tema pero realmente aliviada de que me interrumpiese antes que le dijera que no tenía problema con ello.

—Como mi asistente, necesito que esté completamente dispuesta a seguirme a todos lados, a programar todas mis citas, reuniones, todo lo que necesito, □ traté de mantener un rostro sereno en todo momento, no demostrar que estaba sorprendida, así que todos los gestos que yo hacía se veían raros (bueno, así los sentía yo) □ creo que llegará incluso un momento en el que tendrá que estar pendiente de mi desayuno. Mi vida es un poco atareada y necesito un par extra de manos y otra cabeza para poder mantener el ritmo ¿entiende?

—Un poco □ respondí.

John me miró como si no estuviera conforme, o tal vez estaba preguntándose algo, o tal vez sólo me miró. El punto es que me pareció realmente intimidante.

—Estamos hablando de completo compromiso con el trabajo □ continuo □ no es tan simple como ser mi secretaria, porque hay una palpable diferencia entre ambas y una de ellas es que ya tengo una secretaria pero no una asistente ¿comprende a lo que me refiero?

Asentí con mi cabeza, casi por instinto, como un sistema de defensa para prevenir que supiera que no estaba siguiéndolo del todo. Sí sabía de que hablaba, pero su forma de ser me resultaba un poco intimidante y me perdí en sus palabras, en su voz, en su naturaleza al decir las cosas. No comprendía del todo lo que me decía sino hasta unos segundos después de que asentía como entusiasmo.

—Bien, porque estoy buscando a alguien que no esté comprometido con más nada □ de repente, hizo una pausa; había recordado algo □ oh, por cierto, ¿está usted casada? ¿tiene hijos? ¿pareja? ¿vive con sus padres o algo por el estilo?

La naturaleza de la pregunta me parecía extraña. La verdad, no había pensado en esa posibilidad porque no tenía nada de lo que había mencionado y no representaban un problema, pero, luego de analizarlo un poco, lo entendí. También ayudó que él mismo me lo explicase.

—Yo no tengo problema con eso, pero este tipo de trabajo que le estoy ofreciendo consumirá su tiempo y significará que deberá descuidar ciertas cosas □ agregó □ estoy buscando a alguien que no tenga muchos obstáculos en su vida.

—No, no tengo ningún obstáculo en mi vida. No tengo pareja, □ respondí □ mis padres no viven aquí y no tengo hijos □ poco a poco, las palabras se escapaban de mi boca como torpedos, uno tras otro, dejándose controlar por mis nervios □ porque no es biológicamente posible tener un niño sin la participación de un hombre y, como ya le dije, estoy soltera, así que estoy disponible y nada me estorba en la vida más que no tener suficiente dinero □ lo dije todo con una sonrisa en los labios que no puedo ni siquiera justificar.

—Está bien □ dijo John, arrastrando las sílabas como si se tratara de algo raro, como si estuviera buscando evitar hablar conmigo, o tal vez era un hábito.

Leer sus respuestas era algo extraño. Hablar con él sin conocerlo presentaba un reto enorme en cuanto al hecho de traducir las cosas que decía ¿Era bueno, malo? ¿le gustó o no mi respuesta? Su forma de verme y de hablar me obligaban a pensar lo peor; mi paranoia o su forma de ser, una de las dos era; no confío mucho en mi paranoia así que creo que podría ser eso. El punto es que ese día estuve debatiéndome entre la cordura y la locura.

De nuevo, solo sonreí tratando de ocultar mis nervios, manteniendo los ojos cerrados convencida de que eso ayudaría. Si yo no lo veía él no notaría que estaba nerviosa.

—En ese caso, creo que es importante decirle que en cuanto a la parte de «subirle el sueldo» no aplica si le pido hacer algo a lo que no espera tener como responsabilidad, señorita Karen.

—¿Cómo así? □ sentí como si un golpe de malas noticias apareciera de repente.

—Cuando digo que absorberá responsabilidades me refiero a que tal vez, y sólo tal vez, pueda que le pida que haga algo aparte de su trabajo. Si dicha petición es mucho para lo que está ganando, le aumentaré el sueldo. De lo contrario, seguiría cobrando esa cantidad que le mostré.

Me esperaba algo peor. Saqué el papelito de entre mis piernas para volverlo a ver; necesitaba evaluarlo de nuevo, saber exactamente qué me estaban ofreciendo; pensé en lo que eso me serviría (de nuevo) y me dije a mi misma que con un sueldo como ese, podría pedirme lo que fuera.

—No tengo ningún problema, señor Finman, estoy más que satisfecha con ese monto. Su usted lo dice, lo haré.

—Perfecto entonces.

John solo se levantó de su asiento y me miró con un gesto amistoso. Era un cambio, no como para decir que me hizo sentir mejor, pero algo era algo.

—Bueno, señorita Karen □ su selección de palabras me obligaron a saborear un éxito extraño del que aun no era poseedora

Me fui anticipando a lo que me iba a decir, suponiendo que se trataba de una bienvenida acogedor a su equipo de empleados. Comencé a sonreír, entusiasmada por haber conseguido el empleo.

—Fue un gusto conocerla □ su mano alcanzo la mía y la estrechó con la firmeza justa □ la estaré llamando □ y de inmediato mi sonrisa se borró.

El amargo sabor de la derrota era algo a lo que aun no me acostumbraba, a pesar de que lo probaba una y otra vez.

Borré la cara de tonta sorprendida que se asomó por una fracción de segundo y volví a sonreír por cortesía y educación, estrechando y sacudiendo su mano como si hubiéramos cerrado un trato. Estaba genuinamente angustiada porque quería preguntarle si realmente estaba siendo contratada o sólo era una formalidad de su parte.

—¿Estará llamándome? □ pregunté; las palabras se salieron de mi boca, no las pude controlar. Para cuando me di cuenta de lo que había dicho, ya era muy tarde.

—Sí, la estaremos llamando, tengo que hacer más entrevistas.

John seguía imperturbable a pesar de mi evidente insolencia al preguntarle como si me correspondiera hacerlo. Aunque eso no me detuvo.

—No va a contratarme de una vez ¿verdad?

John me miró desconcertado. Lo primero que me vino a la mente es que seguro pensaba que estaba loca, que probablemente se me había zafado un tornillo o algo parecido. Levantó la ceja, con una sonrisa que decía: ¿en serio?

—Pero si no hemos llegado a nada señorita Karen. Esta es la entrevista nada más.

—Pero me dio los precios.

—Para que supiera cuanto iba a ganar, es un requisito que los postulantes lo sepan.

—Pero ¿no quiere decir que está interesado en mi como su asistente? □ la desesperación comenzó a hablar por mi. □ Puedo hacer cualquier cosa que me pida, no me quejo, soy rápida soy eficiente...

Estaba humillándome a mi misma, estaba dispuesta a conseguir ese trabajo sin importar qué, incluso así no tuviese nada que ver con lo que había estudiado.

—Yo puedo hacer lo que sea... yo □ intenté seguir hablando pero la adrenalina que me invadió para poder hablar cuando sabía que no podía ni debía, hacía que mi voz temblase.

Lo peor de todo eso es que aquella conversación humillante se desarrolló mientras tenía todavía su mano aferrada a la mía. Mientras más hablaba más se la apretaba, aunque me dio la impresión de que él no notaba la diferencia entre un apretón suave y uno fuerte viniendo de mi.

Seguí estrechándole la mano, no intentaba quitarla por ningún motivo. Su mirada fija en mi, su rostro tranquilo y educado. De repente, una sonrisa se fue asomando con calma, como si la estuviera usando para tranquilizarme. Lo estaba logrando.

—Señorita Karen, tengo que entrevistar a más personas para ver si son adecuadas para el trabajo. No quiero decirle que no, ni a usted ni a otro, pero me temo que tengo que tomar una decisión en cuanto a quien podré confiarle el control completo de mi vida □ John hablaba de tal forma que inspiraba seguridad □ no puedo contratarlos a todos, así que deberé pedirle que tenga paciencia y espere. Si es usted a quien decido contratar, se lo haremos saber.

John comenzó a clamarme a su manera. Su voz, me obligó a tranquilizarme al introducirse en mi cabeza sin mucho esfuerzo.

—Está bien □ respondí, una vez terminó de hablar; resignada y conforme con su respuesta.

John me soltó la mano y volvió a embozar una sonrisa.

—Vale, entonces nos estamos viendo. □ dijo □ que tenga un buen día, señorita Karen.

—Sí, nos estamos viendo.

Le regalé una sonrisa llena de vergüenza, tratando de parecer como ese tipo de mujeres que no discuten ante nada, un poco sumisa, tal vez pasiva... desgraciadamente estaba al tanto de que había perdido mi oportunidad. Estaba segura de que lo había arruinado todo, y, habiéndome dado la vuelta para salir por el umbral de la puerta de su oficina sin mirar atrás, me invadió una inmensurable frustración junto con las ganas de gritar o golpear algo; definitivamente lo había echado todo a perder.

—Demonios, Karen ¿por qué rayos eres así? ¿No podías quedarte callada? Ahora sí no te van a contratar.

Iba caminando y discutiendo conmigo misma con la cabeza baja y las manos tomadas una de la otra. Pasé por la sala de espera y atravesé el grupo de personas que estaban esperando a ser atendidas. En ese momento levanté la mirada y evalué mi competencia: mujeres y hombres jóvenes, chicas con cabellos

hermosos, maquilladas a la perfección; hombres vestidos de manera natural, pero sin desbordarse en lo informal. Su forma de sentarse, sus maneras, sus sonrisas.

Eran todo lo que yo no podría ser jamás y que, de seguro, así llamarían la atención de John, obligándolo a contratarles de inmediato. «No puedo contratarlos a todos» vinieron a mi mente sus palabras junto con la sensación de apretón en mi mano derecha, por unos segundos me hizo sentir bien.

De repente, alguien murmuró algo. Todos estaban hablando en un tono de voz moderado, pero ese murmullo, tan poco sutil como pueden ser todos los murmullos a pesar de que creamos que nadie sabe que estamos murmurando, vibró por el aire de una manera diferente hasta llegar a mi tímpano.

—Parece abatida □ escuché que alguien dijo.

—¿Qué le habrán dicho? □ preguntó otra.

—¿Qué tan malo es el señor Finman?

—Parece que va a llorar.

No sabía si me lo estaba imaginando o si realmente lo decían.

Traté de mantener mi mirada fija en la puerta, tal vez se me notaba demasiado la derrota en el rostro por muy a pesar de estar convencida de que no, pero mientras estuviese allí, no iba a actuar como no quería hacerlo: como una perdedora. Así que sólo miré a la puerta, señorialmente, segura, sabiendo que quienes comentaban no lo hacían porque me odiasen sino porque querían saber cuáles eran sus oportunidades de tener ese empleo el cual, claramente, yo no iba a obtener.

Me desplazé por en frente de todos ellos sin detener mis pasos, tratando de parecer lo más segura que pudiera y, luego de un suspiro de alivio tras atravesar aquella zona de juicios y comentarios, me dije unas palabras de motivación.

—Bueno Karen, será para otro día.

### 3

Para ese entonces estaba devastada. No había nada que pudiera consolarme, ni siquiera la caja de una docena de donas que me compré camino a mi departamento con parte de la poca cantidad de dinero que me quedaba de mi último pago como empleada.

El trayecto (paso por paso), cada uno de los peatones que evité, el autobús que cogí para que me llevara hasta mi parada y las calles que crucé arriesgando mi vida, pasaron por un lado de mi vida como si se tratara de un potencial comprador indiferente ante las vitrinas de una tienda de adornos aburridos.

—Las cosas podrían ser peores □ me dije, mientras abría la puerta de mi departamento.

Estaba segura de que llegaría a mi sofá, encendería la televisión y cogería esas doce donas para engullirlas junto a mis penas como una metáfora. Las deudas, la soledad, la falta de alimentos balanceados; esas cosas que no puedo tener porque: o son muy costosas o simplemente son inalcanzables; tanto estas como otras, me parecían tan lejanas como lo fueron esa mañana antes de que me levantara con tanto optimismo.

Es que, ese día, camino a la entrevista, me había propuesto estar de acuerdo con cualquier cosa, sin importar qué porque necesitaba salir del desempleo que acababa de empeorar con la compra de esa docena de donas.

La renta del departamento llevaba meses vencidas.

En este, todo lo que había ahí: una nevera que ni siquiera era mía, un pequeño horno eléctrico con unas hornillas casi inservibles en la parte de arriba en donde preparaba todo en una única olla de aluminio que alguna vez sirvió para algo; el sofá desgastado y polvoriento que había proclamado como mío cuando en verdad era de mi hermana, junto a un televisor que me daba corriente cada vez que intentaba tocarlo... resultaban ser, en conjunto, un simple recordatorio de mi miseria.

Mi vida, junto con aquellas donas, se desmoronaba en mi interior causándome algún tipo de problema; fuera un mal gasto, una deuda o una mala idea.

Sentada en aquel sofá, sentía que mis inquietudes flotaban a mi alrededor acumulado como pequeñas partículas de polvo que infestaban el aire del departamento, ensuciando mis pulmones y arruinando mi vida. Se elevaban como un ente espeso que no vivía más que para molestarme mientras que intentaba ahogar mis penas en donas y soledad.

Y ahí estaba, inconforme con los resultados de mi entrevista, vacía tanto por dentro como por fuera.

—¿Cómo te fue? □ me preguntó mi hermana al teléfono, que estaban a punto de cortar por falta de pago □ ¿Qué tal la entrevista?

Tenía cierto entusiasmo que llevaba de la mano con su forma de vivir; alegre, graciosa... ella era ese tipo de personas de la que siempre esperarías un gesto agradable o de amabilidad, una sonrisa; lo que fuera; y esa misma forma de ser no se había ausentado en aquella llamada.

—¡Vamos! Dime, cuéntamelo todo □ insistió.

Yo me había negado las primeras dos veces.

—No, no fue nada, luego te cuento □ vacilé □ Cuando te vea.

—No, cuéntame ahora, quiero saberlo todo. ¿qué te dijo? ¿Cuánto es la paga? ¿Cuándo empiezas?

Mi hermana menor no era precisamente la primera persona a la cual querría contarle lo que me había pasado, mucho menos que no conseguiría el trabajo ni porque me cogiera al jefe.

—Dijeron que me iban a llamar □ dije por fin.

—¿Qué te iban a llamar? ¿Cuándo? ¿Cómo?

—Pues con el teléfono o el móvil; no sé, cuando sea que lo hagan.

—No puedes esperar, tienes deudas qué pagar.

—Lo sé, pero no puedo hacer nada, simplemente no puedo decidir por ellos.

—Pero, te van a llamar ¿verdad?

Valeria sonaba abrumada, podía sentir la preocupación en su voz eclipsando el anterior entusiasmo con el que hablaba. Quería poder decirle que todo iba a estar bien, que no se preocupara porque las cosas se iban a arreglar; pero yo sabía que no.

El sólo imaginarme cómo mi hermana se sentía inútil, me hacía sentir más inútil a mi. Valeria se había encargado de ayudarme por un tiempo pagando mi renta, o postergando lo inevitable (como yo le decía), las deudas con mi tarjeta y demás; una ayuda sutil pero ralmente valiosa que no puedo dejar de agradecer. Yo sabía que ella quería ayudarme y el decirle que esta vez no podía hacer más nada, me rompía el corazón.

—Probablemente sí □ le mentí, ni siquiera sabía si aun me recordaban.

Emboqué una sonrisa, porque alguna vez leí que cuando sonríes tu voz suena diferente y no recuerdo en dónde, si era cierto o no, pero estaba dispuesta a hacer lo que fuera para que mi hermana se sintiera mejor.

—Ojalá pudieras venir a vivir aquí □ dijo, quebrándome más y más el corazón.

Valeria vivía en otro estado, a unos cientos de miles de kilómetros, abrumada por sus propios pagos, atendiendo a su familia e incapaz de poder darme el asilo ni la ayuda que tanto quería darme.

—No te preocupes, yo estaré bien ¿cómo están los enanos?

—Alicia está bien, jugando con sus videojuegos y Luciano está durmiendo; él también se encuentra bien □ en su voz pude notar que hizo el intento para tragar su frustración apoyando a mi cambio de tema.

—¿Cómo van en la escuela?

—Están de maravilla □ vaciló □ sí, les va muy bien. Alicia está sacando buenas notas, tienes muchos amigos, y consiguió ser

capitana del equipo de soccer.

—¿En serio? □ pregunté entusiasmada □ ¡Vaya! ¡Que maravilla!  
□ aquella noticia se las arregló para hacerme mejor el día.

—Sí □ dijo Valeria, con una risa ahogada, quebrada; podía notar que estaba llorando. □ Sí, ha estado trabajando muy duro para hacer eso, y le gusta. Yo la apoyo □ me la imaginé mirándola desde le teléfono.

Probablemente estaba en su habitación, lejos de su hijo, pero en ese momento me la imaginé asomada en el borde de alguna pared, viéndola desde lejos, contemplando a su pequeña niña de once años que se distraía con sus juegos de video.

—¡Rayos, chica! ¡Eso es □ vacilé de alegría □ es asombroso! Ella es asombrosa. Estoy tan orgullosa de esa enana.

Por un segundo, la presencia espesa de mis problemas sencillamente desapareció. Era como si nunca hubieran estado ahí y le estuviera dando paso a la positividad, a las posibilidades buenas que me llevarían a un mejor lugar. Estaba sintiéndome bien conmigo misma porque, de algún modo, saber que a mi sobrina le iba bien, me hacía sentir que el mundo no era tan malo, a pesar de saber que evidentemente lo era.

—¿Cuándo te podemos ver? □ preguntó Valeria, luego de una pausa, haciendo parecer repentina su pregunta □ Los niños quieren ver a su tía favorita...

—Soy su única tía, Vale.

—Por eso mismo quieren verte. Ya hace más de dos años que no los ves ¿cuándo piensas que puedas verlos?

De repente apareció un silencio incomodo en la llamada. Sin ponernos de acuerdo, simplemente dejamos de hablar al mismo tiempo porque sabíamos a que nos llevaría esa conversación; a ese resultado en el que yo le contaba lo mucho que quería ir, pero no podía por diferentes causas, en el que ella insistía, en que discutíamos mi falta de administración, mis malas decisiones y mi (según ella) ferviente deseo de conseguir el trabajo, el hombre y la vida soñada en la capital mientras que ella hace lo imposible para

mantener a dos niños por sí sola. Tanto lo habíamos tocado que ya ni ganas teníamos de hablar al respecto.

Pero esta vez había algo diferente, sabía que Valeria quería que habláramos de otra cosa, algo más reciente, eso por lo cual me llamó. Sabía que yo no le estaba diciendo todo, teníamos mucho tiempo conociéndonos.

—¿En serio no me vas a decir cómo te fue? □ preguntó, quebrando el silencio que se interponía entre nosotras.

A pesar de ser mi hermana menor, de haberla cuidado cuando mi madre o padre no podían, Valeria tenía esa forma de ser tan autoritaria y protectora con la que desea lo mejor para mi, portándose como mi mamá o algo parecido; y luego de que consiguió una relativa estabilidad económica, yo pasé a ser quien necesitaba de su apoyo, de su cuidado, etc., etc.

—Tienes que decírmelo, sino deberás venir para aquí y trabajar conmigo. Ya habíamos quedado en eso □ dijo con autoridad.

—Lo sé □ respondí como una niña regañada □ pero es que yo quiero...

—No Karen, no podemos estar en estas todo el tiempo.

—Pero yo no tengo culpa de que se hayan ido

—Esta vez □ dijo □ ¿y las otras? ¿qué pasó con los otros empleos? ¿Ah? ¿Qué fue lo que no hiciste que no tuvo nada que ver con tu despido?

Mascullé una queja ante su insistente manera de hablarme con tanta certeza.

—De todos modos, no voy a dejar de intentarlo, no he dejado de intentarlo desde que se fueron del país.

—Entonces, ¿me vas a decir qué fue lo que te dijeron en la entrevista? ¿Me dirás si realmente lograste conseguir el trabajo?

Suspiré; suspiré porque sabía que no podía encarar a mi hermana ni siquiera por teléfono, que no podría decirle que probablemente había arruinado mis posibilidades de trabajar con un tipo que me ofrecía más de lo que podría ganar en un año de arduo trabajo en

sólo una semana. No quería contarle nada al respecto porque sabía que si lo hacía se molestaría conmigo.

—Valeria, no quiero hacer esto □ vacilé □ mejor hablamos en otro momento.

—Karen, espera.

—Lo siento. Te quiero mucho. Hasta luego.

Y le colgué. Aun tenía las donas en la caja, no había encendido el televisor y experimentaba cierto vacío en mi cuerpo como si acabara de hacer algo malo. No quería arruinar el resto del día ni las donas de despecho, así que simplemente me concentré en ellas.

## 4

Me desperté esa mañana concentrada en mis propios problemas. Saqué los pies de la rechinante cama en la que me había acostumbrado a dormir a pesar de lo incomoda que era, y levanté el resto de mi cuerpo con pereza. ¿Qué podía hacer ahora? Habían pasado días luego de aquella decepcionante entrevista, lo que contribuyó más en mi decepción al entender que, mientras más tiempo pasase, más significaba que no me iban a contratar.

Estuve esperando todo ese tiempo porque me dije que debería tener paciencia, que tal vez se habría retrasado en darme respuesta porque estaba liado o algo por el estilo; mientras no me dijeran «no te vamos a contratar» la batalla no estaría perdida, así que, como había estado haciendo los últimos días, cogí mi móvil para verificar si no tenía algún mensaje sorpresa.

Tomé aire por la nariz, todo lo que pude, recogiendo la fuerza necesaria para desbloquear el móvil y ver si había algo. Solté ese aire un suspiro enérgico.

—Es ahora o nunca, Karen □ me dije, con los ojos cerrados □ si no hay ningún mensaje, ya sabes lo que tienes que hacer. Levantarte de esta horrible cama y buscar trabajo en otro lado.

Traté de abrir los ojos, pero no lo hice, en cambio, los apreté más para no abrirlos.

—Vamos □ intenté motivarme □ no seas una cobarde. ¡Ya dije!, si no hay mensaje hoy, no seguiré esperando.

Mi voz decía una cosa, pero mi mente decía «pero». Un pero que rimaba con: ¿y si no me ha enviado un mensaje porque no tiene mi número? ¿y si consigo otro trabajo y luego nos llama y no podemos aceptarlo? Eran cosas que no decía, pero estaba totalmente segura que pensaba.

—Pero nada, Karen, tenemos que dejar de esperar. Si no nos ha enviado ningún mensaje, quiere decir que no nos quiere como su asistente. Así que, concéntrate. □ me dije.

Hablaba conmigo misma porque necesitaba llenarme de valor. Fingía tener una motivación que realmente no tenía y hablaba como si fuera realmente fuerte cuando en realidad, al igual que los últimos días, el corazón me palpitaba nerviosamente ante la expectativa. ¿Qué podría conseguir? ¿Una respuesta negativa? ¿Nada? Mi instinto decía que me rindiera, que buscara otro empleo, pero mi absurda esperanza, dominada por el deseo de poder tener ese trabajo tan bien pagado (principal razón por la que me obligué a esperar por una respuesta) me decía que me había dicho que sí, que había considerado contratarme, que tuviera paciencia.

Así que, la batalla personal que estaba librando en mi interior entre hacerlo o no, llegó a su final con un: «sí lo haré», como resultado. Abrí mis ojos, puse el dedo índice en el botón de desbloqueo superior del móvil y lo apreté con fuerza, intentando hundirlo hasta el inframundo.

La primera vez no hizo nada.

—¿Qué demonios?

Pensé que podría estar dañado el botón, así que le di esta vez con la uña apretando justo en el centro.

—Ahora sí que me jodí □ dije, pensando en que se había dañado definitivamente.

Lo apreté una tercera vez, pero manteniendo el dedo puesto, esperando que se encendiera porque probablemente estaba apagado. Estuve haciendo eso por cinco minutos hasta que me resigné y abracé la posibilidad de que estuviera sin batería, así que lo conecté a la corriente para que se cargara mientras me preparaba para intentar buscar trabajo de nuevo. No me había resignado, pero, no podía esperar sentada semi desnuda viendo al vacío, debía hacer algo.

—Bueno, luego reviso □ me dije y caminé hasta el baño como si fuera una mujer completamente nueva.

Me detuve en frente del espejo y comencé a cepillarme el cabello y los dientes.

—Hoy es un nuevo día □ le dije a mi reflejo □ No te sientas mal.

Comencé mi rutina de belleza partiendo desde bañarme y terminando en vestirme con mis mejores prendas. Nada se las arreglaría para destruirme el día, ni siquiera un mensaje que nunca llegaría, o tal vez sí. En lo que mi rutina terminó, continué con mi protocolo matutino antes de salir.

No tenía más que cereal para desayunar así que me serví un plato completo con un poco de azúcar, leche y lo comí mientras veía televisión y esperaba a que mi móvil terminase de cargar. En lo que acabé mi primera comida del día, me levanté, cogí el móvil sin encender y me aproximé hasta la puerta.

Me detuve en seco antes de colocar la llave en la ranura.

—Veamos □ dije, levantando la mano en la que tenía el móvil □ tal vez sí me respondió, tal vez si me envió un mensaje ayer y como estaba apagado no lo vi.

El corazón comenzó a palpitarme con fuerzas, estaba desesperada por saber la respuesta a mis dudas.

El aparato comenzó a encenderse, así que sólo esperé, con la mano puesta en posición, sosteniendo la llave para quitar el seguro y salir de ahí.

—Si hay un mensaje, me quedo, si no, salgo. □ dije.

Deseaba fervientemente que hubiera un mensaje.

El aparato continuó encendiéndose; no sabía si era porque estaba tardando en hacerlo como cosa rara o era mi impresión. En lo que pasó a la pantalla de bloqueo, me pidió desbloquearle por lo que apreté la pantalla, colocando los números, pensando que, de haber un mensaje, habría llegado de una vez, pero aun no me había rendido.

Fue acercando lentamente la llave a la cerradura, notando que no tenía señal, así que me moví un poco para adelante, más cerca de la puerta y, con una sutil rayita, esperé varios segundos a que el móvil reaccionara.

—Sí me mandó una respuesta, yo lo sé □ dije □ lo sé.

No importaba qué tipo de mensaje llegase, sí venía de él, todo habría valido la pena. Y, efectivamente, la espera no fue en vano.

El móvil sonó, obligándome a experimentar un palpito salvaje e intenso que hizo que todo lo demás órganos en mi cuerpo se inquietasen. Desenfocué mi mirada para no leer de inmediato lo que decía la notificación, a pesar de saber que eventualmente debería enfocar la pantalla para enterarme de lo que había sucedido.

—Oh, mierda... □ dije, esquivando las letras.

Luego de obligarme a mi misma a ver, noté que el mensaje era un aviso de mi buzón de voz.

—Rayos, rayos. Es un mensaje de voz □ dije □ ¿y si es de él?

No sabía qué pensar, ¿qué habría sido tan importante como para hacer una llamada y dejar un mensaje? Eso me motivó a hacer lo necesario para ingresar a mi buzón y revisar. Mientras lo hacía, pensaba en todas las cosas que podían decirme, en lo que podría significar eso... estaba inquieta, entusiasmada; experimentaba diferentes sensaciones que simplemente no podía controlar, que demostraban lo nerviosa que estaba.

En lo que entré en la opción para escuchar los mensajes, la espera me tenía desesperada.

—Vamos, vamos □ le dije al vacío, queriendo escuchar de una vez el mensaje de voz.

Luego de un silencio en la grabación, consiente de que estaba escuchando el ruido del fondo de la llamada que habían hecho, comencé a inquietarme aun más. Tenía las dos manos sosteniendo el móvil como si fuera necesario para escuchar mejor, como si necesitara sostenerlo para que no se cayera o algo. Estaba desesperada por saber qué decía.

—Señorita Karen □ en lo que escuché esa forma de decir mi nombre, supe de inmediato de qué se trataba, por lo que dejé escapar un grito de euforia □ espero que escuche este mensaje a tiempo. He estado llamándola a su casa desde ayer pero no he podido contactarla. Traté de llamarla varias veces a su móvil, pero tampoco respondía así que luego de un breve tiempo de espera,

decidí dejarle un mensaje. En lo que pueda, acérquese a mi oficina para explicarle de que va todo. Hasta pronto.

De nuevo, grité llena de entusiasmo.

## Segunda parte

### 5

Entré en el edificio que le pertenecía enteramente a él. Era algo irreal porque sentía que le detallaba todo por primera vez. Los acabados de las paredes, el suelo brillante, los adornos con su nombre y sus iniciales. Me parecía absurdo que no pudiera contratar a todos los que estaban en aquella entrevista días atrás, teniendo tanto espacio a su disposición.

Sonreía como una estúpida mirando todo a mi alrededor, mientras me acercaba lentamente a la recepción, pero sin intención de detenerme allí.

—Buenos días, ¿en qué la puedo ayudar? □ preguntó la recepcionista.

Yo hice caso omiso a sus palabras, concentrada por completo en mi entorno ¿ahí iba a trabajar de ahora en adelante? Me dije, olvidando por completo el trabajo al que me había postulado realmente.

Caminé con descuido, yendo directo a los elevadores porque ya conocía el camino hacía su oficina.

—¿Señorita? ¿Puedo ayudarla en algo? □ repitió la recepcionista.

Me detuve, me devolví y acerqué a su posición. Esta vez reaccioné ante sus palabras, por lo que comencé a parecer interesada cuando en realidad sólo quería ir a ver a John de una vez.

—Eh, sí. Estoy aquí porque el señor John Finman pidió que viniera.

—¿Tiene cita? □ preguntó la recepcionista como si no hubiera escuchado lo que dije. La odié de inmediato.

—Dije que el señor Finman me pidió que viniera □ dije de cierta forma intensa que me hizo sentir como una persona odiosa. Sin saberlo aun, presentí que se lo merecía.

—Entiendo, pero si no tiene cita no la puedo dejar pasar. ¿Me entiende usted a mí? □ dijo.

La recepcionista hablaba de tal forma que parecía un ser desalmado y desinteresado. Sus palabras sólo expresaban una manera mecánica de comunicarse, sin sentimientos, sin intención de ser empática. Lo que más me molestó de escucharla era su sonrisa fingida, era tan perfectamente hecha que cualquiera sabría que es falsa.

Me hablaba con los ojos cerrados, como si no quisiera verme, sin borrar esa estúpida sonrisa de su rostro.

—Si no tiene cita confirmada, por favor espere en los asientos de allá □ dijo, señalando el área de espera a atrás de mi. □ y en lo que haya algún cambio, se lo haremos saber.

—El señor John me llamó para decirme que me quería ver aquí. Debo estar anotada por algún lugar.

—¿Anotada? □ preguntó la recepcionista sin quitar su maldita sonrisa forzada □ no hemos anotado nada del señor Finman el día de hoy, señorita... □ alargó el sonido de la última sílaba de esa palabra para luego hacer una pausa atorrante □ ¿cómo se llama?

—Me llamo Karen Kelson □ dije, asomándome por encima del mostrador para ver si estaba revisando.

Sin quitarme la mirada, comenzó a mover sus dedos. Parecía una maldita máquina sin sentimientos y el sólo verla me daba náuseas. Para cuando terminó de escribir mi nombre, bajó la mirada por un momento, leyó algo y luego la subió.

—Señorita Kelson, me temo que no la estamos esperando hoy. Estuvimos esperándola el día lunes y hoy es miércoles.

En lo que escuché la forma en que resaltó lo obvio, tuve que ignorar mi impulso de golpearla. Respiré profundo para luego hablar.

—Pero el señor Finman me dijo que viniera en lo que recibiera su mensaje, y lo recibí...

—Si no tiene cita, por favor espere en los asientos de allá. Haré lo posible para avisarle al señor Finman que está aquí y él me dirá qué hacer.

—Pero no es mejor que...

—Buenos días, J. Finman Enterprise, ¿en qué puedo ayudarle?  
□ dijo la recepcionista, interrumpiendo nuestra conversación para hablar por el auricular que tenía sujeto a su oreja derecha.

Tuve que aguantar las ganas de darle una bofetada con el puño cerrado para ver si sentía dolor; ahogué un grito de rabia, respiré profundo, miré a mi alrededor para saber si nadie me vio hacer el ridículo y me resigné. Duré aproximadamente un minuto parada en frente de aquella estúpida recepcionista esperando a que terminara de hablar. No me veía mientras que atendía su llamada, así que luego de un rato, simplemente me cansé de verla y me di media vuelta para ir a sentarme en donde me había dicho.

Por lo menos □ pensé en ese momento □ había aceptado que John me había llamado, así que la mitad del camino estaba recorrido. Sólo faltaba que llamase a John, le explicara que estaba aquí y pronto comenzaría a ganar cien mil dólares la semana. El concebir esa idea mientras caminaba hacía los asientos dispuesto en el área de espera, me hizo olvidar por un momento la ridícula forma de ser de aquella recepcionista.

—Señorita Kelson □ dijo la recepcionista, con un tono de voz melódico, como si estuviera cantando mi nombre con tanta arrogancia, frustrando mi camino hasta el área de espera.

Respiré profundo, soltando mi frustración entera en un suspiro de descontento e infelicidad. Me di la vuelta fingiendo una sonrisa y la miré desde donde estaba (justo entre los asientos y ella. Ni muy cerca del área de espera o de la recepción) y respondí de la forma más cordial que pude escenificar sin insultarla o gritarle.

Creo que parte de ese odio era injustificado, pero, desde ese día, no ha hecho más que darme mala espina; así que no me arrepiento de odiarla desde el día uno.

—¿Sí? □ le pregunté, sin poder tolerar más su presencia aun así estando muy lejos de mi.

—El señor John está esperándola en su oficina.

Aquel mensaje llegó más rápido que la luz. En lo que escuché «el», de inmediato comencé a caminar dirigiéndome a los elevadores. En

lo que pasé al lado de la recepcionista, la miré, fingiendo una risa forzada y una cara de agradecimiento que no sentía y le hablé:

—Muchas gracias □ dije de forma vacía.

Su oficina se encontraba en el último piso de aquel edificio, así que me tocaría esperar un poco. El elevador era ridículamente rápido, así que no tardé mucho en llegar, como uno o dos minutos. Antes de darme cuenta, ya estaba camino a su despacho, mirándolo todo con otros ojos.

El lugar está distribuido de tal forma que en ese instante me dio la impresión de que había sido hecho para parecer un espacio diferente cada vez que entrabas en él.

Se empieza con la puerta principal de vidrio justo en frente de los elevadores, unos sofás grandes dispuesto en la pared uno frente del otro, en una sala en donde se encontraba la segunda recepción que veía en aquel edificio, con una pared principal en todo el medio del lugar con el logo de la empresa que consistía de las iniciales del señor John Finman (al igual que en la recepción en planta) tan grande que era imposible no verlo, separaba la sala de espera de un pasillo que daba a la oficina del señor John.

J. Finman Enterprise (JFE).

La primera vez que estuve allí (disgustada por la forma tan egocéntrica del hombre de ponerle su nombre a su empresa), no esperaba volver a entrar como alguien quien compartiría, desde ese punto de mi vida en adelante, con él mucho tiempo.

Luego de leer aquel inmenso logo, se pasa a la sala de espera.

Aquel increíble lugar, tan cómodo como si se tratara de un sitio único para los grandes empresarios del mundo (porque ahí sólo van personas importantes; no todos gozaban del privilegio de decir que tienen una cita directa con el señor John), es evidencia suficiente para ver que mi nuevo jefe sabe cómo gastar su dinero. Sus adornos de primera clase, su perfecta iluminación, ese aroma de lugar de gente rica y asientos de piel realmente cómodos dispuestos para quienes puedan tener el placer de estar ahí, se veían diferente

en ese momento porque estaba prácticamente vacío (estado en que se encontraba parte del tiempo).

Luego de ello, nos encontramos con una pared en la cual hay un par de puertas inmensas que dan al despacho del señor John que, por sí sólo, es inmenso.

Era algo completamente irreal. Pensé que estaba soñando, pasé a la sala de espera y caminé directo a aquel par inmenso, e intenso, de puertas, hasta que mi nuevo trabajo me despertó con un cubo de agua helada.

—Tú debes ser Karen □ dijo una chica con un auricular en la oreja derecha y una Tablet en la mano □ mucho gusto.

Hablaba con tanta rapidez que sólo se podía comparar con la forma en que movía sus pies por el lugar. Apareció de repente de ningún lado sin avisar. Miré a mi alrededor para buscar algún escondite del que pudiera haber salido, pero no lo encontré.

Inmediatamente se acercó, comenzó a arremeterme con información. Parecía una masacre en un campo de guerra. Ella siendo el enemigo favorecido con la mayor cantidad de balas y yo el que sólo recibía cada impacto como una ráfaga imparable de detalles.

—De ahora en adelante serás la asistente del señor John, por lo que deberás tener esto □ sacó un móvil del bolsillo de su chaqueta □ es tu nueva biblia; la deberás llevar para todos lados. Será tu agenda de contactos, tu bloc de notas, tu GPS, tu reloj... todo lo que necesites que sea.

La secretaria de John dejó de caminar antes de llegar a la puerta y me detuvo con ella.

—Aquí tienes unos auriculares inalámbricos para que los puedas usar para hablar por teléfono, escuchar música, anotar las cosas que necesites y no arruinen tu look □ continuó diciendo □ de ahora en adelante deberás estar dispuesta únicamente para el señor John, a toda hora, a todo momento, en todo lugar. No sólo serás su asistente así que prepárate para lo que sea.

—¿Cómo que no sólo seré su... □ traté de preguntar, pero hablaba tan rápido que no me dio tiempo de hacerlo.

—Absorberás parte de mis responsabilidades como secretaria, así que deberás tener conocimiento de todos sus negocios, de sus reuniones y todo lo que tenga que ver con su participación en esta empresa.

—Pero...

—El señor John necesita que su asistente sepa todo lo que pueda de él así que concéntrate.

La secretaria tomo aire, dándome la impresión de que iba a hablar más rápido aun, y, dicho y hecho, comenzó con su explicación:

—John se despierta todos los días a las ocho de la mañana. Le preparan su desayuno exactamente una hora después así que deberás estar lista en la cocina antes de eso □ explicó □ Lleva a su hijo al colegio sin demora y sin falta y siempre lo despide en la puerta de su salón como todo gran padre.

Cada palabra que decía se entendía perfectamente a pesar de lo rápido que hablaba. Claro, no era como que eran diez palabras por segundo, sino que era obvio que no le gustaba perder el tiempo. Lo más gracioso de todo ello, fue verla hacer una pausa para continuar hablando.

Tomaba aire como si fuera a sumergirse en el agua. No sé si era porqué no quería olvidarse de lo que iba a decir (aunque no era el tipo de información que creía que pudiera olvidar) o porque realmente le faltaba el aire, pero era muy gracioso verla hacerlo.

—Viene todos los días para la empresa y se queda en un lapso de tres horas o más, dependiendo de lo que se presente en el día □ continuó □ Los fines de semana sólo viene por media hora y pasa el resto del día con su pequeño. Deberás tener acceso a todos sus vehículos por lo que □ señaló el aparato con el dedo de la mano □ , en le móvil, tienes el código de acceso a las llaves de todos esos coches; son veinte en total.

—Mierda □ dije, entre un murmullo y una exclamación muy obvia y desagradable.

Haciendo caso omiso a mi palabra malsonante, metió su mano en el bolsillo izquierdo y sacó un juego de llaves que luego procedió a describir.

—Aquí tienes las llaves de su departamento en Nueva York, de su casa de verano, de su residencia aquí en la ciudad y de su oficina □ dijo mientras me entregaba el juego de llaves □ deberás aprender todo lo que puedas del negocio así que tienes anexado en el móvil que te di una serie de documentos que te ayudaran a entender de manera rápida y sencilla todo lo que debes saber.

—¿Debo administrar la empresa también? □ dije con cierto sarcasmo, riéndome sutilmente después, porque creí que lo había tomado como tal.

—Si se presenta la ocasión, es posible □ respondió la secretaria con tanta seguridad que de inmediato me borró la sonrisa del rostro. □ Así que □ y continuó hablando □ por ahora, eso es todo □ vaciló □ creo.

Bajó la mirada y se vio los dedos de la mano. Sostuvo la Tablet con su brazo y su pecho para comenzar a hacer un ejercicio de gimnasia cerebral. Se quedó haciendo eso por varios segundos y luego regresó la vista hacía mi.

—Sí, al parecer es todo lo que necesitas saber por ahora □ dijo con completa seguridad.

—Entonces ¿no dirás más nada? □ pregunté, conmocionada por tanta información.

La secretaria cerró los ojos y amplió su sonrisa.

—No, más nada, ya estás lista para ver al señor John.

Yo continuaba escuchándole. Luego de aquella afirmación, mi atención se perdió por completo y descuidé lo que ella me estaba diciendo. Esa chica no me pareció el tipo de persona que desperdiciara palabras, por lo que entendí que lo que me había dicho era sumamente importante.

La inquietud me comenzó a dominar cuando deduje que no había prestado toda la atención adecuada, que no recordaba cada una de

las palabras que me decía y eso, a su manera, me hizo preocupar de forma salvaje. ¡Incluso en el momento en que me hablaba no estaba prestándole atención! De inmediato supe que estaba jodida.

La miré, estando yo, completamente aterrada, y detallé lo que estaba pasando: esa secretaria tenía una vida en la que se dedicaba a atender a John (si no ¿cómo sabía todo eso?) siendo sólo eso, su secretaria, no su asistente... ¿qué podría esperarme a mi?

«Una secretaria no es lo mismo que una asistente» Esas fueron más o menos las palabras que me dijo John. Recuerdo que pensé: ¿en qué lío me he metido ahora?

De repente, hizo una pausa. Hubo un silencio notable lo que interrumpió mi meditación.

—Lo sé □ dijo, como si supiera lo que estaba pensando. □ He estado ahí.

—¿Ahí dónde? □ pregunté a la defensiva. Me sentí invadida.

¿En mi posición? ¿Estar aterrada? ¿Estar a punto de dedicar todo tú día en un completo extraño? ¿En hacer cosas que podrían ser considerados como explotación?

—En ese lado de esta explicación □ dijo con entereza □ Todo esto puede ser un poco difícil de digerir para cualquiera.

—¿Tú dices?

Su forma agitada de hablar fue cambiando por completo. Ya no estaba escuchando a una chica que hablaba apresuradamente, que escupía las palabras como un parlamento memorizado que necesitaba decir o sino su vida corría riesgo de terminar. Era diferente; mejor.

—Sí. Te entiendo perfectamente □ dijo □ esa es la mirada que yo puse también.

—¿Cuál? □ pestañeé y luego me pasé las manos por los ojos como si fuera posible borrar la cara de estúpida que tenía □ no tengo ninguna.

Traté de sonreír, de parecer segura. Tal vez si le decía que estaba aterrada no me considerarían para el puesto. Definitivamente estaba nerviosa.

—¿Has trabajado como la asistente de John? □ pregunté.

—¿Yo? No, para nada □ afirmó □ en parte, realmente sólo soy su secretaria. Me encargo únicamente de imprimir sus documentos y de atender sus llamadas, pero, eso no ha evitado que me pida una que otra cosa.

Aquella afirmación me llevó a suponer lo más obvio.

—¿Eso quiere decir que yo? □ dije, dejando en claro lo que quería dar a entender.

—Puede ser, no te prometo nada, pero, es posible.

—¿Prometerme? ¿Acaso es bueno?

En ese momento, la chica simplemente me respondió con una sonrisa. Me dio la espalda para acercarse a la puerta y, antes de empujarla para abrirla de una forma muy dramática y teatral, giró su cabeza y agregó:

—Un poco de trabajo adicional simboliza un pago muy jugoso.

Y abrió ambas puertas empujándolas simultáneamente. Se giró para ver en su interior y, antes de seguir, podría jurar que, en lo que lo hizo, una especie de luz extremadamente brillante delineó su cuerpo como si se tratara el halo de un ángel. Creo que John tenía las ventanas descubiertas.

—Tenlo en cuenta □ dijo la secretaria apartándose del medio y mirándome rápidamente.

Antes de que mi mirada se acostumbrara al brillo de aquel lugar, una voz familiar me dio la bienvenida.

—Señorita Karen □ escuché decir en el interior □ por fin llega.

## 6

—No creí que fuera a venir, señorita Karen, no después de tantas llamadas □ dijo John, ya solos, luego de que la secretaria cerrara la puerta para darnos privacidad.

—Estoy agradecida de que me halla tomado en cuenta, señor Finman. Estoy realmente entusiasmada por trabajar con usted, no sabe lo mucho que me emociona poder ser su asistente y yo estoy aquí, súper lista para empezar de una vez.

Hablaba como una desquiciada. No tenía ni un poco de sentido lo que decía, sólo lo hice y no recuerdo muy bien qué me motivó siquiera a abrir la boca

—Vaya, si que tienes energía □ dijo John, con un vaso de whiskey en la mano. Se rio un poco y continuó □ ¿estas bien?

John estaba parado detrás de su escritorio. No llevaba su saco, sólo se podía ver su camisa, su corbata y su chaleco. Tenía una mano en el bolsillo que lo hacía ver realmente calmado, atractivo; un empresario que lleva la vida con calma. Era como esos de película.

—¿Yo? □ miré a mi alrededor para saber si estaba hablando conmigo.

Lo sabía, claro que estaba hablando conmigo, pero estaba muy nerviosa para pensar claramente.

—¡Claro que estoy bien! □ exclame un poco; lo más extraño es que John parecía encantado; eso me desconcertó más □ Estoy de maravilla. Estoy feliz, llena de energías. No sabe lo mucho que quería este trabajo. Y ahora que lo tengo ¡vaya! Sí que me hace feliz.

—Me alegra mucho □ tomó un sorbo de su vaso □ siéntate, por favor, tenemos mucho de que hablar.

Reaccioné a los segundos y caminé hasta las sillas que estaban en frente de su escritorio. En lo que me senté, él hizo lo mismo.

—De nuevo □ no podía controlar mis palabras □ realmente estoy agradecida por que me haya contratado.

Cualquiera se habría obstinado rápidamente de mi necesidad. No dejaba de agradecerle que me hubiera contratado. De haber estado en su posición, me habría despedido.

—No es para tanto, sólo es un trabajo □ dijo con una sonrisa despreocupada dibujada en el rostro. Creo que no entendía mi posición □ además, si no hubieras venido hoy, habríamos llamado a otro.

—Lo sé, lo sé. Y estoy agradecida de que haya esperado por mi. No sabe lo mucho que estoy

—¿Agradecida? □ me interrumpió y luego soltó una risa □ sí, creo que estoy llegando a entenderlo un poco.

Sabía que estaba hablando de más, pero no podía dejar de hacerlo. John es extremadamente paciente.

—Lo siento □ me disculpe, amainando un poco mi entusiasmo.

—Descuida □ le quitó importancia a mi preocupación para luego reírse de nuevo.

El hombre severo e imperturbable que conocí en la entrevista se había ido. Una sonrisa iluminaba de forma agradable su rostro.

—No hay problema, no tiene nada de malo que estés entusiasmada ¿sabes? Supongo que tiene sentido que lo estés □ bebió de nuevo de su bebida.

Al tragar, hizo un sonido con su boca como si estuviera saciando su sed de licor, tomó aire e hizo un movimiento corto con la cabeza hacía un lado.

—Sí... □ agregó luego de todo eso, con los ojos fijos en su escritorio □ si que lo entiendo.

La forma en que lo dijo me dejó la impresión de que no estaba hablando conmigo. Luego, simplemente hizo silencio. No decía nada, no apartaba su mirada de su escritorio y parecía que había entrado en una especie de trance. Yo me quede viéndolo, un poco insegura para mi gusto.

John estaba tan sumido en su pensamiento que comencé a mirar a mi alrededor para detallar aquella oficina en la que a penas y había

estado dos veces hasta ese momento. Tenía como una especie de área de estar, tenía un estante atrás de él con varios libros, fotos, unos coches de juguete de colección, adornos y una que otra escultura. La mitad de las paredes de aquel lugar eran de vidrio y daban una espectacular vista a la ciudad. No había notado eso la primera vez porque cuando fui hasta allá todo estaba cerrado por una pantalla que lo tapaba todo.

Tenía un mini bar, una gran alfombra en el medio de la oficina que dividía una parte del suelo entre el escritorio y la entrada como si necesitaran ocupar ese espacio para algo importante. La otra mitad de las paredes que no eran de vidrio blindado, estaban pintadas de un suave gris pastel que le confería seriedad al lugar, con un gran televisor de pantalla plana curva que estaba encendido, pero en silencio.

—Y... □ dije de repente, evaluando aun su oficina □ ¿de qué quiere hablar? □ pregunté, sin mirarle, por miedo a ser reprendida con la mirada.

Quería romper el hielo entre los dos.

—¿Ah? □ preguntó, entrando en sí.

—Que, de qué quiere hablar □ le dije.

—Oh sí, eso □ exclamó □ sí □ dejó el vaso sobre su escritorio y se acercó más al mismo, arrastrando la silla □ pues quiero conocerla mejor, señorita Karen.

—¿Conocerme mejor?

—¡Claro! □ exclamó entusiasmado □ Bueno, mejor dicho: quiero que nos conozcamos mejor. Quiero saberlo todo de usted y que usted sepa todo de mí. ¿Vale? Creo que sería un trato justo ahora que compartiremos tanto tiempo.

—Bueno, sí, tiene sentido para mí.

—¡Perfecto entonces! □ vociferó entusiasmado □ ¿Por donde comenzamos?

Su pregunta me atravesó como si fuera un holograma. No sabía qué decirle. ¿cómo se supone que sabría cómo comenzar?

—Este... no sé. ¿Qué quiere que le diga? □ le pregunté, un poco insegura □

—No lo sé, lo que tú quieras. Quiero conocerte mejor.

—Bueno, mi nombre es Karen, soy una mexicana-americana...

—Vaya, mexicana, eso no lo leí en tu currículum. Kelson, no sabía que ese era un apellido mexicano.

—No lo es. Mi madre es mexicana, mi padre es estadounidense.

—Tiene sentido.

—Sí □ asentí, perdida un poco con aquella conversación.

—Bueno, mi nombre es John Finman, soy un orgulloso hombre español... mi padre también es estadounidense, así que por ello estoy nacionalizado en este país ¿Qué casualidad? ¿No? Los dos somos de ascendencia hispana.

—Sí.

—¿Hablas español?

Algo que es importante acotar es que, durante todo ese tiempo, estuvimos hablando en inglés. Durante el tiempo que transcurre aquí, pocas eran las veces que hablábamos español los dos. Yo estaba familiarizada con el idioma gracias a mi madre y al resto de mi familia.

—Sí. Es mi lengua materna. Mi madre quería que mi hermana y yo habláramos español como si hubiéramos sido criadas en México, así que crecí en una casa bilingüe.

—Pues, supongo que es un requisito, porque a mi me hicieron lo mismo.

—¿Le obligaban a hablar español en casa y a tener un perfecto inglés afuera para que no se notara que tenías acento, pero de todos modos hablaba con acento español cuando querías parecer de tu país? □ me dejé llevar, tal vez eran demasiadas coincidencias.

—Eh □ se rio, no habiendo esperado mi respuesta tan detallada □ no. Tuve que pasar parte de mi infancia en España para poder

hablar perfectamente el español. Así que saltábamos de España a Estados Unidos constantemente para no perder la practica de ninguno de los dos idiomas.

John me miraba fijamente a los ojos, hablando con completa calma. Su mirada me perturbaba, me hacía sentir realmente tonta porque era tan perfecta, tan iluminada. Lo hacía a propósito, sé que me miraba con esos ojos suyos porque sabía que me encantaba que lo hiciera.

En ese entonces no estaba muy segura de si era que estaba siendo controlada por su atractivo o realmente me traía loca, no lo sé. Lo que sí sé, es que sus ojos son maravillosos, simples, un par de pupilas oscuras, pero maravillosos. Ese negro azabache le daba a su mirada una profundidad intensa.

—Pero mi padre me obligaba a hablar el ingles en casa, así que técnicamente tuvimos la misma infancia, se podría decir □ agregó.

—Bueno, si lo vemos de esa forma □ respondí, con una sonrisa nerviosa.

Poco a poco, la tensión que yo misma me estaba imponiendo se aligeraba. Ganaba terreno en aquella conversación al integrarme a mi modo, a decir las cosas que pensaba, al no dejar que mis sentimientos me controlasen. No quería sonar como una estúpida, quería poder dar una buena impresión de mi misma.

—¿Y qué más? ¿A qué querrías dedicarte? □ preguntó como si no hubiera leído mi currículo.

—Soy cineasta.

—Bien, bien ¿y qué haces con eso?

—Bueno, la verdad, no yo, en este momento, no hago mucho □ respondí □ luego de graduarme no conseguí trabajo que me ayudara a mantenerme así que luego de unas cuantas semanas, simplemente comencé a trabajar como asistente.

—Ahora te tenemos aquí □ dijo con júbilo.

—Ahora heme aquí □ repetí.

Yo quería hacerle preguntas a él, saber más al respecto. Ese hombre unilateral, feliz, millonario y atractivo que se veía en las redes sociales, no me era suficiente, quería ver más al hombre que estaba detrás de esa sonrisa de niño perfecto.

—Bueno, yo dejé la universidad para buscar una vida como millonario así que heme aquí.

—Es una historia bastante sencilla.

—Sí, me considero un hombre sencillo; humilde □ resaltó □ mejor dicho.

—Y ¿cómo se hizo tan millonario? □ pregunté □ si puedo saber, claro.

—Claro que puedes saber □ dijo John □ de hecho, es bueno que preguntes.

—¿Por qué?

—Bueno, porque así puedes saber qué hice para llegar hasta donde estoy ahora.

—¿Dejar la universidad y trabajar duro hasta ser millonario?

—Más o menos. Se podría decir que sí □ dijo con modestia □ pero no es tan simple.

—Entonces no es sólo un joven millonario que dejó la universidad y ahora es un importante empresario.

—Soy mucho más de lo que ves □ lo dijo con un tono misterioso que me dibujó una sonrisa en el rostro □ hay mucho más debajo de este manto de éxitos y belleza.

Se rio, yo me reí con él. Estábamos entrando en calor.

—Todo lo que hice fue invertir en las cosas adecuadas, apostar en grande sin miedo a perderlo todo. El tiempo supo recompensarme y ahora, heme aquí. Logré crear una compañía multimillonaria de la nada, tengo dinero en diferentes monedas tanto reales como digitales y estoy apuntando al éxito todavía □ expuso John.

—Ojala hubiera hecho lo mismo que hizo usted, tal vez estaría en una mejor posición ahora □ dije con un poco de nostalgia □ tal vez

debí prestar más atención.

—Ciertamente. Tal vez habría tenido una mejor vida de la que tiene ahora □ John me hablaba con un tono de voz amigable. Sonaba como un hombre muy experimentado hablando de cosas importantes □ aunque no creo que esté tan mal.

Suspiré al mismo tiempo que me quejaba con un sonido nasal. Claro, sí, seguro no sabía lo que era estar mal.

—Si usted lo dice □ dije con sarcasmo, sin dejarme convencer con sus palabras positivas.

Pero John no se quedó con esa. Me miró como si lo estuviera retando a ver quien sabía más de vidas deprimentes.

—Veamos, cuénteme ¿qué tan mal esta entonces? □ inquirió.

Se veía motivado a una conversación que se estableció por sí sola.

—¿Qué quiere que le diga? □ me había dado cuenta de inmediato de su intención, traté de esconder mis ganas de hacer lo mismo.

—Veamos, cuénteme qué tan mal está a ver si no sé nada al respecto.

—Yo no dije eso □ salté, sintiendo que mal interpretó mis palabras. Tal vez se había ofendido, no quería que se ofendiera, o que pusiera palabras en mi boca que no había dicho.

—Pero lo pensó, señorita Karen. Por lo que me gustaría saber qué tipo de vida miserable tiene. Ahora en adelante trabajará para mí, así que no tiene por qué sentirse apresada por ese estilo de vida. Con lo que va a ganar, no verá de nuevo para atrás.

John me miraba con calma. Estaba segura de que estaba molesto a pesar de que no lo parecía. Era difícil saberlo porque no lo conocía, pero estaba segura de que sí, lo que me hizo perder esa confianza con la que había estado hablando segundos atrás.

—Este...

—Vamos □ me interrumpió □ no se preocupe, no voy a decir nada al respecto. Puede confiar plenamente en mí.

—No es eso, es que... □ honestamente trataba de hablar, por fortuna, John me interrumpía.

—¿Qué? □ John no me dejaba terminar de hablar cuando ya hacía otra pregunta □ ¿no le gusta hablar al respecto?

—No, eso no es...

—¿Entonces? □ de nuevo me interrumpió.

A pesar de ser repetitivo y constante, no había cruzado la línea de lo atorrante y molesto. Lo hacía con completa naturaleza, de hecho, si no me interrumpiese, seguro me habría quedado pensando en lo que diría luego de eso porque no sabía exactamente qué responder porque estaba nerviosa.

—¿No está molesto? □ dije, cerrando los ojos como si estuviera esperando un golpe inminente.

John simplemente se rio.

—¿Molesto? □ otra carcajada □ ¿Para qué habría de estar molesto? ¿Por qué lo dices?

—Es que... □ vacilé. Reconsideraré lo que diría; él tenía razón, no había motivos reales para que se molestara; yo estaba sobre reaccionando □ sí, tiene razón □ respiré profundo y lo miré a los ojos □ Olvídelo.

—Vale □ John sabía cuándo hacer preguntas y cuándo no. No insistió más en el tema. □ Entonces, vamos, cuéntame qué tan mal estás.

—Bueno, vivo en un departamento rentado, con pocos muebles en casa que realmente no son míos, no tengo mucho de qué comer; el día que nos conocimos gasté lo poco que tenía en una caja de donas y me quedé sin dinero. No he comido nada saludable en los últimos días y de hecho, creo que hoy no voy a almorzar □ traté de sonar lo más deprimente posible. La intención era demostrar que él no sabía lo que era pasar trabajo.

Me quedé en silencio, como si ya hubiera terminado, así que John iba a comenzar a hablar hasta que lo interrumpí.

—Oh, oh □ interpelé en lo que le vi la intención de seguir hablando. Había recordado algo □ he buscado trabajos de lo que sea por doquier porque estoy en bancarrota y, de hecho, si no usted no me llamaba, iba a considerar buscar cualquier tipo de trabajo desagradable con tal de tener comida en mi boca. □ lo miré fijamente a los ojos y suspiré, habiendo acabado mi caso.

John levantó las cejas buscando su turno para hablar. Era como que dijera ¿ahora sí? Pero con una sonrisa en el rostro. ¡Todo lo hacía con una sonrisa en el rostro! Ya fuera pedirme un café, que le apartara una cita, que llamara a una de las mujeres con las que se acostaba, que le hiciera de comer, que le dijera cómo vestirse. Parecía que tenía una sonrisa para todo, cada una única. Esta, era como una especie de testimonio; servía para hacer preguntas, para reírse de algo que otros consideraran serio, pero sin ser ofensivo. Era como un semi arco dibujado que te decía: buenas noches, pero a la vez te mandaba al demonio; ciertos rasgos de confusión que sólo notabas si entendías el contexto... en fin, era una de sus sonrisas con significado.

—Bueno, parece una vida bastante desagradable.

—Sí, y no sabe lo que es vivir en un país tercermundista.

—¿Tú sí? □ me retó con su pregunta.

—No □ respondí, segura pero un poco aturdida □ pero no es nada comparado a esto.

—Eso tiene sentido para mi □ dijo con total confianza. No me hizo dudar siquiera si estaba diciendo la verdad o no.

—Mi punto es que puede que no sepa lo que es vivir mal.

—Tal vez no haya vivido en un país tercermundista.

—Sí □ dije, segura de que no iba a tener nada para ganar la discusión.

Esa discusión se había vuelto una batalla de los sexos. Quien dijera el testimonio más desagradable, sería quien determinaría quien tendría la vida más triste, y, por lo tanto, le daría ventaja sobre el otro. No sabía sí él lo veía de esa forma, pero, en definitiva, yo sí.

—Bueno, la verdad, es que no nací en un país tercermundista, y ahora no vivo así cómo usted. Pero sí sé lo que es pasar hambre. Antes de ser millonario, antes de que todo en mi vida se ordenara; había veces en las que tenía que decidir si comer o hoy o mañana. No tenía muebles ni podía pagar una renta.

Con esas palabras hizo dos cosas: ganarme de inmediato, y hacerme sentir como una estúpida.

—Yo...

Yo he estado dejando de comer, sí, una que otra vez, pero de todos modos no dejaba de hacerlo. Mi hermana me mandaba un poco de dinero que me servía para comprar comida en la calle.

—Tal vez te preguntes por qué estuve en esa condición. Bueno, les había pedido a mis padres estudiar en América y así surgir como un gran millonario con el sueño americano que mi padre tanto contaba, pero, por desgracia, no fui lo suficientemente bueno. □ Su historia se hacía cada vez más deprimente □ Durante ese tiempo mis padres creían que yo estaba estudiando cuando en realidad había usado el dinero de mi universidad para comprar monedas virtuales que en ese momento no valían nada. Esa fue mi primera apuesta riesgosa.

—Oh... □ ya me estaba sintiendo como una estúpida. □ ¿Y qué hizo entonces? ¿Sus padres nunca se enteraron? ¿Por qué simplemente no les pidió ayuda para comer, por lo menos?

—Porque soy un hombre orgulloso, señorita Karen, y no me gusta mendigar. Así que con lo poco que me mandaban para mis gastos universitarios, comparaba comida instantánea y buscaba como cocinarla. No tenía amigos ni conocía nadie aquí...

—Vale, vale... □ no quería escuchar más, ya me había vencido □ Usted gana, si sabe lo que es estar mal. Lo siento. No quise parecer una tonta.

John simplemente se rio, de nuevo, como si fuera algo gracioso. Por la forma en que soltó su carcajada, me hizo creer que diría que no era cierto, que estaba jugando conmigo, pero me equivoqué. Sí, su historia era cierta, no se había reído por eso.

—No estoy queriendo decir que su vida no sea difícil, señorita Karen. Estar desempleado por tanto tiempo no es nada bueno. Creo que, en parte, por eso la contraté. Usted no es una mujer joven que pueda aspirar a cualquier empleo.

En ese momento me hizo sentir como una vieja. Sólo tenía veintinueve años, no era para tanto. «En parte» ¿por qué otra razón me habría contratado?

—Lo que quiero que sepa es que, si he se lo que es estar en su posición, señorita Karen, y digo que no debería derrotarse todavía. En este mundo he visto a personas surgir incluso en situaciones peores que nosotros dos, personas que sí han vivido en un país tercermundista, que tienen una vida miserable □ hablaba como todo un hombre adulto. Me hizo sentir que debía hacerle caso por el simple hecho de ser él quien me hablaba.

De nuevo, la tensión había desaparecido entre los dos. En menos de una hora, ya sabíamos del pasado del otro, lo importante; esa fue la primera gran conversación que tuve con él. Con gran me refiero a que hablamos de los dos sin interrupciones, sin temas de trabajo, si hablar de Noah, sin que me pidiera un favor o cualquier otra cosa. Pocas eran las ocasiones en las que John y yo realmente hablamos.

—No quiero que parezca que estoy dando lastima por gusto, sólo quiero conocerte.

—Oh no □ no quería que creyera eso □ no, no. No diga eso, no está dándome lastima. Fui yo quien sonó como una tonta. No me va tan mal.

—No digas eso.

—No, en serio. Sé por qué lo digo, yo...

—No importa, te creo □ me calló con sus palabras y una hermosa sonrisa. Esta era la sonrisa con la que decía: descuida, todo va a estar bien a pesar de que tu hámster haya muerto. Te demostraba que podrías estar en lo cierto, pero que todo saldría bien, que no me preocupara.

—Pero.

—Te creo □ insistió □ mejor hablemos de otra cosa.

Lo miré desconcertada, tratando de evaluar qué era «otra cosa» para él.

—¿Cómo qué? □ estaba perdiendo mis inhibidores, en vez de esperar a que el universo me respondiera o no las dudas, decidí dar un paso al frente.

—Bueno, ya sé de tu pasado, ahora quiero saber quien es Karen Kelson.

—Soy yo □ intenté ser graciosa, decir algo que pareciera propio de mi, aunque, para ser honesta, no me dio para nada risa.

Aunque a John si le pareció algo gracioso.

—Ciertamente □ lo acompañó con una sutil risa □ pero, quiero saber quien es usted, señorita Karen. ¿Qué la hace única?

—No lo sé □ afirmé □ no entiendo su pregunta.

—Rayos □ se quejó John. Parecía que había arruinado su plan.

Aquella conversación con John tenía un tipo de fin. En ese momento no sabía a qué se debían tantas preguntas extrañas, por qué quería conocerme, (a pesar de que me lo dijo, no le veía sentido) y por qué era tan amable conmigo. Yo lo veía ahí, tomando y dejando su vaso de whiskey con completa autoridad, con calma, como si no hubiera nada más importante que lo que estábamos haciendo ahí. Y yo lo veía, lo veía idiotizada por su forma de ser, por su mirada, por su voz, por sus movimientos.

Asentía o negaba con la cabeza las veces que era necesario para no parecer una tonta, para que se diera cuenta que cuando me hablaba, me hacía una pregunta o me contaba algo extraño, no sintiera que no estaba siguiendo su vibra. Estaba nerviosa, extremadamente nerviosa.

A John le gustaba conocer a las personas, pero no sentía interés en averiguarlo por sí solo a pesar de saber hacerlo; quería que nosotros, los demás, le dijéramos lo más importante de nosotros; «un permiso para invadir nuestra privacidad» le gustaba llamarle.

—No quiero que parezca que no conozco a las personas que trabajaba para mí □ explicaba □ quiero conocerlos a todos porque así podemos intimar como amigos, como empleado y empleador. Si alguien tiene un problema con su madre, quiero conocer a su madre, no porque lo dude, sino porque sus vidas me importan □ una pausa, siempre hacía una pausa aquí □ Cuando conoces a alguien, sabes cómo actuar a su lado, sabes qué le gusta, qué hace con su vida, qué prefiere.

Siempre lo hacía con un vaso de algún licor en la mano. El único que podía identificar con mi escaso conocimiento de licores, era el característico color ámbar del whiskey. Aquel testimonio se volvía un parlamento que exponía cada vez que contrataba a alguien.

—Así, podré ayudarlo, darle consejos, ofrecerle aumentos, apoyarlo en sus planes, darle empleo hasta que culminen sus estudios o sus ideas emprendedoras multimillonarias. La confianza crea lealtad, y la lealtad resulta en un buen desempeño, en trabajadores excelentes dispuestos a trabajar con la frente en alto.

La primera vez que lo escuché sólo asentía, trataba de seguirle el paso. Me sentí tan conmovida por sus palabras que de inmediato sentí necesario contarle todo de mi vida.

—Vivo sola, tengo una hermana con dos hijos hermosos a los cuales adoro. Quiero ser una gran productora y directora de cine, quiero conocer el mundo, tener dinero para ayudar a mi familia, más que todo a mi hermana y mis sobrinos. □ Las palabras salían de mi boca como un torrente □ Quiero poder comprarme las cosas que siempre quise tener, quiero vivir el sueño, quiero conseguir el amor de mi vida, quiero sentirme amada y amar. Estoy dispuesta a hacer lo que sea sin importar qué □ Terminé recuperando el aire que había perdido, haciéndolo oxido de carbono y dejándolo escapar como un suspiro.

Me sentí un poco más aliviada luego de contarle todo eso. No sabía si era lo que él quería saber, pero lo dejé escapar de la mejor forma que se me pudo ocurrir.

—¡De eso estoy hablando! □ fue su respuesta.

John es un hombre entusiasta. Sabía cuanta emoción inyectarle a la vida.

—Ahora sí me estás hablando de ti. ¿Ves que no era tan difícil?

—Sí.

—Eres una mujer interesante, señorita Karen. Me caes bien, siento que vamos a tener una gran aventura laborarla nosotros dos.

—Eso espero.

—¿Eso esperas? ¡Ja! Señorita Karen, ¡Eso espero yo! Supongo que no me equivoqué cuando decidí contratarla.

John se levantó, rodeó la mesa y se paró a mi lado, con la mano extendida y una sonrisa en el rostro. Yo me levanté de inmediato, sin evitar el contacto visual, para darle un apretón.

—Es un placer saber que será usted a quien le confiaré mi vida, señorita Karen. Y espero poder conocerla más mientras trabaje para mi □ dijo John, sacudiendo su brazo, cerrando por fin el trato entre los dos.

—El placer es mío, señor John □ respondí, alagada.

—John... por favor, de ahora en adelante dime John.

—¿Señor John?

—Sí así lo prefieres □ otra sonrisa.

Alegre, amable, amistosa, adorable. Decía: lo que tu quieras, todas las cosas que haces son maravillosas.

Y así, oficialmente ya había comenzado a trabajar con John, a ser su asistente, creyendo que de ahí en adelante todo sería trabajo duro y una gran recompensa. No me imaginaba la serie de eventos que me llevarían hasta aquella noche, pero desde aquí hasta ese punto, todo valió la pena.

Corrí como una tonta de aquel anexo/habitación creyendo que, de alguna forma, eso resolvería algo. Al igual que cuando cerré mis ojos para que él no me viera tal cual hacen los niños con la esperanza de escapar del regaño de sus padres, me sentí como una estúpida. Corrí, me encerré y no salí de ahí hasta el día siguiente.

No sabía lo que iba a hacer entonces, ni qué pasaría en el caso de que John se hubiera ofendido. No sabía lo que me había pasado, ni por qué decidí abortar el nacimiento de aquel momento que tanto soñé de esa forma tan repentina.

Durante meses lo vi como el gran hombre que era, disfruté de su compañía, de la de su hijo, de su amistad, de su generosidad. Poco a poco comencé a sentirme atraída por él porque John era así, porque tiene un no sé qué que lo hace irresistible.

Acostada, sollozando mis penas y mi ridiculez, pensé en por qué podría sentirme así por él: tal vez su forma de ser, su cuerpo, su atractivo, o incluso sus millones (no se puede negar que es un buen plus) porque, hay que ser realistas, su dinero pudo haberme convencido, de manera involuntaria, que me enamorase de John... ¿Quién sabe? Porque: ¡yo no lo sabía!

Mientras me encontraba acostada en aquella cama, con la almohada en la cabeza, pensaba que cualquier cosa podría ser más razonable que el hecho de que haber salido corriendo del cuarto de aquel hombre, arruinando lo que podría ser la mejor noche de mi vida.

Puede que no supiera el motivo, pero creo que sé cuando comenzó.

Tiempo después de haber estrechado nuestras manos, es decir: seis semanas, tres días y cuatro horas fueron que se necesitaron para que pudiera adaptarme al ritmo de vida de John. No esperaba tardar tanto, al principio creí que sólo se trataba de ser una simple asistente, que tal vez debería hacer ciertas cosas fuera de lo común, nada del otro mundo, pero, la vida que él tenía y las cosas que

planeo para mi al ser su empleada, fueron un poco más complicadas de lo que esperaba.

—Karen, por favor programa una cita con el señor Antonio. Se me ocurrió una increíble idea millonaria que quiero discutir con él.

Para ese entonces, aun sentía la necesidad de preguntarle al respecto. De cierta forma, conociendo su rutina diaria, teniendo acceso a cada rincón de su casa, a sus tarjetas de crédito a sus coches y gran parte de su vida, él me seguía pareciendo un misterio.

El hombre era tan claro como el agua, sin embargo, me sentía un poco curiosa, quería conocerlo a fondo.

—Vale, ya lo hago.

Durante esos días de practica (porque cometí errores por doquier), aprendí que debía hacer las cosas inmediatamente me lo decía, por lo que simplemente hice lo que me pidió con el móvil que su secretaria me había entregado semanas atrás.

Desocupé una de mis manos, cogí el móvil, marque el numero, llamé.

—¿Señor Oliveros? Es la asistente del señor Finman. Le llamo para avisarle que el señor Finman desea encontrarse con usted esta tarde, a eso de las... □ Dije, esperando que John me escuchara.

—Dos de la tarde □ dijo sin girar a verme.

—Dos de la tarde, señor □ el señor Antonio me respondió confirmando la cita □ muy bien □ le dije en llamada □ nos vemos a esa hora. Gracias □ colgué.

Me giré para ver a John y le sonreí.

—Listo, el señor Antonio estará esperándolo en su despacho a las dos.

—Perfecto.

Estábamos en la cocina, yo había empezado a cocinarle el desayuno porque a él le gustaban las cosas hechas de cosa

diferente, y, según sus palabras, sólo me confiaba a su alimentación y la de su hijo.

—¿Qué vamos a comer hoy? □ preguntó John.

—Waffles.

—Perfecto, me encantan los waffles □ dijo John, saliendo de la nevera y yendo hasta la mesa para sentarse.

—Lo sé, siempre lo dice, por eso los hago.

—No deberías hacerlos todo el tiempo, tienes que hacer que se hagan especiales □ comenzó a mover las manos de forma teatral, como si interpretara cada palabra con ellas □ que no los espere y, por lo tanto la anticipación los haga aun más deliciosos.

Yo me encontraba batiendo la mezcla de los waffles con un batidor de globo porque John decía que era mejor hacerlo a mano sin la intervención de maquinas que arruinaran la diversión de cocinar. Por un tiempo pensé que por qué no lo hacía él si tan divertido era así, pero luego recordaba los cien mil dólares semanales que ganaba y dejaba de pensar en ello.

—Entonces no me pida que los haga. Sabe que hago si me lo dice □ le respondí sobre mi hombro con una sonrisa.

—Bueno, pero si te quedan deliciosos, simplemente no puedo dejar de quererlos.

Ambos reímos despreocupados. Durante esas semanas comenzamos a sentirnos a gusto el uno con el otro, por lo menos eso era lo que yo veía. Trabajar para él parecía ser un reto, pero me las arreglé para superarlo. John, desde el día uno, se comportaba como si fuésemos amigos de toda la vida y para ser honesta me abrumó un poco hasta que aprendí a vivir con eso.

John bromeaba, hablaba y me veía con tal naturaleza que me parecía que estaba siendo demasiado cariñoso conmigo. Al principio creí que era porque intentaba seducirme, hacer que nos acostáramos (en ese entonces aquella idea no me daba muchas vueltas en la cabeza) y yo no estaba precisamente a gusto con eso.

Para mi fortuna, en ese entonces no pasaba tanto tiempo con él, y fue precisamente ese el día en el que comencé a hacerlo.

—Cuéntame qué hay de nuevo □ dijo, cortando uno de los waffles que acababa de entregarle con el tenedor □ las acciones están estables, el BTC subió dos cifras hoy así que esta bien. El aire acondicionado en la casa de verano se dañó así que llamé para que lo acomodaran.

—Está bien ¿qué más?

—El chofer se ausentará, dijo que se sentía mal y que no podía trabajar hoy. Lo mandé a su casa.

—¿Qué? □ exclamó con la boca llena de waffles. Tragó □ ¿Qué hora es?

Levantó su muñeca y vio la hora. La bajó y luego miró a su alrededor.

—¿Dónde está Noah?

—Está en su habitación. Aun no sale.

Miró de nuevo la hora. Se calmó, continuando con su desayuno.

—Necesito un nuevo chofer □ Agregó luego de masticar □ ¿en dónde crees que pueda conseguir a uno? □ su tono sarcástico habló por sí sólo.

Me moví un poco para verlo de reojo, luego de verter la mezcla de waffles en la wafflera con un «me estás bromeando» tatuado en la mirada.

—¿Qué insinúa, señor John?

—¿Sabes manejar? □ preguntó.

—Ya sé lo que insinúa □ suspiré al saber lo que me tocaba.

—Sí, no. ¿Sabes?

—Sí □ dije resignándome; no tenía caso □ sí lo sé.

Sabía lo que eso significaba. En esas últimas semanas, cada vez que algo faltaba, era mi responsabilidad suplantarle, hacerlo de ahí en adelante o buscarle una solución.

—Ahora también seré su chofer □ afirmé.

John tenía el rostro que normalmente usa cuando quiere conseguir algo, con lo que me manipulaba; no le era suficiente que trabajara para él y que fuera mi obligación aceptar, me obligaba a sentir que debía hacerlo porque me convencía.

La parte de trabajo quedaba eclipsada por una amistad que había desarrollado con él que, para ser honesta, no tenía sentido ni venía al caso. Fue repentina, inesperada. No sabía que sería parte de mi trabajo el ser su amiga, pero, John no era el tipo de persona aburrida que se espera en un jefe, hacía las cosas a su manera y por ello terminamos así. No tenía sentido en lo más mínimo.

—Es mientras que Daniel se sienta mejor; no es para tanto □ no dejaba de comerse sus waffles. Los masticaba mientras me penetraba con su mirada.

Traté de defenderme de su semblante manipulador infructíferamente.

—Está bien □ respondí al final □ yo manejaré de ahora en adelante.

—Maravilloso □ vociferó, como si hubiera conseguido un gran trato ejecutivo. □ ahora solo falta que Noah baje y en lo que terminemos de desayunar lo llevaremos a su escuela ¿Vale?

¿Qué más daba? Ya lo había aceptado. Así que recostándome de la cocina viéndolo de frente, le regalé una sonrisa sin saber lo que me esperaba,

—Vale.

De ese modo, comencé con mi nueva responsabilidad adquirida. Para John hice de todo, desde ser su cocinera, a administrar su vestimenta, su trabajo, sus reuniones hasta ser su chofer. ¿Qué podía hacer? Por un tiempo pensé en quejarme al respecto, pero la paga era, por sí sola, una gran recompensa; ni trabajando toda mi vida como cineasta iba a obtener esa cantidad de dinero por tan poco trabajo (relativamente). Estaba a gusto, de cierta forma, así que el hacer todo eso para él era parte del viaje, no el destino.

No hubo problema alguno en ser su chofer ya que, durante semanas, había estado yendo temprano, lo que creo que es una de las razones por las cuales ahora estoy haciendo todo lo que hace en las mañanas.

Al principio comencé yendo porque era requisito, necesitaba estar con él desde temprano porque, de lo contrario, el día no rendiría en su totalidad.

—Buenos días, señorita Karen, ¿cómo amaneció el día de hoy? ¿lista para su primer día de trabajo? □ me dijo, en lo que me vio llegar por primera vez a su casa.

Era un lugar espectacular desde afuera, sólo con llegar a la entrada, supe que todo, absolutamente todo, desde la puerta principal hasta las del baño, desde el sótano hasta el cobertizo, absolutamente todo era lujoso, espectacular y una experiencia única por sí misma. Era una casa esplendida y me quedé boquiabierta en lo que John me recibió en las rejas que dividían la calle de sus maravillosos kilómetros de propiedad.

—Estoy □ hablaba entre pausas contemplativas, el lugar se merecía mi atención □ muy □ no dejaba de ver sobre sus hombros, observando detalladamente porque todo estaba cuidadosamente puesto para asombrar □ bien.

John sonreía, creo que sabía lo que estaba haciendo porque no me interrumpió en lo más mínimo. Esperó a que terminase de escrutar su mansión para volver a hablar.

—¿Listo? □ preguntó; sabía lo que hacía □ ¿Terminaste?

No borraba la sonrisa de su rostro. Era agobiante que una persona estuviera tanto tiempo así, de hecho, una vez me pregunté si acaso no le dolía le rostro o algo por el estilo.

—Disculpe □ exclamé, entrando en razón; lo había estado ignorando □ lo siento, es que estaba □ vacilé □ viendo su casa. Es increíble.

—Espera verla por adentro, te quedarás muda por un rato más.

En aquel momento me pregunté si eso era modestia o presunción. No supe como responder, así que sólo me quedé callada.

—Lo siento, en serio.

—Descuide, señorita Karen, no hay problema en que vea □ se apartó a un lado para invitarme a pasar a su propiedad □ espero que esté lista, hoy comienza definitivamente.

—Sí □ me erguí, tomé aire y asentí con la cabeza □ estoy lista.

Desde aquel día, comencé a llegar temprano a su casa. Iba cada mañana a hacer lo que él me pidiera, que al principio no era mucho, hasta que comencé a hacer otro tipo de cosas. Primero, fue elegir su ropa.

—¡Karen! □ escuché decirle un día en el que llegué un poco más temprano de lo normal. Estaba en la sala esperando a que él saliera de su habitación.

Se podría decir que esa fue la primera vez que entre a su habitación de manera formal. No, bueno, fue la primera vez que entré, luego, sólo se hizo rutina. Estoy siendo pretenciosa.

—¿Qué? □ pregunté, levantando la mirada, sin esperar por completo aquel grito.

Me levanté del sofá y dejé caer el móvil en el cojín. Me encontraba leyendo los detallados documentos que me había adjuntado la secretaria de John para que supiera todo acerca de su negocio: BTC, trading, inversiones, relaciones publicas, bolsa de valores, sociedades empresariales, administración, estadística, economía, matemática... con John me vi en la obligación de aprender cosas que pensé que no necesitaría.

¿Para qué necesitaría eso? Pues para que en el momento en que John me pidiera alguna participación, el estado, resultado, causas, problemas... de algo, entonces debería saber qué decir y no sentirme abrumada por lo que fuera al explicarle, que supiera simplificarlo y, para ello, debía entenderlo a fondo.

El caso es que dejé caer el móvil en el que estuve leyendo sobre esas tantas cosas, y busqué rápidamente, moviendo la cabeza de

un lado a otro, para ver de dónde provenía su voz.

Aquello sonó tan distante que no sabía de donde provenía, era de esperarse cuando se vive en una casa tan grande, por lo que empecé a moverme para ver si acercándome a diferentes puntos de la casa podría escuchar mejor y saber exactamente de donde venía.

—¡Karen! □ escuché de nuevo □ ¡en mi habitación! ¡Ven!

—Viene de arriba □ me dije.

Me devolví, cogí mi móvil porque dejarlo significaba dejar mi vida atrás, y corrí por las escaleras hasta llegar al origen del sonido.

—Sigue mi voz. Sabrás llegar □ vociferaba para que lo escuchase.

—Está bien □ respondí yo, gritándole.

En lo que llegué a su habitación por primera vez, me encontré con un hombre adulto con tan sólo un pantalón, sin zapatos o camisa, ni siquiera medias; viéndose frente al espejo. Esa no fue la primera vez que lo vi con el torso desnudo (había stalkeado su Instagram), pero verlo en persona causaba más impacto.

—Necesito que me ayudes.

Su voz, aunque la escuché, pasó desapercibida para mí. No es que estuviese pensando en todas las cosas que podría hacer con su cuerpo, no, para nada. Ni tampoco estaba actualizando todas las fantasías en las que sólo me imaginaba cómo se vería desnudo... Sí, su Instagram me sirvió un poco, pero, el hombre que conoces en persona no es el mismo que conoces en fotos. Cada pliegue de su cuerpo era el equivalente a una bomba atómica de sensaciones en mí.

—¿En qué? □ pregunté, entrando en mí, respondiendo luego de darme cuenta que lo hice por reflejo porque no lo había escuchado en verdad.

Me pregunté para qué habría de quererme ahí, no sintiéndome preparada para entregar mi cuerpo, pero si dispuesta a hacerlo si me invitaba.

—No sé qué ponerme.

No supe qué hacer, no estaba preparada para ser la asesora de modas de alguien, mucho menos de una persona que parecía estar muy bien preparada en cuanto a cómo vestirse. En sus fotos, en sus redes, y cada vez que lo veía, se notaba que era alguien que sabía qué usar y cómo hacerlo.

—¿Qué? □ me parecía inaudito □ ¿no sabe que ponerse? ¿Está seguro?

—Sí, no sé qué ponerme, no tengo idea de cómo debería vestirme hoy.

Me asomé un poco para ver más adentro de su closet: un inmenso cuarto que parecía un mundo diferente, aparte de su habitación. John tenía una tienda de ropa para sí solo ¿cómo no iba a saber vestirse? ¿Qué quería realmente?

—¿Cómo quiere que lo ayude? □ no entendía muy bien en qué podría servirle mi ayuda □ usted siempre se viste bien.

—Sí, pero ahora no sé que ponerme, quiero verme bien, diferente, no lo sé.

Se dio la vuelta, inconforme, disgustado con lo que no tenía puesto.

—¿Qué quiere que le diga? ¿no tiene mucha ropa? □ fue una pregunta estúpida.

—No lo sé, no sé si tengo suficiente ropa □ Su sarcasmo fue sólido, giró a su closet y le escrutó a detalle. □ ¿Qué me puedo poner? □ dijo después, pareciendo realmente confundido.

No esperaba ver a un hombre luchando por lo que se quería poner, no era algo por lo que creí que alguien de su género, nivel social y forma de ser, terminaría sintiéndose preocupado.

—¿Para donde iremos hoy? □ le pregunté □ ¿cómo quiere verse?

Me acerqué a él, controlando mis impulsos, las ganas de verle la entrepierna (porque tenía la cremallera abajo) de tocarle el pecho y de mirarle fijamente como una estúpida. Incluso respiré profundo para no ser atraída por su testosterona.

—Bien, quiero verme bien. Pero no quiero vestirme igual que siempre, con un traje o algo por el estilo.

—¿Por qué me pregunta eso? Siempre se viste bien, y no siempre se viste con traje.

John entró en su closet y se puso a elegir prendas de diferentes tipos y colores.

—¿Para donde piensa ir hoy? □ pregunté de nuevo.

—Hoy no iremos al edificio □ así le decía él a la compañía □ iremos al centro comercial a caminar con Noah.

—Entonces, ¿cómo quiere verse?

—De la forma en que podría atraer la mirada de todas las mujeres sin necesidad de parecer un hombre de negocios, ni mucho menos alguien famoso, ni mucho menos alguien que se viste con demasiada ropa cara.

—¿Entonces qué quiere exactamente? No podemos simplemente quitar lo que ya es, no es algo que podamos conseguir con como se vista. Es millonario, es alguien de negocios, es famoso y su ropa □ tosí para parecer discreta □ es un poco □ aclaré mi garganta al ver que no estaba siendo coherente □ se nota que es cara.

En ese momento, John se giró como si le hubiera ofendido, levantó la mano, con el dedo índice erguido como si fuera a decir que no, con el gesto que se usa para pedir silencio de forma modesta pero lo suficientemente marcada como para ser universalmente conocida, y habló con total naturaleza; de nuevo, pensé que era homosexual.

—Espérame un momento, pues ahí te equivocas. Mi ropa no es «costosa» □ dibujó unas comillas imaginarias en el aire con ambas manos □ de hecho, no invierto mucho en ropa cara. Siempre se puede conseguir ropa de calidad en cualquier tienda.

Se aproximó un poco a mi, no mucho, solo se movió unos pasos; y continuó hablando. El closet era tan grande que había una gran distancia entre nosotros.

—La verdad es que los precios inflados de muchos artículos son sólo por la marca, o el lugar en donde los vendan, no es porque sean mejores. De hecho, los costos de fabricación de muchas cosas son menores a los costos de venta.

Aquel encuentro en su habitación, en contra de cualquier pronóstico, se convirtió de repente en una clase impartida por un profesor sin camisa y con un cuerpo de fabula.

—Mi ropa no fue comprada en lugares costosos porque me parece una grosería adquirir prendas muy caras sólo porque son de marca, si puedo conseguir algo similar e igual de funcional por la mitad de su precio.

Sólo lo miré, callada, tratando de saber cómo reaccionar a sus palabras.

—¿Cómo crees que me hice millonario? No fue precisamente por regalar mi dinero □ aseveró, con una sonrisa en el rostro.

La forma en que se irguió, en que dibujó esa maravillosa sonrisa en su rostro, en que movía sus brazos; y cada cosa que su cuerpo hiciera que implicase estar vivo y existiendo, exteriorizaba virilidad; era evidencia suficiente para asegurar que aquel hombre desprendía hombría pura. ¿Qué tiene que ver? Nada, sólo quería señalarlo porque era imposible no sentirse atraída por alguien así.

Mi corazón se aceleraba estando en un lugar (tan relativamente pequeño) como ese, a solas, con un hombre sin camisa ¡con ese hombre sin camisa!

Soltó una carcajada sutil, ahogada con la garganta, llena de soberbia, de orgullo, para nada ofensiva o execrable; su gesto me invadió e invito a hacer lo mismo. Yo también reí.

—Tiene sentido □ le dije, tratando de entrar en la conversación de la que me habían sacado segundos atrás.

—Entonces □ dijo □ ¿me vas a ayudar o no?

Aquella fue la primera vez que lo asesoré en sus prendas. De ahí en adelante, lo demás es historia. Continué haciéndolo las veces que él lo requería, acostumbrándome a su aroma desnudo. Fui viviendo el sueño al estar a su lado. De cierta forma, nadie veía a John de esa manera. Las chicas que se acostaban con él conocían a un hombre seguro de sí mismo, dispuesto a todo, hecho para dar y recrear el placer. Pero, estando con él en esa posición, sentí que se abría más para mí que para otra persona.

Con su comida, la historia es un poco diferente, más sencilla de relatar, de hecho, creo que la puedo resumir en muy pocas palabras.

Yo había llegado a la hora ese día, no había desayunado porque para ser puntual tuve que sacrificar mi comida, así que le pedí a John que me dejase cocinarme el desayuno.

—¿Señor John?

—¿Puedo hacerme el desayuno? □ pregunté, un poco apenada, pero con el estomago completamente vacío.

—¡Claro! Mi casa es tú casa □ dijo John, pasando a su oficina.

—De acuerdo...

Y, la verdad, creo que lo que dije justamente después de eso, fue lo que me consagró al puesto de cocinera matutina en su casa; no es que me arrepienta, pero, pienso que fue precisamente eso.

—¿Quiere que le prepare algo? □ exactamente así se lo dije, levantando la voz para que me escuchara.

Intentaba ser amable, no podía usar la cocina de una persona y no invitarle a comer algo de lo que hiciera; tal vez pude haberlo hecho mejor.

—Sí, por favor, y a Noah también, si no es mucha molestia □ me gritó desde su oficina.

Unas deliciosas tostadas francesas después, tuve que llegar más temprano para prepararnos el desayuno a los tres. Por lo menos sólo cocinaba para él, para Noah y para mi.

Luego de ascender a asesora de modas, a cocinera, a estar presente en sus reuniones de negocios y luego a su chofer, días después de conseguir el último ascenso, se me promovió de nuevo.

—Noah va pésimo en la escuela □ dijo John, en una combinación de disgusto, frustración y decepción al entrar en el coche por la puerta de atrás.

—¿Qué pasó? □ pregunté casi de inmediato □ ¿por qué lo dice?

—La maestra me dijo que tiene ciertos problemas para entender varias clases, y no entiendo por qué.

—¿Qué clases? □ puse en marcha el coche mientras le preguntaba □ ¿alguna en específico?

—Sí, español, inglés, matemáticas y sociales.

—¿Inglés el idioma o inglés la materia? □ pregunté, tratando de ser graciosa.

—La materia.

—¿Y por qué le cuesta hablar español? ¿No hablamos español ya?

—La profesora dice que, a pesar de hablarlo como lengua materna, no tiene conocimiento en la parte técnica y que necesita saber manejarla □ explico, cerrando con un gesto de fastidio y un silencio repentino.

Yo lo veía desde el retrovisor, estudiando su mirada. Él hacía lo mismo, a pesar de estar de tenerlo atrás, nuestra conversación no dejaba de ser visual. Me veía fijamente, no apartaba sus ojos de los míos, de hecho, me llegó a dar la impresión de que me veía incluso cuando yo estaba atenta al camino.

Estábamos hablando con completa calma. John, a pesar de encontrarse afectado por el hecho de que su hijo podría repetir el grado que estaba cursando, tenía cierta actitud, como si su problema fuera perfectamente resoluble con un simple chasquido de sus dedos; aparte, no dejaba de mirarme.

Esa presión que ejercía su mirada, ininterrumpida por varios minutos, acompañada de un silencio cogitabundo que no dejaba de penetrarme, me advirtió lo que estaba por venir.

De un instante a otro abrió su boca para hablar. No había ni siquiera empezado a decir lo que tenía en mente cuando supe lo que quería decirme.

—Señorita Karen □ dijo, inyectándole a mi nombre tonos con melodías.

—¿Qué? □ lo estaba viendo venir.

—¿No quieres ayudarme con esta?

Por fortuna, el colegio no quedaba tan lejos de su edificio, así que simplemente estacioné el coche, e interrumpí de la mejor manera aquella conversación.

—Ya llegamos. □ le dije.

John sonrió ante mi evasión, cogió sus cosas y se bajó del coche. Yo tardé unos minutos en salir para coger mis cosas y apagar el motor. Caminamos como si nada hasta el elevador, en donde nos tocaría compartir de uno a dos minutos completamente solos (porque John tenía uno exclusivo, sin cámaras, completamente privado) en donde, podría decirme lo que quisiera.

—Pero no, en serio □ interrumpió el silencio, unos segundos después de que abordásemos aquel elevador □ no quiero que mi hijo no pase de grado.

Se giró para verme, como si tratara de hacerme reaccionar, tomándome de los hombros con delicadeza para girarme del mismo modo y pudiera verlo de frente. Fue la primera vez que me tocó de esa forma, con cuidado, como si yo fuese frágil, con delicadeza.

—¿Podrías ayudarme con la educación de mi hijo? ¿Por favor? Creo que contigo sería mejor... □ sonaba tan sisero; hablaba con el corazón.

No sabía qué decir, John me tomaba entre sus manos con total delicadeza mientras yo me perdía en sus ojos tratando de buscar la respuesta en ellos. Yo no tenía más tiempo que él □ pensé □ entre trabajar como su asistente, renovar mi hogar (porque con el sueldo que me pagaba me compre un departamento agradable y comencé a renovarlo), y el llegar todos los días temprano a su casa, no podía simplemente comenzar a prestarle atención al chico.

Incluso no había compartido mucho tiempo con él aparte del estrictamente necesario. «Hola, Karen; gracias Karen; chao, Karen» era lo único que me decía. Estaba un poco tensa, no sólo por la confianza que estaba depositando en mi, lo bien que me hacía sentir que me tocara de esa forma delicada, sino porque, de algún modo u otro, estaba consiente de lo que «encargarme de su educación» significaba.

—Pero....

—Por favor, te pago más, no me importa □ dijo John, sin soltarme.

—Pero si lo hago yo...

—Puedes quedarte en mi casa hasta que se acaben las clases □ insistió □ por favor.

Lo miré a los ojos, suponiendo que no tenía para donde más ir, otra cosa qué decir ni mucho menos, tiempo para responder. Habían pasado, a penas, segundos desde que entramos a ese elevador, no quería llegar a la oficina y que me vieran tomada entre las manos de John. Era una presunción estúpida, no tenía razón para estar nerviosa, mucho menos por algo tan simple como eso, pero, no lo pude evitar.

Tragué saliva, tal vez porque estaba tensa, porque la presencia de John se hacía cada vez más invasiva; aquel día no sólo se delineó lo que sería una serie de eventos que me llevarían hasta aquella noche en la que corrí como tonta de su habitación, sino los sentimientos que me llevaron a aceptar su invitación.

Estuvimos suficiente tiempo a solas, viéndonos a los ojos. Yo: indefensa, maleable, susceptible; él: abierto por completo. ¿Qué tanto podría importarle la educación de su hijo para que me lo pidiera de esa forma? Él es millonario ¿Por qué simplemente no contrató a algún tutor? Pero me estaba pidiendo algo con completa honestidad. Creo que pude haberme negado, no habría hecho mucho daño si lo hacía.

Pero seguimos viéndonos a los ojos, seguros de que definitivamente algo podría suceder en cualquier momento. Había pasado la marca del minuto, estábamos pronto a llegar al piso que nos correspondía.

—No confío en muchas personas □ habló John, interrumpiendo mis pensamientos □ y no le confiaría mi hijo a cualquiera. Por eso me gustaría que tu lo hicieras.

Lo más interesante de todo eso era que, a pesar de que estaba siendo honesto conmigo, no se veía desesperado. Creo que me faltó mencionar eso. John sólo me estaba interpelando a su manera, en su completa y total calma. ¡Claro que quería que yo supervisara

la educación de su hijo! Se notaba que realmente lo quería, así podría tener completo control y no tendría que esperar por más nadie. Estaba yo, dispuesta a hacer cualquier cosa para él y John (como lo había estado demostrando últimamente) sabría aprovechar esa ventaja.

El problema era que las cosas no eran tan sencillas. El tiempo era una simple concepción para los dos. Teníamos un horario apretado; yo tendría que renunciar a ciertas libertades, pero, ¿a costa de qué?; En aquel momento no lo sabía, aunque quería hacerlo.

Noah no era tan importante para mi, no era más que el hijo de mi jefe, pero si a él le preocupaba la educación de su pequeño y me pedía tan honestamente que hiciera algo al respecto, no podía simplemente evitarlo.

De repente, John bajó la mirada y cambió su semblante. En su cara se veía que había notado algo, supongo que entendió la posición en la que nos encontrábamos. Yo estaba a punto de perder el equilibrio, inclinada hacia atrás y sujeta por sus manos mientras que él parecía estar sobre mi.

Así que me soltó, se irguió y se acomodó la garganta esperando a que yo me reincorporara. Casi me caigo en lo que me liberó. Tuve que encontrar de nuevo mi equilibrio haciendo movimientos exagerados, como si hubiera estado mareada. Yo hice lo mismo, me acomodé las mangas de mi camisa y el cabello.

—Disculpa □ dijo John □ me dejé llevar.

—Descuida □ respondí.

Los dos nos quedamos viendo las puertas del ascensor.

—Creo que exageré un poco, no es como que sea muy grave que mi hijo vaya mal.

Sentí que estaba tratando de quitarle importancia a lo que, unos segundos atrás, parecía algo vital para él.

—Oh no, no digas eso □ le pedí.

La puerta del elevador se abrió luego de indicarnos que había llegado hasta nuestro destino. Los dos vimos al frente en lo que se

abrieron.

—Se nota que es algo importante para ti □ aclaré mi garganta □ tal vez exageraste un poco, pero, creo que es importante.

—Lo es □ dijo.

John dio el primer paso para salir de aquella caja de metal; yo le seguí.

—¿Entonces qué quieres que haga? □ le pregunté.

—¿A qué te refieres? □ John me vio de reojo, mientras caminaba hasta la recepción.

—¿Quieres que supervise la educación de Noah o no?

—Sólo si quieres hacerlo. Es un niño difícil.

No lo conocía, no había forma de saber eso.

—¿Difícil? No lo creo. Se ve muy tranquilo □ le excusé.

—Eso dices ahora.

John aceleró el paso y se dirigió hasta las dos puertas que daban paso a su enorme oficina. Saludó a las personas que tenía en la segunda sala de espera luego de la pared con su nombre en grande, recibió unos papeles de su secretaria y entró.

Yo saludé asintiendo con la cabeza; no estaban ahí para verme a mi, por lo que no me era necesario ser muy cordial.

Al cabo de unos minutos, nos encontrábamos en la oficina leyendo unos documentos relevantes, y a pesar de que parecía que la conversación estaba muerta, aun se sentía esa pesada sensación de que habíamos dejado algo inconcluso. Yo estaba sentada en frente de su escritorio, con la cabeza baja, dividiendo mis pensamientos entre lo que pude haber dicho y lo que sucedió en aquel elevador.

A simple vista no era gran cosa, es decir, sólo me tocó y nos vimos, pero definitivamente hizo algo en mi. Así que, luego de analizar la situación, levanté mi cabeza y abrí mis fauces.

—Lo haré □ dije.

No dejé claro preámbulos, no entré en contexto, ni le expliqué por qué acepté. Era gracioso como después de ser su asistente aun me pedía que hiciera las cosas, creo que fue uno de los motivos por los cuales accedí.

Y, de la misma forma, sin entrar en calor con el tema, John dejó de leer lo que me estaba leyendo, levantó su mirada y me sonrió.

—Gracias □ respondió.

## Tercera Parte

### 8

Al poco tiempo, comencé a quedarme en aquella casa con más frecuencia. Tal cual me había dicho John, podía hacerlo y, por lo tanto, eso hice. Al principio traté de no recurrir a ello porque era más importante para mí estar atenta a las renovaciones de mi casa en donde podría recibir a mis hermosos sobrinos, pero, cuando me di cuenta de que comenzaba a ser más y más complicado ir cada día y salir de noche de aquel lugar, no me quedó de otra.

—No quiero dejar de estar presente en las renovaciones de mi casa  
□ dije.

Ese día John y yo estábamos discutiendo acerca de cómo iba Noah en sus evaluaciones. No había pasado ni una semana de comenzar con aquello cuando ya me sentía abrumada por los constantes viajes de un lugar a otro. Quería tener más tiempo para descansar.

—Ir de mi casa a la suya es un poco agitado, señor John  
□ continué □ manejar de un lado a otro es agotador y me cuesta trabajo dar mi cien por cien.

—Pues, yo le dije que podía quedarse aquí las veces que quisiera, no tiene necesidad de manejar tan tarde en la noche. Usted lo sabe, señorita Karen.

—Sí, lo sé, pero sucede que no quiero dejar mi casa sola. La tengo en medio de una renovación

—Lo sé, no para de decírmelo.

—Exacto, y no puedo darme el lujo de dejarlo así como así.

—¿Qué propone?

Decirle que me iba a quedar así como así en su casa era muy sencillo, necesitaba hacerme de rogar.

—Qué no sé si pueda seguir supervisando la educación de Noah.

John cambió su expresión calmada a una de sorpresa. Sorprendida estaba yo al ver que no se esperaba que le dijera eso.

—No lo haga, a penas y está comenzando. Necesitamos que Noah apruebe todas sus materias para que pueda pasar de grado.

—Lo sé, señor John, pero no creo que pueda rendir lo suficiente despertándome tan temprano cada mañana luego de llegar tan agotada todas las noches.

John era bueno negociando, pero no estaba colocando sus cartas sobre la mesa, lo que me parecía un poco extraño.

—Sigue sin proponer nada, señorita Karen. Sólo me está diciendo que no puede.

John levantó el vaso de whiskey que tenía en la mano y se mojó los labios con aquel líquido de color dorado suave. Con el tiempo me di cuenta que lo que él bebía no era cualquier licor barato.

—No sé qué quieres hacer entonces □ dijo luego de tomarse su tiempo para saborear su bebida y tragarla □ pero, si no quieres quedarte ni quieres continuar dando clases, ¿cómo crees que podamos resolver el problema de Noah? A penas acabas de comenzar, ¿no crees que deberías darle un tiempo por lo menos?

—No quiero dejar mi casa sola...

—Uhm □ masculló John su interjección.

Parecía que estaba pensando en algo. Mientras tanto, yo preferí mantenerme callada para no interrumpir sus pensamientos.

—Sólo te preocupa tu casa, ¿verdad? □ sacó el tema a relucir como si estuviera atravesando una epifanía.

—Sí □ respondí sin pensarlo demasiado □ no quiero descuidarla...

—Sí, sí, lo sé □ me interrumpió y volvió a tomar otro sorbo de su vaso y se quedó en silencio de nuevo.

—¿Qué quiere decir con eso? □ lo miraba intrigada, tratando de saber cual sería su resolución.

—¿Por qué simplemente no mandamos a alguien que trabaje para mí para que supervise tu casa, te ayudo a remodelarla y, en el proceso, que debería estar durando más o menos lo mismo que falta para que el año escolar de Noah acabe, te quedas aquí?

—¿Mudarme? □ Me parecía la misma solución con ciertas variables. □ No lo sé.

—Es por un tiempo, no es para siempre. Te podemos dar tu propia habitación; tengo un anexo en donde puedes quedarte cuanto quieras.

—Pero si lo hago...

—Sí lo haces no sucede nada. Sólo estarías aquí mientras te requerimos, el resto de tu tiempo libre no estarás trabajando. Es para poder agilizar tu tiempo. No tiene que ser todos los días, puede ser sólo aquellos en los que debas estar con Noah. ¿Te parece?

Ahí estaba la naturaleza de John, la que le consiguió tantos éxitos. No había peros para él, cualquier problema era resoluble, y yo sólo parecía una niña quejumbrosa.

—¿Está bien así? □ agregó □ yo no tengo problema con que te quedes ¿sabes? La que está en contra de eso eres tú.

Creo que en ese momento no estaba del todo al tanto de lo que realmente era «mi problema». El tiempo supo darle sentido a lo que realmente me preocupaba.

—Está bien. Hagamos eso □ dije, aceptando el trato.

No puse en contexto lo que, en sí, hacíamos, ni en donde estábamos. Nos encontrábamos en la sala de su casa, justo en el lugar en donde dejé mi móvil caer el primer día que entré a su habitación. John estaba sentado en su sillón personal, justo en la esquina de una pared, al lado de una ventana; cada que alguien iba a la casa siempre se sentaba ahí, el lugar perfecto para verlos a todos y ser visto por cada uno de sus invitados.

Yo, con mi Tablet en la mano, revisando lo que había estado enseñándole a Noah en los últimos dos días en los que le había supervisado los estudios, y dándole el memorándum a John, me encontraba sentada en el sofá a su izquierda, con una copa de jugo durazno que John había pedido hacer para mi.

—No terminaste de decirme cómo iba Noah □ mencionó John luego de darse un trago de su whiskey como símbolo de triunfo tras

conseguir un acuerdo conmigo.

—Sí, eso... □ vacilé, miré la Tablet y retomé lo mío □ en efecto, tiene problemas con ingles, no sé si es porque lee poco, porque no está prestando atención a clases o porque simplemente no le gusta. En cuanto a español, simplemente no le importa. En las clases de español traté de enseñarle hablándole en el idioma, pero no surtió ningún efecto, simplemente lo ignora.

Mientras hablaba sentía que John me estaba mirando, era obvio, supongo que es parte de su educación (la de cualquiera que la tenga) pero no de la forma en que normalmente alguien lo haría. Me sentía invadida, que lo hacía con un tono diferente, que intentaba hallar algo en específico al verme con tanta atención.

—¿Lo ignora? Si conmigo habla español, no lo ignora. □ dijo casi de inmediato.

Levanté mi mirada y me encontré con que sus ojos, en efecto, estaban fijos en mi. Me recorrió un escalofrío por toda la espina, esparciéndose en mis brazos, mi pecho, mi nuca; como una onda expansiva. Por fuera, no parecía afectada, pero por dentro, estaba tan estremecida como un átomo moviéndose de un lado a otro.

—Lo que trato de decir es que, en cuanto a la parte técnica, no le da importancia y simplemente sigue con su vida. Su excusa es que ya sabe hablar español □ respondí, tratando de sonar natural, no afectada por lo que había notado.

—Bueno, entonces habrá que darle más atención a ello □ seguía sin quitar su mirada, así que bajé la mía y me enfoqué en la Tablet, esperando que, sin contacto visual, no sería tan abrumador.

Aclaré mi garganta y me propuse cambiar de tema.

—En cuanto a las otras asignaturas, parece que simplemente no ha prestado atención.

—¿Tendrá algún déficit? □ me preguntó de repente, tratando de encontrar una respuesta □ ¿será eso?

Me lo imaginaba haciendo los gestos que acompañaban sus palabras para no levantar la mirada y encontrarlo viéndome con

atención.

—No lo creo, pienso que es sólo una etapa. Algunos niños simplemente no quieren prestarles atención a las clases del colegio.

De repente, John se levantó de su asiento, como si hubiera terminado la reunión y estuviera ávido por irse.

—¡Bueno! □ levantó la voz, y, con ella, me hizo levantar la mirada □ la parte positiva es que, ahora que te quedarás aquí, podrás supervisar más a fondo su educación.

—Sí pero... □ traté de darle una razón para que no creyera que sólo me encargaría de eso, pero John supo interrumpirme, como siempre.

—Así que no tenemos por qué hablar más al respecto. No podemos esperar mucho de tan sólo dos días con él □ se inclinó un poco y enterró su mirada en mis ojos □ ¿a poco no?

Yo pienso que, lo que me sucedió en el elevador fue por culpa de su mirada. La forma en que transmitía su esencia con ella podría cautivar a cualquiera, y yo, no era precisamente especial. Lo digo porque, en ese momento, me sentí igual.

John me miraba con una sonrisa alumbrando su rostro, esperando a mi respuesta asertiva (porque los dos sabíamos que no se detendría con un no), lo que me trasladó al mismo lugar que me llevó en el elevador. Al momento no lo había aceptado, o incluso notado. No fue, sino con el tiempo, con lo que llegué a esa conclusión; John me estaba atrayendo paulatinamente con gestos tan fútiles como ese.

Mirarme sólo fue la punta de iceberg.

—Sí, creo que sí □ respondí, con la voz temblorosa.

—Entonces no se diga más □ se apartó el lugar en donde estaban todos los muebles de la sala □ mañana tendrás dos horas para estar con Noah.

—¿Dos horas? □ exclamé □ ¿no es mucho tiempo?

John no detenía su paso, ya iba por las escaleras.

—No, ahora que te quedaras cuando le supervises, entonces puedes dedicarle más tiempo. Más tarde hablo con Mariana para que acomode una habitación sólo para ti.

Poco a poco su voz se iba escuchando menos y menos, hasta que simplemente desapareció. Mientras, yo quedé parada viéndolo mientras se iba, tratando de asimilar mi nuevo cargo.

—Maldición, no quería quedarme aquí □ dije, sólo para mi.

Antes de darme cuenta, había transcurrido casi un mes, el calor del verano, aunque distante, comenzaba a abrigarnos. Antes de llegar a ese punto del año, mi vida como la asistente cuyos cargos dependían del humor de John, estaba tratando de dominar mi etapa de tutora.

—No, Noah, no se supone que debas decirle eso a tu profesora.

—¿Por qué no? □ pregunto, con tanto orgullo que parecía que me daría una bofetada con él □ Su español es malísimo.

Con él aprendí que la parte más difícil de enseñarle a Noah, era que necesitaba hacer que él entendiera que no era mejor que nadie simplemente por ser él. No sabía eso del pequeño, y más que todo, no lo esperaba cuando se trataba del hijo de John.

—Porqué no, la profesora sabe cosas que tú no □ traté de explicarle, ya estando al límite de mi paciencia □ No debes estar diciendo eso.

—Ella no sabe español, no como yo □ insistía Noah □ siempre anda diciéndonos cosas como verbos, y sustantivos, y consonantes, y sonidos, y nunca nos habla en español □ explicaba, con cierto tono de desagrado que parecía que le daba asco lo que ella le enseñaba.

—¿Y tú sabes al respecto? □ pregunté.

Noah hizo silencio por unos segundos, intentando encontrar la respuesta a mi pregunta, pero este niño era imparable.

—No nos habla en español, ninguno en mi clase sabe hablarlo, los profesores de español son patéticos.

Todos los días, pasada la hora de llegar de la oficina de John, específicamente los martes miércoles y viernes, debía prepararme para tratar de lograr lo imposible con un niño que desde lejos no es nada parecido a quien es en realidad.

Durante semanas, aprendí de él tanto, que parecía que lo conocía mejor que su padre. Era dominante, intenso, orgulloso. No entendía

por qué era así, pero parecía que tenía algo que ver con John.

—Cuéntame Noah, ¿qué aprendiste hoy? □ pregunté, comenzando la clase con mucho entusiasmo.

En secreto, siempre quise impartir alguna clase a algún grupo de niños; tenía el deseo de preparar las futuras generaciones con las cosas que yo siempre quise aprender de alguien experimentado, sin embargo, a pesar de que no era exactamente lo que quería hacer, estaba emocionada, o por lo menos así empezaba las clases.

—Nada.

—¿Cómo te fue hoy?

—Bien □ respondía mientras se quitaba el bolso con completa apatía.

No tenía mucha experiencia con niños, pero definitivamente sabía que ese no era el tipo de energía que los infantes deberían tener. O eso creo. ¿Habré sido así cuando tenía su edad?

—Muéstrame qué clases viste hoy □ se lo pedí amablemente, sin dejar que su actitud me desanimase.

—Aquí tienes.

—Matemáticas □ leí en la portada de su cuaderno □ Así que hoy viste divisiones □ le dije luego de ver la clase de ese día.

—Sí, eso vimos □ afirmó sin prestarme mucha atención porque tenía el móvil en la mano.

Me exasperaba que fuera así, pero me controlaba, por amor a mi trabajo.

—¿Qué más aprendiste hoy?

—No lo sé, nada, creo.

Noah no me hablaba viéndome directamente a los ojos, lo que de cierta forma me frustraba de manera exagerada.

—Historia □ leí del cuaderno que yo misma cogí de su bolso.

Noah siempre cargaba esos pesados cuadernos en su mochila porque, según decía, no confiaba en dejarlos en la escuela.

—Ya veo, con que estás viendo esto □ la nostalgia me invadía de vez en cuando □ recuerdo cuando me dieron esto, yo estaba en la escuela de mi pueblo y... □ hasta que levantaba la mirada y veía la falta de interés de aquel niño.

A los días aprendí que debía tener un control completo de lo que veía, sin que me lo dijese él, por lo que me cree un programa en donde debería ver todas las clases que le correspondían (cosa que obtuve gracias a John y a su increíble habilidad para convencer a las personas de que le dieran lo que él quería) por muy a pesar de que no se pudiera.

Con el tiempo aprendí que debía ser firme con él, no dejar que me dominase, así que comencé a tomar medidas luego de tener ciertas conversaciones acerca de su comportamiento con su padre.

—Coloca tu móvil aquí, jovencito.

Al principio, Noah se mostraba renuente a colaborar con la clase.

—¿Por qué debería hacerlo? No es tuyo, yo decido qué hacer con esto.

—Pues, porque sí. No prestas la debida atención, no aprendes nada y pierdes el tiempo con él en la mano.

—Le voy a decir a mi papá □ fueron sus excusas por un tiempo.

Noah, a pesar de ser un niño parcialmente educado, respetuoso y amable, era un infierno cuando se trataba de cosas semejantes a la educación.

—No me importa, tu papá me dio permiso a hacer lo que fuera necesario para que aprendieras.

Con paciencia, fui dominando a ese pequeño demonio. A veces, sentía que necesitaba tomar un respiro, que dar clases no era para nada como yo creía que sería y que, cuando conocí a ese niño, no me lo imaginaba de esa forma. Extrañaba al Noah que no hablaba mucho, que me sonreía con amabilidad, que me respetaba.

Yo no estaba preparada para cosas como esas.

Pero, las cosas no fueron tan malas todo el tiempo. Efectivamente comencé a verme más cerca de John día tras día, lo que endulzaba

mi vida. Estar con él era cada vez más interesante porque no sólo lo veía mientras trabajaba como su asistente, sino que compartía las noches a su lado. Me encantaba estar junto a él. Gracias a eso, comenzamos a hablar más, no de nosotros (no como yo quería) pero sí sobre las cosas que le enseñaba a Noah, o sobre asuntos de la casa. No había momentos de silencio entre los tres.

Todo eso compensaba las horas que invertía en el pequeño de la casa y su educación. Era difícil, no voy a mentir, pero yo no me rendía, no me estaban pagando por eso; John quería ver resultados y yo estaba dispuesta a dárselos. Día tras día me levantaba con la idea de que vería al pequeño, pero, por otro lado, también al padre, durante horas. Era algo que me obligo empezar a ver la semana como algo completamente diferente.

Fluctuaba entre el entusiasmo y la desesperación cada mañana que me correspondía quedarme en su casa y dar clases. Feliz porque vería a John, estresada porque me tocaba hacer de tutora a un pequeño que no quería aprender.

Noah luchaba con

Pero, con el tiempo, eso fue mejorando.

Parte de mi obligación como tutora era tratar de enseñarle a Noah que era importante saber cosas, que debía prestar atención a clases y a aprender esas que ya había perdido por su falta de interés en verlas. Me costaba lidiar con su actitud, con su forma de ser.

Llegué a pensar que Noah era así por el hombre que era su padre: alguien millonario, con recursos, con tanto dinero que nada le haría falta en la vida ni a él ni a su hijo. Ese tipo de cosas suelen darles un mensaje erróneo a los pequeños. Sí, tal vez era un cliché: hijo de millonario igual a niño malcriado. Pero John no era así, no se veía como el tipo de persona que educaría mal a su hijo; pero era lo que se veía a simple vista.

Yo no soy una psicóloga, no puedo saber qué piensa ese niño con un diploma de cineasta en mi mano, pero, estaba segura que algo tenía que ver con eso y mi observación no estaba errada. Noah estaba atravesando una etapa en la que sabía lo que era tener

dinero, y lo que significaba eso como persona. Creo que parte de su comportamiento venía de la mano por la forma en que John hacía las cosas. Siempre se comportaba como un jefe para todos, estando alrededor de él (lo hacía estando conmigo, no dudo que lo hubiera hecho cuando no) por lo que supuse que era eso, que estaba acostumbrándose a obtener todo lo que quería con tan sólo pedirlo.

—¿Ya terminamos? □ me preguntaba constantemente mientras veíamos el repaso de sus clases.

Otras veces agregaba un «tengo algo que hacer» como si fuera el niño más ocupado del mundo. A lo que yo le respondía con un rotundo no, porque tenía que estar ahí, aprendiendo, no perdiendo el tiempo con lo que fuera que hiciesen los niños de su edad.

Poco a poco me vi en la posición de tener que ser comprensiva con él, de darle a entender que no todo era gratis en la vida, que tendría que esforzarse y que debía respetar a las personas que le trataban de enseñar. Sus maestras estaban completamente frustradas con él a pesar de estar acostumbradas a niños millonarios. Era desafiante, era inquieto, pero yo tenía un plan.

Comencé con tratarlo como un igual, a hacer más dinámicas nuestras clases, a ser más y más entretenida, a ser como yo quería que fueran mis profesores a su edad: menos estirados. Lo dejaba participar, le pedía que me prestara su punto de vista y que participara más con lo que fuera.

Cuando se trataba de historia, usaba sus juguetes como personajes; con español le hablaba sólo en el idioma y le explicaba la clase para que se sintiera integrado, siempre usando palabras nuevas (cosa que descubrí que le gustaba) y así comenzó a prestar atención. A mi manera, traté de hacer que se sintiera a gusto conmigo y, poco a poco, fue cobrando fruto.

Me gusta pensar que el pequeño me cogió cariño por el entusiasmo que le estaba inyectando a las clases que le daba. Lo bueno es que ese mismo nivel de interés, me fue haciendo ganar puntos con John. Mientras me ganaba a uno, me ganaba a los dos.

Por su parte, el niño seguía siendo parte de mi prioridad. Uno de mis más grandes retos fue enseñarle a prestar atención en general. Noah veía la vida a su manera, y eso era algo que había que saber de él si lo que querías era enseñarle algo.

—Noah, cuánto es trescientos cuatro por doscientos quince  
□ pregunté, haciendo un repaso en sus clases de matemáticas.

Ya estaba interesado en lo que hacíamos, ya no se distraía ni cambiaba el tema para terminar rápido.

—Veamos. Trescientos cuatro por uno son trescientos cuatro

—Noah, no creo que... □ traté de interrumpirle.

—No, no... espera □ dijo Noah □ deja que siga, ya vas a ver.

Lo miré llena de duda, pero de todos modos lo dejé continuar.

Quería ver qué estaba tratando de hacer, como ya había dicho, él veía el mundo a su manera, así que, debía esperar.

—Vale.

—Bueno, si trescientos cuatro por uno son trescientos cuatro y trescientos cuatro por dos son... □ Noah comenzó a señalar una pared de vidrio que yo estaba usando como pizarra, con el dedo índice como si estuviera escribiendo los números □ seiscientos ocho, y por cinco serían □ hizo una pausa corta □ mil quinientos veinte.

Yo comencé a ver la cuenta que había escrito en mi Tablet con el lápiz de pantalla y vi que, dentro de su método desordenado, había sentido, poco, pero lo había. Estaba multiplicando la cantidad por cada dígito de aquella cifra. Lo estaba haciendo mal, pero bien de cierta forma.

—Eso nos deja con mil quinientos veinte más trescientos cuatro y seiscientos ocho...

—Creo que no te va a dar... □ dije, apresurándome a su resultado.

Noah estaba convencido de lo que estaba haciendo era lo correcto. Como siempre, se abalanzaba a las cosas a su manera tratando de resolverlo todo con un punto de vista único. No estaba en contra de

eso, sentía que debía motivarlo a seguir; se veía seguro de lo que estaba haciendo; concentrado, no dejaba de ver la pizarra improvisada en el vidrio que estábamos usando. Yo quería ver el resultado.

El resultado que debía obtener, tomando en cuenta lo que estaba haciendo, no llegaría, ni por mucho que quisiera, a asemejarse al correcto, pero, no quise decírselo hasta que él mismo se diera cuenta de su error.

—Eso me daría... □ hizo una pausa, succionó la saliva en sus dientes produciendo un sonido de hastío □ no, ya va □ repitió lo que estaba haciendo con el dedo antes, para luego terminar bajando la mirada y escribiendo algo en su cuaderno, lleno de entusiasmo,.

—Noah, si quieres □ pensé en alentarle de hacerlo de otra forma, antes de ser interrumpida.

—Sesenta y cinco mil trescientos sesenta

Mi cara de decepción no fue normal. Le había dicho que se esperara y no me hizo caso. Ya sabía por qué estaba tan mal en clases. Por qué no prestaba atención; aquella información no era nueva para mí, pero no sabía por qué, a ese punto de nuestros repases de clase, seguía insistiendo en no hacer las cosas de forma adecuada.

—Lo siento, Noah, creo que no es ese el resultado □ aseveré, mirándolo con lastima a los ojos.

Bajé mi mirada para ver el resultado que yo había sacado segundos atrás antes de que comenzara a multiplicar a su manera.

—Es en realidad, seis □ vacilé □ dijo, sesenta...

En lo que seguí leyendo mis propios números, me di cuenta que no estaba equivocado.

—Sesenta y cinco mil trescientos sesenta □ repitió, como si no viera el motivo por el cual no le daba la razón □ lo acabo de decir.

—Pero... □ algo no andaba bien.

Comencé a mirar el resultado que tenía en mi Tablet, el que había en el vidrio, luego a Noah, y seguí con eso hasta que no pude

encontrar la respuesta por mi misma. No sabía cómo le había hecho para sacar las cuentas de esa forma.

Comencé a hacer lo mismo que él y me daba resultados diferentes. La suma de la multiplicación de cada numero por separado me daba otro resultado. Al cabo de un rato insistiendo en que estaba equivocado y no había forma de que lo lograra, comencé a dudar de mis habilidades numéricas.

—¿Qué hiciste? □ me acerqué a su cuaderno para ver lo que había hecho.

Me senté a su lado, dejando mi Tablet sobre el sofá y mirando fijamente a su cuaderno.

—Pues multipliqué y luego las sumé, cómo tú me dijiste.

—Pero no debería darte ese resultado, debiste hacer otra cosa, no puede darte esa cantidad.

No detallé lo que había hecho, estaba plenamente segura de que él había hecho algo mal, no yo.

—¡Claro que sí! □ insistió Noah. Levanté mi mirada y lo vi a los ojos.

—Noah, no hay forma de que hayas sacado trescientos cuatro por dos, por uno y por cinco y que te de esa cantidad □ dije, insistiendo en que había hecho algo mal.

—¡Claro que sí! □ vociferó, completamente seguro de sus cuentas.

Noah se levantó, cogió el marcador para pizarra, y se acercó al vidrio.

—Mira, trescientos cuatro por dos da seiscientos ocho □ lo anotó □ por uno da trescientos cuatro □ lo anotó al lado del ultimo resultado □ y por cinco da mil quinientos veinte.

—Exacto, y si sumas todo eso no te puede dar sesenta mil □ aseveré, entre segura y dudosa de mi habilidad para sacar cuentas.

—Espera □ se dio la vuelta y comenzó a escribir mientras me hablaba □ lo que pasa es que el dos no es un dos sino un

doscientos, el uno es un diez y el cinco □ vaciló □ ese si es un cinco. Entonces, si coloco los dos ceros del dos a los seiscientos, el cero del uno a los trescientos y lo sumo por los mil quinientos, me da... □ se tomó su tiempo para escribirlo luego de colocar cada cifra una sobre otra como una cuenta normal □ sesenta y cinco mil trescientos sesenta.

Habló con tanta seguridad y el resultado daba, que, tardé unos segundos (tras ver fijamente a los números que había escrito en la pizarra improvisada) en darme cuenta que lo que había hecho era la forma adecuada de sacar una multiplicación de una cifra de tres dígitos, pero completamente desordenado.

—¿Ves? □ interrumpió mis pensamientos, insistiendo en que tenía razón; con un brillo intenso en la mirada.

—Está bien □ dije, afirmando que su cuenta estaba bien hecha, de cierto modo □ pero creo que te complicaste demasiado.

—¿Qué? □ me cuestionó □ Pero si lo hice bien, no sé por qué es malo que lo haga así □ dijo Noah.

En su rostro se notaba que estaba decepcionado. Intentaba sorprenderme con sus habilidades numéricas tras sacar esa cuenta, pero al ver que no estaba del todo conforme con lo que había hecho, su mirada fue perdiendo ese ferviente brillo que tenía segundos atrás.

Me levanté y me acerqué a él.

—Ya veo lo que hiciste aquí □ tomé el marcador para pizarra e hice lo que debía □ hiciste lo que debías hacer pero de otra forma.

Luego de un rato insistiéndome que lo que había hecho tenía sentido, que no podía estar equivocado porque le había dado el resultado correcto, Noah se sentó, completamente despeinado, con los brazos cruzados, completamente afectado por la ineludible realidad, que, con su método para multiplicar, estaba siendo pretencioso.

—¿Qué significa pretencioso? □ preguntó cuando se me salió la palabra.

No supe cómo explicarle sin que fuera a sonar ofensivo.

—Bueno, que □ vacilé □ que lo hiciste y parece que estas seguro que tu método es mejor.

—Pero si lo hice bien □ insistió □ no sé por qué está mal.

—Querido □ le dije □ las matemáticas están creadas para hacer más simples ciertas cosas, por lo que la forma en que se hacen las sumas, las multiplicaciones, las divisiones, etc. Se hicieron para que todos las entendiésemos.

—Pero así se hacen las cosas realmente □ me dijo □ hice lo que me dijiste. Multipliqué y luego sumé.

—¿Y por qué no lo hiciste igual, pero en el orden que te dije?

—Porque, no es igual de divertido □ confesó

Recuerdo que lo miré, queriendo decirle que a pesar de que le gustase hacerlo así, en su escuela no iban a saber evaluarlo. Quería contarle que a pesar de que tuviese resultados no tendría el reconocimiento que él estaba buscando.

Al verlo tratar de entender por qué estaba equivocado a pesar de haber sacado bien las cuentas, me incliné frente a él para estar a su altura, y le cogí por los hombros.

—¿Cuánto tiempo tienes haciendo tus cuentas así?

—Desde siempre. Me gusta hacer las cosas por orden. Una por una, así pienso sólo en una ¿sabes? Es como hacer muchas cosas a la vez y luego uniendo todo a la final.

—Al final... □ le corregí, casi como un reflejo. Aclaré mi garganta al saber que no entendería mi corrección y lo dejé morir ahí. □ ¿y qué más? □ le motivé a hablar.

—Bueno, que hago las cosas así, y me gusta hacerlas así.

—¿Se lo has mostrado a tus profesores?

—No. No les gusta.

En sus ojos se veía cómo intentaba hacer las cosas a su manera y yo, intentando no ser cruda con él, traté de manejar la situación lo

mejor que pude. ¡Claro que quería decirle que no porque su método fuera funcional lo iban a dejar hacerlo! Yo estaba segura de que en la escuela no lo iban a atender, que sí se lo llegábamos a decir, nos interpelarían con algo como: «pero él debe adaptarse al sistema, no el sistema a él» y yo o John estaríamos en total desacuerdo con aquellas palabras y haríamos algo de lo que nos arrepentiríamos.

A causa de eso, preferí ser indulgente con él, negociar la situación.

—Vamos a hacer una cosa □ le dije

—¿Qué?

—¿Qué tal si aprendes a hacer las cosas de las dos formas?

—¿De las dos formas?

—Sí, una vez leí una historia que se llamaba «el hombre que calculaba», trataba sobre un hombre que contaba cualquier cosa con tan sólo verla □ le hablaba como si se tratara de algo realmente asombroso □ incluso sabía cuantas hojas habían en un árbol enorme ¡con tan sólo verlo!

—¿Y eso qué tiene qué ver con como yo hago mis cuentas?  
□ preguntó sin ver la relación.

Era de esperarse, no estaba siendo muy clara, siquiera había llegado al punto que quería.

—Bueno, que este hombre aprendió a sacar cuentas y a calcular a su manera sin ayuda de nadie □ continué con mi idea, hablando con completo entusiasmo, tratando de atraer su atención □ , pero también conocía los métodos que habían sido inventados por los más grandes matemáticos, científicos y cualquiera que supiera de números en la vida.

—¿Y?

—Que tu puedes ser igual, puedes aprender ambas cosas y hacerlo como tú quieras.

Le sonreí, tratando de ver si mi propuesta había surtido algún efecto importante en él. Noah respondió a mi sonrisa y, en esta, vi al mismo hombre que participó en traerlo al mundo. Tenían las mismas

facciones, los mismos gestos, incluso, los hoyuelos de sus mejillas se hundían del mismo modo.

—¿Qué dices? ¿Lo hacemos? □ insistí.

—Está bien □ dijo, asintiendo con la cabeza como si estuviera rompiendo una pared con ella.

En un grito de júbilo me levanté y saboreé mi victoria.

—Excelente entonces □ levanté la Tablet del sofá y miré la hora □ bueno, ya terminamos por hoy. Mañana seguiremos con español, volveremos a hacer lo que te gusta.

—Vale □ respondió.

Ya había establecido algo importante con aquel pequeño. Nos llevábamos bien, ya no me ignoraba, y ese día entendí que nuestra relación estaba mejorando por completo. Luego de eso, conversamos un rato sobre las cosas que hacía a su manera, sobre lo que quería hacer con lo que aprendiese y si iba a seguir prestando atención, incluso compartimos unas cuantas carcajadas. Nos sintonizábamos como si todo ese tiempo, en vez de ver clases, estuviéramos estableciendo una amistad; yo estaba contenta.

Pero aquel día no terminó allí; se haría mucho mejor. John nos vio por un rato. No me di cuenta que estaba ahí hasta que hizo notar su presencia con un sutil tosido.

Habíamos terminado la clase, Noah me ayudó a limpiar el vidrio en donde estábamos escribiendo e ido a su habitación a jugar con sus videojuegos. Yo pensaba que estaba sola, terminando todo, acomodando mis cosas, buscando mi móvil para ponerme al corriente con mis redes sociales y demás cuando, de repente, John apareció.

—Parece que ahora se están llevando bien □ dijo, apareciendo de la nada, luego de toser.

Yo di un pequeño salto por el susto de su repentina aparición.

—¿Te asusté? □ se estaba riendo... riéndose de mi.

—Sí, no me esperaba que aparecieras así. Creí que estaba en su oficina o algo por el estilo.

—Lo estaba, pero luego te escuché gritar y vine.

—¿Gritar?

—Sí, gritar. Luego vine y estaba hablando con Noah.

—¿Nos escuchaste?

—No mucho, pero sí los vi que estaban pasando un buen rato  
□ dijo John.

—Sí □ continué recogiendo mis cosas □ estuvimos hablando un rato, distrayéndonos de los números y eso.

—¿Todo bien? □ preguntó. Se acercó a mi y cogió el cuaderno de Noah que estaba aun abierto.

—Sí, estuvimos haciendo unas operaciones y eso.

—Que bueno, muy bien □ John estaba pasando las paginas del cuaderno de su hijo mientras me hablaba. No levantaba su mirada para verme.

Traté de no verlo mucho, continué con lo mío, terminé de acomodar mis cosas, de cerrar las aplicaciones que tenía abierta en mi Tablet, todo lo necesario para ignorar que John estaba ahí. A pesar de que estábamos pasando mucho más tiempo juntos, aun me era un poco difícil estar con él sin sentirme como una tonta enamorada. No era tan fácil seguir ignorando mis intereses.

—¿Qué harás hoy? □ preguntó John, tan repentino como su aparición.

—¿Hoy? □ pregunté al viento haciendo memoria de lo que podría hacer ese día.

No era mucho, no hacía planes cuando me tocaba quedarme en aquella casa, así evitaba tener que salir de noche o algo por el estilo.

—Creo que nada □ dije, pensando todavía si realmente no tenía nada qué hacer. □ Sí, nada □ aseveré al fin.

John levantó la mirada y me sonrió.

—Perfecto □ exclamó, acompañado por el sonido de golpe que hizo al cerrar el cuaderno con un único movimiento de su mano □  
¿quieres ir a cenar hoy?

Durante días, semanas y meses, antes de eso, estuve ansiosa por conseguir algo de John. Un beso, un abrazo largo y especial, alguna caricia en la mejilla, incluso si era para quitarme algún poco de salsa que me hubiese caído mientras comía. Lo que fuera habría sido más que bienvenido por mi.

Sí, había estado recibiendo su atención de diferentes maneras; fuera para hacer cosas que de cierta manera no me correspondían, o un simple comentario, él sabía hacerse notar. Fuera especial o no, viniendo de John, todo, absolutamente todo, era maravilloso.

No sólo era su atención a mis palabras, sonrisas, ni su mirada penetrante o el sonido de su voz al pedirme algo relativamente absurdo para la hora, el lugar o el tipo de trabajo (el cual debía dejar de hacer, para cumplir) que estaba haciendo en ese momento.

A veces se antojaba de alguna bebida exótica que vendían prácticamente al otro lado de la ciudad la cual yo debía ir a buscar (más que todo porque era quien tenía las llaves de su coche). Otras veces me tocaba tener que dejar de hacer algo para poder cumplir con otra cosa: comprar las entradas para una película en estreno en determinado lugar porque mi jefe era un cinéfilo orgulloso, tener que comprar un dulce en específico que traían exclusivamente de Suramérica (que incluso mandaba a buscar en el país que los producía cuando no lo conseguía aquí); servir de mensajera a mediados del día.

De vez en cuando me pedía que descansara un poco de mi trabajo y me mandaba a recibir masajes, comiera, viera una película (era difícil para él no relacionar el cine con algo bueno a pesar de que yo no era muy amante de las películas) o cualquier cosa; distracción la cual se veía frustrada en el proceso porque tenía que atender algo importante que, irónicamente, él me pedía.

Pero la parte del trabajo agotador, de que lo que me pedía parecía absurdo y rozaba la línea de la explotación sin cruzarla, ya lo había

superado, así que comencé a prestarle atención a otras cosas importantes entre nosotros.

Ya la atención que le prestaba a mis palabras, sus ordenes como mi jefe, sus sonrisas, su mirada y el sonido embriagante de su voz dejaron de ser los protagonistas de mi afecto. Le cambio por gestos, cumplidos, mimos...

Algunas veces era un:

—Se ve bien hoy, señorita Karen... □ y continuaba como si no hubiera dicho nada.

Otras, genuinamente sutil, era detallista.

—Me gusta lo que hizo son sus manos, señorita Karen, le queda bien □ cuando acababa de compra un barniz nuevo.

A su vez, de manera completamente innecesaria, si no era un cumplido a mi apariencia, a algún cambio poco relevante o, mientras hablaba, un comentario al azar de mi atractivo; John, así no más, me veía fijamente cuando no estábamos hablando o haciendo algo.

No sabía cómo interpretar sus acciones porque, como yo lo veía, tan raro como nuevo, era imposible que tuviese sentimientos por mi.

Esa tarde, en medio de la sala, un pizarrón de vidrio improvisado y una mirada de estúpida, John había puesto en marcha una de mis más grandes fantasías: tener una cita con él.

—Sí □ Como un reflejo, dejé escapar la afirmación entre mis labios sin siquiera pensarlo, hasta el punto de que no puede llamarse una decisión □ claro que quiero ir a cenar contigo.

—Perfecto entonces □ exclamó con júbilo sin entender en realidad lo importante que eso había resultado para mi.

—Perfecto □ repetí con el mismo animo, sonriendo; endemoniadamente feliz por lo que acababa de suceder.

Honestamente, el tiempo que pasaba sola pensando en John, lo invertía pensando en todo lo que podría hacerme como mujer, en lo increíble que debería ser tenerlo como amante. El resto del tiempo (el que invertía imaginándome una vida a su lado), me convencía de que era lo suficientemente hermosa para ser de su tipo como la

cohorte de mujeres que alguna vez le vi tener, para atraerlo con mis encantos y mi belleza. Era absurdo siquiera pensar que alguien como yo atrajera un hombre como él, pero, eso no me privaba de desearlo.

Tal vez la espera me supo recompensar. Había estado deseando estar con él a solas de forma persona, sin necesidad de estar hablando de trabajo, de tener que hacer algo para él, su hijo o su empresa y sintiendo que realmente estábamos disfrutando de la compañía del otro. John era el sueño erótico de cualquier mujer, yo no era más que su asistente, pero, ese día, justo en ese día, me sentí como una chica especial.

Luego de horas buscando qué vestir, de maquillarme, de hacerme ver lo suficientemente bonita para él y de salir de la casa sola para encontrarme con un hombre apuesto vestido de traje parado en frente de uno de sus coches favoritos, aquella noche comenzó de verdad.

—Se ve hermosa hoy, señorita Karen; estupenda, si me pregunta.

John fue todo un caballero: esperó que me acercara, me dio un beso en la mejilla como si estuviéramos saludándonos luego de tiempo sin vernos, me abrió la puerta de su coche y la cerró en lo que entré en él.

—Usted no se ve nada mal vestido así, señor John □ yo trataba de parecerme a la competencia.

—Me vestí yo solo □ dijo con orgullo □ sin la ayuda de más nadie.

—Ya veo, creo que ya no necesitaré que lo asesoren entonces □ dije.

Ya estábamos dentro del coche, él aun no encendía el motor, no hasta que se giró a verme, y, con una sonrisa traviesa (ese tipo de sonrisas que usarías cuando quieres decirle a alguien que le desnudarías con la boca); y una mirada llena de encanto, dijo:

—Nunca lo necesité □ encendió el motor y puso en marcha el coche, dejándome muda y sin poder hablar.

Lo tomé como cualquiera lo tomaría, me sonrojé y simplemente dejé que el silencio dominase nuestro viaje. No tenía idea de a donde iríamos, lo que hizo de mi elección de ropa una batalla campal. Terminé eligiendo lo más neutro entre lo casual y lo elegante (cuando lo vi vestido de traje y sin corbata, con su mejor porte y perfume, supe que había hecho una buena elección) por lo que no tenía idea de cuanto duraríamos dentro del coche los dos solos.

No era la primera vez, pero sí la más incómoda.

—Noah está trabajando muy bien □ traté de decirle, de sacar conversación de la nada.

Tratar de crear un tema en el que los dos tuviéramos una opinión y esperar lo mejor de eso.

—No hablemos de Noah □ interpeló de inmediato.

No tuvo necesidad de verme para hacerme entender que estaba hablando en serio, que realmente no tenía deseos de hablar de su hijo. Fue un poco frío, pero natural y, como si lo hubiera notado, lo acomodó con una sutil sonrisa queriendo decirme que todo estaba bien, que no era momento de eso.

—No hablemos de Noah □ repitió, esta vez, viéndome a los ojos con esa sonrisa □ esta noche no hablaremos de eso.

—¿Entonces de qué? □ quería saberlo, quería librarme de la incertidumbre que me estaba matando.

—De lo que sea. Cualquier cosa.

Habiéndome dejado pensando en el tema en específico del que quería hablar, el viaje se hizo corto hasta un restaurante en el centro de la ciudad. Estaba distraída, viendo por la ventana, estudiando todos los posibles tópicos que podríamos tocar; debía ser cuidadosa en mi elección porque no quería que me dijese que no quería hablar de ellos de la misma forma en que me dijo que no dijera nada acerca de Noah.

En lo que llegamos al restaurante, todo se hizo un poco más suave.

Ya sentados, habiendo ordenado el licor que tomaríamos y esperado a que nos diese hambre para pedir la comida, comenzó

nuestra noche juntos.

—¿En qué piensas? □ preguntó John □ Te ves un poco preocupada. ¿No te gusta el lugar?

—Claro que me gusta □ reaccioné □ no es eso, es que, estaba pensando, eso es todo.

—Eso lo sé, te pregunté en qué estabas pensando. Es un poco obvio, pones esa cara cada vez que piensas: frunces el ceño, ves al frente sin ver realmente a lo que tus ojos apuntan, juegas con tus labios. Es lo mismo que haces todo el tiempo □ explicó □ creo que piensas demasiado, la verdad □ bromeó y luego se ríe.

Dejé que la sorpresa por su detalle no me dominase, y traté de desviar el tema.

—Sí, sólo estaba pensando en qué podíamos hablar □ confesé.

—¿Exactamente de qué?

—No lo sé, no llegué a nada.

Estaba nerviosa, sentía que podía arruinar el momento. Sí, habíamos comido juntos en el pasado, pero no de esa forma, no con esas ropas, no con mi corazón en la garganta y mi cuerpo entumecido.

—Creí que podríamos comenzar hablando de Noah y ver a donde nos llevaba esa conversación, pero no quisiste.

—Porque no quiero hablar del trabajo, no quiero que me hables de las cosas que haces porque te pago para que las hagas □ John se veía tan bien hablando con su copa de vino en la mano, que parecía que había dominado el arte de beber.

—¿De qué quieres hablar entonces? No conozco ningún tema interesante □ estuve a punto de comenzar a divagar cuando la hermosa voz de John me interrumpió.

—Háblame de ti, hablemos de nosotros. Quiero que nos conozcamos.

Dejà vú. Estaba segura que ya me había dicho algo parecido a eso, en otro contexto, en otro tiempo. Eso me sacó de lugar.

—¿De nosotros? ¿Por qué quieres hablar de nosotros? ¿Qué sucede entre nosotros? □ estaba nerviosa, lanzaba una pregunta tras de otra tratando de maquillar lo que era evidente □ ¿A que te refieres con eso?

John simplemente se reía, no dijo nada, no aclaró ninguna de mis dudas, sólo hizo eso por varios segundos; parecía que estaba encantado con ello.

—Te ves adorable cuando haces eso □ dijo al fin □ no, no estoy tratando de decir nada...

Pensé: ¿eso es bueno, que no signifique nada? Estaba tratando de encontrarle un sentido a todo eso, a nuestro encuentro, a nuestra cena, a sus palabras. Él estaba jugando conmigo y parecía que yo estaba perdiendo.

—Sólo trato de saber quién es Karen Kelson. Quién es la mujer que lleva esa hermosa cara, que se esconde detrás de ese rostro cansado, de las horas que trabaja, del cabello que a veces se le despeina porque es tan rebelde como ella.

No sabía qué decir, ni cómo reaccionar a eso. Creo que hasta se me olvidó como hablar.

—Eh... yo, no... □ divagué.

—Sólo quiero conocerte mejor, Karen □ primera vez que me llamaba así □ no he tenido tiempo de hacerlo y ahora, la verdad que deseo hacerlo.

—¿Antes no lo querías hacer? □ estaba apenada, sonaba como una niña tonta que sentía vergüenza de su propia voz.

Calaré mi garganta, tragué saliva y repetí, tras ver que soné como una tonta.

—¿Antes no lo querías hacer?

—Claro que sí, pero no parecía apropiado, quería esperar.

—¿Qué estabas esperando? □ pregunté, buscando sentido a sus palabras.

John me miraba mientras sorbía de su copa, mientras yo hacía lo mismo, mientras trataba de tragar el extraño sabor aterciopelado de algo que no había probado en mi vida ni sabía exactamente como beber... mientras, mientras. Sólo había ese contacto entre nosotros, sólo estábamos él y yo; nuestras miradas chocaron una con la otra con intensidad, queriendo decir algo, hacer evidente el mensaje que se estaba escribiendo entre los dos.

—¿Qué estabas esperando? □ pregunté de nuevo al no ver respuesta.

John no se veía afectado por mi pregunta, no dudaba, no se veía como si estuviera pensando algo para responder o no supiera qué decir. Sólo estaba callado bebiendo de su copa mientras me miraba con una sonrisa en el rostro, transparente que decía que estaba haciendo tiempo, que iba a decirlo, pero cuando la tensión creciera; parecía maquinando algo.

—Sí quería, señorita Karen □ de nuevo con eso □ había querido preguntarle qué hacía para ganarse la vida pero ya lo sabía, quería preguntarle qué hacía en su tiempo libre y también lo sabía porque difícilmente tenía tiempo para eso.

John comenzó a tomar el control de la conversación de la misma forma en que tomaba el control de todo.

—He querido preguntarle tantas cosas, señorita Karen, pero siento que no debería molestarla más que con lo que ya le molesto. Trabajar para mi es un suplicio en cuanto a responsabilidades

—La paga no es tan mala □ traté de aligerar la conversación con eso.

—Esperaba que estuviera libre de alguna de las muchas cosas que le había pedido hacer. Y, de hecho, la que parecía estar cerca de culminar, eran las clases de Noah.

—Noah está yendo bien con ellas □ quería cambiar desesperadamente de tema.

—No es de lo que quiero hablar, señorita Karen. Quiero hablar de usted.

—¿Quiere que le cuente acerca de mi hermana, de mi familia?  
¿Qué quiero hacer?

—No, señorita Karen, eso ya lo sé, ya hemos hablado de eso.

Estaba haciéndose cada vez más intensa la conversación, parecía que estaba desesperado; no se veía desesperado ¡Oh no! Ese hombre sólo demostraba control ¡ejercía el poder! No entiendo cómo era posible que lo hiciera ver todo tan sencillo. Pero su voz decía otra cosa, quería que el mensaje llegara a como diese lugar.

—Estamos hablando de que quiero saber de usted □ continuó □ quiero saber qué piensa de mi, qué quiere hacer con su vida. Quiero conocer a la Karen Kelson que se levanta todas las mañanas con una sonrisa cuando se queda en mi casa, que le avergüenza salir en bata porque no sabe lo hermosa que es, que intenta ocultar esa poesía que tiene cómo cuerpo; esas curvas que están compuestas por una métrica perfecta, en una rima consonante que endulza los tímpanos de quien le escuche pasar.

Quería hablar, quería interrumpirle. El mesero intentó hacerlo, pero lo alejó con un gesto de su mano, ignorándolo parcialmente, con su mirada fija en mi y sus palabras imperturbables. John no quería detener su monologo ni yo que lo hiciese.

—Una mujer que no tiene fallas ortográficas ni gramaticales. Es una estrofa única atiborrada de versos perfectamente escritos. Su rostro, sus labios, su mirada □ vaciló □ sus manos, su cabello, sus piernas su abdomen, sus pechos, el color de sus uñas, el lago de sus pestañas. □ hizo una pausa; ese tipo de pausas que haces cuando quieres darle el turno para hablar a otros, pero no lo hizo, sólo continuó □ Señorita Karen, quiero conocerla, pero quiero conocer a la mujer detrás de todo eso, y a esa mujer sólo la conoce usted.

—Yo □ ¿qué se supone que debería decir? ¿Qué demonios podría compararse con eso que me acaba de relatar? No me moví ni un centímetro desde que empezó a hablar. Con ambas manos puestas sobre la mesa sosteniendo una copa con vino tinto, estudiando su mirada, siendo estudiada por sus palabras y desnudada por su mensaje.

No tenía idea, no sabía cómo actuar. Sólo quería gritar y ver qué sucedía.

—No sé qué decirle, señor John □ repetí □ yo... no sé qué decirle □ repetí de nuevo, demostrando que estaba desconcertada.

Siento que así comenzó el hechizo de John en mi con esas palabras me hizo salir de mi zona de confort, sacudiéndome como si se tratara de uno de esos adornos de personas con cabezas que se mueven. No sabía qué decir, pensar o hacer. No me moví, no hable e incluso creo que ni siquiera pestañee.

—Lo que usted quiera, señorita Karen. Puede ir en orden si así gusta.

—¿En cuál orden?

—Quiero saber de usted en el sentido más puro de la palabra. Veamos, cuénteme de sus intereses, cuénteme de sus gustos □ John acercó su silla a la mesa y me regaló una de sus sonrisas.

Juvenil, elegante. Era la sonrisa de un niño que quiere conocer más sobre el mundo, que mira con ansias a sus padres entregarle una valiosa información, algo que siempre había querido escuchar.

—No sé por donde empezar, señor John. No soy nada compleja.

—No me importa. Lo que sea que puedas decirme será valioso para mi.

De nuevo con su forma única de hablar. Única no porque nadie más hablase así, única porque nadie me había hablado de esa forma. Su habla no era lo que te hacía sentir ridícula, era su mirada, su sonrisa, su porte, su figura completa. Así es él.

—Bueno, comenzaré yo □ dijo de repente □ ¿con qué puedo comenzar?

—No es necesario, podemos hablar de otra cosa, no es como que necesitemos esto.

—Oh, no, señorita Karen, sí que lo necesitamos.

—¿No podemos hacerlo simple? □ me encogí preparándome para un insulto, una reprimenda, una observación odiosa y cruda.

En cambio, recibí nada.

—¿Simple? ¿Qué propones?

Tenía que tomar el control de la situación a como diera lugar. Yo no soy una mujer débil, dócil o lo que sea. Soy una persona que no se deja doblegar por nadie. Es decir, ni siquiera mi poca experiencia sexual se interpone en mi vida. Eso es para perdedoras, suponer que por ser vírgenes deben ser tontas. Haber tocado un pene no hace más experimentado a nadie... el caso es que yo no soy así, que yo no pierdo el control. Puede que no sea perfecta, que no sea maravillosa como las demás (cualquiera, todas...) pero John no me dejaba pensar bien.

Tomé aire, sacudí mis hombros y esperé lo mejor. Tenía que hacer de esa cena algo bueno, no un interrogatorio como aquel.

—Hablar de forma natural, John □ primera vez que le llamé así. Partir desde un terreno elevado y tomar el control □ No tenemos que hacer preguntas y respuestas □ tragué saliva; sabía a vino □ yo también quiero conocerte, también quiero saber de ti.

No tenía el tipo de palabras que necesitaba para sonar como él, pero sabía cómo emparejar el tablero.

—Quiero que me conozca de adentro hacía afuera □ continué □ y quiero abrirme para ti. Pero no puedo hacerlo si me pones así de nerviosa.

—Lo siento □ parecía legitimo. Era legitimo.

—No se preocupe...

Ya tenía el control. Sonreí, lo miré a los ojos y levanté la copa.

—Por una noche inolvidable.

—Por una noche inolvidable □ brindó él, levantando su copa y chocándola con la mía.

Conversamos apaciblemente, llenos de vigor, de entusiasmo. Bebimos y bebimos por varias horas antes de comenzar a comer. Nos perdimos en la voz del otro; creo que estábamos a gusto, se sentía en el aire a nuestro alrededor. Yo le conversé de mi, queriendo que supiera lo íntimamente atraída que estaba a él sin

necesidad de ser muy específica. John me confesó que las cosas entre los dos se estaban tornando un poco personales, que no me veía como su asistente, que no quería que fuera sólo su asistente.

Yo no supe que hacer más que sentirme alagada, feliz y exteriorizarlo con sonrisas y miradas perforantes a sus ojos. Estaba completa, había conseguido lo que tanto quería por tanto tiempo sin siquiera esforzarme mucho.

Creí que no habría de tener oportunidad con aquel hombre, que no podría conseguir lo que tanto quería de él con lo que actualmente tenía, pero la verdad es que, por un breve momento, sentí que sí. Me llené de valor para hablarle de mis sentimientos, y triunfé al saber que no estaba en contra de ellos. Desgraciadamente no los confirmó, sólo dijo que le gustaba tenerme cerca. ¡Pero eso fue suficiente para una Karen llena de licor!

Comimos, disfrutamos de la música en vivo, del sonido de nuestras voces. John estaba como si nada, mientras que yo estaba llena de felicidad. Me gustaba estar ahí, me gustó aquella noche, hasta que pasamos la parte de mi vida en la que me sentí como una completa tonta.

## Cuarta parte

### 11

Ya para el momento de irnos, estaba un poco afectada por el licor que habíamos estado consumiendo durante la noche. Para ser honesta, no me esperaba nada de lo que sucedió después, ni siquiera cuando John me tomó de la mano al salir del restaurante, cuando compartimos un postre de la nada como si fuésemos un apareja de enamorados. Estaba afectada (de buena manera) por lo que había sucedido mientras cenábamos que no le presté atención de inmediato a los detalles.

Para lo que sabía de una cita, se había desarrollado de maravilla: hablamos de los dos, compartimos tiempo de calidad, disfrutamos la noche... tuvo sus altibajos, pero lo superamos sin ningún problema. Incluso, hasta parecía que todo eso se estaba prestando para una segunda cita, para algo que nos llevaría a tener otra, y luego otra, pasando a una relación; así sucesivamente hasta llegar a un encuentro mágico en el que él me confesaría su amor incondicional con una propuesta de matrimonio.

Por lo que no había motivos para prevenir lo que sucedió después.

Todo comenzó en el momento en que cogió mi mano. Sí, no lo había considerado como una barrera superada, pero eso sí que estuve emocionada al respecto.

Pero no fue un simple gesto. Me rodeó el cuello con el brazo; nos veíamos como las parejas que caminan una junto a la otra de una forma incomoda: esa en la que ella le rodea la cintura a él y este, con su brazo guindado desde los hombros de su chica, le toma de la mano. Me sentía a gusto teniéndolo tan cerca, no voy a mentir y, pienso, que con eso me terminó de hipnotizar.

Continuamos con lo nuestro, caminamos hasta el coche, nos detuvimos frente a él... todo estaba yendo de maravilla; él me soltó, me abrió la puerta y pasó.

Mientras se acercaba a la puerta, fingiendo tropezarse, acercó tanto su rostro al mío que, no importaba qué tipo de personas fuésemos,

quiénes éramos, si nos conocíamos o no... si no había un beso, definitivamente alguno de los dos debía ser estúpido.

John frustró su descenso rápidamente, quedando tan cerca como podía de mí. Podía sentir su respiración, el vapor que emanaba de su boca, sus ojos penetrantes mirándome de reojo. No pude resistirme, creo que él tampoco.

De inmediato incliné mi cabeza para acercar mis labios a los suyos, él respondió sin ningún problema. Ya estábamos besándonos. Se podría decir que ese fue mi primer beso real, uno que realmente di con las ganas de darlo y a un hombre de carne y huesos. John me tomó por la parte baja de mi espalda y me acercó a él haciendo chocar nuestras cinturas y pechos. Me dejé llevar, lo sé, era lo que quería, lo que estaba esperando.

Mi beso ideal duró la cantidad de segundos adecuada para decir que fue perfecto. Mi primer y mejor hasta ahora. Luego de eso, abordamos el coche y fuimos hasta la casa. Recuerdo que durante todo el camino el corazón me palpitaba de tal forma que lo sentía en la garganta, en la cien, en el pecho y en la entrepierna. Sus labios me enloquecieron más que el vino, causándome una ebriedad increíble. Quería más, necesitaba más de él.

Sé que mientras manejaba intercambiamos unas cuantas miradas, coloqué mi mano en su pierna, acariciándola, anunciando lo que estaba por suceder; yo actuaba como una mujer segura de sí misma, esa misma personalidad con la que hablaba, con la que tomaba decisiones; estaba ignorando el hecho de que no tenía mucha experiencia, que lo podría echar a perder, que me podría asustar a mitad del camino y sentir un dolor punzante que arruinaría tanto mi placer como el suyo.

No era la Karen que le huía al sexo porque lo ignoraba.

Llegamos a la casa, subimos a la habitación. John me invitó a pasar y yo le sugerí con la mirada que pidiese que me quedase. Todo estaba sucediendo ¡estaba pasando lo que tanto había estado esperando!

Besos, caricias, miradas traviesas. La sonrisa de John que me hacía estremecer de pies a cabeza. Le despojé de la mayoría de su ropa, lo toqué, dejé que me tocara. Todo estaba marchando de maravilla hasta que la yo real apareció.

Luego de esto, ya saben qué sucedió.

Corrí; corrí como una cobarde que quería huir de la realidad. Me encerré en el anexo/habitación y me tupí con las sabanas, la cobija, las almohadas; perdiéndome en un montón de tela para sentirme segura; quería estarlo porque temía que él apareciese y me sacara de nuevo de mi zona de confort... me quedé ahí, esperando que todo pasase.

Me dormí.

A la mañana siguiente la vida parecía seguir su curso. El universo es ajeno a mis preocupaciones, a mis problemas; no siente interés en hacerme sufrir ni en darme lo que deseo. Me siento nostálgica. Ojalá pudiera creer realmente en eso; tal vez, de esa forma, podría dejar de sufrir tanto.

No pude dormir bien. Las lagrimas, el arrepentimiento... yo, de necia, reviví todo para imaginarme un escenario en donde no terminase arruinándolo. Suelo hacer eso, lo hago cuando creo que arruiné algo, como si con eso pudiera arreglar las cosas.

No quiero levantarme porque la verdad no siento que deba hacerlo. ¿Y si me encuentro con John? ¿Y si me mira con desprecio? Si sólo hubiera una forma en la que no me topase con él, pero ¿cuál? Es imposible ¡Claro que lo es! No hay manera ni modo en el que no me encuentre con mi jefe ¡en su casa! Es tonto siquiera pensarlo.

Levantarme de esta cama podría significar lo peor. Adicionaría, a mi ya horrible vida, una humillación más que no podré soportar.

Y suena la puerta.

Lo primero que me viene a la mente es John. Podría ser él quien está intentando llamarme.

Suena de nuevo.

¿Qué querrá? ¿Por qué viene a buscarme? Sí, soy su asistente y debo trabajar para él, pero no quiero verlo. Hacerlo es un problema.

Suena otra vez.

—Señorita Karen. ¿Está ahí? □ Lo escuché, un poco ahogado por el espesor de todas las telas que tenía encima, pero era inconfundible.

Intento abrir la boca para hablar, pero no quiero delatar mi presencia. No quiero que sepa que me encuentro aquí porque si no intentará hablar al respecto. Seguro quiere decirme algo, convencerme de que no tenía que salir corriendo. Pero no, no lo dejaré.

—Ya salió el sol. Y estamos esperando por usted para desayunar □ suena tan natural, tan indiferente a lo sucedido.

¿Le creo? ¿Lo hago? Salir sería encontrarme con su mirada, con ese par de ojos que ya me vieron semi desnuda, y yo; si lo veo de nuevo no dejaré de pensar en sus labios como lo estoy haciendo ahora con tan sólo escuchar su voz. ¿Qué puedo hacer si John me mira, me toca, me habla? No podré controlarme, trataré de disculparme, haré otra estupidez y lo arruinaré aun más.

—Sé que está ahí, señorita Karen. Tiene que salir de su habitación, tenemos trabajo por hacer, y no puedo pagarle si está acostada todo el día.

¡Maldición! Tiene razón.

—Señorita Karen □ tocaba una y otra vez.

Yo intentaba cerrar los ojos y perderme en mis pensamientos hasta quedarme dormida de nuevo, pero no había forma en la que pudiera ignorar su voz y el ruido que hacía al tocar la puerta.

—Sé que está molesta, o que no quiere verme, pero...

—¡Cállese! ¡Por favor! □ sabía hacía a donde se dirigía, no quería que siguiera hablando □ Ya salgo, le prometo que saldré, pero no diga más nada.

—Pero, señorita Karen, tenemos que hablar.

Su insistencia me estaba molestando, si seguía hablando al respecto, no podríamos dejarlo pasar.

—¡No! No tenemos qué decir nada, no vamos a hablar de nada. Olvídelo, eso nunca pasó.

—Pero...

—Ya salgo, espere abajo. No siga insistiendo, ya me desperté. ¿Sí?

Me acerqué a la puerta e intenté abrirla con la intención de mirarle a los ojos y decirle que tenía que olvidar lo que sucedió, pero, sabía que no iba a poder controlarme: o lloraba o me dejaba besar de nuevo. No importaba cual fuera el resultado, iba a perder.

Se calló.

¿Se habrá ido?

—Está bien. Yo esperaré abajo. Por favor  vaciló  no tarde mucho, tenemos que ir a la oficina.

¿A la oficina en sábado?

—¿A la oficina? ¿Por qué vamos a la oficina?  pregunté, John nunca iba a la oficina los fines de semana ¿por qué habría de ser diferente este día? ¿Por mi?

Esperé la respuesta por varios segundos.

—¿Señor John? ¿Está ahí?

¿Me había dejado hablando sola? Para averiguarlo, me devolví a buscar una bata y me tapé con ella.

Abrí la puerta.

—Por fin salió, señorita Karen.

Retrocedí del susto, creí que se había ido. No esperaba encontrármelo ahí. Se veía tan bien.

—Por lo menos sabemos que está sana y salva. Es bueno saberlo  tenía una sonrisa burlona, una que decía que lo había planeado todo, que se salió con la suya.

Me quejé con un mohín, un gesto, le gruñí y lo miré a los ojos como si quisiera matarlo con la mirada para luego apartarme y cerrarle la

puerta en la cara.

—Ahora sí estaré esperándola en la cocina, señorita Karen, no tarde mucho.

John se veía tan alegre, tan indiferente. Seguro consideraba lo que había sucedido la noche anterior como una broma, algo de lo que podría reírse una noche cualquiera tomándose un café o una copa de vino frente a la chimenea, pues, para mí no era así. Era algo vergonzoso, me había humillado a mi misma al dejar que me viese desnuda, al no haber evaluado la situación y salir corriendo como una estúpida.

Su sonrisa, su rostro risueño, su mirada brillante... ¿Cómo podría molestarme con él?

Los días pasaron a un ritmo exasperante. No se podría decir que fue rápido o lento porque de ambas formas la pasé de lo peor. Aun faltaban semanas para que el periodo escolar de Noah terminase, por lo que debía seguir quedándome en casa de John los días que había acostumbrado hacerlo; estaba que me moría.

Caminar por los pasillos, las habitaciones y las áreas comunes de esa casa queriendo evitar a John al mismo tiempo, se hizo una tarea titánica para mi. Mientras estaba con Noah podía mantener mi cabeza libre de pensamientos, de dudas, de la imagen de John sin camisa y de sus manos tocando mi cuerpo. Pero, cuando estaba sola, en el enorme anexo/habitación o sin que nadie me viera, el recuerdo me asechaba como un asesino furtivo que necesitaba de mi atención, que quería que reviviera segundo a segundo aquella noche, haciendo más y más difícil superarlo.

De vez en cuando me topaba con John, pero, con el corazón a punto de salirme del pecho, resolvía el problema dando media vuelta, cruzando en el pasillo equivocado para no seguir por el mismo camino, entrando en cualquier habitación así fuera en donde guardaban las escobas. Mi intención era evitar el mayor contacto posible sin importar qué. Él intentaba acercarse, llamar mi atención, aunque yo lo ignoraba, hacía que no lo escuchaba porque era más importante para mi mantener mi cordura y mi paz interior a que enfrentarme a los hechos.

Esas veces, nuestras miradas se encontraban; era horrible. Me hacía sentir mal.

«Pero Karen, entonces ¿cómo le hacías para trabajar con él?» Era aun peor. Mantenía mi mirada en dos puntos diferentes: al frente (siempre lejos de la suya) y sobre el móvil o la Tablet. De esa forma, evitándolo por completo, me sentía más segura. Sí, hablábamos, intercambiábamos alguna que otras palabras que tenían que ver con nuestro trabajo, pero yo no decía nada que no fuera necesario y siempre lo interrumpía cuando intentaba cambiar de tema; en lo que

veía que quería revivir lo que sucedió entre los dos, inmediatamente mataba la conversación.

Una que otra vez intentó encontrarse conmigo, que comiéramos juntos, pero yo lo evité, lo evité lo más que pude.

Pero mis sentimientos por John no desaparecían. No importaba cuanto tiempo invirtiera en evitarlo, en dejar de pensar en sus besos, en su cuerpo, en la manera en que me tocó ¡el maldito sabor de sus labios! Hacía lo que podía para frustrar mi deseo de reencontrarme con él. Cada palpito que me atacaba al verlo eran causados por la necesidad de tenerlo cerca. Mas que evitarle para que no me hablara, lo hacía para no terminar rindiéndome antes sus pies para suplicara que olvidase lo que sucedió y que intentara de nuevo hacerme suya.

Siento que, mientras más lo evitaba, más sentía un ferviente deseo de tenerlo. Yo trataba de convencerme que no necesitaba nada de John, que las cosas como las conocía estarían yendo de maravilla mientras evitara su mirada, sus manos, sus labios... pero era insufrible. Estaba intentando hacer lo imposible: olvidar a un hombre que me traía loca.

Pero estaba segura que todo eso era una pérdida de tiempo. Pensar en él, sentir esas cosas por John. Lo que hizo aquella noche era el alcohol hablando, no mi jefe, no el hombre que yo deseaba me poseyera; no había otra forma de verlo.

La verdad, yo quería resolverlo, quería poder ver al hombre que supuestamente se había interesado en mi aquella noche, desgraciadamente no era el mismo. No quería tener que confrontarlo y averiguar que todo había sido un mal entendido; era mi pesimismo hablando, lo sé, pero si de algo estoy segura es que los cobardes siempre sobreviven; yo quería sobrevivir a eso.

Y a pesar de mi evidente falta de optimismo, esperé. Esperé a que sucediera un milagro porque realmente quería hacer las paces con John; deseaba con ansias que me cogiese por los hombros como la niña necia y tonta que era y me hiciera reaccionar, porque yo sabía que estaba haciendo un drama innecesario y unilateral de mi vida, de lo sucedido, que había complicado todo más de la cuenta; quería

que me demostrara que estaba equivocada porque, muy dentro de mi corazón, deseaba que esta aburrida historia tuviese un final apasionado y feliz.

Pero, un día...

—Karen, tenemos que hablar... □ impuso cada palabra con tal autoridad que no me quedó más que detenerme.

Un día en el que ya estaba convencida de que todo estaba perdido, John se interpuso entre mi drama y la realidad. Estaba caminando por la casa, atravesando los pasillos para llegar hasta el «pequeño» anexo que usaba como habitación y pasé por en frente de su oficina, pensando que no me vería.

En lo que dijo mi nombre me detuve, sí, pero no me giré para verlo, quedándome de espaldas a él, inmóvil, como si acabara de accionar una trampa en una tumba con un tesoro valioso.

—Karen □ insistió, levantando la voz para llamar mi atención, supongo que quería que me diese la vuelta □ es una orden.

Se escuchaba tan serio y, por lo visto, parecía estarlo. Con esa selección de palabras me derrotó. Yo sabía, no, ¡él sabía! Que no había manera ni modo de que me opusiera a seguir sus ordenes, a hacer lo que él pedía porque sus necesidades eran mi trabajo; era la cogida de hombros que estaba esperando, lo que me llevó a preguntarme ¿por qué no lo hizo antes?

—Yo □ balbuceé, dándome la vuelta, aun confiada que podría escapar de esa □ tengo qué □ le iba a mentir.

—Karen, no tienes que hacer nada y eso lo sé □ afirmó con una voz seria e imponente □ ven.

Aclaré mi garganta.

—Claro que sí.

—No, Karen, los dos sabemos que no tienes nada que hacer □ me miró con severidad □ ven y entra a mi oficina.

Sabía que debía tomar el camino largo hasta mi habitación/anexo, que no debía pasar por ahí...

—Entra □ repitió, acercándose al marco de la puerta, dándome paso, esperando a que entrara.

Inconforme, rebuznando y quejándome en mi cabeza, le obedecí.

—Toma asiento □ ordenó de nuevo.

Cerró la puerta a su espalda, encerrándonos a los dos en una habitación a prueba de sonido, fuera del radar, única en su clase y que utilizaba cuando quería estar solo; llenándome de nervios con el simple hecho de estar ahí. Yo, obedientemente me senté en las sillas que estaban en frente de su escritorio mientras que él sólo se acomodó en el borde del mismo con los brazos cruzados y una mirada penetrante.

—Señor John , yo □ Quería excusarme, tratar evitar lo que fuese lo que fuere que me dijese, no me importaba nada, sólo salir de ahí aun completa.

—Señor nada, Karen □ hablaba con tanta autoridad que me quitaba las ganas de interrumpirle □ ya se está tornando molesto esto que estás haciendo.

—Pero yo no he hecho nada □ mentí. Sabía muy bien a qué se refería □ En serio.

John simplemente me ignoró.

—He tratado de ser paciente, de darte tu espacio; creía que si te dejaba en paz y hacía como si nada hubiese sucedido, llegaríamos a un punto en el que podríamos hablar al respecto como personas civilizadas.

Sabía muy bien de que estaba hablando y estaba segura de que todavía no me encontraba preparada para lidiar con ello. Así que decidí actuar para evitarlo.

—No quiero hablar de eso □ aseveré, apoyándome en el apoyabrazos de la silla e impulsándome para levantarme.

—No dije que te podías ir, Karen, vuelve a sentarte □ dijo John frustrando mi intento descarado de huir □ no hemos empezado a hablar todavía.

Obedientemente volví a colocar mi trasero en la silla.

—Pedí que vinieras porque necesitamos hablar al respecto, porque es obvio que hay un elefante en la habitación ahora y cada vez que estamos juntos.

—Señor John, realmente no quiero...

—No me importa que no quieras, □ interrumpió mi interrupción □ he intentado hablar contigo al respecto por tanto tiempo que ya hasta se me está olvidando qué sucedió.

—Es difícil, no quiero hablar de eso.

—Pero yo sí □ vociferó □ y lo vamos a hablar ahora.

Abrió espacio entre los dos apartando el escritorio hacía atrás con un impulso de sus piernas y acercó una silla, sentándose en frente de mi, dejándonos cara a cara el uno del otro.

—¿Qué sucede contigo, Karen?

Me perturbaba demasiado el hecho de que me llamara por mi nombre, me hacía recordar cuando mi mamá me llamaba por mi apellido para reprenderme. Era tan diferente que me resultaba difícil dejarlo pasar.

—¿Por qué estás actuando de esa forma? ¿Por qué parece que me estás evitando? □ pensé: porqué lo estoy haciendo □ ¿Por qué?

John me miraba con firmeza, sin apartar sus ojos de los míos. Me hacía sentir que estaba intentando descifrar la respuesta por sí solo.

—¿Es algo que dije, que hice? Dime. Uno simplemente no sale corriendo porqué sí. ¿La pasaste mal aquella noche? □ mientras más trataba de encontrarle un motivo, sonaba más desesperado □ Dime □ exclamó.

Yo continuaba callada. Los labios me temblaban porque tenía ganas de respóndele, pero a la vez, no lo quería hacer. No quería decir nada al respecto.

—No lo sé □ mentí.

Sí que sabía cuál era el motivo, el porqué había salido corriendo de aquella habitación como una desquiciada, pero no quería decírselo,

creo que la vergüenza que procuraba confesarme, era peor que revivir la forma tan humillante en que me comporté aquella noche.

—¿Cómo que no lo sabes? □ exclamó □ Tienes que saberlo, Karen. Uno simplemente no corre por nada.

—Yo no corrí por nada... □ esa fui yo, intentando decirle pero frustrándome antes de terminar.

—Entonces ¿por qué corriste? ¡Vamos! Dime de una vez. He estado esperando mucho tiempo para decirte que lo siento por lo que sea que haya hecho. He querido disculparme contigo acerca de lo que fuese que haya dicho, de la manera inapropiada en la que posiblemente te toqué. He querido decirte que lamento haberte dicho lo que fuera que te haya dicho, obligarte a hacer lo que tal vez no querías, pero no consigo que me escuches, que me hables.

—Pero yo no quiero que hablemos de eso.

—Pero yo sí, Karen, quiero que lo hagamos porque hay que resolverlo, porque tenemos que conversarlo.

—Pero, ¿para qué? No tenemos qué hablar de eso. Eres mi jefe, no mi novio. No tenemos que conversar de nada. Sólo no se dio y ya, no es como que tengamos que estar discutiendo los motivos por los cuales no quise tener sexo contigo □ me dejé llevar, hablé de más. Cerré mi boca de golpe para evitar seguir diciendo más tonterías.

—¿No querías? ¿Es eso? Pero si no querías que nada de eso sucediera, sólo tenías que decírmelo. Yo creí que sí lo querías. Te veías tan alegre, tan dispuesta a hacerlo. No sabía que no te gustaba □ tragó saliva, se pasó las manos por la cabeza □ es decir, tenías que darme por lo menos alguna señal de que no querías que nada de eso sucediera, pero después del beso, de tus miradas... □ comenzó a sonar como si estuviera deprimido, como si le hubiera afectado lo que le había dicho □ creí que yo te gustaba.

En el momento en que dijo esas últimas palabras, con su mirada apuntando en el vacío, esquivando mis ojos y mi persona, me hizo sentir devastada. No quería que creyera que no sentía nada por él, me resultaba ridículo porque era prácticamente como haber perdido la batalla.

—No, John, no pienses eso, yo... □ de nuevo, frustré mis propias palabras. Hablar de más podría significar un problema para mi.

—¿Entonces qué quieres que piense? □ sonaba desesperado. Era la primera vez que lo escuchaba hablar así □ si no me querías cerca, simplemente me lo decías. Discúlpame por haber malinterpretado las señales que me diste. Lamento si te ofendí, si te hice sentir como una cualquiera. Pero no sigas ignorándome, no creo poder soportar tu indiferencia una vez más.

John me miraba con tal desesperación que sentía que en cualquier momento iba a quebrar en llanto por la frustración y, sí él no lo hacía, lo haría yo. Quería que todo se resolviera, que dejásemos de hablar de eso, que hiciéramos las paces, que olvidáramos el pasado y sé que ya lo dije, pero, estar sentada en frente de aquel hombre, del mismo hombre que me hablaba con tal honestidad que como lo hizo en el elevador aquella vez, me partía el corazón, me entumecía el cuerpo, me hacía sentir como una estúpida.

—John, yo, no quiero que pienses eso, eso no fue lo que sucedió.

—Entonces dime qué fue lo que sucedió. Necesito entenderlo.

Mi cabeza estaba dando vueltas, debatiendo entre decírselo o no, en sí estaba preparado para escucharme, ¡En sí yo estaba preparada para decírselo! Lo miraba fijamente, evaluando la situación, preparándome para abrir la boca a cada segundo, pero frustrándolo en el segundo siguiente en que lo pensaba.

No había modo de hacerlo. Estaba hastiada, abrumada por el ruido de mi cabeza tratando de evaluar, de decidirme. Anticiparme a los resultados, querer decir lo correcto sabiendo que, de hablar, sólo conseguiría arruinarlo todo como siempre lo hago, me estaba cansando.

John se quedó viéndome mientras procesaba la información. Para mi pasaron sólo segundos, pero, para él, el tiempo funcionaba de manera adecuada.

—Karen □ apeló a mi atención de manera férrea □ ¡dime algo!

No dije nada.

John pareció comenzar a perder los estribos, se levantó, se sirvió un vaso de whiskey. Me miró, trató de decirme algo, pero lo dejó para dar vueltas alrededor de la oficina con zozobra. Me era difícil verlo de esa forma, cavando hoyos en el suelo tratando de encontrar una respuesta que sabía que no iba a encontrar de esa forma.

Quería decirle algo, quería poder verlo a los ojos y explicarle detalle por detalle lo ridículo que me sentía por no poder decirle las cosas.

Continuaba dando vueltas, murmurando palabra para sí mismo, como si tratara de entender lo que estaba sucediendo, queriendo ver la respuesta en la oscuridad a pesar de que sus pupilas no se estaban adaptando, porque, a pesar de lo necias que eran, no lo lograrían.

No se paraba. Yo quería levantarme y detenerlo.

—Pero □ murmullo □ por qué no me dice □ otro murmullo □ si tan solo pudiera □ murmullo. Me miró, trató de decir algo, y continuó con lo suyo.

Caminaba y caminaba viendo al suelo, dándole ocasionales tragos a su bebida, susurrando palabras, cabizbajo, inquieto.

¿Qué podía hacer? Quería hacer algo para que se relajara, quería poder decirle la verdad.

Lo miraba, inquieta, queriendo levantarme.

¿Y si le digo?

¿Y si no le gusta lo que le voy a decir?

¿Qué tal si me mira con desprecio?

¿Y si me juzga?

Estoy segura que estaba haciendo un drama innecesario para algo que no era tan difícil de procesar, pero simplemente no podía. Mis sentimientos imperaban en mi razón, dejándome vacía, inútil, sin palabras.

Un paso, se daba otro trago. Se desplazaba, seguía su rastro y volvía al punto de partida.

Otro trago, otro paso. Quería decir algo, yo lo sabía, se le veía en el rostro. Un hombre murmurando para sí mismo quiere decir algo, pero, a este en particular, una cosa le detenía.

Otro paso, otro trago. La bebida se le acabó, por fin se detuvo. Regresó a donde tenía la botella de whiskey y se sirvió de ella. Por algún motivo sentí que esa podía ser mi oportunidad. Escuché un suspiro, no había sido yo.

—Quiero poder entender lo que está sucediendo. No sé por qué tanto misterio, por qué no hablas. Siento que estás ocultándome algo y me inquieta no saberlo □ John habló sin mirarme, dándome la espalda. Se giró □ Cuéntame.

Me miró fijamente, con el trago en la mano, evidentemente inquieto e insatisfecho.

Tragué saliva, convenciéndome de que eso era lo que necesitaba para entrar en razón, cerré los ojos y respiré profundo.

—¿Es que no te gusto? □ preguntó John □ Si es por eso, simplemente dejamos todo hasta aquí y no hablamos más del tema...

—Es que soy virgen □ le dije.

Abrí mis ojos, me encontré con la expresión en su cara y entendí que sobraron las palabras; su expresión lo había dicho todo.

## Quinta parte

### 13

De cierta forma, a pesar de que no decía más de la cuenta con su expresión, no me lo esperaba.

—¿Eres virgen? □ una pregunta retórica, para mi tenía más de repetición que de pregunta.

No fue descortés, no se burló de mis razones.

—Sí □ afirmé cabizbaja.

—¿Por eso corriste de esa forma?

Le dio un trago a su bebida y respiró profundo.

—¿Por eso te comportabas así cuando me ayudabas a vestirme? □ preguntó □ ¿era eso de lo que no querías hablar? ¿Por eso me evitabas? □ mientras más hablaba más parecía que le daba menos importancia a lo que decía.

—No sabía qué hacer □ expliqué □ estaba nerviosa y luego me asusté; el alcohol, el miedo, los nervios. No supe qué hacer así que sólo corrí.

—Entonces ¿sí te gusto? □ preguntó, con una sonrisa en el rostro.

La sonrisa de alguien que sabe la verdad, pero que quiere escucharla de ti. Esa que usa cualquier hombre atractivo que sabe que es atractivo y que es imposible que no lo deseen. Me encantó e irritó al mismo tiempo.

—Sí □ no había más motivos para mentirle □ sí me gustas.

—Y □ vaciló □ ¿sí querías estar conmigo aquella noche?

—He querido estar contigo desde que comencé a trabajar para ti. No he podido simplemente dejar de pensar en ti en ningún momento □ decidí dejarme llevar □ he tenido fantasías recurrentes contigo sólo porque me dijiste que estaba bien vestida, porque te gustó mi peinado o porque me diste las gracias. Y cuando me hablaste en la cena, esas cosas que dijiste □ suspiré de encanto □ oh, esas

cosas que dijiste fueron tan maravillosas □ me levanté □ sentí que también estabas enamorándote de mi así cómo yo lo estaba ya desde hace tanto tiempo y por eso me dejé llevar. Sentí que ese era el momento para dejarme llevar.

Las palabras simplemente comenzaron a salir una tras otra en un despliegue de valentía que no creía tener en una situación como eso.

—Había estado esperando por ese momento por tanto tiempo, lo había imaginado de tantas formas que el verlo tan cerca me enloqueció. Quería estar contigo, ser tuya, que me besaras, que me dijeras que me querías. Estaba preparada □ vacilé □ bueno, creí que lo estaba □ comencé a amainar la intensidad de mis palabras □ luego entré a tu habitación, me comenzaste a desnudar y pensé que podría arruinarlo, que tenía que decirte que era virgen antes de que te dieras cuenta, de que sangrara y arruinar tu encuentro porque seguramente me dolería.

Hablaba con los ojos cerrados, tratando de no ver lo que John estaba haciendo para evitar sentirme más avergonzada, para evitar perder el valor que había aparecido tan repentinamente. No me movía, pero sentía que poco a poco él se acercaba a mi.

—Tenía miedo, no quería arruinar ese momento que tanto había esperado por un mal movimiento. Que no lo disfrutaras porque no sé qué hacer porque nunca lo he hecho antes. No quería que me vieras como una niña inexperta y tonta cuando tu lo has hecho tantas veces que dejás encantadas a todas.

—Karen... □ trató de hablar.

Abrí mis ojos. Estaba a unos pasos en frente, podía tocarlo si extendía mi mano.

—¡No! John ¡No! No digas nada, sé que soy una tonta, que no debí, que pude habértelo dicho antes, pero tenía miedo.

—No tenías que □ trató de acercarse, pero lo detuve, extendiendo mi mano.

—Sí, sí tenía que decírtelo, te lo debía porque te dejé esa noche con ganas de tener sexo y, desde ese día no has visto a ninguna mujer y

siento que fue por mi culpa, porque seguro estás indispueto o sientes que no darías la talla □ hablaba y hablaba sin pensar en nada.

Sentí cómo John cogía mi muñeca. De inmediato, todo pasó en un abrir y cerrar de ojos.

Escuché que el vaso cayó al suelo y que el líquido que tenía adentro me mojaba los tobillos.

Me jaló del brazo con un solo movimiento, acercándose a él. Puso sus dos manos en mis mejillas y se acercó.

—Cállate □ me dijo.

De inmediato, me plantó otro beso. Ese se convirtió, a partir de ese instante, en el mejor beso que había tenido hasta el momento.

Sus labios danzaban con los míos en perfecta armonía porque eran la pareja de baile perfecta. Sentía como intentaba mordérmelos mientras que cambiaba del inferior al superior, introduciendo sutilmente su lengua sin invadirme del todo. Pero yo quería que lo hiciera, quería que me metiera todo lo que tuviese por meter. Así que le empujé la mía y él me siguió el juego.

No me soltaba el rostro, tampoco quería que lo hiciera. Continuó con sus movimientos de labios tan precisos y perfectos que sentía que ese era el sexo, que esa era la máxima representación de placer.

El corazón me palpitaba salvajemente; estaba agitada, inquieta, queriendo moverme, pero deseando no hacerlo, pidiendo a gritos que me tocara en alguna otra parte del cuerpo, aunque esperando que no dejara de besarme ni tomarme del rostro.

Estaba hipnotizada por el movimiento de sus labios, pensando que era lo mejor que había sentido en toda mi vida, que podría ser lo mejor que sentiría en mi vida entera.

Hasta que se apartó.

—Eso fue □ tomé aire □ maravilloso.

Nuestros labios estaban relativamente cerca, pude sentir su respiración al hablar.

—No tienes qué sentirte mal por ser virgen. Eso no es un problema, y dudo que pudiera serlo jamás.

—Este fue mi segundo beso □ dije □ no he estado con nadie.

—¿Desde cuando?

—Desde nunca. Tú eres mi primero... □ Le dije □

—¿no quieres que sea el único?

De nuevo, se acercó a mi para darme otro beso.

Esta vez sus manos no estaban quietas. Comenzó a desplazarlas a lo largo de mi cuerpo, acariciándome con un tacto profundo agradable y excitante.

Despegó sus labios de los míos, pero no sin dejar de besarme.

—No vayas a salir corriendo esta vez □ dijo en broma.

—No lo haré □ aseveré, sumida en placer.

Con su lengua, comenzó a lamerme el cuello, a besarme los lóbulos de la oreja, no dejaba de tocarme mientras lo hacía, enajenándome de placer por todos lados.

Su boca paso de mi cuello a mis hombros. Mientras me besaba me iba desnudando, abriéndose paso por mi cuerpo, deleitándome con sus manos, sus labios, su respiración. Apretó mis pechos por encima de la tela de mi ropa, pero no por mucho tiempo.

—Hueles estupendo □ dijo.

Creo que estaba sacando conversación, pero yo no tenía muchas ganas de hablar.

Ágilmente, sin interrumpir ni por un segundo lo que estaba haciendo, logró despojarme de la mayoría de mis ropas; estaba desnuda, dispuesta y puesta estratégicamente sólo para él.

—No sé qué hacer □ le dije, agitada □ no quiero cometer ningún error.

—No te preocupes, yo estoy aquí para ti.

Me obligó a apoyarme sobre su escritorio luego de apartar todo al suelo, haciendo que ciertas cosas se cayeran al suelo.

—Yo me encargo □ aseveró, colocándome en posición, con el trasero levantado y la cara pegada al escritorio.

—¿Me va a gustar? □ le pregunté.

John me bajó las bragas, lo ultimo que faltaba por quitarme, y me abrió las nalgas.

—Estupendo □ le habló a mi trasero □ no sé por qué no has servido este plato.

Traté de hablar. Sí que lo hice.

Acercó su rostro y empezó a lamerme la vagina. De inmediato sentí como la respiración me aumentaba, como se aceleraba mi ritmo cardiaco. Aparté mis piernas un poco para abrirme más a John. El invitó sus manos a la fiesta, mientras que lamía toda mi vulva.

—Sí □ exclamé □ sí me está gustando.

Me había masturbado antes, con los dedos mojados, acariciándome hasta acabar, pero nada se comparaba con tener a ese hombre lamiéndome la vagina. No paraba mas que para respirar.

No me penetraba con el dedo, eso es lo que más me gustó. Se mantuvo al margen, sólo jugaba con su lengua, le daba círculos con el índice a mi clítoris, apartaba mis labios, los serraba, los succionaba. El placer era inmediato.

—Me encanta □ dije □ sigue, sí.

Quería expresar mi encanto. John jugaba con mi cuerpo con elegancia, con delicadeza. Sentía como me entumecía, como me escandalizaba de placer; sabía qué hacer con sus manos. Mientras tanto, mientras él se dedicaba a la parte baja de mi, yo me enfoqué en mis pechos, en mis labios. No sé por qué, pero quería sentir más de eso, mas de lo otro.

John no se detenía, no pasaba a la siguiente parte del trabajo; tampoco hablaba, no decía nada, tal vez porque su boca estaba ocupada o porque estaba muy concentrado. El caso es que no me detuve mucho a pensarlo; gemía y respiraba con agitación mientras que él se dedicaba a mi, a darme el placer que necesitaba, el que estaba buscando.

No se comparaba a nada de lo que había hecho antes, y eso me molestaba.

¿Por qué tardé tanto en ponerlo en práctica? ¿Por qué no me le insinué antes? Sí, no quería a otro hombre, no lo había hecho antes, pero había tenido a John tan cerca tantas veces que el haber esperado tanto resulta difícil de concebir.

Me apretaba las nalgas, las piernas, pasaba de vez en cuando a mis pechos y se detenía en mi clítoris. Sus movimientos, precisos y encantadores, continuaban haciéndome estremecer estupendamente. Continuaba.

Intenté levantar mi cabeza del escritorio para ver qué hacía y él se levantó y me hizo apoyarla de nuevo en la mesa.

—Shhh, shhh, tranquila □ dijo.

—Pero quiero ver □ me quejé.

—Todavía no.

Continuó en mi entrepierna. No pude levantar la mirada peor al cabo de un rato entendí que no era necesario. Gemía y sentía cómo el placer invadía mi cuerpo. Me estaba preparando para el evento principal.

De repente me giró, montándome por completo en el escritorio con las piernas levantadas y abiertas.

—Ahora podrás verme □ dijo al fin.

Y continuó con su juego verbal.

Ya estaba desnudo, sin ningún rastro de tela que cubriera aquel estupendo cuerpo suyo. Logré ver su pene firme y erecto, listo para la acción. Era la primera vez que veía uno de esa forma, tan grande, no sabía si todos eran así o si el de él era especial, pidiéndome a gritos que lo besara. Sería mi primera vez, mi primer beso, mi primera mamada. Quería intentarlo. Tal vez lo arruinaría, tal vez terminaría haciendo algo tonto, pero quería intentarlo, sentir su carne dura en mi boca, apretarlo tan duro como pueda y saber a qué sabía.

—¿Cuánto tiempo falta? □ dije desesperada.

—¿Tiempo para qué? □ se levantó, apartó su cara de mi vagina y comenzó a jugar con ese hermoso pene.

—Para que tengamos sexo.

—¿No es que era tu primera vez?

No me sentía en la posición para conversar. Aun no superaba el hecho de que me viera desnuda, mucho menos sobre su oficina, en donde hacía todas las cosas importantes de su trabajo, pegando el culo a la mesa, con las piernas levantadas y la vagina al aire.

—Sí, pero me estás matando.

John sólo se burló.

—Jajá. ¿Matándote por qué?

—Porque sólo me estás lamiendo □ vacilé □ y no me mal interpretas, se siente de maravilla □ bajé las piernas y me senté en la mesa, irguiendo la espalda, agarrando su pene y jalándolo para que se acercase a mi.

Me sentí como una puta (no sé como se sientan las putas) al hacer eso, pero esa eran mis ganas de tenerlo las que estaban hablando.

—Pero me gustaría probar el plato principal.

—¿Estás segura? □ Preguntó □ no sé si estés lista. Tengo que prepararte para que no te duela.

—Me va a doler de todos modos, es mi primera vez.

—No te va a doler, eso no es así.

Mi primera vez se hizo un poco rara.

—¿Por qué lo dices?

—Si intento penetrarte sin que estés apropiadamente lubricada, te lastimaré. Cuando sangras no es porque esté rompiendo algo, sino porque no estás lubricada □ comenzó a hablar, cambiando por completo el ambiente.

Sí, estaba un poco nerviosa, no sabía cómo comportarme, cómo pasar por el problema de los nervios. Pero quise entregarme a John de la mejor forma, quería que me hiciera sentir bien, y más que

todo, hacerle sentir bien a él. Pero, no esperaba que me explicase como funcionaba mi cuerpo, no viniendo de él.

—¿Y cómo sabemos que estoy preparada? □ Traté de crear de nuevo el ambiente.

—Bueno, podemos intentar algo...

De repente, sentó cómo su mano se iba acercando a mi vagina, estaba sensible, tanto rato dándole con la lengua terminó dejándola alerta a cualquier movimiento.

—¿Qué intenta, señor John?

—Vamos a inspeccionarla por dentro, señorita Karen.

Con su dedo, comenzó a abrirse paso entre mis labios. Cogió un poco de mis líquidos vaginales y lo esparció por el exterior de mi vulva. Yo le rodeé el cuello con mis brazos, acercando su rostro al mío

—Tenemos que saber si ya está lista para el evento principal.

—Exactamente así le llamé yo □ dije, con suavidad, seductivamente, sintiendo su respiración sobre mis labios □ señor John.

—Qué gracioso ¿no?

—Sí qué lo es.

Y lo metió. Su dedo pasó para adentro de mi vagina con completa delicadeza. Eso me alarmó, me levantó el ánimo, me llenó de placer. Primera vez que alguien me metía su dedo, primera vez que tenía algo adentro de mi vagina.

Ni siquiera yo había cruzado esa frontera, John ya me había hecho técnicamente suya, y yo estaba a gusto con eso.

—Señor John □ dije sorprendida □ por lo menos pudo avisarme antes.

—¿Le dolió, señorita Karen?

—Para nada, señor John. Parece que sabe lo que hace.

—Eso dicen □ me sonrió, con una sonrisa traviesa, orgullosa, llena de encanto.

Me dieron ganas de besarlo y pasé a hacer eso mismo. Le mordí un poco los labios. Lo besé con ganas, deseando poder tenerlo de todas las formas que fuera posible. John empezó a mover sus dedos dentro de mi, causándome arcadas de placer tan intensas que me debatía entre temblar descontroladamente o dejar de besarlo para controlar mis movimientos.

Poco a poco, la intensidad de sus movimientos aumentaba. Ya no eran suaves ni cortos, cada vez se hacían más largos, mas continuos, duros. Sacaba y empujaba su dedo en mi interior.

Si así se sentía algo tan pequeño, no me imaginaba como podría sentirse su pene.

—¿Está listo, doctor? □ le pregunté, despegando un poco mis labios.

—No lo sé, señorita ¿quiere que lo intente?

—Sí así lo desea, doctor.

John sacó su dedo para luego sentir como acercaba su pene a mi vagina hasta tocarlo por completo.

—¿Estás segura? □ preguntó de nuevo □ ¿Segura que quieres que lo hagamos?

Sonaba legítimamente preocupado.

—¿De quien es la primera vez? ¿tuya o mía? □ le reté.

John se rio con un sonido nasal.

—Está bien □ dijo □ sí así lo quieres.

Sentí un sutil empujón en mi vagina. Comenzaba lo bueno.

De repente, sentí como me habrían de una forma que nunca antes había sentido, me imaginaba como su pene iba entando, invadiendo mi territorio virgen como si fuera un sacapuntas, como si alguien enterrase una rama en la arena húmeda.

La respiración se me detuvo. Tuve que tomar aire porque sentía que de no hacerlo iba a perder la conciencia. Estaba viendo estrellas, borroso. No esperaba que se sintiera así. Quería intentar eso desde hace tiempo que la anticipación me estaba cobrando la factura.

Pero su pene seguía entrando ¿¡nunca se iba a acabar!? Me encantaba, no voy a mentir. Sentía como me rozaba el interior de la vagina con tal suavidad, de manera lineal, tan completo, tan complejo, tan divino. Pero era algo completamente nuevo para mi, y eso lo hacía aun mejor.

Seguía pasando, apuntando al éxito, tratando de llenarme hasta la garganta. No voy a decir: de repente se detuvo, porque, no fue algo que pasé desapercibido. Sentí cómo la cabeza de su pene chocó con algo dentro de mi, y ahí fue cuando se detuvo.

No me había dado cuenta que tenía mi cabeza hacia atrás, como si la hubiera dejado que mi peso doblase mi cuello por completo. No me importaba, no quería moverme.

—¿Todo bien? □ preguntó John, luego de soltar la respiración.

Y como si tuviera la boca llena de comida, aguantando el aire bajo el agua o de cabeza luego de mucho tiempo, le respondí.

—De maravilla.

—¿Quieres que me mueva? □ preguntó.

Yo había sentido orgasmos antes, sí, pero no quería que lo hiciera, me daba la impresión de que no se sentiría igual de bien.

—Creo que sí.

—¿Crees?

—Sí...

—¿Lo hago? □ preguntó.

—Sí tu quieres.

—Es tu vagina, tú decides.

—No, John □ abrí mis ojos, enderecé mi cabeza y me fijé en los globos oculares que tenía sujetos a su cara □ es tu □ proyecté la t

y la u □ vagina.

John se tomó el mensaje al pie de la letra.

—Entonces, permítame...

La gloria.

Su pene comenzó a salir y a entrar con tal destreza que parecía que intentaba arrancarme la vagina con un anzuelo, ya me tenía atrapada; de todos modos, no iba a soltar la carnada. Me empaló con aquel pene de tal forma una y otra vez que cada embestida me hacía sentir mejor que la anterior.

Nunca imaginé que se sintiera de esa forma, que me quitara el aire con cada empujón, que me levantara el animo con cada sacudida y que el cuerpo pidiera a gritos más y más.

En definitiva, esa no era la primera vez que tenía en mente... era, por lejos, mucho mejor.

—¿Te gusta?

—¡Maldición! ¡Me encanta! □ vociferé, recordando que aquel cuarto era a prueba de sonido y dejando salir todo mi encanto femenino.

John comenzó a sacudir con más fuerzas su cintura, entrando y saliendo con tanta intensidad que no había forma lógica de que mi cuerpo resistiera aquellas embestidas, pero lo hizo, las soporté, las aguanté como toda una campeona.

Me encantaba sentirlo tan adentro y a la vez tan presente en mi vida, en mi mente, en mi cuerpo. John se las había arreglado para apoderarse de mi de tal forma que no me importaba el concepto de bien o el mal, del amor u odio. No me importaba cómo me quisiera John, siempre y cuando me quisiera y ya, porque a ese punto, me encontraba perdida en él, en su cuerpo, en sus palabras, en sus ojos. Con cada embestida, estatúa su dominio sobre mi.

Aquella primera vez, tan sencilla y corta como se veía, se convirtió en la primera de muchas.

Durante un tiempo, luego de lo sucedido en su habitación, me pregunté si las cosas entre los dos alguna vez funcionarían, si realmente, en algún momento de nuestras vidas, podríamos vernos

a los ojos como dos personas que se atraían mutuamente, que se querían el uno cerca del otro de todas las formas concebibles. Sí que lo puse en duda, casi la misma cantidad de veces que lo pensé.

Pero nunca me imaginaba que fuera a establecerlo tan pronto. No con John, no sobre su escritorio, su sofá, su suelo. Aquella primera vez me había dejado agotada, y eso que no tardó ni diez minutos en hacerme acabar de manera definitiva.

—¿Qué te pareció? □ preguntó luego de que estábamos acostados en el suelo, yo sobre su pecho, jugando con sus pectorales.

—Fue estupendo □ le dije.

—¿El mejor sexo de tu vida? □ dijo, para luego reírse de su propio chiste.

—Muy gracioso.

—Sólo digo, creo que ha sido la primera vez que te hacen sentir tan bien ¿verdad? □ bromeó de nuevo.

—¡Basta! □ le dije, dándole una palmada relativamente fuerte en el pecho □ no te burles.

Sólo se reía.

—¿Burlarme? No, nada que ver.

—Claro que sí, te burlas porque soy virgen...

—No, mi vida, eras.

Me sonrió, como si hubiera dicho la línea más romántica, más sensual, el elogio más elegante de todos.

—Y tu fuiste mi primero □ le dije, acercándome a sus labios para darle un beso □ y el mejor.

—Me encanta escucharla decir eso, señorita Karen.

En lo que me llamó de nuevo de esa forma, entré en razón. Eso había sido sólo sexo, tal vez, no había significado tanto para mi como lo había sido para él. El «señorita Karen» me había puesto en contexto: John sólo había sido amable conmigo.

—¿Qué pasó? □ preguntó John.

Creo que la expresión en mi rostro fue muy evidente.

—Nada □ dije como una niña regañada □ no pasa nada.

No quería levantarme, por mucho que hubiera servido para reafirmar mi punto de que aquello sólo había sido un encuentro casual. Así que nada más apoyé mi cabeza sobre su pecho, convencida de que nada más sucedería.

—Vamos, dime qué sucede □ insistió □ ¿Fue algo que dije? □ preguntó.

—No es nada, olvídalo, señor John □ traté de parecer lo más formal posible, luego de aquel encuentro tan encantador, lo sentía como una puñalada al corazón, pero no me importaba, era la realidad.

John dejó escapar un suspiro.

—Sí sucede algo. Te noto seca y distante □ dijo con formalidad, como si fuera un psicólogo o algo por el estilo.

—No estoy haciendo nada □ dije □ sólo estoy acostada aquí.

—Y estás callada. Ya no te siento alegre □ comenzó a jugar con mi cabello □ se nota que estás pensando en algo y que te molestaste de repente.

—Uhm □ sólo me quejé.

—Vamos, no seas así.

Buscaba hacer contacto visual, levantar mi cabeza para poder dar con mi mirada, pero yo no lo dejaba. Trató de levantarse, tampoco lo dejé.

—Algo te sucede, Karen. Estoy seguro.

Karen...

—Ah, ¿ahora sí soy Karen? □ me levanté, vociferando a la defensiva.

—Ey, ¿qué te pasó?

—Que ahora soy Karen, porque me quieres coger, pero luego seguiré siendo señorita Karen ¿verdad? □ me levanté indignada, buscando mi ropa con la mirada.

John vio cómo me levantaba, yo comencé a moverme para coger mi ropa, luego se levantó.

—Ey, espera, no vayas a salir corriendo de nuevo □ dijo, con un sutil tono que conseguí molesto, no porque lo fuese, sino porque estaba a la defensiva.

—¿Qué? ¿no quieres que me vaya? ¿no estás satisfecho? □ pregunté.

Estaba dejando que mis sentimientos me controlasen, de nuevo, haciendo una tontería. Pero sentía que esta vez sí tenía razón, que no había forma en la que pudiera arruinar eso porque, en verdad, que él había dicho algo estúpido. Esta vez había sido él quien no me había dicho lo que quería escuchar.

Claro, sí que se acercó a mi para darme el mejor sexo que había tenido hasta el momento ¡Joder, fue el único que había tenido hasta ese entonces! Pero eso había sido todo. No estaba recibiendo sus palabras amables, sus miradas románticas. No era la luz de sus ojos, la chica que quería para sí. Estaba segura que John estaba pensando en mi sólo por el objeto que representaba.

—¿Me vas a pagar más por esto? □ me incliné para coger mi camisa y taparme con ella □ acabo de absorber otra responsabilidad, ¿verdad? Ahora soy tu amante y me vas a pagar por eso. ¿verdad?

—Karen ¿de qué estás hablando? ¿Por qué te pusiste así de repente?

John no se movió, sólo se quedó viéndome mientras estaba desnudo, con el pene caído y el rostro arrugado.

—¿Qué te sucede? Háblame.

¿Le digo?

¿Me detengo a explicarle?

—¡Que eres un idiota! □ exclamé con furia □ te aprovechaste de mi.

—Ey, ey... espera un segundo. Yo no he hecho nada □ trató de defenderse.

—¡Claro que sí! ¡Claro que sí hiciste algo! Yo estaba hablándote de lo mucho que me gustas, de lo mal que me sentía por haberte dejado aquella noche y tú solo me cogiste. No me dijiste nada, sólo □ vacilé □ me cogiste y ya, porque sólo soy una empleada para ti.

—Karen, eso no es lo que...

—Soy una tonta □ comencé a dar vueltas para buscar el resto de mi ropa □ sabía que no debí haberme detenido, debí haberme ido para mi cuarto.

De repente, sentí cómo me tomaba por el brazo y me daba la vuelta.

—¿Qué es lo que quieres? □ preguntó, teniéndome tan cerca como era posible.

De inmediato, me detuvo.

Pero yo era fuerte, no iba a dejar que me volviera a dominar. Así que me sacudí y aparté.

—¡Karen! □ vociferó □ detente y háblame □ me giré □ ¿qué es lo que quieres?

En ese momento, me comenzaron a querer salir las lagrimas. No sabía qué quería decirle, si hablarle o no.

—Quiero que me digas si soy lo suficientemente buena para ti. Si soy bonita, si realmente te gusta. No lo has hecho, no me has dicho nada de eso □ la voz quebrada, los ojos aguados. Iba a llorar.

—Karen □ se fue acercando □ no importa lo que yo piense.

—¡Sí importa! □ exclamé indignada, sintiendo que él no veía mi punto.

—Claro que sí, porque no importa si pienso que eres bonita o no porque eso no cambiará el hecho de que eres una mujer preciosa. No importa si pienso que me gustas o no porque mi mente, mi cuerpo y mi alma se idiotizan cuando te tienen cerca. No importo yo cuando tú estás cerca, ni lo que quiera para mi vida siempre y cuando en ella estés tú.

—John.

—Cállate, porque de repente te volviste loca y, aunque sea muy adorable verte hacer un berrinche, ahora tienes que escucharme.

Tragué saliva.

—Sí me gustas, me has gustado desde hace mucho tiempo. Y no lo hice contigo hoy porque fuera un patán, sino porque sentía que debía hacerlo porque mi cuerpo lo pedía, porque quería establecer por completo que, de ahora en adelante, sólo iba a estar contigo porque sólo tú me haces sentir así. Karen, no creía que fuera necesario decírtelo, no creí que fuese mi obligación hacerte saber que estoy perdidamente enamorado de ti. Y no me importa si no sientes lo mismo, si no me quieres, si sólo me deseas por mi dinero y mi cuerpo.

John se acercó a mi, colocó sus manos en mi rostro.

—Porque mientras pueda estar a tu lado, absolutamente nada importa más que tú, que Noah, o que una vida junto a ti ¿me entiendes?

Podía sentir su respiración, su mirada, su cuerpo. Incluso sentí cómo su pene se iba a cercando lentamente a mi abdomen.

—Yo te amo, Karen Kelson, y no importa lo que pienso, pienses o suceda, no dejaré de hacerlo. ¿Entendido? Y así te diga señorita Karen o Karen, o mi vida, o amor, o princesa; nada cambiará la verdad ¿entendiste?

No sabía que decir, no sabía siquiera si podía hablar. Su autoridad, su romanticismo, la forma en que me tomó, en que me hablaba. Me sentía como una estúpida y estaba en lo cierto, lo era. No tenía motivos para actuar como lo había hecho, pero, por algún motivo, sentí que estaba agradecida por ello; de no haberlo hecho, no me habría dicho nada de eso.

Así que ya tenía mi respuesta. «¿Qué más podía pasar? ¿Que se enamorase de mí?» Fue una pregunta que me hice mientras estaba enterrada entre mis sabanas mientras sentía que todo lo que podría suceder sería un problema de ahí en adelante, pero, ahora, viendo en retrospectiva todo lo que me trajo hasta el punto más feliz de mi vida, en el que disfruto de la compañía de mi esposo, de un niño

maravilloso, de un doloroso pero hermoso embarazo, y de una vida de la cual no me puedo quejar. Pienso: en realidad, todo esto, valió la pena.

—Sí, yo entiendo.

# “Bonus Track”

— Preview de [“La Mujer Trofeo”](#) —

## Capítulo 1

Cuando era adolescente no me imaginé que mi vida sería así, eso por descontado.

Mi madre, que es una crack, me metió en la cabeza desde niña que tenía que ser independiente y hacer lo que yo quisiera. *“Estudia lo que quieras, aprende a valerte por ti misma y nunca mires atrás, Belén”*, me decía.

Mis abuelos, a los que no llegué a conocer hasta que eran muy viejitos, fueron siempre muy estrictos con ella. En estos casos, lo más normal es que la chavala salga por donde menos te lo esperas, así que siguiendo esa lógica mi madre apareció a los dieciocho con un bombo de padre desconocido y la echaron de casa.

Del bombo, por si no te lo imaginabas, salí yo. Y así, durante la mayor parte de mi vida seguí el consejo de mi madre para vivir igual que ella había vivido: libre, independiente... y pobre como una rata.

Aceleramos la película, nos saltamos unas cuantas escenas y aparezco en una tumbona blanca junto a una piscina más grande que la casa en la que me crié. Llevo puestas gafas de sol de Dolce & Gabbana, un bikini exclusivo de Carolina Herrera y, a pesar de que no han sonado todavía las doce del mediodía, me estoy tomando el medio gin-tonic que me ha preparado el servicio.

Pese al ligero regusto amargo que me deja en la boca, cada sorbo me sabe a triunfo. Un triunfo que no he alcanzado gracias a mi trabajo (a ver cómo se hace una rica siendo psicóloga cuando el empleo mejor pagado que he tenido ha sido en el Mercadona), pero que no por ello es menos meritorio.

Sí, he pegado un braguetazo.

Sí, soy una esposa trofeo.

Y no, no me arrepiento de ello. Ni lo más mínimo.

Mi madre no está demasiado orgullosa de mí. Supongo que habría preferido que siguiera escaldándome las manos de lavaplatos en un restaurante, o las rodillas como fregona en una empresa de limpieza que hacía malabarismos con mi contrato para pagarme lo menos posible y tener la capacidad de echarme sin que pudiese decir esta boca es mía.

Si habéis escuchado lo primero que he dicho, sabréis por qué. Mi madre cree que una mujer no debería buscar un esposo (o esposa, que es muy moderna) que la mantenga. A pesar de todo, mi infancia y adolescencia fueron estupendas, y ella se dejó los cuernos para que yo fuese a la universidad. “¿Por qué has tenido que optar por el camino fácil, Belén?”, me dijo desolada cuando le expliqué el arreglo.

Pues porque estaba hasta el moño, por eso. Hasta el moño de esforzarme y que no diera frutos, de pelearme con el mundo para encontrar el pequeño espacio en el que se me permitiera ser feliz. Hasta el moño de seguir convenciones sociales, buscar el amor, creer en el mérito del trabajo, ser una mujer diez y actuar siempre como si la siguiente generación de chicas jóvenes fuese a tenerme a mí como ejemplo.

Porque la vida está para vivirla, y si encuentras un atajo... Bueno, pues habrá que ver a dónde conduce, ¿no? Con todo, mi madre debería estar orgullosa de una cosa. Aunque el arreglo haya sido más bien decimonónico, he llegado hasta aquí de la manera más racional, práctica y moderna posible.

Estoy bebiendo un trago del gin-tonic cuando veo aparecer a Vanessa Schumacher al otro lado de la piscina. Los hielos tintinean cuando los dejo a la sombra de la tumbona. Viene con un vestido de noche largo y con los zapatos de tacón en la mano. Al menos se ha dado una ducha y el pelo largo y rubio le gotea sobre los hombros. Parece como si no se esperase encontrarme aquí.

Tímida, levanta la mirada y sonrío. Hace un gesto de saludo con la mano libre y yo la imito. No hemos hablado mucho, pero me cae bien, así que le indico que se acerque. Si se acaba de despertar, seguro que tiene hambre.

Vanessa cruza el espacio que nos separa franqueando la piscina. Deja los zapatos en el suelo antes de sentarse en la tumbona que le señalo. Está algo inquieta, pero siempre he sido cordial con ella, así que no tarda en obedecer y relajarse.

—¿Quieres desayunar algo? —pregunto mientras se sienta en la tumbona con un crujido.

—Vale —dice con un leve acento alemán. Tiene unos ojos grises muy bonitos que hacen que su rostro resplandezca. Es joven; debe de rondar los veintipocos y le ha sabido sacar todo el jugo a su tipazo germánico. La he visto posando en portadas de revistas de moda y corazón desde antes de que yo misma apareciera. De cerca, sorprende su aparente candidez. Cualquiera diría que es una mujer casada y curtida en este mundo de apariencias.

Le pido a una de las mujeres del servicio que le traiga el desayuno a Vanessa. Aparece con una bandeja de platos variados mientras Vanessa y yo hablamos del tiempo, de la playa y de la fiesta en la que estuvo anoche. Cuando

le da el primer mordisco a una tostada con mantequilla light y mermelada de naranja amarga, aparece mi marido por la misma puerta de la que ha salido ella.

¿Veis? Os había dicho que, pese a lo anticuado del planteamiento, lo habíamos llevado a cabo con estilo y practicidad.

Javier ronda los treinta y cinco y lleva un año retirado, pero conserva la buena forma de un futbolista. Alto y fibroso, con la piel bronceada por las horas de entrenamiento al aire libre, tiene unos pectorales bien formados y una tableta de chocolate con sus ocho onzas y todo.

Aunque tiene el pecho y el abdomen cubiertos por una ligera mata de vello, parece suave al tacto y no se extiende, como en otros hombres, por los hombros y la espalda. En este caso, mi maridito se ha encargado de decorárselos con tatuajes tribales y nombres de gente que le importa. Ninguno es el mío. Y digo que su vello debe de ser suave porque nunca se lo he tocado. A decir verdad, nuestro contacto se ha limitado a ponernos las alianzas, a darnos algún que otro casto beso y a tomarnos de la mano frente a las cámaras.

El resto se lo dejo a Vanessa y a las decenas de chicas que se debe de tirar aquí y allá. Nuestro acuerdo no precisaba ningún contacto más íntimo que ese, después de todo.

Así descrito suena de lo más atractivo, ¿verdad? Un macho alfa en todo su esplendor, de los que te ponen mirando a Cuenca antes de que se te pase por la cabeza que no te ha dado ni los buenos días. Eso es porque todavía no os he dicho cómo habla.

Pero esperad, que se nos acerca. Trae una sonrisa de suficiencia en los labios bajo la barba de varios días. Ni se ha puesto pantalones, el tío, pero supongo que ni Vanessa, ni el servicio, ni yo nos vamos a escandalizar por verle en calzoncillos.

Se aproxima a Vanessa, gruñe un saludo, le roba una tostada y le pega un mordisco. Y después de mirarnos a las dos, que hasta hace un segundo estábamos charlando tan ricamente, dice con la boca llena:

—Qué bien que seáis amigas, qué bien. El próximo día te llamo y nos hacemos un trío, ¿eh, Belén?

Le falta una sobada de paquete para ganar el premio a machote bocazas del año, pero parece que está demasiado ocupado echando mano del desayuno de Vanessa como para regalarnos un gesto tan español.

Vanessa sonrío con nerviosismo, como si no supiera qué decir. Yo le doy un trago al gin-tonic para ahorrarme una lindeza. No es que el comentario me escandalice (después de todo, he tenido mi ración de desenfreno sexual y los

tríos no me disgustan precisamente), pero siempre me ha parecido curioso que haya hombres que crean que esa es la mejor manera de proponer uno.

Como conozco a Javier, sé que está bastante seguro de que el universo gira en torno a su pene y que tanto Vanessa como yo tenemos que usar toda nuestra voluntad para evitar arrojarnos sobre su cuerpo semidesnudo y adorar su miembro como el motivo y fin de nuestra existencia.

A veces no puedo evitar dejarle caer que no es así, pero no quiero ridiculizarle delante de su amante. Ya lo hace él solito.

—Qué cosas dices, Javier —responde ella, y le da un manotazo cuando trata de cogerle el vaso de zumo—. ¡Vale ya, que es mi desayuno!

—¿Por qué no pides tú algo de comer? —pregunto mirándole por encima de las gafas de sol.

—Porque en la cocina no hay de lo que yo quiero —dice Javier.

Me guiña el ojo y se quita los calzoncillos sin ningún pudor. No tiene marca de bronceado; en el sótano tenemos una cama de rayos UVA a la que suele darle uso semanal. Nos deleita con una muestra rápida de su culo esculpido en piedra antes de saltar de cabeza a la piscina. Unas gotas me salpican en el tobillo y me obligan a encoger los pies.

Suspiro y me vuelvo hacia Vanessa. Ella aún le mira con cierta lujuria, pero niega con la cabeza con una sonrisa secreta. A veces me pregunto por qué, de entre todos los tíos a los que podría tirarse, ha elegido al idiota de Javier.

—Debería irme ya —dice dejando a un lado la bandeja—. Gracias por el desayuno, Belén.

—No hay de qué, mujer. Ya que eres una invitada y este zopenco no se porta como un verdadero anfitrión, algo tengo que hacer yo.

Vanessa se levanta y recoge sus zapatos.

—No seas mala. Tienes suerte de tenerle, ¿sabes?

Bufo una carcajada.

—Sí, no lo dudo.

—Lo digo en serio. Al menos le gustas. A veces me gustaría que Michel se sintiera atraído por mí.

No hay verdadera tristeza en su voz, sino quizá cierta curiosidad. Michel St. Dennis, jugador del Deportivo Chamartín y antiguo compañero de Javier, es su marido. Al igual que Javier y yo, Vanessa y Michel tienen un arreglo matrimonial muy moderno.

Vanessa, que es modelo profesional, cuenta con el apoyo económico y publicitario que necesita para continuar con su carrera. Michel, que está dentro del armario, necesitaba una fachada heterosexual que le permita seguir jugando en un equipo de Primera sin que los rumores le fastidien los contratos publicitarios ni los directivos del club se le echen encima.

Como dicen los ingleses: una situación *win-win*.

—Michel es un cielo —le respondo. Alguna vez hemos quedado los cuatro a cenar en algún restaurante para que nos saquen fotos juntos, y me cae bien—. Javier sólo me pretende porque sabe que no me interesa. Es así de narcisista. No se puede creer que no haya caído rendida a sus encantos.

Vanessa sonrío y se encoge de hombros.

—No es tan malo como crees. Además, es sincero.

—Mira, en eso te doy la razón. Es raro encontrar hombres así. —Doy un sorbo a mi cubata—. ¿Quieres que le diga a Pedro que te lleve a casa?

—No, gracias. Prefiero pedirme un taxi.

—Vale, pues hasta la próxima.

—Adiós, guapa.

Vanessa se va y me deja sola con mis gafas, mi bikini y mi gin-tonic. Y mi maridito, que está haciendo largos en la piscina en modo Michael Phelps mientras bufa y ruge como un dragón. No tengo muy claro de si se está pavoneando o sólo ejercitando, pero corta el agua con sus brazadas de nadador como si quisiera desbordarla.

A veces me pregunto si sería tan entusiasta en la cama, y me imagino debajo de él en medio de una follada vikinga. ¿Vanessa grita tan alto por darle emoción, o porque Javier es así de bueno?

Y en todo caso, ¿qué más me da? Esto es un arreglo moderno y práctico, y yo tengo una varita Hitachi que vale por cien machos ibéricos de medio pelo.

Una mujer con la cabeza bien amueblada no necesita mucho más que eso.

## **Javier**

Disfruto de la atención de Belén durante unos largos. Después se levanta como si nada, recoge el gin-tonic y la revista insulsa que debe de haber estado leyendo y se larga.

Se larga.

Me detengo en mitad de la piscina y me paso la mano por la cara para enjuagarme el agua. Apenas puedo creer lo que veo. Estoy a cien, con el pulso como un tambor y los músculos hinchados por el ejercicio, y ella se va. ¡Se va!

A veces me pregunto si no me he casado con una lesbiana. O con una frígida. Pues anda que sería buena puntería. Yo, que he ganado todos los títulos que se puedan ganar en un club europeo (la Liga, la Copa, la Súper Copa, la Champions... Ya me entiendes) y que marqué el gol que nos dio la victoria en aquella final en Milán (bueno, en realidad fue de penalti y Jáuregui ya había marcado uno antes, pero ese fue el que nos aseguró que ganábamos).

## **La Mujer Trofeo**

*Romance Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario*

*— Comedia Erótica y Humor —*

*Ah, y...*

*¿Has dejado ya una Review de esta colección?*

*Gracias.*

## **NOTA DE LA AUTORA**

Espero que hayas disfrutado de la colección. MUCHÍSIMAS GRACIAS por leerla, de verdad. Significa mucho para nosotros como editorial. Con sinceridad, me gustaría pedirte que, si has disfrutado de la lectura y llegado hasta aquí, le dediques 15 segundos a dejar una **review en Amazon**.

¿Porqué te lo pido? Si te ha gustado el libro, ayudarás a a que otros también lo lean y disfruten. Los comentarios en Amazon son la mejor y casi única publicidad que tenemos, y ayuda a que sigamos publicando libros. Por supuesto, una review honesta: El tiempo decidirá si esta colección merece la pena o no. Nosotros simplemente seguiremos haciendo todo lo posible por hacer disfrutar a nuestras lectoras y seguir escribiendo.

A continuación te dejo un enlace para entrar en mi lista de correo si quieres enterarte de obras gratuitas o nuevas que salgan al mercado. Además, entrando en la lista de correo o [haciendo click en este enlace](#), podrás disfrutar de dos audiolibros 100% gratis (gracias a la prueba de Audible). Finalmente, te dejo también otras obras — mías o de otras personas — que creo serán de tu interés. Por si quieres seguir leyendo. Gracias por disfrutar de nuestras obras. Eres lo mejor.

*Ah, y si dejas una review del libro, no sólo me harías un gran favor... envíanos un email ([editorial.extasis@gmail.com](mailto:editorial.extasis@gmail.com)) con la captura de pantalla de la review (o el enlace) y te haremos otro regalo ;)*

### **[Haz click aquí](#)**

*para suscribirte a mi boletín informativo y conseguir libros gratis recibirás gratis “La Bestia Cazada” para empezar a leer :)*

[www.extasiseditorial.com/unete](http://www.extasiseditorial.com/unete)

[www.extasiseditorial.com/audiolibros](http://www.extasiseditorial.com/audiolibros)

[www.extasiseditorial.com/reviewers](http://www.extasiseditorial.com/reviewers)

### ***¿Quieres seguir leyendo?***

Otras Obras:

#### **[La Mujer Trofeo – Laura Lago](#)**

*[Romance, Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario](#)*

*[\(Gratis en Audiolibro con la Prueba de Audible\)](#)*

## **Esclava Marcada – Alba Duro**

Sumisión, Placer y Matrimonio de Conveniencia con el Amo Millonario y Mafioso  
(Gratis en Audiolibro con la Prueba de Audible).

## **Sumisión Total – Alba Duro**

10 Novelas Románticas y Eróticas con BDSM para Acabar Contigo  
(¡10 Libros GRATIS con Kindle Unlimited o al precio de 3x1!).